



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

# **CARLOS FUENTES: POSTIEMPO MEXICANO, 1995-2012. EL PERIODISTA COMO ENSAYISTA POLÍTICO Y CULTURAL**

**TESIS**

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
MAESTRO GRADO EN LETRAS MEXICANAS

PRESENTA:

**JOVANY HURTADO GARCÍA**

TUTOR

DR. DAVID GARCÍA PÉREZ  
(INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS)

MÉXICO, CIUDAD UNIVERSITARIA, MARZO, 2023



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Bertha y Eduardo, mis padres. Pensaba sorprenderlos, pero la vida lo hizo conmigo. En cada palabra escrita se encuentran ustedes. Los amaré por toda la eternidad.

A Maribel, mi madre que con tu amor no me soltaste en ningún momento de este proceso.

A Estela, el amor de mi vida. Eres un ángel que llegó del cielo para iluminar mis días.

A la Sra. Silvia Lemus de Fuentes, gracias por su confianza e impulso.

A la Dra. Liliana Irene Weinberg Marchevsky, en agradecimiento por llevarme al mundo del ensayo y por leer con pasión cada línea de mi tesis.

Al Dr. Alberto Donato Enríquez Perea, quien con pasión me ha enseñado a cuidar la palabra a través de los clásicos.

Al Dr. Vicente Quirarte Castañeda, por su lectura y sus recomendaciones. En gratitud por su amistad y apoyo a mi trabajo.

**Carlos Fuentes: Pos-tiempo mexicano, 1995-2012. El periodista como ensayista  
político y cultural**

**Introducción**.....7

**Capítulo I. Carlos Fuentes, el periodismo y el ensayo**

1.1. El periodista como ensayista .....22  
1.2. El ensayo como germen de la obra literaria.....24  
1.3. La política y la cultura como ejes del ensayo.....32  
1.4. El ensayo cultural de Carlos Fuentes.....34  
1.5. El ensayo político de Carlos Fuentes.....39

**Capítulo II. El ensayo político-histórico de Carlos Fuentes**

2.1. Las máscaras del sistema político.....45  
2.2. La pluma crítica frente al régimen político.....49  
2.3. Oposición social al régimen.....52  
2.4. Desarrollo de la sociedad civil.....55  
2.5. Transición política mexicana.....57  
2.6. Avances y retrocesos democráticos en México.....61

**Capítulo III. El ensayo sobre la cultura y el campo literario. La construcción del canon  
de Carlos Fuentes**

3.1. La construcción del canon.....72  
3.2. Personas y personajes: maestros y amigos. Configuración de un tiempo

3.2.1. Alfonso Reyes y el sol de Monterrey.....	83
3.2.2. Neruda: el arte de nombrar .....	87
3.2.3. Fuentes y sus contemporáneos.....	91
3.2.4. Nuevas generaciones de escritores.....	94
3.2.5. Novelística mexicana.....	100
<b>Conclusiones.....</b>	<b>106</b>
<b>Anexo.....</b>	<b>112</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>325</b>
<b>Hemerografía.....</b>	<b>330</b>

## Introducción

Cuando se habla de periodismo, automáticamente se piensa en la persona que carga con su libreta y toma nota de los hechos, y posteriormente los deja escritos en algún espacio de difusión, ya sea un periódico, revista o, en estos tiempos, el portal de un sitio web. Ahí están presentes las opiniones de quienes informan la noticia al público. Dan a conocer el acontecimiento utilizando un lenguaje directo y puntual, hacen referencia a lo que sucede. Como ejemplo están Ryszard Kapuscinski<sup>1</sup> y Rodolfo Walsh<sup>2</sup>, quienes utilizaron esa herramienta para informar y, a su vez, dejar en claro su postura política ante los fenómenos que se presentaban. Robert Herrscher menciona que “el periodismo narrativo es capaz de hacer algo más que transmitir la voz y el punto de vista del narrador. Puede llevarnos a las voces, las lógicas, las sensibilidades y los puntos de vista de los otros.”<sup>3</sup> El periodismo narrativo es el que usa otras herramientas que van más allá de dicho oficio, y que lo dotan de un mayor contenido de lenguaje e imaginación. No basta con solo informar: es importante cómo se pretende hacerlo, de forma tal que el lector se involucre en lo que sucede y asuma una postura respecto del contenido.

La complejidad de establecer límites entre los diversos géneros narrativos propicia una dificultad a la hora de clasificar los textos presentados. “Los grandes textos de periodismo narrativo tienen, creo, una ambición escondida. No buscan solo informar, entender o enseñar

---

<sup>1</sup> Ryszard Kapuscinski, *Ébano* (1998), trad. Agata Orzeszek y Roberto Mansberger Amorós, México, Anagrama, 2000; del mismo autor, *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo* (2000), trad. Xavier González Rovira, México, Anagrama, 2002; *Un día más con vida* (1976), trad. Agata Orzeszek México, Anagrama, 2003; *Viajes con Heródoto* (2004), trad. Agata Orzeszek, México, Anagrama, 2006.

<sup>2</sup> Rodolfo Walsh, *Operación masacre* (1953), México, UNAM, 2018.

<sup>3</sup> Robert Herrscher, *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, Barcelona, Ed. Publicacions i Edicions, 2012, p. 30.



algo. Buscan el mayor objetivo al que puede aspirar un escritor: que el lector cambie, crezca, conozca no solo una parcela del mundo que desconocía, sino que termine conociendo una parcela de sí mismo que había frecuentado.”<sup>4</sup> A través de su opinión el periodista da a notar lo que ve, informa al lector de algo que desconoce y lo da a interpretar. El periodismo narrativo utiliza entonces las estrategias literarias para contar lo que sucede, y de esa forma rebasar la descripción de una noticia, para dotarla de mayor profundidad y significado; permite entonces que se desprenda de él la discusión con otras visiones y puntos de vista; ese periodismo narrativo puede por momentos entenderse como ensayo.

El límite entre los géneros discursivos y los tipos de texto suele ser difícil de establecer, ya que tanto el artículo periodístico, la nota de opinión, la crónica, el ensayo conforman la amplia familia de la prosa no ficcional. Para el caso de la obra de Carlos Fuentes, el ensayo periodístico se toca con un género más complejo de entender, ya que no se limita a informar, describir o dar una opinión sobre lo que está sucediendo en el lugar de los hechos, que no es solo periodismo: va más allá, aparece en los diarios o revistas en forma de columna, presenta una realidad que le interesa a quien lo está escribiendo, pero no se restringe a una mera opinión sin mayor justificación, sino que aporta ideas razonadas y pensadas, que dialogan con la realidad y brindan una interpretación de que acontece. “El punto de vista del ensayo es también un punto de partida. Es imposible pensar el género en un mundo de neutralidad y es necesario a la vez insistir en su carácter incoativo. El ensayo hace siempre ostensible la existencia de una perspectiva sobre el mundo que habrá de interpretar. El ensayo es un viaje intelectual por un mundo de significados y valores cuyo punto de partida es decisivo en cuanto a partir de él se sientan las bases del texto así como de su puesta en diálogo y

---

<sup>4</sup> Ibídem, p. 36.

contexto.”<sup>5</sup> ¿Es eso periodismo o qué nombre se le puede dar? ¿Dónde incluir esa gran cantidad de columnas que no son de opinión? ¿Qué pretenden quienes deciden tener esos ensayos sobre su realidad social, política, económica y cultural? ¿Si no es periodismo ni opinión, qué es? De esa pregunta se parte a la hora de leer los trabajos realizados por Carlos Fuentes a lo largo de su vida intelectual, aunque su trabajo en medios impresos se puede rastrear hasta 1947 y asistir a su conclusión en 2012. No todo es periodismo en el sentido ya explicado: hay que destacar que existe una gran proporción de su producción que escapa a dicha clasificación y que está perdida en la inmensidad de su obra.

Resulta oportuno hacer un deslinde con respecto a los otros géneros literarios para de esa forma seguir hablando del ensayo y profundizar más en él. Los ensayos escritos por Carlos Fuentes permiten conocer su visión respecto de la sociedad mexicana, la cultura, la política, la historia y la literatura, así como también el tipo de diálogo que establece con el lector y que permite abrir un puente de comunicación:

Del carácter esencialmente comunicativo del ensayo, en su intento de establecer un lazo de diálogo íntimo entre el ensayista y el lector, se desprende la necesidad de su contemporaneidad en el tiempo y en el ambiente. Pero el concepto ‘actual’ no solo hace referencia a los sucesos del presente, los cuales sino se les somete a una visión en perspectiva y se les eleva a un plano de trascendencia, sólo poseen el caduco valor de la novedad, sino que significa aún más propiedad, un replanteamiento de los humanos ante los valores que individualiza y diferencia a cada época de las precedentes.<sup>6</sup>

¿Por qué ensayo y no otro género en la clasificación de los textos de Carlos Fuentes? La respuesta se encuentra en la estructura de éste en comparación con la de otros géneros, ya que “al decir que el ensayo no posee estructura rígida, se pretende establecer una definición entre éste y aquellos escritos, destinados a la comunicación depositaria, caracterizados precisamente por una rigurosa organización tanto formal como de contenido. En esta

---

<sup>5</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007, p. 22.

<sup>6</sup> José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, p. 20.

categoría entran entre otros el tratado –que la creciente especialización moderna ha hecho prácticamente desaparecer–, el discurso, el artículo de revistas especializadas, la monografía.”<sup>7</sup> Por lo tanto la flexibilidad del ensayo es lo que permitió a Fuentes estudiar y analizar una amplia variedad de temas, con lo cual creó un diálogo con el lector debido a que “la intención del ensayista al escribir ensayos es la de sugerir e incitar al lector a reflexionar, nada más a propósito para tal fin que el hacerlo sobre aquello que nos es común en la vida cotidiana.”<sup>8</sup> Hay por lo tanto dos elementos importantes: la sugerencia al lector para reflexionar y el involucramiento en la vida cotidiana, lo cual queda de manifiesto en el conocimiento del vocabulario, las tradiciones, los mitos, la historia y todo ello lo logra transmitir a través de su visión, dando respuestas a las inquietudes e invitando al lector a involucrarse en su realidad. Se entabla el diálogo del que habla José Luis Gómez-Martínez en *Teoría del ensayo*: “el ensayista, en su diálogo con el lector o consigo mismo, reflexiona siempre sobre el presente, apoyado en la sólida base del pasado y con el implícito deseo de anticipar el futuro por medio de la comprensión del momento actual.”<sup>9</sup> Ese juego con el tiempo es una de las principales características de la obra de Carlos Fuentes, y no es ajeno a los ensayos donde analiza el presente o “momento actual” y recurre a la historia para sustentar sus ideas y lograr, así, proyectar escenarios futuros.

Dentro de los tipos de texto cercanos al ensayo se encuentran el artículo, la crónica y el testimonio; en ellos se puede pensar al momento de intentar una primera clasificación de los textos de Fuentes, el artículo, nos dice Medardo Vitier, “es por lo común más breve, su tema de más actualidad, su estilo, de nivel periodístico. Claro que hay artículos críticos que

---

<sup>7</sup> *Ibíd*em, p. 46.

<sup>8</sup> *Ibíd*em, p. 59.

<sup>9</sup> *Ibíd*em, p. 20.

alcanzan la jerarquía del ensayo. La extensión, por otra parte, no es signo esencial”<sup>10</sup>, aunque la restricción a la brevedad no permite que se realice una comparación con el pasado y la “actualidad”; esto es contrario al ensayo que se envuelve y desenvuelve, ya que el ensayista puede regresar a su texto para replantear o extender sus ideas; hay que agregar que “el artículo crítico es, por así decirlo, el primer eslabón en la proyección artículo-monografía-tratado, y se destina, como éstos, al lector especializado, único preparado para la comprensión del vocabulario técnico que en ellos se emplea y desarrolla.”<sup>11</sup>

Otra forma cercana al ensayo es la crónica, cultivada por Fuentes sobretodo en sus primeros años a la cual Liliana Chávez Díaz menciona en su libro *Latin American documentary narratives*: “Crónica, as it was originally practised by the *modernistas*, can be defined as ‘a short piece, published in a journalistic venue and produced in a polished literary style’ (Reynolds 2012; 3). A broader and more contemporary concept of the genre, however, is given by Ignacio Corona and Beth Jörgensen: ‘the genre is adaptable and elastic in form, an invitation to writers to mix an extratextual reality with artful fictional touches.’”<sup>12</sup> Se describe un evento que es narrado de manera cronológica. Es explicativa y exacta en el tema que aborda; su estilo definido permite que se diferencie totalmente del ensayo y por ello se descarta que Fuentes estuviera escribiendo crónica en el periodo de tiempo analizado en la presente investigación. Para completar el deslinde aquí hecho de las distintas manifestaciones de la prosa no ficcional es pertinente mencionar el testimonio:

The main difference with other fictional and non-fictional genres might be its strong sociopolitical engagement as a sine qua non condition for its legitimation. I therefore refer to *testimonio* as it has been described by John Beverley: ‘The situation of narration in *testimonio* has to involve an urgency to communicate a problem of repression, poverty, subalternity,

---

<sup>10</sup> Medardo Vitier, "El ensayo como género", en *Del ensayo americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, pp. 45-61. Fuente: <https://www.patriasactosyletras.com/medardo-vitier-ensayo-como-genero>

<sup>11</sup> José Luis Gómez-Martínez, op. cit., p. 77.

<sup>12</sup> Liliana Chávez Díaz, *Latin American documentary narratives: the intersections of storytelling and journalism in contemporary literature*, New York, Bloomsbury Academic, 2022, p. 21.

imprisonment, struggle for survival, and so on, implicated in the act of narration itself' (1996 [1989]; 26).<sup>13</sup>

Los límites existentes entre el ensayo y las otras manifestaciones de la prosa de ideas son mínimos, el artículo es para un público abierto; su temática es coyuntural –aquí, ahora-; su extensión es breve, apela al valor comunicativo del lenguaje más que a la poética; es unívoco, claro y directo. Mientras que la crónica es temporal y narrativa, describe un acontecimiento que sucede en presente. Y el ensayo es más sofisticado ya que hace uso de distintas disciplinas; tiene mayor amplitud y es dirigido a un tipo de lector; interpreta y reflexiona desde el yo y tiene un trabajo literario y artístico. Esto permite hacer una clasificación de las publicaciones que aparecen de manera constante en los diarios y revistas impresas, en las cuales Fuentes construye pequeñas piezas ensayísticas que en su conjunto permiten aproximarse a su visión tanto de México como del mundo; de igual manera deja constancia de la proyección de su pensamiento literario y cultural.

Carlos Fuentes es uno de los autores más prolíficos de la lengua castellana. El estudio de su obra se ha centrado en la narrativa (novela y cuento), y se ha dejado de lado, salvo algunas excepciones, su incidencia en la vida de México y el mundo.

Esa mirada particular suya muestra una visión histórica de México y el mundo, que retoma los asuntos nacionales e internacionales. Análisis profundo, porque no se queda en la inmediatez del registro de los hechos, sino que lo coloca en el tiempo denso de la historia para hacer uso de ella, narrar e interpretar el acontecimiento, no como registro de un momento, sino el hecho que se puede dilucidar como resultado de procesos históricos.

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 27-28

Su pluma permite conocer su faceta intelectual desde diversas ópticas: histórica, política y cultural. Explorar su archivo, desenterrarlo y darlo a la luz pública nos permite mostrar el enfoque de finales del siglo XX a principios del XXI, de una de las miradas más agudas que se han tenido en nuestro país.

A partir de la conformación de un corpus periodístico-ensayístico, pretendo reconstruir la narrativa y la interpretación histórica de Fuentes en dos grandes líneas: la cultural y la política. Lo anterior tiene por objeto a su vez, dos cuestiones: que Fuentes no solo creó una narrativa literaria, sino que también construyó una visión histórica de sus tiempos y sus espacios a través del periodismo y el ensayo; y la segunda, porque la investigación permitirá estudiar la totalidad de su obra, que se encontraba dispersa en periódicos y revistas nacionales e internacionales del periodo que va de 1995 a 2012. La presente investigación se basará en su participación en los medios impresos para desde ahí reconstruir su narrativa, y debido a la gran cantidad de material encontrado el objeto de estudio se limitará a su trabajo publicado en el diario *Reforma*, en el cual Fuentes escribió de manera más constante durante el tiempo ya señalado.

Se toma la decisión de delimitar el trabajo al periodo comprendido de 1995 a 2012, ya que en ese lapso de tiempo él ya no realizó una selección de su obra periodística, como es el caso de *Tiempo mexicano* (1972) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994), donde por su propia decisión se conjuntaron trabajos periodísticos y ensayísticos con una delimitación espacial que es México y la cultura mexicana. Lo anterior es una guía para la presente investigación.<sup>14</sup>

El recorrido temporal y espacial antes mencionado permitirá crear una idea general y particular de los conceptos y líneas adelantadas en el índice, por ello la necesidad de estudiar

---

<sup>14</sup> En el año 2004 realizó una selección de textos donde la temática fue la política interior de Estados Unidos y la relación de dicho país con México. Carlos Fuentes, *Contra Bush*, México, Aguilar, 2004.

su ensayos escritos durante el periodo ya establecido, a través de los cuales se pretende analizar y extraer una idea más general de política, cultura y democracia, ejes nodales del diccionario intelectual de Fuentes, y se ambiciona dejar aquí un registro del que denomino pos-tiempo mexicano de Carlos Fuentes. Con ello pretendo dar continuidad a los libros ya citados y presentar la última etapa de sus obra ensayística publicada en los medios impresos, esto pensando que pos- es un prefijo que nos habla de un después en este caso del *Nuevo tiempo mexicano*.

La obra periodística y ensayística de Carlos Fuentes se ha estudiado solo parcialmente, por lo cual es necesario recuperarla en su conjunto y plantear nuevas propuestas de investigación para acercarse a ella. Carlos Fuentes fue un intelectual con amplia legitimidad, esto en parte gracias a que sus ensayos sobre la realidad mexicana estaban contruidos a partir del conocimiento profundo y crítico de la situación abordada, y a ello se le suman sus lecturas tanto literarias como teóricas: todo ese acervo cultural conforma su visión; por ello no se está solo frente a una opinión mayor sin fundamento, sino ante la construcción de ensayos que describen su realidad, pero que van más allá de ese acto, se abren al futuro y buscan salidas. No se queda solo en la crítica; da un paso más al presentar interpretaciones y propuestas: ese fue siempre el puente que estableció entre sus artículos y ensayos.

Se puede considerar a *París: la revolución de mayo* (1968) como el último texto de corte periodístico de Fuentes, él describe lo que sucede y narra una realidad que no es lejana a la de México y otros países que tendrán convulsiones sociales como las que él describe:

Cafés, bistrós, talleres, aulas, fábricas, hogares, las esquinas de los bulevares: París se ha convertido en un gran seminario público. Los franceses han descubierto que llevaban años sin dirigirse la palabra y que tenían mucho que decirse. Sin televisión y sin gasolina, sin radio y sin revistas ilustradas, se dieron cuenta de que las “diversiones” los habían, realmente, *divertido* de todo contacto humano real. Durante un mes, nadie se enteró de los embarazos de la princesa

Grace o de los amores de Johnny Halliday, nadie se sintió constreñido por el dictado sublimante de la publicidad a cambiar de auto, reloj o marca de cigarrillos.<sup>15</sup>

Fuentes, que estaba en París en aquel mayo que transformaría a la sociedad de ese y de otros países, asumió su tarea de periodista e informó sobre lo acontecido –convirtiéndose en conciencia crítica del hecho histórico-; dicho texto fue prohibido y estigmatizado por el gobierno mexicano, al ser visto como uno de los gérmenes del movimiento estudiantil en México. Él entendió que su pluma era su mejor aliada para participar de los cambios que se estaban viviendo y también para dar a conocer sus ideas y puntos de vista, entrando en diálogo con otros intelectuales de su tiempo.

Ese mismo Fuentes aparecerá en *Tiempo mexicano* (1971), donde se observa una interrelación entre el periodista, el ensayista y el intelectual, que está hablando de su realidad y la presenta a la sociedad de su tiempo, dialogando y debatiendo sus ideas que estaban acompañadas de la justificación histórica y teórica; se encuentran textos como “La muerte de Rubén Jaramillo”, donde reconstruye el hecho histórico mediante la entrevista a los pobladores de la zona, y apela a la construcción narrativa para llenar los vacíos desconocidos por los testigos. Es entonces el periodismo narrativo el que vemos presente: “se escucha el silencio; se escucha más cuando lo rompen las pistolas y las ametralladoras al pie de las ruinas, en el paraje escondido a espaldas de la montaña de piedra. Quizá Rubén Jaramillo, su mujer y sus hijos sabían que tanto silencio estaba hecho para ser roto en una hondonada perdida a la vera del camino a Tetlama”<sup>16</sup>, en la cita se encuentra al ensayista que recurre a la historia y a la literatura como armas para complementar sus ideas, para escarbar en las

---

<sup>15</sup> Carlos Fuentes, *Los 68. París-Praga-México*, México, Debate, 2005, pp.25-26.

<sup>16</sup> Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1972, p. 112.



temáticas que le inquietan, en “De Quetzalcóatl a Pepsicóatl”, habla del tiempo, el eje en torno al cual gira toda su obra:

Y es que el sentido del arte mexicano antiguo consiste, precisamente, en elaborar un tiempo y un espacio amplísimos en los que quepa tanto el círculo implacable de la manutención del cosmos, como la circularidad de un perpetuo retorno a los orígenes, como la circulación de todos los misterios que la racionalización no puede acotar. Así, nuestro arte antiguo termina por crear un signo de apertura: el significante no agota los significados. La forma es más amplia y resistente que cualquiera de los contenidos que se le atribuyan; y esta calidad formal es la que asegura, precisamente, la vigencia y la multiplicidad de contenidos.<sup>17</sup>

Se tiene hasta aquí el ejemplo de las distintas facetas que constituyen la presencia de Fuentes en los medios impresos: va del periodismo al ensayismo, y a través de ambas formas de escribir está dejando claras sus ideas, posturas e interpretaciones; después se verá al ensayista que semana a semana va edificando un amplio ensayo sobre ese pos-tiempo mexicano, que está siempre vivo y en movimiento y que tiene una tendencia a cambiar y chocar con la realidad, a la cual Fuentes en ningún momento deja de dar seguimiento y concientizar. Ya en *Nuevo tiempo mexicano* (1994), él retoma los temas que lo preocupan y es consciente del error que el registro de lo inmediato puede causar en la reflexión, distorsionando las ideas o presentándolas de manera equívoca. Pero existe la posibilidad de repensar los hechos. Esa es una posibilidad que da el ensayo, que nunca está cerrado, sino que se encuentra abierto al cambio de las ideas, y así lo entiende él. Por ejemplo, al hablar del movimiento zapatista en Chiapas, comenta:

Cuanto he escrito en estos meses turbulentos –de enero a noviembre de 1994- está sujeto a prueba en contrario y contiene, fatalmente, pecados de perspectiva, pasión e improvisación. He preferido no tocar una línea de lo que escribí a partir de los acontecimientos del 1 de enero, asumir mis posibles errores, pero mantener la vitalidad de la respuesta al año –aún no acabado- en que México, como Mel Gibson y Sigourney Weaver en la película de Peter Weir, vivió peligrosamente.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 18.

<sup>18</sup> Carlos Fuentes, *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994, p. 115.

De lo anterior se desprende la necesidad de seguir buscando en los ensayos de Carlos Fuentes las líneas que expuso a lo largo de su trayectoria intelectual; poner en diálogo su obra periodística y ensayística aparecida en medios impresos, en este caso en el periódico *Reforma* donde público con más continuidad, y que permite mirar la congruencia en las ideas que sostuvo y presentó a lo largo de su vida. Es retomar el trabajo pendiente de acercarse a ese pos-tiempo mexicano, donde todo cambió de manera vertiginosa y en el cual participó, sumando sus ideas a las pugnas políticas y dejando por escrito las soluciones que él veía -en el exterior y en la historia del México profundo- y que podían ayudar a salir del conflictivo presente mexicano, que apostaba por regresar a un pasado nunca superado. Por lo tanto, el intelectual no dejó de participar de su tiempo, ajustándose a los cambios que la sociedad iba teniendo; a él le interesaba todo y por ello lo incorporaba todo a su misma obra, para que con la imaginación pudiera vislumbrar hacia dónde se tenía que ir, asumiendo los errores y aciertos que toda propuesta puede tener.

Por todo ello, en el presente trabajo se examinará el pos-tiempo mexicano de Carlos Fuentes y se desglosará el tema en tres capítulos, dentro de los cuales se verán las líneas a las que él da continuidad a lo largo de su labor como intelectual. Con tal objeto, en la primera parte de esta investigación se propondrá la justificación teórica de por qué hablar de ensayo y no de texto de opinión o texto periodístico, con la finalidad de dimensionar el papel y el lugar del intelectual que a través del tiempo él fue configurando.

Se analiza la presencia de dos conceptos fundamentales para Fuentes, la cultura y la política, y se deja ver que sus posturas están fundamentadas en las ideas de los pensadores clásicos y contemporáneos de los cuales fue un ávido lector, como es el caso de Nicolás Maquiavelo, Aristóteles, Montesquieu así como de Pablo Neruda, Gabriel García Márquez.

Se encuentra entonces en el primer capítulo la justificación de las dos grandes líneas de Fuentes: la cultura y la política, y la respuesta de por qué mirar al periodista como ensayista, teniendo como punto de partida la categoría planteada por Liliana Weinberg:

Hay en el ensayo una representación, una auténtica performance del acto de pensar, de la experiencia intelectual, de la búsqueda de enlace entre lo particular y lo universal, entre la situación concreta y el sentido general. Desde ese presente que a la vez corresponde al tiempo de la enunciación y al tiempo de la interpretación, al tiempo de pensar y al tiempo de predicar, comienzan las expansiones del ensayo y se actualiza su capacidad de establecer vínculos, genealogías, tradiciones, por él nombradas y rediseñadas, y de inscribirse en diversas esferas, ya que el ensayo traduce y reactualiza las tensiones entre los distintos campos, particularmente entre el literario y el intelectual.<sup>19</sup>

Siguiendo la línea de investigación propuesta, la segunda parte se dedicara a analizar las ideas en torno al tiempo de lo político y lo histórico de Fuentes, ámbitos donde se mueve con avidez y que le fueron siempre necesarios para armar sus ideas y encontrar respuestas más profundas, que rebasarán la inmediatez de las circunstancias en la que estaba viviendo. Mediante esta profundización interpreta y describe las que considera máscaras de un sistema político cuya transformación fue viendo; no deja de lado a la sociedad ni a los movimientos que ella protagoniza y que son catalizadores de los cambios que en el fin de siglo se estaban viviendo. Todas esas tensiones, avances y retrocesos son seguidos por él; trata de conjugarlos para generar el que considero un gran ensayo sobre esa realidad que él está describiendo y con la cual está conversando, como se puede ver a través del seguimiento puntual que da a la transición mexicana y a la construcción de la democracia en México a finales del siglo XX.

En la última parte se aborda el tiempo de la cultura de Fuentes, y se revisan los textos donde el autor explora los ejemplos de la creación literaria que se están escribiendo en México, centrados principalmente en la novela, género que el mismo examina desde la

---

<sup>19</sup> Liliana Weinberg, op. cit., p. 11.

perspectiva de su propio quehacer como escritor, donde se encuentra la mayor parte de su obra, a la que renovó introduciendo distintos estilos y manejos de tiempo, rompiendo las fronteras impuestas a la cultura desde la visión nacionalista de América Latina. La forma en que aborda esta creación permite observar cómo se construye el canon de los autores de otras generaciones. En dicha construcción de un canon, Fuentes retoma la tradición de la que forma parte; por eso regresa a Alfonso Reyes y a Pablo Neruda, y advierte las nuevas formas que se desprenden de prosas como la de Héctor Aguilar Camín, Federico Reyes Heróles, Hernán Lara Zavala, José María Pérez Gay y Cristina Rivera Garza, cuyas plumas conjugan sus propias inquietudes en torno a la novela; instrumento de resonancia de la realidad política y social de México, y destaca el uso de otras herramientas, como la historia o el periodismo. Es la novela abierta al pasado, al presente, y al futuro de México y de otras naciones, es el diálogo construido a través del lenguaje y la imaginación lo que Fuentes rescata de la novelística que se está escribiendo y que renueva la tradición.

Las aproximaciones propuestas permitirán tener una nueva lectura de su obra, y proponer un acercamiento a la visión del intelectual que construye ensayos en periódicos y revistas, y a partir de este abordaje desde la dimensión literaria se propone un diálogo con otras disciplinas como la política, la historia y el periodismo, para regresar siempre a la literatura. Se intenta alcanzar una propuesta multidisciplinaria, porque así es la obra de Fuentes, pues no es posible abordarlo desde una sola visión: es necesario emplear las múltiples herramientas que él utilizó para construir su obra.

Se está frente a uno de los autores más cultos de América Latina, un intelectual de ideas profundas, y de ahí la dificultad de su lectura y la necesidad de hacerse de la mayor cantidad de herramientas y conocimientos para aproximarse a su obra. Aquí la propuesta para leer al periodista como ensayista político y cultural.

\*\*\*

El presente trabajo se desprende por un lado de mi tesis de licenciatura *Carlos Fuentes y su tiempo mexicano. 1968-1977*, en la que planteé una primera aproximación al tiempo en la obra de Carlos Fuentes y su presencia en medios impresos, y por otra parte es producto de la investigación realizada en el archivo y la biblioteca de Carlos Fuentes, que se encuentran en su casa de San Jerónimo Lídice. Del resultado de dicha investigación han surgido los trabajos que abordan la faceta del intelectual como conferencista estos son *Conferencias políticas. Educación, sociedad y democracia* (Fondo de Cultura Económica, 2018) y *A viva voz. Conferencias culturales* (Alfaguara, 2019).

Trabajar en el archivo de Carlos Fuentes me ha permitido encontrar facetas desconocidas de su obra como: sus caricaturas o descubrir cómo leía y anotaba sus libros, sus diarios donde escribía las ideas para sus novelas, las conferencias que dictó en universidades de México, América Latina, Estados Unidos y Europa. La aproximación a su obra que aparece en periódicos y revistas me generó una primera inquietud: ¿Cómo clasificarla? ¿Qué de ella se acerca a la crónica, el ensayo, al artículo? En efecto, no todo podía ser asignado al género periodístico.

Fuentes empezó a publicar en el año 1947 en las revistas *Mañana* e *Ideas de México* así como en *Novedades*, *Voz* y *Hoy*, y sus publicaciones seguirán apareciendo hasta el 2012, año de su muerte, en medios impresos como *Reforma*, *Nexos*, *El País*, *The New York Times*.

Al trabajar en la clasificación de las conferencias de Carlos Fuentes encontré un disco compacto que contenía una transcripción de sus textos publicados en periódicos, otros de ellos estaban impresos. Al leerlos me di cuenta que Fuentes construía ensayos a partir de sus intereses, sus ideas y sus lecturas. Me he enfocado estos dos años en leer y releer dichos trabajos y en seleccionar para su análisis los que más se apegan a lo que él incluyó en *Tiempo*

*mexicano* (1971) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994). Por ello, la selección de los cuarenta y cinco ensayos periodísticos, preponderantemente los publicados en el periódico *Reforma* entre 1995 y 2012. El trabajo de investigación da como resultado lo que propongo sea el *Pos-tiempo mexicano* de Carlos Fuentes, y a la vez arroja otros frutos, ya que logré localizar en el proceso una serie de ensayos inéditos reunidos bajo el título *Hispanoamérica: una querrela de familia*, que serán publicados en 2023, así como llegar a una primera clasificación de la totalidad de los textos de Fuentes dispersos en periódicos y revistas y empezar a trazar las primeras líneas de la biografía de Carlos Fuentes.

## Capítulo I. Carlos Fuentes, el periodismo y el ensayo

### 1.1. El periodista como ensayista

Carlos Fuentes, en su incursión constante en medios impresos, elaboró textos que abordaron diversas temáticas: política, cultura, historia, literatura, cine. Conocidos son los trabajos periodísticos realizados en su juventud, el último de los cuales fue *París: la revolución de mayo* (1968), después se puede observar que su participación en los medios impresos se da en el límite de varios géneros discursivos como la crónica, el artículo y el ensayo. Carlos Fuentes estuvo preocupado siempre de su realidad –al estilo de Montaigne-, retrató su tiempo, haciendo uso de una variada muestra de elementos literarios. Como un pintor renacentista, nuestro autor fue creando una obra ensayística que en su conjunto conforma el gran mural de su pensamiento.

El material que se presenta en los medios impresos, en el periodo estudiado, no es estrictamente periodismo, ya que no está solo describiendo una noticia o realizando entrevistas; no se acude al lugar de los hechos; no es columna de opinión, va más allá, presenta un conjunto de conocimientos que permiten enseñar al lector y al mismo intelectual, con el atenuante de que no es un conocimiento cerrado, se encuentra abierto al diálogo. El ensayo deja abierta la puerta, para regresar, perfeccionar y corregir. La ensayista Liliana Weinberg respecto a la diversidad de géneros argumenta que “la gran revolución de la prosa que significó la llegada del periodismo, y que trajo aparejada, entre otras cosas, una de las más grandes convulsiones en la familia de las formas de la prosa. Una vez que aparezca en escena el ‘artículo’ y la prosa se adapte a las demandas de su funcionamiento e intercambio

como mensaje, nos encontramos ante un nuevo desafío a cumplir por el ensayo, que sufrirá en particular un verdadero proceso de transformación.”<sup>20</sup>

Fuentes en sus ensayos deja constancia de varios elementos que utiliza en su narrativa: hay un manejo amplio del lenguaje que recoge el hablar urbano y se permite jugar con las palabras como el famoso título “De Quetzalcóatl a Pepsicóatl” esa característica se encuentra en la totalidad de su obra: “Carolina puso atención a la boca, a los dientes, a los grandes ojos de salamandra. Mande... Manto... Va... Ve... Manto-ve... Manto-va... Ve... Ve...”<sup>21</sup>. Desde su primera novela *La región más transparente* (1958) manejó con maestría las palabras que recogió en las calles y en las reuniones de la clase alta, apuntándolas en sus célebres libretas negras, dicha formación le permitió incorporar lo aprendido a su labor como ensayista y le dio solidez a su trabajo como intelectual que “no puede dejar de tener una propensión crítica: el simple planteo racional de un problema lleva a ponderar estimativamente las soluciones posibles”<sup>22</sup> y asumió su papel como conciencia crítica logrando interpretar los deseos y las problemáticas de la sociedad. Recoge en sus ensayos las estampas y los retratos de diversos personajes, donde apela a su memoria que lo lleva a recordar la obra leída o la anécdota vivida. Y es cierto también que el límite de los géneros discursivos es por momentos difícil de establecer.

Por lo tanto se aborda en el presente apartado un recorrido teórico sobre las posturas de lo que es ensayo, canon y clásico para de esta forma generar los conceptos que permitan entender los textos que se analizan de Carlos Fuentes.

---

<sup>20</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007, p. 63.

<sup>21</sup> Carlos Fuentes, *Carolina Grau*, México, Alfaguara, 2010, p. 116.

<sup>22</sup> Daniel Cosío Villegas, *El intelectual mexicano y la política*, México, Planeta-CONACULTA, 2002, p. 67.



## 1.2. El ensayo como germen de la obra literaria

El universo creativo de Carlos Fuentes es tan amplio que atraviesa diferentes géneros. Existen amplios estudios sobre su obra narrativa –novela y cuento-, pero muy poco se ha estudiado su obra dramática, ensayística y periodística<sup>23</sup>.

¿Cuál es el ensayo que Fuentes construye? Se parte de la duda para encontrar aproximaciones que permitan entender la presencia del intelectual mediante diarios y revistas. En sus primeras publicaciones empezó realizando investigación periodística, destacando que las más polémicas fueron las publicadas en la revista *Política* durante el gobierno de Adolfo López Mateos. Fuentes fue un periodista que acudía al lugar de los hechos para armar sus artículos de investigación; pero, si el periodista es aquel que mediante una indagación objetiva crea y recrea los acontecimientos del suceso, ¿quién es el que está presente en los medios impresos del periodo que va de 1995 a 2012? Es un ensayista, que muestra su visión de la realidad y crea su propia agenda política y cultural con la cual participa del debate público.

Al momento de analizar su obra en diarios y revistas, se observa que el último trabajo de corte periodístico que realizó fue *París: la revolución de mayo* (1968), él se encuentra presente en el movimiento estudiantil de París; es el primero que informa en México a través de las páginas del suplemento cultural *México en la Cultura* sobre lo que está sucediendo, de

---

<sup>23</sup> Se han encontrado dos trabajos previos que abordan el periodismo de Carlos Fuentes: *La cruzada periodística de Carlos Fuentes. Primera jornada* de José Leonardo Martínez Carrizales, en el cual hay un acercamiento muy somero a la obra de Fuentes aparecida en los años que van de 1950-1960. Y por otra parte se encuentra el libro publicado por El Colegio Nacional, *Carlos Fuentes, ensayista*, que incluye ocho conferencias impartidas en 2016, donde un grupo de intelectuales abordaron las distintas facetas del escritor y donde se presentan tres textos que se aproximan a la temática analizada. Estos son: René Delgado, “Carlos Fuentes: el periodista”; Federico Reyes Heróles, “El ensayo político de Carlos Fuentes”; Diego Valadés, “Carlos Fuentes, maestro del ensayismo”.

ahí la importancia de su trabajo, ya que muchos lo verán como precursor del movimiento estudiantil en México.

Se sostiene que el trabajo citado es el último de corte periodístico de Fuentes, porque después sus ideas se verterán sobre todo a través de sus ensayos, con los cuales contribuirá a generar una agenda pública que influirá en distintos sectores de la sociedad. Él tomó postura ante las distintas problemáticas, y llegó a participar en el gobierno, buscando contribuir con su visión política, como lo hizo como embajador en Francia de 1975 a 1977; esta colaboración ha llegado a ser controvertida y debatida entre algunos intelectuales –como Gabriel Zaid y Enrique Krauze- pero, le permitió al intelectual llevar al terreno de la práctica su visión de política internacional; su participación no calló su voz crítica ni tampoco contaminó su obra, la que siempre tuvo independencia de sus posturas e ideas políticas. La intervención de los intelectuales en política ha generado que existan sesgos al momento de estudiar su obra; en muchas ocasiones se les juzga de manera incorrecta. Este falso estudio que se hace a su obra permite generar nuevas aproximaciones académicas que dejan de lado las visiones maniqueas y se concentran en las ideas y el tiempo en que fueron dichas. La trayectoria periodística de Fuentes se dio de 1947<sup>24</sup> a 1968; después de esa fecha lo que se encuentra es la obra del ensayista que construyó a través de distintos medios impresos una agenda y una visión de México y el mundo; generó un mapa literario de su tiempo, analizando la literatura clásica y contemporánea.

---

<sup>24</sup> Empieza a publicar reportajes y artículos políticos en las revistas *Hoy*, *Novedades* y *Voz*, lo mismo que en *Mañana e Ideas de México*. No dejaría de publicar tanto en medios nacionales como internacionales. En 1952 participaría en la revista *Medio siglo* de la Facultad de Derecho de la UNAM; posteriormente en 1955 colaboraría en la *Revista de la Universidad* donde escribiría crítica cinematográfica con el seudónimo de Fósforo II; su participación estaría también en *Mito* de Bogotá y *Orígenes* de La Habana; en 1956 fundaría la *Revista Mexicana de Literatura* y a partir de 1959 participaría en los suplementos *México en la cultura* y posteriormente en *La cultura en México*. Tendría presencia en la revista *Política* y *The Nation*. En los últimos años colaboraría en *La Jornada*, *El Reforma*, *Nexos* así como en *El País* de España y *The New York Times*.

La forma del ensayo es algo debatido. ¿Qué y cómo es el ensayo? “El ensayo crea por sí mismo todos esos presupuestos de la fuerza de convicción y de la validez de lo que ha visto. No es, pues, posible que dos ensayos se contradigan: cada uno crea un mundo diferente”<sup>25</sup>, dice Lukács. La construcción progresiva del ensayo permite a su autor edificar su propia visión, corrigiéndola y mejorándola, en ocasiones contradiciéndola. El ensayo es producto de la vivencia del ensayista

Necesita la forma sólo como vivencia, y sólo la vida de la forma, solo la realidad anímica viva contenida en ella. Mas esta realidad se puede encontrar en toda manifestación inmediata, sensible, de la vida, se puede tomar de ella y proyectar en ella; gracias a este esquema de las vivencias es posible vivenciar la vida misma y darle forma. <sup>26</sup>

Las vivencias generan el material para la confección del ensayo. Ahí la respuesta al por qué de la movilidad de las ideas, ese es el Carlos Fuentes presente en sus ensayos donde configura sus ideas de democracia y cultura, dos ejes centrales en su pensamiento, y presentes en su obra misma. Él deja al descubierto su visión como ensayista en su libro *Tiempo mexicano* (1971) donde afirma que ha reunido una “selección de textos relativos a México”<sup>27</sup> y agrega que “muchas páginas, sin embargo, son inéditas; otras se han desprendido de ensayos anteriores para encontrar aquí sitio y equivalencias nuevos”<sup>28</sup>. El escritor mira a su obra en medios periodísticos como ensayos que ofrecen una visión de la realidad, y en su conjunto forman un ensayo de ensayos que reúnen la visión del ensayista respecto a ciertas problemáticas.

---

<sup>25</sup> György Lukács, *Qué es el ensayo* (1910), trad. Manuel Sacristán Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016, p. 24.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>27</sup> Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 7.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 7.

En *Tiempo mexicano* (1971) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994) reúne su visión, que retrata la realidad de un tiempo analizado y el desarrollo mismo de sus temas de interés; el análisis en el momento genera errores de interpretación que permiten ver las ideas del escritor. Al calor de los hechos el ensayista se quita las máscaras y presenta sus filias y fobias que se ven retratadas en la construcción del ensayo mismo. Cuando estas son trasladadas a un ensayo amplio se tiene una mirada panorámica y a su vez corregida.

En el pos-tiempo mexicano de Carlos Fuentes se observa que las líneas de sus preocupaciones siguen siendo dos: democracia y cultura. Esto no quiere decir que no se encuentre presente la cuestión internacional y la relación con los Estados Unidos. Esa es la línea que se sigue en *Tiempo mexicano* (1971) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994) y que se encuentra presente en el ahora analizado pos-tiempo mexicano.

Al hacer una lectura de su obra, en tiempos mexicanos se encuentra la presencia de temas y pensadores constantes como Nicolás Maquiavelo; la lucha por el poder, que se desarrolló con un telón de fondo llamado la democratización de México. Un país que con el fin de siglo se encontró con grandes problemas como la inseguridad y la pobreza; con la necesidad apremiante por parte de la sociedad de encontrar espacios de expresión para la pluralidad existente. Estas realidades, contrastantes y en pugna, generaron una visión compleja de lo que podía ser México en el inicio del nuevo milenio, en el cual la cultura y la búsqueda de la identidad eran tema presente en el debate público; desde Chiapas se revivían las demandas de la población indígena, marginada durante siglos.

La realidad de un tiempo cambiante de cimas y simas pone al ensayista frente a realidades cíclicas. Problemáticas históricas que se acumulan agravando más la situación. ¿Cómo mirar a ese México? ¿Es la cultura –en especial la literatura- una respuesta a dicha realidad? A lo largo de sus ensayos Fuentes responde a esas interrogantes, dejando en claro que la cultura y

la educación constituyen la mejor respuesta a ese México que se tiene que mirar desde una pluralidad de perspectivas.

La obra literaria dialoga con la realidad “un Presidente tiene que demostrar desde que se sienta en la Silla del Águila que hay una sola voz en México, la suya. Así se llamaba al emperador azteca, Tlatoani, el Señor de la Gran Voz. Eso nos impone el sitio que ocupamos, la Silla del Águila: ser dueños de la Gran Voz. De la *única voz*. ”<sup>29</sup> El ensayista aprehende todo y lo incorpora a su creación como manera de madurar sus ideas, darles forma e integrarlas a la complejidad de su tiempo.

La obra escrita por Fuentes entre 1995 al 2012 es amplia; es el lapso de tiempo en que mayor fecundidad muestra<sup>30</sup> –casi un libro por año: ensayo, novela, cuento- al momento de estudiar su creación literaria y buscar los espacios donde hay un puente sólido con sus ensayos en periódicos, es difícil generar una selección, porque la obra de Fuentes está construida de manera polifónica como sucede en *Los años con Laura Díaz* (1999) “Los Habsburgo han gobernado a México por más tiempo que nadie, no lo olvides. México es más austriaco que otra cosa –le decía la leída y escrita Virginia a su más joven herma Leticia, las noticias del imperio eran inconsecuentes con lo único que a ella le importaba, su hogar, su hija, su cocina, su hacendosa atención a la vida diaria...”<sup>31</sup>

En la novela de Fuentes está presente la construcción de un ideario filosófico e intelectual donde conviven Aristóteles, Montesquieu, Maquiavelo como los formadores de su visión del

---

<sup>29</sup> Carlos Fuentes, *La Silla del Águila*, México, Alfaguara, 2002, p.97.

<sup>30</sup> En dicho periodo escribió: *La frontera de cristal* (1995); *Por un progreso incluyente* (1997); *Retratos en el tiempo* (1998); *Los años con Laura Díaz* (1999); *Los cinco soles. Memoria de un milenio* (2000); *Instinto de Inez* (2001); *Machado de la Mancha* (2001); *En esto creo* (2002); *La silla del águila* (2002); *Viendo visiones* (2003); *Inquieta compañía* (2003); *Contra Bush* (2004); *Todas las familias felices* (2006); *Adán en Edén* (2009); *La voluntad y la fortuna* (2010); *Carolina Grau* (2010); *La gran novela latinoamericana* (2011); *Personas* (2012); *Federico en su balcón* (2012).

<sup>31</sup> Carlos Fuentes, *Los años con Laura Díaz*, México, Alfaguara, 1999, p. 24.

poder; a su vez son los constructores de sus ideales políticos: república, democracia, separación de poderes. Ideas que buscan los personajes de sus novelas, son temas a los cuales vuelve de manera recurrente en su obra. Estas preocupaciones las trata de modelar mediante su literatura, si por un lado se persiguen las banderas ya señaladas, por el otro está la parte cínica del poder, los personajes que matan por conseguir lo que la vida les ha privado; a su vez hay quienes viven dentro del sistema con sus trampas y no buscan modificarlo, sino perpetuarlo para gozar de sus privilegios “Dante murió fusilado por orden de su ‘hermano’ político, Aarón Azar. ¿Para qué? ¿Para quedarse con todo el poder? ¿Podía ser tan inocente Aarón? ¿Cómo iba a tener todo el poder si tenía un secreto? Había que llegar al poder sin secretos, le iba diciendo Leo a Gala”<sup>32</sup>. Sus personajes se mueven entre dos extremos, y con su personalidad moldean la realidad de una sociedad como la mexicana, esa es otra de las características de la obra de Fuentes: la incorporación de la realidad de México a su mundo. El puente que se construye entre su ensayística y su literatura es fuerte, es el cordón umbilical que nutre su narrativa. Ensayo construyendo realidades mejores para México y a su vez moldeando sus ideas literarias.

Fuentes entiende de una manera diferente las redes del sistema político; genera lazos entre personajes que tienen en común su búsqueda constante de poder; lo describe y lo expone a la sociedad; lo mismo hace con los cambios que se dan en el proceso histórico de México. Aquí otro concepto que forma parte de la construcción intelectual del escritor: la historia, no vista de manera unívoca, sino construida desde una pluralidad de voces, que son escuchadas e incorporadas. “Resulta que no había una sola historia. Había muchas historias. No había una sola cultura. Había muchas culturas”<sup>33</sup>. La historia como la generadora de identidad en un

---

<sup>32</sup> Carlos Fuentes, *Federico en su balcón*, México, Alfaguara, 2012, p. 216.

<sup>33</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002, p. 132.

país donde el tema se discute sin tener una respuesta final, imposible que esto suceda cuando la tradición es profunda y diversa. “México ha sufrido terribles rupturas históricas. La derrota del mundo indígena. La conquista española. La colonia. La revolución de independencia. Anarquía, tiranía, desmembramientos territoriales e invasiones extranjeras en el siglo XIX”<sup>34</sup>. Si se nace de la confusión, es normal que se busque encontrar ¿quiénes somos? Existen múltiples respuestas y todas con la misma validez.

El ensayista preocupado de su realidad sabe que no se comprende el pasado si no se conoce la historia. Por ello, va a las fuentes primarias que le permiten tener una aproximación más certera de los sucesos, dicha lectura profundiza su visión y le exige conocer más para comprender mejor su presente.

En el estudio de sus ideas no se debe perder de vista la presencia de *El príncipe*<sup>35</sup>(1532) de Nicolás Maquiavelo, libro leído de manera recurrente por Fuentes, y presente constantemente en el periodo analizado. ¿Cuáles son las inquietudes de Carlos Fuentes para regresar a Maquiavelo y a partir de él construir sus ensayos? El autor florentino vive un tiempo en el cual las divisiones de la sociedad son producto de los problemas de su realidad. *El príncipe* tenía un objetivo; la unificación de los reinos de Italia, esa meta necesitaba la presencia de una figura capaz de entender los procesos históricos. Lo entienden los personajes de sus novelas, por eso construyen sus propios tramas que les permitan alcanzar el poder pero sobre todo conservarlo, es así que se comprende su presencia: historia, teoría y realidad, son las bases de en las que nutre sus ideas y su interpretación. En *Federico en su balcón* (2012) la revolución que se desarrolla termina teniendo como triunfadores a los

---

<sup>34</sup> Carlos Fuentes, “El alma de México”, *Reforma*, 25 de octubre de 2000.

<sup>35</sup> En la Biblioteca de Carlos Fuentes (BCF) existen cuatro ediciones del libro: en español (1946, leída en la Ciudad de México en 1951), en inglés (1963, 1983) y en italiano (1976, leída en Venecia en 1979).

políticos pragmáticos “la ley violada por él, por Aarón, por mí, Azar, que doy la ley y juro defenderla y mando al paredón a mi mejor amigo diciéndole si te doy la mano, también a mí me fusilan, si te la niego traiciono nuestra fraternidad pero sigo vivo para defender nuestras ideas...”<sup>36</sup>

Carlos Fuentes estuvo preocupado por su realidad, y miró con alarma la fuerza ganada por el crimen organizado y la violencia desatada en el país; por eso se descubre en sus ensayos la recurrencia del tema; presente esta también el debilitamiento del Estado frente al crimen organizado: “hoy la legítima disputa política ha sido empañada por un hecho sin precedentes en México. El reino del hampa. El imperio de la violencia criminal, no revolucionaria”<sup>37</sup>, el intelectual frente a un nuevo problema de su tiempo: la violencia de una guerra contra el narco que en nada se parece a la que narró de la Revolución Mexicana. Una guerra sin fin, donde el crimen desafía al Estado asumiendo funciones, espacios del territorio y utilizando la brutalidad de la violencia –donde ya no basta el hecho de matar a la persona sino que es necesario dañar y exponer al cuerpo de manera brutal, generando así miedo entre la ciudadanía, como una primera reacción a esta nueva realidad. Le toca mirar, en esta última etapa, el desarrollo de la violencia y como se filtra en los distintos niveles de gobierno. Su propuesta será la legalización de lo prohibido; esto no fue una idea acabada, intentará de manera constante y a través de diversos foros debatir y buscar la solución más viable.

Fuentes retrata a la sociedad de su tiempo y su violencia. Y es a finales del gobierno de Vicente Fox cuando el escritor comienza a hablar de la violencia que se vive en el país y que va creciendo de manera estrepitosa, sin respuesta de gobierno alguno. A él le preocupa la

---

<sup>36</sup> Carlos Fuentes, *Federico en su balcón*, op. cit., p. 221.

<sup>37</sup> Carlos Fuentes, “Universo mexicano”, *Reforma*, 25 de octubre de 2008.



violencia y la degradación que están sufriendo las instituciones construidas a lo largo de las décadas posteriores a la Revolución.

Para 2010 la situación no es la misma, se cumple el centenario de la Revolución Mexicana y el país vive una guerra contra el crimen organizado, un enemigo incrustado dentro del gobierno –en muchas ocasiones-; ese proceso le toca a Fuentes narrarlo dentro del desarrollo de la violencia, por ello es común en él regresar a la Revolución, que formó a su generación. El ensayista usa la historia para encontrar respuestas, y la no respuesta concreta lo lleva a mirar las sociedades contemporáneas –como la colombiana- para intentar hallar un mapa donde se puedan trazar rutas que le den respuestas a sus inquietudes.

No hay libro de él donde la política no se encuentre presente. Construye una visión de la realidad histórica que aborda y no contamina su obra, no toma postura por personajes o partidos en ella. Respeta su creación literaria, en cambio el ensayista asume una postura ante su realidad y la argumenta, es en este punto donde su ensayo y su narración se separan; se respetan y se complementan.

### **1.3. La política y la cultura como ejes del ensayo**

Carlos Fuentes fue un intelectual preocupado por su realidad; asumió la responsabilidad de participar desde el mundo de las ideas, generando una agenda de temas que desde su visión necesitaba México. Así trató de dar respuesta a las distintas problemáticas. Dicha participación le valió críticas, que se extendieron a su obra literaria, y aunque apoyó abiertamente al gobierno de Luis Echeverría, nunca detuvo su espíritu crítico ante las realidades. La complejidad de tal situación se centra en lograr diferenciar entre su creación

literaria y su participación como intelectual. Crear una nueva mirada que permita acercarse a su obra y conocer su faceta de ensayista como generador de ideas y de una agenda político-cultural para México, que estuvo abierta al debate con otras posturas que enriquecieron su visión; el buen ensayista logra modificar su propia perspectiva sin temor a asumir su error; ello deja al descubierto que la verdad es algo inalcanzable, “el ensayo articula un punto de vista de arranque, frecuentemente teñido por la presencia del autor, quien dota al texto del propio estilo de ver y presentar las cosas, pero a la vez aspira a alcanzar un punto de llegada afín a una mirada general o incluso universal.”<sup>38</sup>

En su construcción ensayística Fuentes regresa al pasado: “un pueblo tiene derecho a imaginar su futuro. Yo añadiría que tiene, también, derecho a imaginar su pasado: no hay futuro vivo con pasado muerto.”<sup>39</sup> Utiliza la evocación de lo que ya sucedió; para entender su realidad, no se queda anclado en el pasado. La visión del ensayista le permite proyectar escenarios contruidos a partir de la discusión del pasado con su realidad. Fuentes construye su idea del tiempo desde la filosofía platónica, de acuerdo a lo cual nos dice en su libro *En esto creo*:

No puede haber presente vivo con pasado muerto. Cuando expulsamos al pasado por la ventana, no tarda en regresar por la puerta principal, disfrazado de las más extrañas maneras. Las guerras contra la memoria son perdidas, al cabo, por quienes las emprenden. Tenemos que hacer presente el pasado para comprender a las culturas reemergentes, insatisfechas con la carrera de cabeza hacia un futuro sin cabeza, así como la tensión interna, dentro de las propias culturas, entre las exigencias técnicas y supranacionales de la aldea global y la afirmación de las diferencias locales, los regionalismos, las microculturas y los ritmos temporales que le son propios.<sup>40</sup>

El ensayo como género tiene una gran flexibilidad, donde el uso del lenguaje, es uno de los valores fundamentales; el cómo se dicen las cosas es más valioso que la cantidad de

---

<sup>38</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, op. cit., p. 138.

<sup>39</sup> Carlos Fuentes, *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994, p. 9.

<sup>40</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002, pp. 277-278.

palabras, en Fuentes se tiene el ejemplo de la brevedad, con pocas palabras creó una visión profunda de lo que él estaba concibiendo. En 1995, después del asesinato de Luis Donaldo Colosio, comenta:

A Luis Donaldo Colosio, lo conocí hace cuatro años en casa de José Luis Cuevas y en compañía de Daisy Ascher, Enrique González Pedrero y Fernando Benítez. Más tarde, se acercó a mí para invitarme a hablar en el seminario libertad y justicia en las sociedades modernas. Me explicó entonces sus preocupaciones sobre la inevitable tensión entre el nacionalismo y la globalización, pero también entre libertades y justicia, individuo y comunidad. [...]. Lo que más me impresionó en esas pláticas fue el afán de Colosio por encontrar un punto de equilibrio entre los factores de separación ideológica o geopolítica, entre modelos de desarrollo superados y nuevas formas de participación social, entre México y el mundo. Lo que más me duele de su muerte es no poder continuar ese diálogo y ahora me desvelo imaginando qué puede pensar y decir sobre nosotros, los mexicanos, este hombre decente, abierto, creativo, caluroso con sus afectos, preocupado y sensible. Acaso, al definirlo, defino a lo mejor de nuestro país. Acaso, ojalá así sea, mi diálogo con Luis Donaldo Colosio continuará en el diálogo con México. Colosio se parecía al futuro de nuestro país, si es que tenemos un buen futuro; si lo tenemos, veremos a Colosio en él. Si no lo tenemos, nos dolerá aún más su pérdida. Pero de todos modos, su sacrificio no sería inútil. Hay muchas maneras de honrarlo y todos confluyen en una palabra: democracia.<sup>41</sup>

Esa capacidad de síntesis y de uso claro del lenguaje acerca al origen del ensayo mismo, hace pensar en Montaigne y su brevedad, que da mayor profundidad y perdurabilidad a sus ensayos.

#### **1.4. El ensayo cultural de Carlos Fuentes**

La cultura es, junto con la educación, la respuesta a los problemas: “nada proyecta mejor la imagen de México en el exterior que su cultura. Una cultura tres veces milenaria y provista de una riqueza y continuidad que contrasta con nuestros descabros económicos y políticos.”<sup>42</sup> Rescatar esa cultura que nació hace siglos fue una de las labores que entendió y

---

<sup>41</sup> Carlos Fuentes, “In memoriam: Luis Donaldo Colosio”, *Reforma*, 23 de marzo de 1995.

<sup>42</sup> Carlos Fuentes, “Proyección de México”, *Reforma*, 8 de enero de 2001.

asumió Fuentes como parte de su proceso creativo. La búsqueda en el pasado lo nutrió de ideas, que generaron la incorporación del pasado al presente, provocando una ruptura con la visión histórica construida desde los gobiernos de la Revolución.

Recuperar el pasado fue para él mirar la historia prehispánica que a pesar de la lejanía temporal vivía presente en la idiosincrasia del mexicano, quien involuntariamente la asumía como parte de su cultura y tradiciones. Ese mirar el pasado era incorporar una nueva narrativa de la historia, transgresión del pensador que se asoma también al periodo histórico conocido como la Conquista de México, al que no lee desde una visión nacionalista, sino que busca la herencia dejada; remarcando la importancia del mestizaje que formó al México que se conoce “(sólo en las mitologías mexicanas Mictlan, el inframundo, es cielo e infierno: un averno florido). México es estar en la contienda entre lo bello y duradero, arte, escultura, ciudades y templos hechos para la eternidad, y la progresión pernicioso de la fealdad, la basura, el desorden urbano, la desolación del campo...”<sup>43</sup> Pensó en la deuda histórica que reaparece con los exiliados españoles de los años treinta y cuarenta del siglo XX, quienes trajeron filosofía, poesía, cine, literatura y reforzaron el lazo entre las dos naciones, cerrando la herida abierta y escribiendo una nueva etapa de la relación histórica.<sup>44</sup>

En su visión de la historia aparece siempre la necesidad de entender y hacer “el gran balance crítico de la Revolución Mexicana (que) fue el revelar la continuidad cultural de México y, sobre ella, fundar una poderosa identidad nacional que encontró expresión en la

---

<sup>43</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, Op. cit., p. 188.

<sup>44</sup> “Mi país le abrió los brazos a España peregrina que en México encontró refugio para restañar las heridas de una guerra dolorosa. La emigración española compartió con nosotros algunos de los frutos más brillantes del arte, de la poesía, de la música, de la filosofía y del derecho moderno de España. Muchos mexicanos somos lo que somos, y sin duda somos un poco mejores, porque nos acercamos a esos peregrinos y ellos nos ayudaron a ver mejor –Luis Buñuel–, a pensar mejor –José Gaos–, a oír mejor –Adolfo Salazar–, a escribir mejor –Emilio Prados, Luis Cernuda – y a concebir mejor la unión de la lengua y de la justicia, de las palabras y los hechos” Carlos Fuentes, *Tres discursos para dos aldeas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp.44-45.

pintura, la literatura, la música, el cine, la arquitectura.”<sup>45</sup> Si algo logró la Revolución, fue que los del norte se enteraran de que existían los del sur. Se dio una gran movilidad que desplazó a la población dentro del territorio, reconociendo a México y a su diversidad de culturas. No fue un choque de contrarios sino la suma de una identidad que correspondía a la historia milenaria de un país como México. “Una revolución nacional se enfrentó a una revolución local. Ésta se fundaba en tradiciones compartidas y aceptadas por todos; aquélla tenía aún que elaborar e imponer un plan nacional de progreso.”<sup>46</sup>

Algo que es inevitable negar es la vitalidad que la Revolución dio a la historia de México, que tiene su principal riqueza en: la cultura, que es la base del proyecto revolucionario; desde ella se construyó la crítica que fue edificando el sistema político de finales del siglo XX.

Si la cultura es una de las grandes materias forjadoras de una nación, no se debe ni se puede excluir la educación, una conquista adquirida con los años y una de las anclas de cualquier país que pretenda alcanzar el desarrollo: “La educación es la base para la prosperidad deseable en el nuevo siglo. Si no vamos a la raíz de este problema, no vamos a la raíz de la pobreza. Obligatoriedad de enseñanza primaria y secundaria. Fortalecimiento de la educación preparatoria y universitaria. Expansión del libro y de la biblioteca”<sup>47</sup>, aquí en su visión política los problemas de México se combaten con educación, es esta la fuente de la democratización del país y de ella misma se desprende la exigencia de los derechos de la sociedad. La educación es centro de todo proyecto político, porque genera desarrollo y libertad, y con ello se fortalece la democracia. La educación y el libro –instrumento de igualdad- acceder a él es hacer valer el derecho de todo individuo al conocimiento, ya no solo

---

<sup>45</sup> Carlos Fuentes, “Grandes ilusiones, modestas proposiciones”, *Reforma*, 30 de enero de 1999.

<sup>46</sup> Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Taurus, 1998, p.455.

<sup>47</sup> Carlos Fuentes, “Vota por ti”, *Reforma*, 9 de junio de 2000.

para unos cuantos sino para todos. Leer no debe ser un privilegio que separe a la sociedad, tiene que ser el acto que genera la educación, y con ello contribuye a la democratización de un país. Fuentes observa en esta materia una clave para el desarrollo.

La cultura y el libro se corresponden porque son sinónimo de libertad y de pluralidad; ambas tienen su unidad en la educación, de la cual se desprende el derecho de la sociedad a conocer su pasado, y desde esa mirada trata de entender su presente y posiblemente imaginar su futuro.

A la cultura, historia y educación hay que agregarle un cuarto elemento más: la libertad del lenguaje genera la imaginación, y con ello se convierte en el factor que le hace contrapeso a los totalitarismos políticos o las dictaduras que tienen miedo a las ideas; por eso expulsan o persiguen a los pensadores. El poder sucumbe ante las ideas, son ellas el catalizador de todo proceso de búsqueda de la libertad:

La libertad del lenguaje que es termómetro de una creciente libertad social. La perennidad, anacronía o resistencia del lenguaje popular en literatura es tema de larga reflexión y va de *Periquillo Sarniento* de Lizardi, ilegible sin léxico a la mano, a *Rayuela* de Cortázar, legible porque se trata de un lenguaje inexistente, inventado por el autor. Es decir: hay o no hay poética del lenguaje, es decir, la unión de una voz única (poesía) con una voz colectiva (novela).<sup>48</sup>

El lenguaje es el espacio de libertad del individuo que le permite comunicarse con la sociedad. Se dialoga porque hay un puente en común entre los individuos. Todo proyecto que incluye la cultura sabe que necesita al lenguaje como el espacio donde confluyen las voces en libertad para intercambiar las visiones de la realidad.

La visión cultural de Carlos Fuentes, se puede entender que para él no hay cultura sin historia, y que a la vez ésta no se entiende sin la educación, sin dejar de lado que la educación necesita de la cultura y el lenguaje, la suma de todos esos elementos da como resultado la

---

<sup>48</sup> Carlos Fuentes, "Cosecha cultural", *Reforma*, 19 de enero de 2004.

libertad de la sociedad, alcanzada solo cuando los elementos planteados por él se unifican. La búsqueda de la libertad se da cuando hay una pluralidad de voces y pensamientos. No hay cultura plural sin historia incluyente, que une distintos puentes, no solo los nacionales sino también los locales, que se enlazan con los del exterior. Es la suma de un todo, que genera la creación de la historia, leída en el libro –artefacto que democratizó el conocimiento- y entendida en la educación como llave de acceso a la sociedad. Fuentes describe su visión de la cultura y la complementa con su pensamiento sobre política; desde la cultura se sientan las bases de su ensayo político, y esto le sirve para no dejar de mirar el pasado, no con la idea de que todo pasado fue mejor, sino para en él encontrar soluciones al presente. Su ensayo es una gran articulación donde todos los temas forman uno; no los imagina por separado, sino que de su integración se desprende el entendimiento y resultado de propuestas que solucionen los problemas:

El narcotráfico, condenable en sí, duplica su peligrosidad porque opera en un país, México, cuya juventud, la mitad de nuestros habitantes, no rebasa los treinta años de edad. Son seducibles. El camino fácil tiene más que el difícil. La pobreza aumenta a las organizaciones criminales.

Por eso hoy, recordando la Revolución del pasado, es importante que respondamos a la revolución del presente. No una revolución armada, como la de 1910-1921, sino una revolución política, ciudadana, exigente en el cumplimiento de la aplazada Agenda Nacional y que implica abandonar la comodidad de nuestros rubros de ingresos en crisis –turismo, petróleo, trabajo migratorio- por la exigencia de crearlo renovando infraestructuras envejecidas, puentes y carreteras, puertos y hospitales y escuelas, guarderías y comunicaciones, y renovación urbana.<sup>49</sup>

La cultura, la historia, el lenguaje son herramientas que dan respuestas a su convulsivo tiempo presente.

---

<sup>49</sup> Carlos Fuentes, “Centenario”, *Reforma*, 22 de noviembre de 2010.

## **1.5 El ensayo político de Carlos Fuentes.**

Construye su ensayo político desde la visión histórica e intelectual, estas dos perspectivas le permiten ahondar en los problemas y buscar soluciones profundas y pensadas, que no son producto de la inmediatez, y que se adelantan en muchas de las ocasiones a lo que termina por suceder. Esto lo logró gracias al conocimiento que tenía de la historia y de la información amplia y actualizada que poseía de los procesos sociales y políticos de México y del mundo. Esa visión rompe con el análisis cerrado y centrado única y exclusivamente en la información local o coyuntural; no es extraño que se observe esto en la construcción del análisis de Carlos Fuentes, ya que en la misma configuración de su literatura utiliza estos mecanismos, para dar mayor profundidad a sus ideas. Él no solo es un escritor de ficción, sino también participa del México de su tiempo, y buscaba exorcizar los demonios del país y en muchas ocasiones termina siendo profeta de lo sucedido.

Si en la literatura, la ficción hace que la realidad se vea como más compleja y las soluciones parecen ser lejanas, es en su análisis constante de su sociedad que encuentra la forma de ir más allá, participa de la vida pública a través de la palabra y desde este espacio configura una línea política apegada siempre a la defensa de las libertades y de la democracia, conceptos con los cuales él se entiende, y a los cuales el impulsa en su agenda, utilizando los foros nacionales e internacionales.

En sus ensayos está presente su tiempo, que no se disocia del pasado ni de la teoría, son ellas herramientas que dan fortaleza a sus ideas. Entiende entonces que toda idea no puede ser lanzada sin un sentido aparente, debe de estar justificada para que resista el debate público y el tiempo. Por ello sus ensayos son invitaciones al lector, con la seguridad que hablarán del tiempo presente y responderán a los problemas del mismo.



Nunca pudo dejar de pensar en política. Sus ideas lo acompañaron siempre y su tema central fue la democracia. Por algo la figura de Francisco I. Madero<sup>50</sup> estuvo presente de manera frecuente en su ideario político, de forma tal que la novela que se proponía empezar a escribir el día de su muerte, *El baile del centenario*, lo tenía como personaje principal. Era para el escritor regresar a la Revolución, con necesidad urgente de entender su presente e intentar dialogar con la idea de la democracia gestada en el México de ese tiempo.

Ese retorno le permitiría comprender su presente; fue uno de los mecanismos de trabajo del escritor, “nuestro cuerpo nacional está marcado de cicatrices. Sólo en este siglo, de Río Blanco a Tlatelolco, las heridas profundas constituyen un segundo mapa de México. Las represiones obreras, de Cananea en 1906 a los ferrocarrileros en 1959. Los asesinatos agrarios, de Zapata a Jaramillo. Los políticos, de Tlaxcalantongo a Huitzilac a Lomas Taurinas.”<sup>51</sup> La política es la continuidad de sucesos que configuran la historia, ya que un hecho nunca se encuentra aislado del resto, todos se corresponden y le dan forma a la realidad, ese mapa histórico “marcado de cicatrices” que son las que generan las composiciones y descomposiciones políticas, movilizan a la sociedad dentro de su propia realidad histórica, son movimientos que vienen de abajo de la pirámide. Los derechos políticos alcanzados son producto de los movimientos y represiones. Es necesario precisar que Fuentes y su ideario político están marcados por eventos muy específicos del siglo XX –la Revolución Mexicana, la Guerra Civil española, el movimiento estudiantil de 1968<sup>52</sup>-. Regresar a las cicatrices es

---

<sup>50</sup> “Madero fue un hombre que tuvo una enorme confianza en la democracia política, pero muy poca desconfianza en los factores reales de poder que impedían la realización de esa democracia. Y en efecto, fue sacrificado por esos factores que no supo eliminar a tiempo: el ejército, los terratenientes y las compañías extranjeras” James R. Fortson, *Perspectivas mexicanas desde París. Un diálogo con Carlos Fuentes*, México, Corporación Editorial, S.A., 1973, p. 128.

<sup>51</sup> Carlos Fuentes, “La herencia de Acteal”, *Reforma*, 28 de diciembre de 1998.

<sup>52</sup> “El 68, por principio de cuentas, es uno de esos años-constelación en los que sin razón inmediatamente explicable coinciden hechos, movimientos y personalidades inesperadas y separadas en el espacio” Carlos Fuentes, *Los 68. París-Praga-México*, México, Debate, 2005, p. 11.

mirar a la sociedad necesitada –siempre- de que se reconozcan sus derechos, es encontrarse también los pequeños triunfos y los grandes retrocesos de una realidad política cambiante.

Un cambio político no aparece solo. Ni se da de arriba hacia abajo, siempre viene de la sociedad, ente capaz de lograr las modificaciones a su realidad, ejerciendo la presión a las estructuras de poder. Es encontrar la pertenencia de las realidades contrastantes de un sistema que no responde a su tiempo ni a la exigencia histórica:

Largo tiempo le ha llevado a México llegar a una medida de identidad entre el ciudadano y la ciudad, la realidad y la legalidad. Ha privado entre nosotros, en el mejor de los casos; un autoritarismo benévolo, por momentos consensuado pero que no dependió –como siempre ha pretendido el poder- de concesiones graciosas de arriba abajo. Ha dependido de movimientos desde abajo que obligan al poder a actuar de maneras que, dejado a su arbitrio, jamás aceptaría.<sup>53</sup>

Por ello, todo proceso de cambio en México no es producto de generación espontánea, sino que surge de procesos históricos que se van encontrando, conjuntando sus demandas y generando una agenda política. Cuando se le pregunta sobre México, encuentra su respuesta en sus diversos procesos históricos, su búsqueda se da en la relación de los dos continentes que se unen por la lengua y la cultura, y es en ese momento que se genera la historia de los problemas compartidos, donde cada nación depende de los procesos históricos por ella vividos para darle respuesta. No se trata de imitar lo hecho en otros países, sino de observarlo y aprender: lo exitoso y lo malogrado, a ello se debe de sumar la lectura histórica del país. En *El espejo enterrado* (1992) se tiene el ejemplo de la manera como Fuentes lee la historia, rastrea, para comprender el hecho histórico, en gran cantidad de documentos y no excluye nada, integra la diversidad de pensamientos por ello pone en dialogo la historia de España

---

<sup>53</sup> Carlos Fuentes, “Democracia descarrilada”, *Reforma*, 9 de abril de 2005.

con la de América Latina. Esa suma que realiza con todos los procesos que él estudia le permite generar una solución integral, que se complementa entendiendo y dando a los movimientos sociales su lugar como principales catalizadores de los procesos políticos. Son sus demandas el germen del desarrollo político e histórico de la sociedad mexicana.

La composición del sistema político mexicano es compleja, por ello aplicar la política comparada es casi imposible, basta pensar en conceptos como: el dedazo, la cargada, el tapado o los poderes metaconstitucionales que son las facultades que el Presidente de México asume “situadas más allá del marco constitucional. Como son, tal y como ya lo hemos asentado, la designación de su sucesor, el nombramiento de los gobernadores, los senadores, de la mayoría de los diputados, de los principales presidentes municipales...”<sup>54</sup>

Fuentes en sus ensayos dialoga con la idea de democracia, para ello va y viene en la historia, rastreando lo difícil que ha sido establecerla y los riesgos de retroceso que se tiene cuando ésta se logra en un régimen político con un pasado autoritario. La democracia entendida como el cambio pacífico del poder; el ejercicio libre de la sociedad a participar en los procesos políticos para elegir representar o ser representados; y el derecho de una sociedad a que sus exigencias sean escuchadas, respetadas y que encuentren un canal de solución.

En México, como en todos los países, la lucha por la democracia es histórica, la Revolución Mexicana se inició con la exigencia de tener elecciones libres después de una dictadura de más de tres décadas, y solamente en la elección de Madero en 1911 hubo libertad a la hora de sufragar; después tuvieron lugar golpes militares y el establecimiento de un

---

<sup>54</sup> Jorge Carpizo, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo veintiuno editores, 1979, p. 191.

régimen controlado por el Presidente mediante el partido político (Partido Nacional Revolucionario-Partido de la Revolución Mexicana-Partido Revolucionario Institucional).

El funcionamiento de este sistema y su desgaste que tardó siete décadas fue producto de que la sociedad exigió sus derechos políticos, por lo cual fue el artífice del cambio que se vivió en México. Esta lucha se inicia en los años cincuenta con los maestros, los ferrocarrileros y los médicos; continúa en los sesenta con los estudiantes; en los setenta con la guerrilla urbana y rural; en los ochenta con la sociedad civil organizada; y en los noventa con un proceso político en transición a la democracia, donde la oposición va ganando espacios de representación. Es en dicha situación que él mira a la democracia y la necesidad de consolidar el proceso de transición política para llegar a su ideal democrático, “ejecutivo fuerte con legislativo fuerte: ésta es la fórmula que mejor consolida la democracia fuerte, siempre y cuando fortalezcamos, limpiemos e independicemos a la tercera columna del ejercicio del poder: el judicial”<sup>55</sup> de nueva cuenta sus teóricos, Montesquieu y la división de poderes para lograr la consolidación de un sistema democrático donde se respeten las libertades a las que aspira la sociedad. Acotar el presidencialismo con instrumentos que ya están establecidos, para fortalecer la crítica dentro del mismo sistema político. Busca y propone un Congreso fuerte que incluya la pluralidad y que sea democrático.

Esta es su interpretación ensayística de cultura y política, no están separadas. Analizar la literatura de Fuentes es leer sus ideas políticas y culturales, el intelectual que las crea y las pone en diálogo. El escritor que lee la historia y la incorpora a su oficio mismo. El ensayo es un género literario que en él no se ha explorado, pensando que las ideas políticas no son también su literatura. Están presentes y son su génesis misma. Se ha logrado diferenciar las

---

<sup>55</sup> Carlos Fuentes, “Grandes ilusiones, modestas proposiciones”, *Reforma*, 30 de enero de 1999.

tres etapas de Fuentes: periodista –que concluye en 1968 con su trabajo *París: la revolución de mayo-*; la ensayística –que está presente en los diarios desde sus inicios en 1947 y hasta su último artículo el 15 de mayo de 2012-; y el escritor que incorpora en todas sus obras las ideas que ha generado y también sus inquietudes que lleva al campo de la experimentación literaria para unirlas con la imaginación.

En su última etapa le preocupó el proceso de transición democrática. Lo vivió y lo describió, criticándolo y generando modelos que le permitieran perfeccionarse para lograr consolidar la democracia, sabiendo que los riesgos históricos de retroceso eran mucho más que los de avance. La transición democrática en México cumplió un papel importante en su obra ensayística. Observar esa lectura es encontrarse con una literatura diferente, la de un intelectual que desde las ideas aporta su visión a un proceso que se construye sobre la marcha. A Fuentes el ensayo le permite hacer un análisis de amplio alcance de la coyuntura política, debido a que dicho género discursivo es lo privado y lo público, y a su vez el aquí y el ahora con un sentido más amplio, ya que rebasa la inmediatez de los sucesos. Por lo cual la política y el ensayo encuentran su vínculo entre la voz del ensayista y el público con quien se genera el diálogo.

## Capítulo II. El ensayo político-histórico de Carlos Fuentes

### 2.1. Las máscaras del sistema político

El tiempo es el tema central y el gran articulador en que se insertan los ensayos de Carlos Fuentes, quien los edificó en un plano temporal que le permitió dialogar con el pasado desde su presente y generando perspectivas hacia el futuro, por lo cual en buena parte de su obra se presenta su constante análisis de la realidad política e histórica de México y el mundo, en una entrevista que tuvo lugar en Río de Janeiro para *O Globo* el 25 de diciembre de 1994 comentó: “Mucha gente me pregunta cuál es mi libro preferido y les digo que me gustan todos por igual, porque todos forman parte de una sola obra que se llama *La edad del tiempo*. Es como un edificio con muchos apartamentos en donde viven todos mis personajes. Una obra rápida, barroca en muchos sentidos, hecha para rescatar tiempos y/o espacios que no tuvieron voz, tiempos muertos que no tuvieron nombre.”<sup>56</sup>

Resalta la capacidad intelectual que tenía para trasladar sus preocupaciones como narrador y ensayista al análisis político e histórico, respetando los límites de los géneros, que no se mezclan. Fuentes escribe de la realidad en el análisis político y por ello el lector busca al ensayista con la necesidad de encontrar respuestas a su conflictivo presente. Dicho lo anterior, Fuentes se presenta como el intelectual y la conciencia crítica que razona sobre su presente, pero va más allá, busca soluciones basadas en sus conocimientos de la realidad, él está informado, conoce de otras culturas y tradiciones, y a su vez se documenta del día a día de la realidad mexicana; da cuenta de inmensas lecturas; de personajes e ideas

---

<sup>56</sup> Jorge F. Hernández (comp.), *Carlos Fuentes: territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 211.

contemporáneas, todo este cúmulo de elementos le permite responder a las inquietantes respuestas de un tiempo de cambio, donde no solo concluye un siglo; también las realidades políticas e históricas de México sufren alteraciones abruptas que modifican de manera vertiginosa el estado de las cosas.

En sus ensayos publicados por el periódico *Reforma* entre 1995 y 2012 se puede observar que una de sus constantes inquietudes es el desarrollo de los procesos políticos en México, centrado en tres aspectos: a) el régimen político y sus transiciones; b) la sociedad civil; c) la democracia con el antecedente de sus obras *Tiempo mexicano* (1971) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994), siguiendo la línea de sus preocupaciones y ocupaciones como autor, es importante preguntar: ¿cuál es el análisis político que él hace de ese tiempo mexicano? Existe una continuidad en la visión que tiene de los grandes temas analizados y mencionados renglones arriba. Recordando la complejidad de escribir ensayos en plena marcha de los sucesos, cercanía temporal que puede generar aciertos y equivocaciones, es la posibilidad de todo ensayo abierto a la inmediatez de los sucesos. Lo anterior se armoniza cuando se ponen en diálogo todas las visiones expuestas por el intelectual, y se tiene entonces la parte menos estudiada del autor de *La muerte de Artemio Cruz*, su visión política.

Esa parte de sus ensayos no ha recibido la atención que merece, cuando el contenido puntual de los mismos invita a hacer una lectura y análisis objetivo y profundo de las ideas políticas e históricas de Fuentes, lo cual representa una de las facetas del ensayista que aparece de manera constante en los medios impresos.

La máscara puede usarse como una figura que permite interpretar los papeles que se juegan en la política, se retoma la idea de *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz “el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve

para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación.”<sup>57</sup> En México, la máscara se coloca a quien guarda su rostro para venerar a una deidad o para salir a la guerra. No importa la persona –ni su nombre ni edad- tiene otra personalidad y puede modificarla cuando desee. Este mismo proceso, se presenta en los partidos políticos –que son ese órgano utilizado por los políticos para acceder a espacios de representación-, su mecánica interna es reflejo de la realidad política del país.

Carlos Fuentes, durante su trayectoria intelectual fue un estudioso del desarrollo democrático de México, sus preocupaciones se concentraban en la búsqueda de las soluciones que permitieran lograr la democratización del régimen político, mediante las elecciones. El 10 de agosto de 1998, en “El PRI en transición” Fuentes acompaña con su pluma el proceso de transición:

Las elecciones del 2 de agosto confirmaron que la transición democrática mexicana es un hecho confirmado. En gran medida, consolidada, pero de ninguna manera irreversible. El amanecer de la democracia mexicana es recorrido por un fantasma nocturno: el terror a la crisis económica, la inseguridad y la criminalidad crecientes, o la simple desesperación de la pobreza.<sup>58</sup>

Fuentes se refiere al proceso interno que vivió el PRI después de la derrota sufrida en 1997, donde dicho partido perdió la mayoría en la cámara de diputados y la jefatura de gobierno de la ciudad de México. Para él la transición en México se encontraba, en parte, dentro de la democratización al interior del partido, el cual empezaba a perder dominio electoral y tenía la necesidad de modificarse si es que deseaba seguir siendo un actor principal dentro del sistema político. Jugar con la máscara de la democracia ya no era suficiente; entiende Fuentes

---

<sup>57</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta al Laberinto de la soledad*, México, 2010, p.32.

<sup>58</sup> Carlos Fuentes, “El PRI en transición”, *Reforma*, 10 de agosto de 1998.



que era necesario un cambio profundo para poder estar en la misma tesitura de la transición democrática que se vivía en México. Aunque el futuro parece ser alentador, hay un llamado a tener cuidado, ya que puede existir el riesgo de retroceder –son los vaivenes democráticos donde ese “amanecer” puede toparse con los problemas históricos que el régimen ha sido incapaz de solucionar; como todo ensayista pone a dialogar las diferentes posibilidades, explora los diversos escenarios sin cerrarse a una idea. El estado de las cosas puede modificarse de manera dramática, y por lo tanto resulta importante observar los riesgos que advierte para la democracia, en ese momento que parece lejano y cuya coincidencia podría parecer alarmista, pero en la actualidad se trata de realidades que han puesto en peligro y erosionado las instituciones, cambiando la correlación de fuerzas.

Y en el mismo ensayo menciona: “la disparidad entre la esperanza democrática de México y los problemas que acosan al país es tal, que no podemos darnos el lujo de desechar a la ligera ninguna propuesta política constructiva”<sup>59</sup>. Ante las posibilidades por donde podría moverse lo que podemos llamar juego de máscaras, se mira como solución el diálogo, que es el camino para unir las voces contrarias, lográndolo desde la pluralidad de las ideas, sin excluir a nadie ni tampoco minimizar ninguna expresión. El nuevo juego entendido y propuesto busca la unidad de los puntos contrarios para encontrar soluciones a las demandas hechas a un sistema que necesita renovarse para poder responder: “sociedad quiere más de una alternativa. Quiere consensos, no imposiciones autoritarias. Quiere más y mejores mecanismos de participación. Lo quiere todo la sociedad. ¿Lo quiere el PRI?”<sup>60</sup> La cita anterior deja al descubierto una de las herramientas del ensayista: la polémica, que se une a la crítica, y es la invitación abierta a buscar soluciones entre los involucrados. Lanza la

---

<sup>59</sup> *Ibíd.*

<sup>60</sup> *Ibíd.*

pregunta al PRI como un desafío para ver hasta dónde puede llegar uno de los actores. En el pos-tiempo mexicano de Carlos Fuentes aparecerá la respuesta.

En el ensayo que está construyendo coloca las piezas cruciales para entender el proceso de democratización, que cree necesario y factible en México de fines del siglo XX. Es el PRI la máscara que necesita quitarse para presentarse a la sociedad con su verdadero rostro, como algo nítido, y es también ese partido el responsable de que dicho proceso se lleve a cabo o fracase.

## **2.2. La pluma crítica frente al régimen político**

En el devenir político e histórico que se analiza del año 1995 al 2012, Fuentes utiliza su mejor arma para participar en la vida política del país: el ensayo. Asume el papel del intelectual, con los riesgos que ello implica, principalmente en la mala lectura que se ha hecho de su obra, tomando como punto de partida sus posturas políticas. Él fue un estudioso de la vida política de México y de los procesos históricos, –a los que leyó siempre desde el ángulo de la pluralidad, y por ello en su obra de corte histórico plantea la incorporación de dos tradiciones: la española y la indígena que no se rechazan. La presencia de ambas crea una nueva cultura que sobrevive y no puede negarse; esa lectura aun en los tiempos presentes resulta bastante compleja para algunos sectores que rechazan la otra parte de la historia, y tienen una visión maniquea.

Dicha realidad es una de las primeras problemáticas a las que se enfrenta el ensayista al poner de manifiesto su necesidad de incorporar sus lecturas y sus visiones, planteando que los procesos que se viven en México no están aislados de los del resto del mundo. Se

encuentran presentes en su construcción discursiva, el juego con la historia y la comparación con la realidad que analiza:

Como en la Alemania post-guillermana, la revuelta de los hijos, iniciada en el 68 mexicano, podría conducir a la venganza de los padres, nostálgicos de su legitimidad fundadora en el 29. A estos, los llamamos en México dinosaurios. A aquellos, reformadores. La más reciente manifestación de estos últimos es la Corriente Renovadora dentro del Partido Revolucionario Institucional, fundada en la Ciudad de México el 1° de julio de 1998. Y si evoco el dramático fin de la república democrática de Weimar es por el temor de que la transición democrática mexicana, dado el severo contraste entre la realidad socioeconómica del país -negativa- y su realidad política -positiva-, no desemboque en “una muerte trágica, en parte asesinato, en parte enfermedad, en parte suicidio”, como describe, acertadamente, el fin de Weimar su historiador Peter Gay.<sup>61</sup>

Hace un juego con los tiempos y vincula acontecimientos y realidades que son lejanas. Es a través de ese extraordinario conocimiento de los procesos históricos y de los autores que los realizan que él va construyendo su ensayo. Nada puede ser ajeno a la realidad y su necesidad como ensayista es hacerse de todas las herramientas posibles que le dan los conocimientos de otras sociedades y realidades para encontrar un acercamiento con México, sin que ello signifique decir que son equiparables y por ende tendrán las mismas soluciones, sino para poner en relación hechos e ideas y mediante ello acercarse a soluciones para sus propias problemáticas. Puede esto parecer arriesgado, ya que en el tiempo en que está escribiendo, aun se observa con extrañeza lo que viene de fuera, porque abre la herida del pasado incomprensible, que Fuentes de manera persistente está queriendo inquirir, para lograr construir una narrativa cercana a lo que la sociedad pide: soluciones e inclusión de las distintas visiones.

Recuerda y advierte de manera constante los peligros de la democracia, los retrocesos de los que ya se hizo mención: “por primera vez desde 1911, la oposición gana las elecciones

---

<sup>61</sup> *Ibidem*.

en comicios libres y creíbles. El hecho es histórico. Confirmarlo exige de la ciudadanía más vigilancia que nunca para que las prácticas correspondan a la voluntad democrática.”<sup>62</sup>

Usa el lenguaje como una herramienta para describir e indagar la realidad y va más allá, al proponer las soluciones que están sustentadas en su experiencia y sus lecturas. Asume un papel complicado: el del intelectual, quien toma la voz para expresar sus inquietudes y preocupaciones, y como tal representa la agenda de la sociedad; las nombra, interpreta y pone en discusión y logra que penetren en el círculo donde se discuten; influye en quienes están tomando las decisiones o bien buscan acceder a esos espacios. Crea una comunidad donde se debate, y es por ello que alimenta su pensamiento de manera constante de las visiones que van más allá de lo que está sucediendo.

La figura del intelectual en su tiempo está en crisis, ya que los espacios tradicionales para el pensamiento y el debate, como los periódicos y revistas impresas, a medida que las tecnologías han progresado, se han diversificado, dando voz a mayor cantidad de grupos, y diluyendo a las voces más importantes del siglo XX. Él como parte de ese sector letrado es una voz que participa en el foro público, es escuchado y sus posturas son discutidas entre los grupos de poder; mantiene la independencia de su pensamiento, jamás habla como militante o creyente de alguna fuerza política. Como intelectual su compromiso se puede observar en sus ensayos, se encuentran en ellos la interpretación de los grandes temas nacionales, y la presentación de soluciones; por ello su figura es discutida; las ideas que conjuga en su trabajo permiten tener una visión más profunda de este engranaje articulado mediante la diversidad de su pensamiento y la presencia de sus inquietudes, sus ensayos eran, junto con las columnas de José Emilio Pacheco en “Inventario” y de Carlos Monsiváis en “Por mi madre bohemios”,

---

<sup>62</sup> Carlos Fuentes, “Ganamos todos”, *Reforma*, 1° de julio de 2000.

uno de los espacios más esperados por el lector, debido a la cantidad de ideas y la descripción de la realidad que daban. Fuentes describe con su pluma los avatares de la vida democrática y política; al mismo tiempo da seguimiento al desarrollo de los problemas sociales y las consecuencias que se pueden desencadenarse a partir de los mismos.

### **2.3. Oposición social al régimen**

Algunas heridas han cerrado. Otras permanecen abiertas. La masacre de Aguas Blancas, Guerrero, se cerró, en gran medida, debido a la valentía y decoro parejos de un periodista, Ricardo Rocha. En cambio, la herida de Acteal –el asesinato vil de 45 indígenas chiapanecos, hombres, mujeres y niños– sigue abierta y el informe de la PGR poco hace para cerrarla. Más bien, ofende a la opinión pública. Parece un informe hecho por la astucia para el consumo de la idiotez. Pero ni los autores del Libro Blanco son tan sagaces como se creen, ni el público mexicano tan idiota como la PGR parece creer.<sup>63</sup>

Los movimientos sociales y las matanzas aparecen entre las temáticas que Fuentes aborda con frecuencia. Ya con anterioridad lo había hecho con el movimiento estudiantil de 1968; con el asesinato de Rubén Jaramillo o con el movimiento zapatista en Chiapas, encuentra en las manifestaciones sociales el germen de cambio que necesita el régimen; de igual modo ve las preocupaciones de la sociedad y expone cuáles son los medios que se utilizan para desafiar al régimen, los espacios que encuentran para levantar la voz y protestar, hallando en muchas ocasiones la respuesta violenta o de censura dentro del mismo aparato de gobierno. Junto a ello se observa que la presencia de estos eventos son llamados a la sociedad para que atienda su realidad. Fuentes ve al “pueblo mexicano” como un sector pensante que asume su papel como sociedad civil, sumándose a la protesta contra las injusticias y manifestando su exigencia de encontrar la solución de los problemas.

---

<sup>63</sup> Carlos Fuentes, “La herida de Acteal”, *Reforma*, 28 de diciembre de 1998.

Si se mencionaba que Fuentes tenía una lectura amplia de los procesos políticos de otras naciones y tiempos históricos, tampoco se puede descartar su visión hacia dentro, su indagación en lo local. Su análisis es complejo por la cantidad de elementos que incluye; sus ensayos abarcan tanto el panorama internacional como los datos y los acontecimientos que nos hablan de la historia, los procesos políticos, la cultura y la lectura de lo local, la vida interior de México, a la cual no resta importancia.

La matanza de Acteal fue producto de una confrontación local y añeja entre grupos antagónicos. Es consecuencia indirecta de la existencia del EZLN. Ocurrió por la omisión de las instituciones de justicia y las autoridades locales. Se enmarca en un ambiente de desprecio al Estado de Derecho. Se debe a la ausencia de cauces para la solución pacífica de conflictos en las comunidades.<sup>64</sup>

Es la suma de los factores lo que determina la aparición de movimientos sociales de gran magnitud, estos no surgen por generación espontánea, sino que traen tras de sí el cúmulo de problemas históricos que, sumados, desencadenan violencia, protesta social y represión. Se ve la crítica a un régimen desgastado, y donde la sociedad asume el papel fundamental de exigir la renovación del mismo; se puede observar la presencia del intelectual que crítica abiertamente los errores y atrocidades del Estado, sin tener miedo a la censura. Fuentes describe la transición y entiende que la libertad de prensa y expresión es otro de los motores necesarios para lograr el cambio que de manera lenta se empieza a expresar en la sociedad. Encuentra una de las raíces en el movimiento zapatista de Chiapas, donde esa sociedad de la que él habla, se enfrenta al régimen desde abajo, en una de las regiones más olvidadas del país. Dice en el ensayo “Tiempo de negociar”:

---

<sup>64</sup> *Ibíd.*

Hay un pro en la nueva situación y en que muchos problemas de los países en desarrollo, largo tiempo aplazado por temor al sambenito de “comunista” (fue el caso de Guatemala) pueden hoy regresar, con urgencia, a las agendas nacionales. Es el caso, en consecuencia, de Chiapas y por eso, en su momento, y muy mal entendido, llamé al movimiento de Marcos la primera revolución de la post-guerra fría. Revolución, más que rebelión, en el sentido de establecer un nuevo punto de arranque para juzgar a los movimientos de insurrección en el Tercer Mundo.<sup>65</sup>

Su ensayo sobre la vida cotidiana retoma las contradicciones históricas y sociales, su presencia es lo que permite tener una lectura más completa de la realidad: ¿se puede hablar de una transición democrática mientras se describe la matanza indígena? ¿No son estas dos realidades contradictorias? ¿No se puede entender esto como una falsa lectura de la llamada “transición”? Fuentes no ve procesos que chocan sino que se complementan, entiende que es en las confrontaciones donde se vislumbran los posibles cambios, ya que el malestar social es una válvula de escape para el enojo hacia un régimen incapaz de dar respuestas a los problemas profundos. En su lectura comenta:

El impulso definitivo hacia la transición democrática empezó en 1968, nos tomó casi tres décadas más llegar a la alternancia democrática. Las concesiones sucesivas entre 1970 y 1990 no fueron regalos de arriba abajo, sino derechos ganados desde abajo por la otra continuidad histórica mexicana: la lucha social. Autoritarismo desde arriba. Movimiento social desde abajo.<sup>66</sup>

Escribe esto después de la elección del año 2000, cuando el PRI perdió la presidencia de la República luego de más de setenta años; con ello se dio una nueva configuración de las relaciones de poder que fueron producto del resultado de la votación a través de la cual la sociedad decidió apostar por Vicente Fox, de quien entiende tiene amplios retos, ya que un proceso impulsado desde abajo está llamado a dar resultados de manera casi inmediata; y a

---

<sup>65</sup> Carlos Fuentes, “Tiempo de negociar”, *Reforma*, 16 de febrero de 1998.

<sup>66</sup> Carlos Fuentes, “Autoritarismo y autoridad”, *Reforma*, 28 de mayo de 2001.

su vez la correlación de fuerzas abrió la necesidad de negociar con la oposición –de escuchar a la pluralidad como años antes él mismo lo había sugerido, y de lograr establecer puentes de comunicación con el partido-, se evidencian nuevas realidades, que llaman a la madurez de los grupos de poder, quienes tienen que entenderse en la nueva etapa impulsada por la sociedad, que empieza a conocer la democracia y al mismo tiempo la importancia de su participación para exigir respuestas a sus problemas.

#### **2.4. Desarrollo de la sociedad civil**

El proceso de transición política en México ha sido largo y tortuoso: la sociedad jugó un papel crucial en dicho cambio, ya que los derechos adquiridos fueron ganados de manera paulatina, existiendo retrocesos y cuestionamientos a la misma democracia –debido a que se otorgaron facultades que no eran propias de ella: como la disminución de la pobreza, la inseguridad, el acceso a la salud, entre otras–. Ha sido complicado entender que la democracia es solo un mecanismo que permite elegir libremente a los representantes de una sociedad, y donde la participación está abierta a quien desea hacerlo e incluye las reglas mediante las cuales se desarrollará la competencia; la formación del mismo sistema electoral. La presencia de estas instancias ha garantizado y fortalecido el proceso democrático en México, “poseer dos instancias independientes para calificar las elecciones constituye un precioso haber en la vida política de México. Ni el IFE ni el TRIFE son, desde luego, perfectos. Aunque como toda institución política, sean perfectibles”<sup>67</sup> dicho proceso ha tenido avances y retrocesos; lo cierto es que la democratización ha construido instituciones

---

<sup>67</sup> Carlos Fuentes, “Los Gritos de Dolores: una oposición dividida”, *Reforma*, 17 de septiembre de 2007.



que garantizan el derecho de la sociedad a participar y le dan certeza a los resultados electorales. Si bien es cierto que estos órganos tienen la finalidad de darle certidumbre jurídica al proceso electoral, también es sabida la probabilidad de que existan retrocesos democráticos.

Los derechos ganados han sido exigidos desde abajo, por una sociedad que creció dentro del sistema del partido hegemónico y que dio acceso a las clases medias a la educación. Ese mismo sector al estar más informado y tener mayores expectativas fue uno de los que inició con las críticas y los reclamos para lograr mejores condiciones de vida y mayor participación política, manifestando sus necesidades a través de los movimientos sociales locales, que como Fuentes lo refiere en “Vota por ti” del 9 de junio de 2000: “Pero la elección no solo es presidencial, sino legislativa; no solo nacional, sino local. A los niveles más locales, se dan mejores opciones personales y mayores equilibrios democráticos”<sup>68</sup>. Él encuentra en la sociedad el contrapeso que el poder necesita, ya que se transita del centro a la periferia, de las grandes ciudades a los municipios en donde se encuentra la visión más próxima a la realidad y se puede generar un diálogo cercano con la sociedad. Es el municipio el lugar de interacción entre la sociedad y el gobierno, que es el espacio donde se busca la solución inmediata a los conflictos del día a día.

El desarrollo de la sociedad civil se da a razón de que entiende su realidad y se involucra en ella. Su participación es la base de lo que se convertirá en semillero de la crítica realizada al régimen. De ahí se desprenderán muchos de los cambios que modificarán la correlación del poder en México a finales del siglo XX.

---

<sup>68</sup> Carlos Fuentes, “Vota por ti”, *Reforma*, 9 de junio de 2000.

La sociedad civil nos dice Fuentes es: “el tercer sector, el sector social, cumple el papel fundamental de crear puentes entre el sector público y el privado, disolver antagonismos inútiles, afirmar compatibilidades de interés colectivo, y actuar por cuenta propia en territorios que los otros dos sectores no son capaces de ocupar, de describir y a menudo de imaginar”<sup>69</sup>, y se puede agregar que es un fenómeno que surgió a finales del siglo XX, por ello es aún un grupo difícil de ubicar y categorizar. Se sabe que comparten en común el tener acceso a los medios de comunicación, estar más informados, y por lo tanto tienen mayor interés de participar en la vida pública; se involucran porque exigen sus derechos que van más allá de las demandas sociales; pugnan por la democracia y la justicia, ello implica oponerse al orden establecido y hacerlo mediante la organización social; son un grupo que en conjunto abre canales de diálogo con el poder, poniendo en el centro de discusión su agenda.

## **2.5. Transición política mexicana**

La transición política mexicana del año 2000 fue el resultado del proceso descrito en los apartados anteriores, las tensiones sociales así como el fortalecimiento de la oposición minó al régimen político construyendo una nueva realidad y cambiando las reglas en que se hacía política, al respecto Carlos Fuentes comenta en “Maquiavelo en México” que: “Maquiavelo distingue entre ‘principados nuevos’ y ‘principados hereditarios’. Durante siete décadas, México fue principado hereditario. El poder se heredaba cada seis años, canalizado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional). El Príncipe en turno determinaba, desde la silla

---

<sup>69</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002, p. 269.

del águila, quien sería su sucesor.”<sup>70</sup> La analogía permite entender la forma en que se manejaba el poder en México, donde el dominio de un partido permitía el control de la sucesión presidencial. Es de destacar que desde el año 2000 ningún Presidente ha logrado imponer a su favorito para sucederlo. Hay una ruptura con ese espacio de poder que era heredado, lo cual permitía mayor facilidad de gobernar al no existir la necesidad de generar acuerdos con otras fuerzas—. Toda esta amalgama de poder generada después de la Revolución Mexicana perdió su legitimidad y tuvo el dilema de renovarse para preservarlo o continuar sin modificarse esperando a que todo volviera a ser como antes, esta situación no fue entendida y el resultado se reflejó en un cambio gradual del régimen político. Y dicha inquietud de Fuentes sobre el futuro político quedaría reflejada en su novela *La Silla del Águila* (2002): “¿Quién va a sucederle en la elección del 2024?/ ¿Con qué fuerzas cuenta?/ ¿Quiénes se opondrían?”<sup>71</sup> Fuentes prolongaba sus inquietudes al futuro y lo hacía cuestionándose sobre su presente donde analizaba mayor fragmentación política y la dificultad de llegar a acuerdos entre las diferentes fuerzas políticas.

Fuentes en su ensayo profundiza en el tema y menciona:

Los tiempos han cambiado. El presidente priista podría guardarse las cartas de la baraja cerca del pecho hasta el tiempo límite del ‘dedazo’. El presidente Fox, armado con autoridad de origen como ningún jefe de Estado mexicano desde Madero, no ha sabido conquistar la autoridad de ejercicio. Su legitimidad no está en duda. Su capacidad de gobierno, sí. Los tiempos políticos, en consecuencia, se adelantan y los candidatos se perfilan.<sup>72</sup>

El proceso de transición que narra Fuentes no solo consistió en el cambio de las fuerzas políticas en los espacios de poder, sino en la modificación de las reglas del juego a las cuales

---

<sup>70</sup> Carlos Fuentes, “Maquiavelo en México”, *Reforma*, 4 de junio de 2003.

<sup>71</sup> Carlos Fuentes, *La Silla del Águila*, México, Alfaguara, 2002, p. 193.

<sup>72</sup> Carlos Fuentes, “La campaña electoral y las prioridades nacionales”, *Reforma*, 14 de junio de 2004.

los actores políticos tuvieron que adaptarse para sobrevivir dentro de la nueva realidad política. Fue precisamente con Vicente Fox que esta situación impactó en el desarrollo de las políticas impulsadas por el Presidente, que al no entenderla entró en conflicto con la oposición y fue incapaz de conciliar al interior de su partido. Esto a pesar de que él había sido impulsor para quitar al PRI y a las viejas prácticas del poder, aun así no tuvo la capacidad política ni contó con el equipo que le ayudara a comprender y a actuar de acuerdo a los cambios que se vivían en México.

La situación política en México entra en dilema cuando se inicia el proceso de sucesión presidencial en el año 2006 donde Fox no logra imponer a su candidato Santiago Creel y se encuentra con el desafío de Felipe Calderón, al respecto Fuentes menciona: “viene a aclarar la atmósfera –aunque muchos piensen que solo la enturbia-. Su postura significa, no sólo que Calderón es candidato, sino que Calderón, desde el seno del gobierno (a diferencia de Castañeda) ha abierto la temporada de caza, por así llamarla, política.”<sup>73</sup> Y menciona respecto a la candidatura independiente de Jorge G. Castañeda que: “hace campaña abierta desde hace un año. Se autoproclama ‘candidato ciudadano’. No tiene partido. Lo que tiene –y le sobran- son ideas. Es, de hecho, el único político mexicano que propone ideas. Ello resalta aún más en un horripilante escenario que parece haber perdido, a un mismo tiempo, la inteligencia y el pudor.”<sup>74</sup> La transformación narrada revela el pulso que tiene Fuentes de la realidad política mexicana.

Entrelaza su lectura de la situación política con las ideas de los teóricos y clásicos que le dan contenido a su pensamiento ya que: “el ensayista resulta de este modo un <<especialista>> del entender y del decir sobre su entender, que ofrece, como producto de

---

<sup>73</sup> *Ibíd.*

<sup>74</sup> *Ibíd.*

un acto intelectual, no sólo un conjunto de opiniones sino una obra nueva y organizada que apoya a su vez, desde su especificidad, aquello por él juzgado. El ensayo resulta entonces el despliegue de la inteligencia a través de una poética del pensar y la puesta en práctica de nuestra capacidad de entender y dar juicio de la realidad desde una perspectiva personal.”<sup>75</sup>

En el año 2003 en “Maquiavelo en México” hizo la siguiente analogía: “los hombres mudan de gobierno creyendo mejorar. El nuevo príncipe, por el simple hecho de su novedad, porque rompe una tradición, porque agita las aguas, no tarde en enfrentarse a una minuta de problemas existentes de la república heredada”<sup>76</sup>. Las complicaciones descritas por Fuentes solo podrían enfrentarse con la capacidad del presidente de adaptarse a las modificaciones del régimen político.

Fuentes para entender el cambio político recurre de manera constante al pasado, no solo para proyectarlo como un retrato de la realidad presente, sino que lo utiliza para hacer una comparación con el presente y advertir sobre lo que podría suceder. Construye desde su análisis y su inteligencia escenarios posibles:

En dichosos tiempos del tapadismo, el nombre del sucesor del Presidente en turno era el secretario mejor guardado de la República. Hoy, en tiempo de democracia, el favorito del Presidente tiene que estar destapado –es el Secretario de Gobernación-. Pero como la aplanadora del partido hegemónico ya no existe, ahora hay que imponer al tapado-destapado eliminando a su principal contendiente a ocupar la silla del águila: el actual Jefe de Gobierno del D.F. <sup>77</sup>

Carlos Fuentes detecta que los cambios democráticos sufridos en los últimos años ponen al sistema político mexicano en crisis, esto por la incapacidad de los diversos actores políticos para generar las reglas que permitan transitar dentro del sistema democrático que la

---

<sup>75</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007, p. 19.

<sup>76</sup> Carlos Fuentes, “Maquiavelo en México”, Op. cit.

<sup>77</sup> Carlos Fuentes, “¡Viva mi manager!”, *Reforma*, 7 de abril de 2005.

alternancia del año 2000 heredó. Por ello el primer riesgo para la democracia es la sucesión presidencial del año 2006, que no solo generó conflicto en el seno del gobierno y del PAN sino que también contrapuso al poder Ejecutivo con la oposición, generando un ambiente de crispación social y polarización política.

## **2.6. Avances y retrocesos democráticos en México**

La construcción de la democracia no es un camino concluido nunca y menos en una nación que está en ciernes, sucedió en el año 2006 donde la competencia electoral fue cerrada entre los dos principales candidatos. Hubo un desafío a las instituciones electorales para buscar una salida que permitiera encontrar una ruta pacífica que no modificara el orden institucional del país.

Fuentes desde su ensayo da seguimiento al proceso y con preocupación ve el desarrollo del pleito post-electoral:

El problema de México, señala Guzmán, es resolver su existencia normal como pueblo organizado. No lo hemos hecho porque “padecemos penuria de espíritu” y somos gobernados por “espíritus débiles e inmorales” o por simples “materialistas” que ponen por delante la economía sin darse cuenta de que si no cambia el espíritu habrá desorden económico. No existe, concluye Guzmán, esperanza que se funde en el desconocimiento de nuestros defectos.<sup>78</sup>

Las preocupaciones que al inicio de su carrera intelectual le inquietaron vuelven a aparecer, por ello las analiza revisando lo sucedido en el pasado, para intentar construir puentes que le permitan mostrar a los actores políticos las lecturas que él tiene y los riesgos que corre la democracia mexicana. Para Fuentes, Andrés Manuel López Obrador utiliza la

---

<sup>78</sup> Carlos Fuentes, “Los idus de julio, 1: querella, *Reforma*, 18 de julio de 2006. En su columna se refiere al novelista Martín Luis Guzmán y a su opúsculo publicado en 1915 *La querella de México*.

bandera de Madero para legitimar su protesta; mientras Felipe Calderón sostiene su discurso en la clase media católica. Ambas posturas contrastantes, parecen no escucharse y no tener intención de entablar un diálogo. Fuentes propone buscar la solución a través de la inclusión de ambas visiones y de así romper la idea de que uno ganó y otro perdió, encontrando el punto en común que dé una solución democrática, esto con la intención de legitimar la propuesta política que asuma el poder. Menciona que: “la gran diferencia con el día de hoy es que la legitimidad de un gobierno mexicano ya no emana de la Revolución sino de la Elección”<sup>79</sup>, ante dicha situación recuerda el interinato de Emilio Portes Gil que sirvió como punto de acuerdo para solucionar la inestabilidad existente después del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón:

Portes Gil cuadra en la fórmula maquiavélica dando fin al conflicto religioso basándose en “la necesidad de que las autoridades eclesiásticas demuestren su sumisión y respeto al poder civil, coadyuvando al respeto del orden” pues en caso contrario, indica con cierta sutileza florentina el mandatario, “el gobierno se vería precisado a usar de medios que quizás puedan calificarse de rigurosos”. El hecho es que a partir de la presidencia interina de Portes Gil se inició una era sucesiva de acuerdos pacificadores de la militancia católica y las autoridades religiosas, culminando con la famosa declaración del candidato oficial Manuel Ávila Camacho de que él era creyente, en 1940.<sup>80</sup>

Se adelanta a lo que parece un conflicto sin solución, proponiendo voltear a ver la historia para encontrar respuestas al conflicto. Explora el interinato, Fuentes se encuentra frente a un escenario probable: la repetición de la elección del año 2006, menciona:

Parte de la responsabilidad consiste en atenerse a los resultados: ¿Hubo fraude el 2 de julio? ¿Sólo lo hubo en las urnas presidenciales, más no en las que eligieron a senadores, diputados y municipios perredistas? ¿Es fraudulento el TRIFE (Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación)? ¿Preferimos las elecciones determinadas por el tapadismo, el dedo presidencial y la hegemonía priista? ¿No ha demostrado el TRIFE una y otra vez, su imparcialidad en numerosas elecciones locales y estatales? ¿A qué hora se convirtió el TRIFE en marioneta de

---

<sup>79</sup> Carlos Fuentes, “Los idus de julio, 3: interinato”, *Reforma*, 20 de julio de 2006.

<sup>80</sup> *Ibidem*.

Los Pinos o del PAN? ¿Hubiera sido descalificado el TRIFE por AMLO si le otorga el triunfo a AMLO?<sup>81</sup>

En la última época de este tiempo que Fuentes describe, analiza y presenta, encontró problemáticas que siguen aquejando y profundizándose en los tiempos que corren, menciona que “la violencia de la superficie política del país puede mezclar un cóctel explosivo con la violencia social de sus subterráneos que nos conduzca a un indeseado bonapartismo en nombre del orden y la resolución, por la fuerza de las diferencias. Es hora de gran cautela.”<sup>82</sup> Había riesgos para la democracia después de una elección cerrada, pero ese conflicto podía acrecentarse y desatar una violencia aun mayor de la que empezaba a existir en el país. Fuentes se adelantó a la estrategia que asumiría Calderón al llegar a la presidencia: “gran desafío. Ineludible reto para encaminar a México hacia un régimen de justicia y prosperidad que sepa enfrentarse a los gigantescos problemas que son el narcotráfico, la pobreza, la violencia, las bandas juveniles, la enajenación urbana y, al cabo, la enajenación del campo y del trabajo”<sup>83</sup>. La suma de los problemas enunciados por Fuentes, desatarían una violencia que aún no tiene fin. Calderón para alcanzar la legitimidad, después de una elección polarizada, centró su estrategia en el uso de las fuerzas armadas para combatir al narcotráfico. El tema de la violencia Carlos Fuentes lo narraría en su novela *La voluntad y la fortuna* (2010): “Permítanme presentarme. O más bien dicho: presentar mi cuerpo, violentamente separado (esto ya lo saben) de mi cabeza. Hablo de mi cuerpo porque lo he perdido y no tendré otra oportunidad de presentárselos a sus mercedes, o a mí mismo.”<sup>84</sup>

---

<sup>81</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de AMLO”, *Reforma*, 11 de octubre de 2006.

<sup>82</sup> Carlos Fuentes, “Los idus de julio, 4: bonapartismo”, *Reforma*, 26 de julio de 2006.

<sup>83</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de Calderón”, *Reforma*, 12 de octubre de 2006.

<sup>84</sup> Carlos Fuentes, *La voluntad y la fortuna*, México, Alfaguara, 2010, p. 17.



Fuentes al hacer el análisis de ese tiempo, observa los riesgos que existen para las instituciones y los presenta. Se adelanta a los escenarios posibles que tomarían los actores políticos. Respecto de López Obrador menciona: “lo cierto es que a Lula, a Lagos y a Bachelet, a Evo Morales y a Tabaré les tomó tiempo, paciencia y organización llegar al poder. Ellos dan cuenta de una izquierda latinoamericana muy diversificada, nada monolítica, a la cual espero un día acceda México. El reverso de esta medalla es el Bocazas Chávez, a quien no considero de izquierda, sino un fascista pasajeraamente rico y que divierte a sus colegas”<sup>85</sup>; y respecto a Calderón, comenta: “habrá de lidiar con una espada de dos filos. El externo, en relación a los EE.UU., sus necesidades de trabajo y el trato dado a los inmigrantes mexicanos. Y el interno, a medida que la frontera se cierre y se caliente y México deba proporcionar ocupación a medio millón de trabajadores cada año, encerrados detrás de la cortina de nopal.”<sup>86</sup> Ambos escenarios podrían parecer catastróficos y alarmistas, pero terminarían por cumplirse. Y no se trata del Oráculo de Delfos, hay algo que tiene el ensayo del intelectual: el conocimiento de su tiempo y del pasado el cual no es usado para justificar los problemas sino para entender y aproximarse a ellos. Si en la literatura hay una tradición que precede, lo mismo sucede en la vida política donde nada es nuevo, todo tiene un origen y a partir de él se puede comprender el porqué de la situación actual, por más complejo que esto pueda llegar a parecer. Carlos Fuentes como ensayista e intelectual estuvo siempre preocupado de la vertiginosa realidad política de México y América Latina en un diálogo sostenido en el año 2011 con el expresidente de Chile Ricardo Lagos mencionaría: “Por qué se va a escapar América Latina de la gran interrogante mundial que estamos viviendo: ¿qué somos?, ¿adónde vamos?, ¿por qué los partidos no nos dan lo que queremos?, ¿por qué los gobiernos nos

---

<sup>85</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de AMLO”, *Reforma*, 11 de octubre de 2006.

<sup>86</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de Calderón”, *Reforma*, 12 de octubre de 2006.

fallan? Todo esto, tarde o temprano se lo van a preguntar con mucho vigor los latinoamericanos.”<sup>87</sup>

Frente a estos riesgos latentes después de la elección cerrada del 2006 Fuentes analiza las dos caras de la moneda: Calderón y López Obrador, haciendo un llamado de atención –para ambos- de los riesgos que su postura podía generar. Pensando en el futuro de la oposición menciona:

El México incluyente y democrático, por más imperfecciones que ostente, requiere hoy de otro lenguaje y otra actitud. La izquierda tiene que verse y organizarse como un movimiento político permanente, no como una algarada circunstancial. La izquierda tiene que potenciar su presente en función del futuro como auténtica alternativa de poder en beneficio de todos los ciudadanos y de todas las clases, propiciando el ascenso del que habla (Ricardo) Lagos más que el descenso que practica (Hugo) Chávez. La izquierda tiene que trascender el liderazgo paternalista de AMLO a fin de ser más incluyente y encarrilar el poderoso verbo y la magnética presencia del tabasqueño a tareas compartidas con los izquierdistas que no son ni sus partidarios ni sus súbditos.<sup>88</sup>

Carlos Fuentes se dirige al próximo Presidente de México, le menciona los riesgos que tiene y la manera en que debe de enfrentar esa situación: aprendiendo de los errores del pasado político e intentando a partir de ese conocimiento no repetirlos:

El segundo (motivo), después de la legitimidad, es la operación administrativa. La primera prueba de la autoridad del gobierno de Calderón será el nombramiento de su gabinete. Se habla mucho de un equipo ministerial de transición. Más importante es reunir un gabinete de calidad.

[...]

El segundo paso será la manera como Calderón establezca una nueva relación con un Congreso plural, pleitero, pero espero no pendejo. Asojan algunas cabecitas desacreditadas del PRI y el Verde. Truenan, antes del relámpago, algunos rayos perredistas. Calderón tendrá que negociar reformas con el Congreso que tiene.<sup>89</sup>

---

<sup>87</sup> Carlos Fuentes, Ricardo Lagos, *El siglo que despierta*, México, Taurus, 2011, p. 132.

<sup>88</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de AMLO”, *Reforma*, 11 de octubre de 2006.

<sup>89</sup> Carlos Fuentes, “Debe y haber de Calderón”, *Reforma*, 12 de octubre de 2006.

Dicha visión plural de los problemas y el sentido de otredad que presenta hace entendible porque el ciudadano busca los ensayos de Carlos Fuentes, en ellos encuentra la respuesta que no tiene una postura ideológica, se encuentra con una lectura amplia del momento histórico, donde Fuentes da seguimiento puntual a los acontecimientos y a los actores que participaban del proceso político.

Carlos Fuentes en su ensayo demuestra porque su obra debe de ser leída como una totalidad y no como partes aisladas; de la misma forma debe leerse la visión cosmopolita que el agrega a sus ensayos, como constancia queda el que sería el último que escribiría con el título “Viva el socialismo. Pero... (2)” y que aparecería el 15 de mayo de 2012, donde menciona: “nota mexicana: me preocupa que estos grandes temas de la actualidad estén fuera del debate a la presidencia de México, dedicados a encontrarse defectos unos a otros y dejar de lado la agenda del porvenir.”<sup>90</sup> En México hay un alejamiento de los temas internacionales, por lo que Fuentes recurre a ellos como una necesidad de presentarlos en México y demostrar que los problemas nacionales no son ajenas a los factores externos, que a razón de que se entiendan e incorporen a la agenda nacional se puede avanzar en la solución de los conflictos; Fuentes detecta que los políticos no tienen agenda, se encuentran en la gresca, en el ataque entre sí y no en el debate de las ideas.

Carlos Fuentes encuentra dicha disyuntiva en México donde se vive una contienda política sin incorporar lo exterior ni conocer el interior de la nación. La falta de visión excluye el “porvenir”, entonces hay un anclaje en el pasado del cual no se busca salir. Es más sencillo para la construcción del discurso político atacar y descalificar que proponer, esa es la tónica de la política mexicana. Es importante mencionar el significado de política para Fuentes: “lo

---

<sup>90</sup> Carlos Fuentes, “Viva el socialismo. Pero... (2)”, *Reforma*, 15 de mayo de 2012.

mejor fue tener desde muy pronto un concepto constructivo y aristotélico del quehacer político: la política como costumbre virtuosa, receptiva de los datos de la cultura, la tradición, el respeto del individuo y el rigor de la colectividad.”<sup>91</sup>

Uno de los procesos que se presentaron a medida que avanzaba la democratización en México fue el debilitamiento de la figura presidencial y el fortalecimiento, a su vez, de la imagen de los gobernadores, quienes concentraron poder y se convirtieron en actores determinantes de la política nacional. Esta dispersión de poder cambio la dinámica de la correlación de fuerzas, pero se encontró con el problema de un sistema construido para el mandato de una sola persona, Fuentes menciona: “Perdida la omnipotencia presidencial de antaño, han cobrado fuerza los gobernadores de los estados y, sobre todo, han consolidado la suya las corporaciones públicas y privadas”<sup>92</sup>. La alteración en las relaciones de poder fue producto de la democratización donde ya hay una pluralidad de personajes y las instituciones empiezan a funcionar a razón de esa diversidad.

Se ansia el pasado y se busca regresar al mismo por parte de algunos actores políticos. Las gubernaturas se convierten en mini-presidencias que concentran el poder y desde donde se usan de manera indiscriminada los recursos públicos. Hay entonces en la legalidad: vacíos que no responden a la realidad y que son llenados según lo van entendiendo los actores políticos. Este cambio se convertiría a la larga en un desafío al sistema político, debido a la impunidad con la cual los gobernadores manejaron el presupuesto. Se estaría entonces frente a treinta y dos problemas de abuso de poder, corrupción, endeudamiento, dicho panorama

---

<sup>91</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, op. cit., p. 218.

<sup>92</sup> Carlos Fuentes, “El sitio del presidente”, *Reforma*, 17 de agosto de 2009.

llevaría a la sociedad a buscar un nuevo cambio de régimen, un movimiento en la oscilación del péndulo político.

El tiempo histórico y político que se está analizando es fluctuante, no se mantiene fijo y tiene riesgos de retroceder, de toparse de frente con el pasado que parecía vencido. Ese tiempo, entonces, invita al analista a estar bien informado. Todo puede cambiar de manera rápida, así es la historia y la política en México se mueve vertiginosamente y para entender los procesos históricos y políticos se necesita tener una mente aguda y abierta a la pluralidad de las ideas que se permita conocer la totalidad de factores y los incorpore a su análisis.

El movimiento del tiempo Fuentes lo concibe porque estudia la historia, es de los primeros intelectuales que rescata el México profundo, lo pone en diálogo con la modernidad y a su vez suma lo que sucede en otros países. Se mantiene informado de las novedades y no rehúye a lo sucedido. Por eso lo profundo de sus ensayos y lo vigente que aún se mantienen. Busca respuestas, en plural, en el presente pero siempre vuelve al pasado, escribe: “la historia se anuncia. Luego duerme la siesta. Y al cabo despierta”<sup>93</sup>. Fuentes no separa la historia y la política de sus ensayos, sabe que en su incorporación se encuentra la comprensión del presente y un rumbo mejor para el futuro, tal como lo menciona Luis Villoro “la historia responde al interés en conocer nuestra situación presente. Porque, aunque no se lo proponga, la historia cumple una función: la de comprender el presente.”<sup>94</sup>

Carlos Fuentes es el intelectual preocupado por su presente, por ello lo analiza y lo deja abierto al debate público, no se cansa en hacer un llamado a los actores políticos a generar los cambios que permitan mejorar la realidad de México. En 2007 en medio de un ambiente

---

<sup>93</sup> Carlos Fuentes, “Viva el socialismo. Pero... (1), *Reforma*, 14 de mayo de 2012.

<sup>94</sup> Luis Villoro, “El sentido de la historia” en *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980, p. 36.

de crispación post-electoral Fuentes escribe en “Los gritos de Dolores: un presidente sitiado”:  
“sitiado también por colaboradores ineficaces. A un año de gobierno, seguramente Calderón sabe quién sirve y quién no. Tiene toda la autoridad para reemplazar a su gusto a los funcionarios de confianza que a veces no la merecen. Un gobierno sitiado como el de Calderón requiere un funcionamiento fluido de la administración. La función lo requiere, sobre todo en un gobierno cuestionado que debe demostrar eficacia.”<sup>95</sup> Su ensayo es una invitación a pensar el presente en voz alta para encontrar soluciones de cara al futuro que siempre llega más pronto de lo esperado.

Fuentes participa de la vida pública presentando ideas y apoyando agendas que son cercanas a su pensamiento; no pelea, busca la suma de ideas, y lo hace porque observa que en la política nacional la presencia de ellas es nula: se hace la política de las vanidades y de la descalificación. Él muestra a la sociedad que es posible pensar y proponer para encontrar respuestas que fortalezcan a la democracia y a las instituciones. Respecto a los intelectuales como Héctor Aguilar Camín o Federico Reyes Heróles y las ideas que ellos están presentando, comenta:

De allí que leerlos y escucharlos en esta temporada electoral mexicana, requiere de atención particular. Hablan ellos, pero habla también una cultura intelectual bien avanzada respecto a la improvisación, la retórica hueca y a veces la chapuza como definiciones del quehacer político en México.

Hablo de los intelectuales que saben dialogar, no de los políticos o mercadotécnicos que solo saben frasear o descalificar.<sup>96</sup>

Aboga por las ideas como una forma de fortalecer a las instituciones. El tiempo es para él fundamental en la construcción de su obra, y por lo mismo no es ajeno de la visión que tiene

---

<sup>95</sup> Carlos Fuentes, “Los gritos de Dolores: un presidente sitiado”, *Reforma*, 18 de septiembre de 2007.

<sup>96</sup> Carlos Fuentes, “La alternancia y la oposición”, *Reforma*, 2 de junio de 2000.

de la realidad política e histórica de México, país que es centro de su análisis y al cual vuelve de manera constante; busca respuestas que mejoren la realidad de México, que es su pasión, y encuentra en la política una herramienta para cambiar la situación, y la cual no puede estar disociada de la historia y la imaginación, que se nutren de la realidad. Fuentes presenta en sus ensayos su visión de México, busca respuestas y las exhibe, no para quedarse guardadas en los periódicos sino para entrar en el debate con otros intelectuales, con la clase política y con la sociedad.

El ensayo que edificó Carlos Fuentes deja notar las herramientas que utilizó en la construcción de su literatura: la historia y la política. Existe entonces congruencia entre su actuar y su pensar. Defendió y presentó una agenda constante para México donde sobresale la defensa de la democracia, la educación y la sociedad sin disociar: la cultura y el lenguaje, que son los fundamentos centrales de su pensamiento.

Carlos Fuentes sabía que sus ideas no pasaban inadvertidas entre los círculos del poder<sup>97</sup>, entendía que la legitimidad ganada a lo largo de su trayectoria intelectual le permitía interactuar con distintos grupos. Propuso, escuchó y entendió el desafío de México; se atrevió a plantear salidas, que no quedaban plasmadas solamente en el periódico sino que llegaban a quienes tomaban decisiones. Es entonces su ensayo político una propuesta abierta a modificarse e incorporar nuevas visiones, con la intención de proyectar la idea del México que él estaba viviendo y escribiendo: nación en la que nunca dejó de pensar y a la cual siempre estuvo proponiendo ideas para mejorarla y lograr competir con otras naciones, por eso no es extraño que su último ensayo estuviera dedicado a la elección en Francia y que

---

<sup>97</sup> En el año 1999 Carlos Fuentes impulsó la creación del Foro Iberoamericano donde políticos, empresarios e intelectuales conversarán sobre el presente y el futuro. Se propicia el encuentro de mundos aislados y se eligen sedes distintas, lo que permite conocer las problemáticas de cada nación. El Foro es un espacio que hace posible se presenten las ideas frente a quienes toman decisiones políticas y económicas.

contuviera un llamado de atención a México de frente a su futuro, ese México al cual se refiere de la siguiente manera:

¿Nació México aislado singularmente, o somos, desde un principio, origen y destino de vastas migraciones, hermanados con el resto del mundo por los pies de muchos caminantes?

Hay diversos orígenes posibles para una tierra tan vasta, tan antigua, y tan misteriosa como la nuestra, y todavía tan poco explorada hacia el pasado y hacia el porvenir: mi visión de México está siempre capturada entre el enigma de la aurora y el acertijo del crepúsculo, y en verdad no sé cuál es cuál, pues ¿no contiene cada noche el día que le precedió, y cada mañana a la memoria de la noche que dio origen?

Permítanme entonces imaginar que, al principio, no había nada.

Entonces, de noche, en la oscuridad, los dioses se reunieron en Teotihuacán y crearon a la humanidad.<sup>98</sup>

---

<sup>98</sup> Carlos Fuentes, *Los cinco soles. Memoria de un milenio*, Barcelona, Seix Barral, 2000, p. 8



### Capítulo III. Ensayo sobre la cultura y el campo literario. La construcción del canon de Carlos Fuentes

#### 3.1. La construcción del canon

A través de sus ensayos sobre la vida cultural de México e Hispanoamérica Carlos Fuentes va configurando un canon, y se entiende que “en los estudios literarios, el concepto de canon se refiere a un listado de obras maestras y a veces a un listado de autores, de manera que genera así un descanso sobre el valor y los juicios de valor en el campo literario”<sup>99</sup>; este listado él lo va construyendo a través del mismo concepto: “la tradición de la Mancha”, que le permite encontrar la continuidad literaria y reencontrarse con sus clásicos, escritores que lo formaron a través de sus lecturas y cuya cita los acerca a nuevos lectores. Es entonces cuando se puede encontrar la continuidad y la renovación de la tradición. Al analizar los escritores que Fuentes incorpora a su canon surge la pregunta: ¿cuántos lograrán sobrevivir al tiempo y convertirse en clásicos?; por lo cual, “la diferencia en el caso del canon – (*con la biblia*)- literario es que una comunidad tiene derecho a agregar e incluso excluir miembros del canon sin recurrir a procedimientos administrativos, sino simplemente continuando la larga conversación acerca de los textos y su interpretación.”<sup>100</sup> Y es esa conversación la que nutre el canon.

---

<sup>99</sup> Ana Rosa Domella y Luzelena Gutiérrez de Velasco, “Canon”, en *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (coords), México, Siglo XXI Editores, Instituto Mora, 2009, p. 51.

<sup>100</sup> Rosa María Aradra Sánchez, José María Pozuelo Yvancos, *Teoría del canon y literatura española*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000, p.51.

No existe nada nuevo, todo está precedido de una larga tradición. Herencias transmitidas de generación en generación, donde el papel más importante es ocupado por aquel individuo que logra incorporar esa totalidad a su construcción intelectual. Ello implica apelar al uso de la memoria, “pero biografía, confesión o novela requieren memoria, pues la memoria, dice Shakespeare, es el guardián de la mente. Un guardián, diría yo, que radica en el presente para mirar con una cara al pasado y la otra al porvenir. La búsqueda del tiempo perdido también es, formalmente, la búsqueda del tiempo deseado.”<sup>101</sup> Por ello uno de los temas que más destacan en la construcción ensayística de Carlos Fuentes, es la visión que él da de su propio canon literario: encuentra un acercamiento a la tradición novelística a la cual se insertó; de igual manera se observa la aproximación a sus maestros, a quienes agrega a su propio canon, no es extraño observar la referencia constante a los autores clásicos. Para delimitar el tema se estudiarán los que menciona del periodo que va de 1995 al 2012, de tal manera que la construcción de su canon se puede entender a partir de los siguientes grupos: maestros, amigos y autores de la novelística mexicana, mencionando a las escritoras y los escritores que para él tenían mayor originalidad. Saliendo de la literatura mexicana se explora a Gabriel García Márquez y al poeta Pablo Neruda, quien fue una fuerte influencia no solo en Fuentes sino también en los escritores contemporáneos a él.

Sus ensayos sobre estos temas están a su vez estrechamente ligados con el objeto de estudio, hay un diálogo con el pos-tiempo mexicano que Fuentes analizó y permite abrir una puerta para entender la totalidad de su obra. Presenta a los intelectuales, que aquí se abordarán, y les da un lugar en la discusión literaria de su tiempo, colocando sus obras y sus nombres en la agenda pública, y de esa manera dejando al descubierto su visión literaria, la

---

<sup>101</sup> Carlos Fuentes, “Gabo y yo: memorias intercambiables”, *Reforma*, 7 de octubre de 2002.

que a su vez se desprendió del *Boom* latinoamericano y que logró romper con las fronteras de la literatura, que estaban cerradas a otras tradiciones; se incorporó todo y se mezcló con la historia profunda de las naciones latinoamericanas; no es extraño que Fuentes optará por la literatura que retoma dicha pluralidad y rompe con lo ya hecho.

La cultura nos dice Cassirer: “es la obra del hombre, razón por la cual es la comprensión de la naturaleza humana la que lo explica todo”<sup>102</sup> y dentro de la comprensión se encuentra el pasado, ya que se construye a lo largo del tiempo, mantiene por lo tanto una continuidad y se ve enriquecida por la suma de otras culturas y tradiciones. Al respecto Fuentes menciona *En el espejo enterrado* (1992) “algo que en medio de todas nuestras desgracias permaneció en pie: nuestra herencia cultural. La que hemos creado con la mayor alegría, la mayor gravedad y el riesgo mayor. La cultura que hemos sido capaces de crear durante los pasados quinientos años, como descendientes de indios, negros y europeos, en el Nuevo Mundo.”<sup>103</sup> Por su parte para Fuentes la novela: “convierte el pasado, en memoria, y el futuro, en deseo. Pero ambos ocurren hoy, en el presente del lector que, leyendo, recuerda y desea.”<sup>104</sup> Ambos temas: la novela y la cultura, fueron sus principales ocupaciones y preocupaciones; por ello no quedan fuera de su análisis semanal. Son recomendaciones del tiempo que él miraba, ya como un escritor reconocido y con la experiencia resultante del cúmulo de lecturas realizadas. Dialogó con su tiempo para observar el desarrollo de la sociedad analizada desde la óptica de la cultura que es un agente de cambio en los procesos sociales, políticos y económicos. La literatura y la imaginación son espacios en permanente confluencia con la sociedad.

---

<sup>102</sup> Ernest Cassirer, *Las ciencias de la cultura* (1942), trad. Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 125.

<sup>103</sup> Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Taurus, 1992, p.14.

<sup>104</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002, p. 204.

La continuidad cultural forma parte de los procesos sociales, políticos, económicos e históricos, y logra modificar y generar transformaciones desde su propio espacio, no es extraño que sea incómoda para los gobiernos que censuran la libertad y la imaginación, en dicho aspecto, cultura es sinónimo de democracia, libertad e igualdad; permite por lo tanto generar puentes entre la sociedad y el gobierno. Recordar su papel activo, es mirar ese ensayo breve titulado “Gonzalo Celorio” donde se lee:

Acaso la renuncia que el Presidente Fox, a través del Secretario Tamez, le ha pedido a Celorio, no tenga nada que ver con las recientes disputas en torno a Cuba. Pero es, de cualquier modo, una desafortunada decisión que en nada beneficiará a la política cultural de la transición mexicana. Dicho con más claridad: el inmerecido despido de Celorio rebaja, entorpece y desvanece la política cultural del régimen. Y como no creo que la presencia del Fondo en Cuba sea la razón del despido, lamento la falta de oportunidad política que lleva a pensar lo contrario, dañando en este caso, inmerecidamente, la gestión de cultura mexicana en el exterior del canciller Jorge G. Castañeda.<sup>105</sup>

La política cultural a la cual Fuentes nunca dejó de observar, mirando entre las personas y personajes, donde se encontraban sus maestros, sus contemporáneos y la nueva novela. Inquietudes intelectuales que se hallan presentes en todo su ensayo y en su obra misma; se puede constatar que en su ensayo busca renovar el canon; es interesante ver el análisis de las influencias en la narrativa mexicana, para ello se explorarán dos artículos: uno que dialoga con las aportaciones alemanas a la literatura mexicana, en especial en José María Pérez Gay, y el otro que habla de Cristina Rivera Garza, escritora que él descubre y da a conocer, ejemplo de la construcción de su propio canon mediante la lectura propuesta.

Se abre una primera discusión para poder comprender la construcción del canon de Fuentes: ¿Qué es un clásico? ¿Qué es canon? Ambas preguntas tienen una infinidad de respuestas, válidas todas, ya que se han construido desde la óptica personal de cada autor. Basado en el origen de la palabra, Sainte-Beuve escribe:

---

<sup>105</sup> Carlos Fuentes, “Gonzalo Celorio”, *Reforma*, 3 de mayo de 2002.

Un verdadero clásico, como me gustaría definirlo, es un autor que ha enriquecido el espíritu humano, que ha aumentado realmente su tesoro, que le ha hecho dar un paso más, que ha descubierto una verdad moral no equívoca, o retomado una pasión en ese corazón donde todo parecía conocido y explorado; que ha expresado su pensamiento, su observación o su invención en la forma que sea pero siempre amplia y grande, fina y sensata, sana y bella en sí misma; que ha hablado a todos en un estilo propio que resulta ser también el de todo el mundo, en un estilo nuevo sin neologismos, nuevo y antiguo, fácilmente contemporáneo a todas las épocas.<sup>106</sup>

Hay un estilo propio, que se nutre de lo que el clásico absorbe de su entorno, lo anterior se conjuga con lo antiguo y moderno con lo cual hay una sobrevivencia de la obra en el tiempo gracias a su “espíritu humano”; en contraparte Azorín menciona: “¿Qué es un autor clásico? Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico, sino refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan; evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones”<sup>107</sup>, si la sensibilidad es un eje crucial en el momento de entender al clásico, el debate en el presente se centra en la necesidad de ir más allá del concepto, mirar su vínculo con la tradición y la pertenencia a un presente multidisciplinario, para ello José María Pozuelo Yvancos desarrolla la idea, hablando del vencimiento del tiempo:

Una obra clásica sería aquella que opone su resistencia a ser administrada por cualquier canon, es decir, aquella que impone una radical diferencia con la lectura que establezca, o pretenda hacerlo, su significación en un momento preciso de la historia. La naturaleza del clásico coincide con la apertura de un problema hermenéutico y no con su cierre. Merecerían el calificativo de clásicos aquellos textos que se resisten a su reducción al momento de la cultura que los consagra, queriendo con tal consagración reducir su virtual energía transformadora. Un clásico sería el que opone resistencia, con *su energeia* a ser reducido al ergon de su canonicidad como elemento estable de lectura.<sup>108</sup>

---

<sup>106</sup> Charles-Augustin Sainte Beuve, *¿Qué es un clásico?* (1850), trad. Raoul Albé, Madrid, Casimiro libros, 2011, p. 12.

<sup>107</sup> José Martínez Ruiz, Azorín, “Nuevo prefacio a Lecturas Españolas”, en *¿Qué es un clásico?*, Charles-Augustin Sainte Beuve, Madrid, Casimiro libros, 2011, pp.30-31.

<sup>108</sup> Rosa María Adrana Sánchez, José María Pozuelo Yvancos, *Teoría del canon y literatura española*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000, p. 69.

La necesidad de construir los conceptos es para entender por qué Fuentes mediante sus ensayos –que tocan a la cultura, los escritores y sus obras-, traza lo que es su canon “cada época y geografía producen un canon diverso, de acuerdo con principios que atienden a problemáticas de orden nacional, de gusto, de intereses políticos, de estrategias culturales oficiales o de grupos”<sup>109</sup>; piénsese en la construcción de un canon que él comienza a elaborar desde la aparición de *La nueva novela hispanoamericana* (1969), donde configura un primer grupo de autores que están siendo leídos o lo serán a partir de su guía literaria. Allí aparecerá el colombiano Gabriel García Márquez junto a Juan Goytisolo. Cada autor construye su propio listado literario, para influir en las lecturas de los otros. Fuentes seguirá con esta labor en libros posteriores: *Casa con dos puertas* (1970), *Valiente mundo nuevo* (1990), *Geografía de la novela* (1993) y *La gran novela latinoamericana* (2011). Esta misma visión se da en los ensayos que publicó en diversos medios impresos, y que no están lejanos de los libros antes mencionados, sino que muestran a un intelectual que lee lo que las nuevas generaciones están creando.

Fuentes fue un autor que siempre leyó a sus clásicos<sup>110</sup>, lo acompañó Honoré de Balzac, Miguel de Cervantes, Charles Dickens, William Faulkner, Franz Kafka, Jorge Luis Borges,

---

<sup>109</sup> Ana Rosa Domenella, Luz Elena Gutiérrez de Velasco, “Canon”, en *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (coords), México, Siglo XXI Editores, Instituto Mora, 2009, p. 52.

<sup>110</sup> En la Biblioteca personal de Carlos Fuentes (BCF) –agradezco a la bibliotecaria Rosario Martínez Dalmau por facilitarme el catálogo de la BCF- sobresale la presencia de doce tomos de *La comédie humaine* de Balzac; de igual manera destacan catorce ediciones del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; de Faulkner hay treinta y cuatro títulos donde solo *Luz de agosto* y *Cuentos reunidos* se encuentran en español; de Gabriel García Márquez hay treinta y seis libros de los cuales *El amor en los tiempos del cólera* se encuentra en seis versiones, una de ellas en inglés y *Cien años de soledad* se encuentra en cinco versiones; de Julio Cortázar hay veintiséis libros, destaca el hecho de que no se encuentre ningún ejemplar de *Rayuela*; de Vargas Llosa hay catorce libros donde dos ejemplares son de *La ciudad y los perros*; de Pablo Neruda existen diecisiete libros destacando *Memorial de Isla Negra* (I, II, III, IV, V); de Octavio Paz veintinueve títulos sobresale *Libertad bajo palabra* (con tres ediciones diferentes); de Héctor Aguilar Camín se conservan dieciséis libros la mayoría

Alfonso Reyes, pero también sus contemporáneos Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, como puente entre ellos estarían Pablo Neruda, Octavio Paz, Alejandro Carpentier. Todos ellos son hoy considerados clásicos, aunque no lo eran todavía en el tiempo en que Fuentes leía a unos, dialogaba con otros y conversaba con todos, para después leer la continuación de su tradición Héctor Aguilar Camín, Cristina Rivera Garza, Jorge Volpi, entre otros. Se puede entender lo anterior como el canon construido por Fuentes a través de sus lecturas, respecto a ello Grínor Rojo, dice: “las obras clásicas son las que obtienen su durabilidad, y por lo tanto su potencia significacional, estableciendo para su desempeño un diálogo de intenso aprovechamiento y de no menos intensa colaboración con las fuentes mayores de la historia de una cultura”<sup>111</sup>, ese diálogo es el que hace que una obra entre en comunicación con otras que están en construcción –en tiempo presente-, una obra que no es leída y comentada nace sin vida, aunque muchas necesitan del paso del tiempo para ser reconocidas, no todas nacen con la fama, y a muchas solo les dura un momento y terminan olvidadas. Son pocas las que vencen a la inmediatez, escasas nacen casadas con la inmortalidad. Toda obra de reciente aparición surge de la incorporación a su propio pasado “no hay Lezama sin Góngora –pero no hay, desde ahora, Góngora sin Lezama-. El autor de ayer se convierte así en autor de hoy y el de hoy, en autor de mañana”<sup>112</sup>, no hay nada que sea nuevo, todo se incorpora a la tradición que cada autor construye y de la cual quiere formar parte. Por ello mediante, su propia escritura, justifica y legitima cuáles son sus clásicos.

---

dedicados a Carlos Fuentes y Silvia Lemus, de los cuales tres tienen anotaciones: *Después del milagro* (Cal y arena, 1988), *México. La ceniza y la semilla* (Cal y arena, 2000) y *Pensando en la izquierda* (Fondo de Cultura Económica, 2008); de Cristina Rivera Garza hay cinco libros donde tres de ellos están dedicados; y de Jorge Volpi hay veinte ejemplares donde tres de ellos son de la novela *En busca de Klingsor*.

<sup>111</sup> Grínor Rojo, *Clásicos latinoamericanos. Para una relectura del canon: volumen. El siglo XIX*, Chile, LOM Ediciones, 2011, p.5.

<sup>112</sup> Carlos Fuentes, *A viva voz. Conferencias culturales*, México, Alfaguara, 2019, p. 251.

Irene Vallejo nos dice que “la palabra <<clásico>> deriva del vocabulario de la riqueza y la propiedad. Al principio no tuvo el más mínimo nexo con la creación o el arte”<sup>113</sup>, ese clasificar según la riqueza, da un primer sentido a lo que hoy se entiende, existe una discriminación de lo que no se encuentra dentro de lo que dicen los grupos que se encargan de legitimar, lo que entrará en el canon y será considerado clásico. El tiempo vencerá toda clasificación, postergándola o borrándola en el futuro, pero no hay autor que mire si su obra será catalogada como tal.

Se necesita comprender que clásico es una discusión sin fin, Borges mencionará “clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término”<sup>114</sup>, no todo libro nace siendo comprendido, son los lectores los que le dan la categoría. Las naciones pueden imponer lecturas que legitiman los proyectos políticos, pero ello no implica traspasen el umbral del tiempo. La postura de Borges entra en diálogo con la de Italo Calvino, quien sugiere “inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos; y yo diría que esa biblioteca debería comprender por partes iguales los libros que hemos leído y que han contado para nosotros y los libros que nos proponemos leer y presuponemos que van a contar para nosotros”<sup>115</sup>, dos posturas sobre el mismo tema. ¿El clásico lo define cada quien en la construcción de su biblioteca o son las naciones? Cada quien lee lo que le parece más placentero, pero siempre surge la duda de cuál es el camino más idóneo para hacerlo, y es ahí donde aparecen las figuras autorizadas como la de Carlos Fuentes, quien construye una guía de lectura, la cual encuentra su legitimidad en los años que

---

<sup>113</sup> Irene Vallejo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, España, Siruela, p. 363.

<sup>114</sup> Jorge Luis Borges, *Inquisiciones/Otras inquisiciones*, México, Debolsillo, 2013, p. 382.

<sup>115</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos* (2002), trad. Aurora Bernárdez, España, Siruela, 2015, p. 20.



él dedica a la lectura y a la escritura. En este caso el lector siempre busca la opinión de la crítica, y la mejor hecha es la que se construye de escritor a escritor, se leen de iguales porque conocen los secretos del lenguaje y el juego con los tiempos y los espacios que permite se construya de manera sólida la historia. A ello no es ajeno Fuentes, sabe los terrenos que pisa y cuáles son las lecturas que busca impulsar como su agenda cultural, que se apegan a su construcción narrativa y a los modelos más avanzados de la literatura; él fue un autor vigente ya que se mantuvo al día en las tendencias literarias, por ello cada libro era una innovación, no buscó nunca repetirse y mantuvo un diálogo constante con diversas literaturas.

“¿Qué era un canon? Una vara de medir. Los albañiles y los constructores antiguos llamaban de esa forma a unos sencillos listones de madera que servían para trazar líneas rectas y fijar con precisión tamaños, proporciones, escalas”<sup>116</sup>, esa medida es la que se verá en los ensayos de Carlos Fuentes; se está frente a la lectura de él, es lo primero que se tendría que tomar en cuenta. ¿Qué está leyendo?, y ¿cuál es la lectura que está proponiendo?

Se piensa en su construcción ensayística como un listado que excluye y agrega a ese canon. Teniendo como referencia sus lecturas. Proyecta en ello la vigencia y el acercamiento de sus ideas a la tradición que él nombró como la de “La Mancha”, se ve en ello una renovación; y no se está ante la creencia y los gustos de un hombre; sino ante el estudio de una tradición y la autoridad del intelectual. Lo anterior demuestra que “(puesto que un canon nunca puede ser identificable con una antología personal), sino la medida en que la argumentación teórica que la precede y justifica es sintomática de una de las posiciones del debate y de cómo su radicalidad ha llevado al surgimiento de un cierto neo-fundamentalismo

---

<sup>116</sup> Irene Vallejo, Op. cit., p. 370.

teórico que postula recuperar la idea de unos universales estéticos y antropológicos, fundamento de canonicidad.”<sup>117</sup>

La teoría fundamenta la construcción de un canon, los autores que forman parte de él se encuentran cercanos por una corriente literaria. Fuentes y la “tradición de la Mancha” de la cual nos dice: “Ninguna obra literaria ilustra mejor esta convicción que Don Quijote de la Mancha. Nace de una tradición intelectual clara, noble y, para colmo, disimulada. Y se perpetúa en una tradición que se confunde –porque la origina, porque la bautiza- con la historia de la novela.”<sup>118</sup> Ese territorio es lo que Pozuelo Yvancos define como biblioteca: “el canon implica un principio de selección que mueve juicios de valor, que un bibliotecario no podría ni tendría por qué plantearse. El canon se dirime no como territorio (ésa sería la biblioteca), si no como mapa o guía para determinado viaje en el seno del territorio.”<sup>119</sup> El canon es visto como la guía que el autor construye y presenta al lector para poder navegar en el territorio, que es la biblioteca –el conocimiento de las sociedades-. Dicha ruta responde a una interrogante: ¿qué leer?, y a la vez anuncia que no es la única, hay más. Y sufrirá, sin duda alguna, modificaciones en el tiempo. El canon se modifica a medida de que una obra literaria asume el papel de clásica, clasificación que solo da el tiempo y en ello se encuentran presentes una serie de valores y acciones que lo modelan y “que remite a un espacio que institucionaliza, o bien, a una lista que conglomerada, para intentar fijar ciertas normas o valores en un campo cultural. Pero en el término se reúnen algunos antecedentes que no sólo hacen referencia a las normas o a los criterios selectivos sino también a las conductas y acciones de individuos o instituciones.”<sup>120</sup>

---

<sup>117</sup> Rosa María Aradra Sánchez, Op. cit., p. 34.

<sup>118</sup> Carlos Fuentes, *A viva voz. Conferencias culturales*, Op. Cit., p. 61.

<sup>119</sup> Rosa María Aradra Sánchez, Op. Cit., p. 48.

<sup>120</sup> Ana Rosa Domenella, Op.cit., p. 50.

El canon está compuesto de normas y criterios que lo forman, y su vigencia depende del tiempo. Se puede concluir, entonces, que el canon es producto de una necesidad, la de nombrar y enlistar. Una guía de lectura de un tiempo que rescata a otros tiempos y su permanencia depende del traspaso que la obra haga del cronotopo literario; las obras que vencen dicha dificultad son las llamadas clásicas.

Carlos Fuentes mencionaría en una conferencia dictada en El Colegio Nacional en el año 2000 que: “Tradición y creación. Las anuncio unidas porque creo profundamente que no hay nueva creación literaria que no se sostenga sobre la tradición literaria, de la misma manera que no hay tradición que perviva sin la savia de la creación”<sup>121</sup> por ello su reiterada necesidad de trazar la ruta de las influencias que ayudaron a construir su propia visión literaria, junto a ello se mira la formación del canon donde él incorporó a sus clásicos, a sus contemporáneos y a las generaciones posteriores.

Fuentes recrea su propia tradición, dialogando con la literatura de su tiempo y con la que se estaba creando. Resulta complejo saber si los libros y autores a que se refiere en el periodo que va de 1995 al 2012 se convertirán en clásicos, y sería arriesgado darles esa categoría, ya que él no lo hizo, pero si construyó su canon, con lo cual marcó la tendencia de lectura y escritura de México y América Latina, incorporando su tradición a otras lenguas y siempre trayendo a la discusión a sus maestros. Se mueve entre esos dos puntos para continuar con la tradición en la cual está inserta su obra literaria.

Es notable el interés con el que Fuentes lee y comenta a los autores de generaciones más jóvenes que la suya y particularmente a los autores que son de México, ese es su tiempo mexicano y de allí la atención de la literatura y qué influencias se están retomando. Para

---

<sup>121</sup> Carlos Fuentes, *A viva voz. Conferencias culturales*, Op. Cit., p. 251.

entender la continuidad histórica se agrega la lectura que hace de sus maestros como Alfonso Reyes y Pablo Neruda. Sus amigos, los jóvenes escritores de los cuales habla y a los que está leyendo. Mención aparte merece el ensayo que dedica a Gabriel García Márquez. Lo anterior permitirá leer la construcción del canon que Fuentes propone en los últimos años de su vida. Muchos ensayos han quedado excluidos, ya que tienen un corte analítico más político que literario. Estamos frente al intelectual que escribió y se preocupó por todos los temas de su actualidad y que fue fiel a sus ideas hasta el final.

La construcción de su propio canon y la incorporación de los jóvenes escritores a la tradición es un acto de generosidad para las nuevas generaciones de escritores, es admirable cómo, a diferencia de otros escritores consagrados prefirió hablar de las nuevas generaciones, promoviéndolas y, con ello, quizá, darle impulso y continuidad a la novela que se escribe en América Latina, de la cual fue uno de los principales promotores.

### **3.2. Personas y personajes: maestros y amigos. Configuración de un tiempo**

#### **3.2.1. Alfonso Reyes y el sol de Monterrey**

Una de las figuras literarias más importantes en la vida de Carlos Fuentes fue el autor regiomontano Alfonso Reyes, personaje central de las letras en la primera mitad del siglo XX, maestro de los principales escritores mexicanos, entre cuyos discípulos y seguidores habrían de destacar el propio Fuentes y Octavio Paz. Siguieron su guía y dieron continuidad a la tradición literaria en México y América Latina al morir Reyes. Es indudable que para el autor de *Aura*, Reyes se convertiría en su primer contacto con las letras a partir de su estancia en Brasil en el año de 1930, y comentará que aprendió “literatura en las piernas de Reyes”.

Este sería el primer acercamiento con la literatura a través del embajador, el niño no sabría en aquel momento que sería escritor ni mucho menos que Reyes sería su mentor y maestro literario.

Alfonso Reyes fue maestro y amigo. A pesar de los años de diferencia que había entre uno y el otro se estableció una amistad que duraría hasta el último día de la vida de Reyes –sin importar el malentendido de ambos por el título de *La región más transparente* (1958), ya que a don Alfonso no le pareció adecuado el manejo del lenguaje, ello tampoco le restó admiración del alumno al maestro.

En el texto publicado el 17 de febrero de 1999, “Reyes de regreso a Monterrey”, Fuentes retornará a su maestro con admiración y haciendo un llamado para incorporar sus ideas al siglo que comenzaba. Fuentes considera que se trata de un clásico poco leído, por ello en el texto menciona: “sobre tan lúcida amabilidad, pudo Reyes levantar el momento de su literatura con raíz pero sin fronteras: quiso, y pudo, ser generosamente universal a fin de ser provechosamente nacional”<sup>122</sup>. Aquí se lee uno de los puntos principales que configura la idea de clásico y canon en Carlos Fuentes: la relación entre lo universal y lo nacional. La imaginación permite la incorporación de distintos pensamientos y realidades, y a su vez no se excluye lo nacional. Esa es la base del pensamiento reyista, lo será también del fuentesiano, y es entonces una propuesta para las generaciones a las que les habla Fuentes, con las que quiere crear una conexión intelectual con Reyes.

En el ensayo se anuncia el tema de la creación de la Cátedra Alfonso Reyes<sup>123</sup>, que es una iniciativa que no solo recoge las inquietudes de Fuentes sino que se convierte en el medio

---

<sup>122</sup> Carlos Fuentes, “Reyes de regreso a Monterrey”, *Reforma*, 17 de febrero de 1999.

<sup>123</sup> Carlos Fuentes fue el principal impulsor para la creación de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey fundada en febrero de 1999, con el fin de difundir la obra del regiomontano a través de la colección

para promover la obra de su maestro, enfatizando aquello que él considera fundamental, lo sustancial de la misma, lo que todo lector primerizo tendrá que conocer para entrar en un mundo amplio y admirado por una notable erudición. Esta es una de las características que Fuentes destaca de su maestro, y por ello la cantidad de temas que estudió: abarcó desde los griegos hasta Mallarmé, de Horacio a Goethe nos lo presenta como un humanista, preocupado por todo el conocimiento y un promotor de las obras fundamentales para él, sus clásicos:

Autores que amaba Reyes –Goethe y Horacio- me conducen a otros autores y un libro que, para mi eterno deleite y agradecimiento, él puso en mis manos cuando yo tenía diecisiete años y lo visitaba, mes con mes, en su retiro de Cuernavaca: *Las confesiones de un hijo del siglo*, de Alfred de Musset, donde el gran poeta romántico francés se sitúa entre el fin de la Revolución y el Imperio y se dispone a ingresar al tiempo de la revolución industrial, el dominio de las burguesías y el surgimiento de los nacionalismos.<sup>124</sup>

Hay un diálogo entre clásicos, tal como Reyes lo construyó a lo largo de su obra; mediante ellos forjó una tradición que legó a sus discípulos. Esa lectura constante de la historia de la humanidad, a través de autores que influyeron en su época y logran traspasar su tiempo, es una labor que el intelectual construye; él utiliza la inteligencia para participar con las ideas en su sociedad, dicha injerencia se da precisamente mediante la construcción de su propio conjunto de visiones. Poder intervenir en su tiempo implica un conocimiento profundo del saber humano y un desafío a su realidad y a su propia generación. En este tema en particular, Reyes fue un intelectual que construyó parte de su obra y prestigio fuera de México, que tuvo desde el exterior la visión de una nación convulsionada por la Revolución.

El intelectual se formó absorbiendo el conocimiento de otras culturas y lo compartió con su país, se incorporó así a la discusión de las ideas con una visión más cosmopolita.

---

dirigida por Fuentes, nombrada: *Capilla Alfonsina*, donde se hace una selección -en diferentes tomos- que incluye trabajos fundamentales del escritor.

<sup>124</sup> *Ibidem*.

Viajar y vivir en distintos países le permitió construir desde el exterior su visión de México, jamás hubo un distanciamiento de sus raíces, el intelectual que se construye -en la visión de Fuentes- es el que regresa a sus orígenes para no solo incorporar esa visión a su pensamiento, sino también para comprender mejor su pasado; el amor a su patria lo llevó a buscar afuera respuestas a sus problemas, sin rechazar su propia historia:

Alfonso Reyes paseó por el mundo el sol de Monterrey. Lo llevaba en la sonrisa: nadie más alejado del severo magíster y del pomposo orador que el risueño Reyes de la franca carcajada norteña. Una carcajada llena de amor, de simpatía, de acercamiento, de cordialidad, de cortesía. No creo haber conocido a otro hombre que reuniese tanta afabilidad humana con tanta agudeza intelectual.<sup>125</sup>

Reyes regresó a su ciudad a través de sus letras, recordándola y queriendo incorporarla a una tradición que le era ajena. Fuentes encuentra otro hilo conductor: estar cerca de una ciudad que le da sentido a su pensamiento. Coincidencias intelectuales, ambos crearon su espacio intelectual en la Ciudad de México y a su vez su amor se encontró en otra ciudad – Veracruz en el caso de Fuentes-, necesidad de la cercanía con el interior del país; fronteras del pensamiento y de la historia profunda de México; territorios aislados del centro político y social de la nación. Desde ese espacio de la imaginación nutrieron sus letras y generaron una nueva creación.

Se encuentra entonces la admiración por su maestro y la propuesta de releerlo a la luz del nuevo milenio, como una fuente de ideas para hacer frente a los problemas de una sociedad alejada de la labor humanista, Fuentes reubica al pensador clásico que es Reyes y propone una ruta de lectura y acercamiento a su obra -en su ensayo-, y a la vez que lo refuerza con la creación de la Cátedra, espacio donde se discutirá y se difundirá la imagen y la palabra de su

---

<sup>125</sup> *Ibíd.*

maestro. La construcción de su canon incluye en primer lugar la presencia de Reyes para las próximas generaciones de lectores y escritores; por ello el nombre del maestro es punto de reunión y diálogo. Encuentro de las tradiciones en el nombre que más lo influyó de las letras mexicanas. No existe literatura que nazca sola, requiere forzosamente de anclarse en la tradición; el regresar a Reyes no solo es una invitación a leerlo, es también la definición de un canon donde Fuentes coloca a Reyes como pieza fundamental, no solo de su grupo de autores, sino de toda una tradición.

### **3.2.2. Neruda: el arte de nombrar**

Continuando el diálogo de Fuentes con sus maestros, es pertinente recordar que en América Latina es con el *boom* de la novela que inicia una innovación literaria, antes era una “América sin novelistas” como lo llama Héctor Aguilar Camín, y se destacaban particularmente en las letras los poetas, quienes tomaron la responsabilidad del lenguaje y la imaginación, ellos fueron a su vez una de las grandes influencias de los novelistas que aparecerían a lo largo del siglo. No se puede pensar el *Boom* de la novela latinoamericana sin Rubén Darío, Vicente Huidobro, César Vallejo, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Para Fuentes los encuentros con Neruda se dieron mediante el acercamiento con la literatura: “conocí tres veces a Pablo Neruda. La primera fue en los encuentros –irrepetibles– organizados por el poeta Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción, en 1962. Vinieron escritores de todo el continente iberoamericano. Neruda presidía como si acabase de salir del mar, un Neptuno en vacaciones. Patriarca de las tormentas, las apaciguaba con la lenta



majestad de sus movimientos."<sup>126</sup> Junto con la imagen admirada del poeta, a través de cuyas letras había aprendido a leer a América y a crear un estilo que revolucionó la literatura latinoamericana, añade: “creo que sin Neruda, no tendríamos literatura moderna hispanoamericana. Sor Juana, Darío, y mucho mérito pero escaso genio, entre ellos. Y una lengua constantemente amenazada por discursos huecos y proclamas grandiosas, cortesías alambicadas y groserías banales”<sup>127</sup>. Plantea ya implícitamente una distinción entre aquello que sí y aquello que no debe entrar en el canon. Lo que Fuentes encuentra en Neruda es un poeta que penetró en las entrañas de la sociedad, sus poemas se difunden y se cantan como corridos populares. La literatura es en ese sentido una posibilidad de comunicación permanente, a través del lenguaje, con la historia y con los sentimientos de una nación.

Se pueden copiar modelos; pero el poeta chileno da un paso más allá: crea su propio lenguaje y nombra las cosas, dándoles un nuevo significado. Los encuentros con él le permiten lograr el reconocimiento del hombre que escribe y que no se puede aislar de su realidad, lo mismo sucede con Reyes. Ninguno de estos maestros rehúye de su situación, si no que ambos se incorporan a ella con la finalidad y la necesidad de encontrar las respuestas que permitan cambiar su tiempo.

Anclados en su presente, no dejan de lado el pasado, se saben parte de él; por ello su revisión constante. En ello son adelantados a su tiempo, exploran todo lo sucedido sin discriminar nada; se oponen a la construcción oficial de la historia, es ese punto donde se crea una nueva literatura que retoma todas las tradiciones y etapas del pasado de manera crítica. Se trata de un diálogo que se inicia con el pasado y se prolonga en presente.

---

<sup>126</sup> Carlos Fuentes, “Cien años con Neruda”, *Reforma*, 12 de julio de 2004.

<sup>127</sup> *Ibíd.*

Fuentes construyó su narrativa desde esta visión, sin temor a chocar con las tendencias nacionalistas, y continuó con la conversación hacia afuera, como una necesidad de la cual él fue testigo. No temía a las críticas, las superó y prosiguió su obra, que es el inicio de una nueva realidad narrativa en el continente.

Encuentra en Neruda y su obra una situación equiparable a lo realizado por el propio Fuentes y el conjunto de autores, que cambiaron la manera de escribir y difundir la literatura; a la vez que se encuentra con el rechazo de la crítica anclada en el pasado. Esta ruptura creó una nueva manera de narrar en América Latina. Para el poeta, “sus conflictos con escritores de su generación fueron amargos, pero con nosotros, los escritores que él conoció cuando éramos jóvenes, Neruda siempre fue generoso, abierto, inteligente, dialogante. Porque cuanto nos unía era incomparablemente mayor que lo que nos separaba”<sup>128</sup>, esa ruptura generacional habla del inicio del cambio a la tradición que afecta a muchos de sus contemporáneos.

Neruda es un incomprendido de su tiempo, por ello logra dialogar de manera respetuosa con los más jóvenes; ellos hablan el mismo lenguaje, se entienden y pueden dialogar, no se ven como contrarios, saben que es necesario crear con originalidad y criticar a la tradición. Esto le sirve a Fuentes para adherirse a esa forma de construir una obra en armonía con la nuevas generaciones y adaptándose a los cambios requeridos por la misma literatura.

Al regresar al poeta en el centenario de su natalicio, Fuentes se refiere al canon al que pertenece, y a su vez, hace una invitación a su relectura. Neruda es descrito por él como un innovador del lenguaje, como un escritor capaz de entablar la conversación con las nuevas generaciones, a las que trata de entender y de las que busca aprender. En esa interacción es que se da el enriquecimiento de su obra. Son autores jóvenes, porque nunca dejan que su

---

<sup>128</sup> *Ibidem*.

prosa envejezca, abren un nuevo camino dentro de la tradición. Los maestros influyen a medida que aprenden de sus alumnos, no se consumen por la ceguera de la falsa sabiduría y saben que siempre hay algo nuevo por aprender. Neruda lo supo y Fuentes lo aprendió.

Neruda no se perdió solo en su creación, participó de manera activa en su sociedad, “contaminando” por momentos su obra, debido a sus posturas políticas, pero siendo partícipe de las inquietudes de la *polis*. Respecto a los últimos días de vida del poeta, Fuentes menciona:

Los pigmeos son chinches. Pican y desaparecen. Los gorilas, en cambio, asesinan y duran. Este es mi tercer encuentro con Neruda: la muerte del poeta, muerte simultáneamente física y política, pues tuvo lugar doce días apenas después del golpe del infame traidor Pinochet y de la muerte de un político demócrata y leal, Allende. No olvidemos, en estos tiempos de hegemonía imperial, que el gobierno de Nixon intervino activamente para destruir lo mismo que decía defender: un régimen democráticamente electo, el de la Unidad Popular en Chile. Por eso también, en este aniversario de su nacimiento, Neruda resucita para recordarnos que no sólo fue dueño de las palabras que escribió, porque Neruda no es Neruda, es todos los hombres: es el poeta.<sup>129</sup>

Neruda como Fuentes, participan con la palabra en la realidad política de su tiempo. Opiniones políticas que pueden ser cuestionadas, no sienten cobardía ni se quedan solo en las ideas; abiertamente deciden formar parte de la historia, siendo críticos e incorporándose a lo que creen es mejor para la sociedad. Cruce de política y literatura, necesidad del intelectual de ser partícipe de los cambios o impulsor de ellos.

Pensar en los clásicos de Fuentes es darse cuenta que las características de sus maestros son claras: convivencia de lo nacional con lo universal; apertura al diálogo con el pasado; establecimiento de una conversación constante con las nuevas generaciones, que se da entre iguales, no del maestro al alumno, sino del intelectual que desea saberlo todo y por ello debe

---

<sup>129</sup> *Ibidem*.

escucharlo todo; se preocupan por su sociedad, son intelectuales que usan las ideas para poder realizar cambios en su realidad, dicha participación llega a provocar ataques a su obra, que con el tiempo, la calidad propia de su prosa y la originalidad de su imaginación terminarán por vencer. Fuentes reconoce a sus maestros, de los cuales aprendió y cuya obra difundió hasta el final de sus días, sin dejarlos de leer nunca y sin hacer a un lado la faceta de intelectual. Fuentes es un escritor formado en distintas corrientes literarias, fue hijo de un diplomático, conoció distintos países, logró caminar con otras tradiciones y culturas, incorporándolas a su creación; por ello en la lectura de su obra se encuentra la diversidad, un lector que no descarta nada, porque entiende que todo le pertenece y que la escritura de su obra necesitaba de la experiencia de las lecturas que lo formaron a lo largo de su vida. Autor que releía a sus clásicos y leía a sus contemporáneos, impulsaba a las nuevas generaciones como un compromiso para mantener vivo el lenguaje y la imaginación.

### **3.2.3. Fuentes y sus contemporáneos**

El espacio cultural de Fuentes es el contexto donde desarrolla su obra, describe una época y analiza su mayor preocupación: la literatura, oficio a través del cual construye lazos con sus contemporáneos y entabla sus principales amistades y modelos: Alfonso Reyes y Pablo Neruda. Es a través de la escritura de la memoria que los trae a su presente para proponer una nueva lectura y confirmar la vigencia de sus ideas. Recuerda el pasado y lo trae a su presente, contando con interlocutores como Gabriel García Márquez, amigo y contemporáneo, con quien vivió la renovación de la literatura latinoamericana. Fuentes en su ensayo piensa, recuerda y expone su punto de vista. Entiende el papel que asume al momento de construir el ensayo que presenta. O en palabras de Liliana Weinberg:

He aquí la que considero ley fundamental del ensayo y base de un contrato de intelección: *el que piensa escribe*. Cuando el lector común lee un texto para saber cuál es la opinión responsable de un determinado autor sobre cierta cuestión, está ya atendiendo de manera sintética a todos estos elementos: sabe que leerá sobre ese determinado tema a través de la versión responsable que sobre el mismo le brinde su autor. El ensayo lleva la firma que avala a la vez la buena fe, la responsabilidad de quien escribe y la responsividad por su discurso, ya que éste se piensa como respuesta implícita en la cadena infinita de un posible diálogo del cual ese texto en particular constituye un eslabón: cuando damos nuestra opinión estamos reactivando e instalando en un diálogo táctico o aun instaurando sobre nuevas bases un nuevo diálogo que de todos modos no será sino la parte de un gran diálogo ya empezado, ya siendo.<sup>130</sup>

Al respecto Fuentes asume la responsabilidad y responsividad por sus ideas, su visión de mundo y su memoria. Teoriza sobre literatura y cultura; para ello apela a las distintas disciplinas, entra en diálogo con ellas con el objeto de nutrir sus ideas, darles forma y volumen. En su creación existe un puente, constituido por las artes plásticas y el cine, este último arte por el cual hizo más profunda su relación con Alfonso Reyes y que le permitió profundizar su visión de una cultura moderna y abierta a las nuevas tecnologías. Encontró así el espacio para ampliar la construcción de sus imágenes literarias. Fue también el séptimo arte un espacio simbólico de aprendizaje y construcción de lazos de amistad. Allí junto con Gabriel García Márquez, tomó la decisión de no seguir peleando por una coma:

Escribimos juntos el libreto de “El gallo de oro”, cuento de Juan Rulfo que dirigiría Roberto Gavaldón, realizador tan en demanda que durante el día escribía un guion para Libertad Lamarque, y de noche, con nosotros, “El gallo de oro”, de suerte que, confundidos, a veces poníamos al Gallo a cantar tangos y a doña Liber a cacarear. Pasábamos horas Gabo y yo discutiendo sobre el adjetivo correcto para describir la puerta de entrada a la hacienda de don Esculapio Virgen (excéntrico ranchero de nuestra invención) o el lugar preciso para una coma extraviada. Un buen día, García Márquez me dijo: “¿Qué vamos hacer? ¿Salvar al cine mexicano o escribir nuestras novelas?” La suerte estaba echada.<sup>131</sup>

Tuvo con el colombiano una amistad que fue más allá de lo literario y que sobrevivió hasta el final de sus días, ellos fueron ese puente comunicante no solo con las distintas literaturas

---

<sup>130</sup> Lilitana Weinberg, *Pensar el ensayo*, op.cit., p. 30.

<sup>131</sup> Carlos Fuentes, “Gabo y yo: Memorias intercambiables”, *Reforma*, 7 de octubre de 2002.

e imaginarios, sino también con el poder. Desafiaron a su tiempo y aprendieron que el oficio de escribir se enriquece más cuando existe esta relectura entre contemporáneos.

En este aspecto un amigo es también un maestro, cuando se tiene la modestia de aprender de él, y en eso ambos siempre fueron correspondidos. Dentro del cine encontraron amistad, en especial Fuentes, con Luis Buñuel, un director desafiante, que trasgredió a su tiempo y logró hacer lo inverso de ellos, llevó la literatura a la pantalla, intentando con ello abrir un espacio de ruptura con su realidad. Fue un tiempo donde diversas generaciones modificaron la realidad de su tiempo y espacio. En esa materia el ensayo de Fuentes exploró mucho la presencia del cine, no como una amenaza para el mundo del libro y la literatura, sino como elementos complementarios que se nutren y conforman una misma materia. En su ensayo habla del cine, y como pocos, define conceptos y personas:

Hombre cálido, amigo incomparable, dueño de un humor único, recuerdo con inmenso cariño y como uno de los privilegios de mi vida, las horas pasadas al lado de Buñuel, en México, en París, en Venecia, descubriendo esa forma esencial de la amistad que es saber estar juntos sin decir palabras, pensando y asimilando lo dicho antes de volver a decir, y todo eso con el vaso de buñueloni en la mano. Receta: mitad de Ginebra inglesa, un cuarto de Cárpano y un cuarto de Martini dulce.<sup>132</sup>

Con la amistad de Buñuel construyó mucho del tiempo cultural hispanoamericano, y el cineasta fue además puente de unión con los escritores que Fuentes leerá después, generaciones posteriores a las que incorporaría a su canon, dejando claro que la literatura y el cine comparten espacios en común y tejen relaciones entre naciones, tiempos y generaciones distintas.

---

<sup>132</sup> Carlos Fuentes, "El centenario de Buñuel", *Reforma*, 14 de febrero de 2000.

### 3.2.4. Nuevas generaciones de escritores

Las generaciones no deben compartir necesariamente un rango de tiempo: se constituyen porque tienen ideas en común, encuentran como fundamento la necesidad de romper con lo ya establecido de hacer las cosas de manera diferente, de forma tal que respondan a las necesidades que existen en su tiempo. Fuentes actuó siempre como enlace de generaciones que ayudó a superar estas brechas de edad. Él entiende que solo la literatura es capaz de incluir a todas las generaciones; por ello sus ensayos son recorridos intelectuales que incluyen a diversos grupos, unificados por el quehacer del lenguaje y la literatura que fueron parte del canon que él está describiendo:

Monsiváis y José Emilio Pacheco eran alumnos de la vecina Preparatoria Nacional. Ambos se acercaron, por ese proceso de imitación que llamamos “simpatía”, a los alumnos de jurisprudencia que publicábamos, amparados por el maestro Mario de la Cueva, la revista “Medio Siglo”. Allí aparecieron, si no me equivoco, textos primeros de Monsiváis y Pacheco. Los unía a nosotros la amistad compartida con Sergio Pitol, quien (como yo, más que yo) se acomodaba mal a los estudios y prácticas jurídicas.<sup>133</sup>

Se demuestra en el pasaje anterior el puente generacional que construye Fuentes, quien lee y comenta a Carlos Monsiváis y a José Emilio Pacheco tanto en su juventud como en la edad adulta. Ellos forman parte de su canon. Muchas de estas voces se conocen a través de proyectos literarios como revistas y periódicos. Fuentes acude a su memoria para recordar el pasado y comentarlo en su presente, presentarlo a las nuevas generaciones, a las cuales lee. Son muchos los escritores que explora Carlos Fuentes en sus ensayos, para el presente apartado se estudian los más significativos y los que tienen mayor coincidencia con la

---

<sup>133</sup> Carlos Fuentes, “Monsiváis”, *Reforma*, 22 de junio de 2010.

tradición que él impulsa, estos son: Héctor Aguilar Camín, Federico Reyes Heróles y Hernán Lara Zavala, con los cuales existe coincidencia en la construcción de la narrativa, ya que hacen uso de dos elementos: la historia y la política, donde el manejo del tiempo para construir la trama es un elemento fundamental; y las coincidencias políticas, principalmente con los dos primeros, quienes son intelectuales que participan de la vida pública de manera activa. Concordancias que permiten un acercamiento con el canon desde otra visión.

Son autores que muestran preocupación por su tiempo, intentan incorporar la realidad a la ficción y desde ahí establecer una crítica que les permita denunciar y dar soluciones, y que quede como testimonio de su tiempo. El reto principal es que no haya una contaminación ideológica en su obra, a pesar de que todo tema es subjetivo desde que se le elige, el distanciamiento de las posturas políticas de los autores le da mayor riqueza al texto y lo saca de la posible clasificación de un libro doctrinario. A su vez esta construcción que tiende a priorizar lo literario sobre la visión política, se vuelve un testimonio abierto al futuro lector; lo que tiene esa obra es que privilegia el lenguaje, que es la principal herramienta del escritor, sin la cual no serviría de nada la existencia de una gran cantidad de imaginación. Fuentes regresa siempre a sus lecturas, lo hace con Salvador Elizondo –al final de sus días que la violencia en México se recrudeció- intenta encontrar respuestas en la obra literaria de él:

A veces, durante los atroces años recientes en los que la tortura emigró de Auschwitz o las comisarías de Pinochet y Videla y la prisión de Abu Ghraib, releo a Elizondo y le devuelvo su sentido a la realidad disfrazada. Hoy no se habla de “tortura”, ni lo permita Dios. Hoy, torturar es “recabar información”, es parte de la inteligencia política. Singular paradoja: torturar para obtener información mediante la privación del lenguaje. Cuando te cortas un dedo, ponle vendaje al cuchillo.<sup>134</sup>

---

<sup>134</sup> Carlos Fuentes, “Elizondo”, *Reforma*, 31 de marzo de 2006.



Siguiendo la presencia de la realidad en la ficción es que se entiende la lectura que hace de *Las mujeres de Adriano* (2001) y *El abismo* (2002), que explican el tiempo político: “Insisto, son novelas. Pero sus autores también politólogos en activo y sus ficciones poseen contextos políticos tácitos pero inevitables. Dicho de manera abrupta: *Las mujeres de Adriano* es la última novela de la era del PRI y *El abismo* la primera de la era de Fox”<sup>135</sup>, ninguna de las dos obras, de Aguilar Camín y Reyes Heróles respectivamente, son lejanas a su tiempo, porque se construyen en diálogo con su realidad, son la crítica que todo régimen con aspiraciones democráticas necesita para consolidarse y entablar una relación diferente con la sociedad. Por ello se vuelve imposible para el intelectual preocupado de su día a día separarse del contexto, y utiliza sus fortalezas literarias para poder cambiar las cosas desde el mundo de las ideas y la creación. Para Fuentes el valor de las obras se encuentra en el distanciamiento que logran tener de sus respectivas posturas políticas; en este sentido ambos escritores lo logran.

La postura en torno a la obra de los dos autores puede generar suspicacias por el segundo punto antes mencionado, es decir, por las coincidencias de Fuentes con ellos: “sospechoso elogiar las obras de dos amigos tan queridos y admirados. Deprimente dejarlas pasar por esos motivos. Y arriesgado, atribuirles a dos novelas dimensiones políticas que, aunque no estén explícitas, si subyacen el texto narrativo.”<sup>136</sup> Se trata de novelas que explican su tiempo, anclándose en los cambios que se viven en la sociedad, describiéndolos y entendiéndolos desde la visión de los autores, que logran ficcionalizar la realidad sin perder el elemento crítico del novelista que trata de incorporar el conjunto de voces para generar una visión

---

<sup>135</sup> Carlos Fuentes, “Aguilar Camín-Reyes Heróles, *Reforma*, 24 de junio de 2002.

<sup>136</sup> *Ibidem*.

panorámica de la realidad, que no escapa a su inquietud intelectual y por ello busca la respuesta en la imaginación.

Si la realidad irresuelta se escabulle, es la imaginación mediante la palabra quien la atrapa y moldea, criticándola y exponiéndola a la sociedad. En ambas novelas está presente el México que Fuentes trató de entender y describir, donde las reglas políticas se están transformando y la sociedad cumple un papel distinto, aparece en ellas la preocupación que siempre estuvo presente en su propia literatura: la ciudad, ese conjunto amorfo en exposición, cuya dimensión hace imposible captar el todo como él lo hizo en su primera novela, pero es el escenario que permite construir las intrigas y a su vez recrear los paisajes abandonados y envejecidos, como algunos personajes que se sienten ajenos a ella, ya que pertenecen a otra realidad; ese espacio es distinto al que él recorrió; encuentra un acercamiento diferente y se permite renovar su imagen de la ciudad, a partir de la visión de otros escritores. Desde el ensayo amplía su visión literaria, generando nuevos acercamientos a sus temas de interés. La ciudad como fenómeno fue explorada siempre en la obra de Fuentes en *Adán en Edén* escribe: “Contexto: Zona Rosa, concurrencia abigarrada de día y de noche, distracciones. Acciones: dejar el coche en Hamburgo. Caminar un par de cuadras sin ser notado entre el gentío. Saber que el mejor disfraz es uno mismo.”<sup>137</sup>

De su mirada no escapa la Revolución Mexicana vista de forma crítica y con la necesidad de encontrar en ella las respuestas a las problemáticas de la sociedad de principios del siglo XXI, la Revolución fue un parteaguas en su generación. Sorprende que, ya cercano el fin de siglo, siga buscando en ella respuestas para un presente confuso. Desde la perspectiva de Fuentes es esto correcto, ya que todo pasado siempre termina por influir en el presente, no se

---

<sup>137</sup> Carlos Fuentes, *Adán en Edén*, México, Alfaguara, 2009, p.33.

le puede esquivar ni ignorar, forzosamente termina por reaparecer. Aunado a ello es importante destacar cómo en la construcción de su tiempo incluye y dialoga siempre con los acontecimientos internacionales.

En la mezcla de elementos se encuentran vasos comunicantes para la construcción novelística de México, puntos en común que presentan la continuidad de la tradición. Hay una nueva realidad, México es otro, y estos dos autores lo entienden y lo describen con sus medios; por ello Fuentes recurre a ellos, para hablar del siglo que empieza y del que concluye, para destacar los cambios que se viven y también para intentar aproximarse a la visión más parecida del futuro, proyectado mediante la literatura.

Del otro lado del péndulo: la historia, que la recupera y a través de la literatura la da a conocer, y la hace más comprensible para el ciudadano. En la narrativa todo ello toma un papel fundamental, los nombres toman relieve, se convierten en personajes y seres humanos con sentimientos y errores –el héroe, la heroína, se vuelven personas con pasiones y deseos, dejan de ser el retrato al óleo o el busto de mármol-; se derrite el bronce anquilosado y se da una nueva perspectiva a lo que sucedió en el pasado.

Es el novelista quien hace el llamado a recuperar el hecho histórico –que en muchas ocasiones está plenamente olvidado-. Hernán Lara Zavala, por ejemplo, rescata un pasado que le pertenecía a él –en sus inquietudes intelectuales y en sus herencias familiares- y lo entrega al conocimiento de la sociedad, que no lo conocía; en este sentido el novelista se convierte en el agitador de las memorias. “Hernán Lara Zavala, uno de los escritores mexicanos más cultos y reticentes, establece de arranque la actualidad de lo que narra gracias a un novelista (¿el propio Lara Zavala?) que se sienta a escribir la novela que estamos leyendo: *Península Península*, cuyo tema es la Guerra de Castas que asoló a Yucatán en

1847”<sup>138</sup>. Se construye así la ficción desde la lejanía temporal de los acontecimientos, cosa contraria a los novelistas antes mencionados; dos perspectivas de la novela, válidas ambas porque juegan con el tiempo y el espacio; rescatan las preocupaciones y las escriben dándoles una nueva dimensión. Zavala se va a la periferia y deja el centralismo histórico y novelístico, reconstruyendo un pasado olvidado por la historia nacional que incorpora a la literatura, recurre a la novela como el instrumento más verás para recrear el pasado, el narrador “permite presentar ésta, la Guerra de Castas de Yucatán, con una variedad de ritmos y temas que no sólo la salvan de cualquier sospecha de didactismo, sino que enriquecen lo que ya sabíamos con el tesoro de lo que podemos imaginar.”<sup>139</sup>

Rescatar la historia de una manera crítica es uno de los ejes en la narrativa de Fuentes<sup>140</sup> que construye a lo largo de su obra. El manejo del tiempo le permite jugar con la realidad y convertirla en ficción, la novela histórica que él construye se inserta en la tradición de León Tolstoi, Honoré de Balzac, Stendhal. Según él,

Lara Zavala se inscribe así en la gran tradición, la tradición fundadora de Cervantes, donde la novela del Quijote y Sancho coincide con la actualidad de España, el pasado evocado por las locuras del hidalgo, el género picaresco (Sancho) en un diálogo con el épico (Quijote) y los estilos morisco, bizantino, amoroso y pastoral introducidos para darle a la novela su carta de ciudadanía: la diversidad genérica.<sup>141</sup>

Por lo tanto la novela permite exponer la mayor cantidad de hechos sucedidos, por ello es la mejor difusora de la historia, logra hacer que nada escape a ella, lo incorpora todo y se queda abierta a la discusión que otra imaginación intentará terminar de llenar. Es el lugar

---

<sup>138</sup> Carlos Fuentes, “El Yucatán de Lara Zavala”, *Reforma*, 7 de abril de 2008.

<sup>139</sup> *Ibíd.*

<sup>140</sup> Por dicho ensayo: “El Yucatán de Lara Zavala”, Carlos Fuentes obtuvo en abril de 2008 el galardón otorgado por la Fundación Mapfre.

<sup>141</sup> *Ibíd.*

donde el pasado olvidado recobra vida, encontrando su propio sentido tanto a nivel local como nacional; crea las imágenes que escapan a la historia y en ese aspecto compite con la realidad, porque en comparación con la historia la literatura no excluye nada, les da presencia a todas las voces. El ensayo de Fuentes deja ver que una tendencia literaria ya no es narrar los grandes sucesos nacionales, sino ir a los archivos, que parecían muertos, a rescatar las memorias que fueron olvidadas, y darles voz: esto solo es posible con la novela.

Fuentes encuentra en los tres escritores mencionados coincidencias con la tradición de la que él proviene, y que impulsa; la novela es crítica de la realidad política y rescata el pasado; va de la narración del momento actual hacia la exploración del hecho histórico. Ambas son preocupaciones del novelista, en que dialogan la política y la historia, teniendo como intermediaria a la imaginación que las recrea a través del lenguaje.

### **3.2.5. Novelística mexicana**

Existe un elemento más a destacar en la construcción del canon de Carlos Fuentes y es la innovación que las obras presentan respecto de su tiempo, para ello se destacan dos ensayos: “Una novela libre” y “Cristina Rivera Garza: una revelación”, donde se dialoga con la actualidad, la incorporación de otras tradiciones y el descubrimiento de libros que no han tenido la fortuna de ser reconocidos en el momento de su aparición, esto a pesar del valor literario que tienen.

Fuentes es un intelectual que veía a las generaciones como herederas de la tradición, no están separadas una de la otra sino que se nutren, a través de la interacción que les permite tener un intercambio de conocimientos y vivencias. Entre ellas hay una influencia que no se

puede evitar. Sucede lo mismo en la novela, que no se construye sobre la nada, sino que lo hace a partir de los antecedentes que la han nutrido. En el análisis realizado a la novela de principios de siglo, dice:

Llama la atención la presencia germánica en la literatura mexicana. Dos novísimos autores, Jorge Volpi (Premio Biblioteca Breve por *En busca de Klingsor*) e Ignacio Padilla (Premio Primavera por *Amphytrion*), centran sus novelas en temas germánicos. Mi propia generación, la del medio siglo mexicano, se formó leyendo a Joseph Roth, Thomas Mann, Robert Musil, Heimito von Doderer y Hermann Broch. Y la generación que podríamos llamar intermedia (autores que rondan la cincuentena) es no sólo lectora, sino germanoparlante. Me refiero a autores como Juan Villoro, Federico Reyes-Heroles y José María Pérez Gay.<sup>142</sup>

El párrafo citado permite observar dos situaciones: la correspondencia entre generaciones y la influencia de las distintas tradiciones en la literatura mexicana. Dicha incorporación no resulta discordante sino que nutre y da una nueva vigencia a la literatura mexicana. La tradición germánica de la que habla se incorpora a una nueva realidad: la de la creación. La novedad es aquello que da a la narrativa mexicana, un nuevo rostro. Fuentes, a través de su ensayo estudia la obra de José María Pérez Gay titulada *Tu nombre en el silencio* (2000), donde encuentra la presencia de elementos mexicanos: la corrupción política y el movimiento estudiantil. La unidad de dos realidades amplía la visión de la narrativa mexicana; todo tiene algo que decir. Desde sus primeras obras Carlos Fuentes incorporó todas las tradiciones a su narrativa, por ello destaca en las nuevas generaciones la tradición que él buscó y le dio a las letras en su tiempo. Ve con simpatía la manera en que la historia de naciones lejanas como México y Alemania se acercan gracias a la literatura, y se encuentran con que tienen problemas en común que son presentadas por la imaginación literaria. La literatura rompe las fronteras, trasladando al lector a escenarios imaginarios que influyen en su propia realidad.

---

<sup>142</sup> Carlos Fuentes, "Una novela libre", *Reforma*, 5 de marzo de 2001.

Esa renovación que realiza en su tiempo encuentra continuidad en estos escritores, quienes salen del espacio físico –México- y edifican sus novelas en otros territorios. Ese camino construido encuentra el punto de unión en el movimiento estudiantil de 1968. – No es extraño que él sintiera mayor interés por una novela con esa temática, ya que el evento generó hasta el final de sus días atracción y un constante estudio histórico.

La novela de Pérez Gay es un cuerpo extenso donde se recrea una historia, no la de un individuo, sino de los procesos históricos que trastocaron la vida de los personajes. El hecho y la persona están en correspondencia, ya que se modifican y ambos se influyen, de tal modo que no son entes ajenos.

Existe una confrontación con la inclusión de otras tradiciones. Pugna de realidades que se suman cambiando el contexto actual de la narrativa, todo reinicio de la literatura proviene de la asunción de un riesgo literario, “Pérez Gay, gran lector de Broch, asume libremente esta libertad (valga la redundancia; es necesaria e ilustrativa). Su novela participa de múltiples géneros, empezando por uno de los más tradicionales, el Bildungsroman, o novela de la educación sentimental”<sup>143</sup>.

Encontramos por lo tanto la incorporación de otras tradiciones a la propia, lo cual dota de originalidad a la narrativa mexicana y también la presencia de las plumas que tienen pocos reflectores y necesitan del impulso de las prosas reconocidas, como la de Carlos Fuentes, es un ejemplo de la construcción del canon, donde se necesita en muchas ocasiones ser nombrado para existir:

Hay libros que, acaso en honor propio, tardan en recibir el reconocimiento que merecen. Tal es, me parece, el caso de la extraordinaria novela de la escritora mexicana Cristina Rivera Garza, *Nadie me verá llorar*. Aparecida en 1999, no ha tenido la repercusión que merece, la he dado a leer a editores europeos que tampoco la conocían. Su entusiasmo corre parejo al mío. Estamos

---

<sup>143</sup> *Ibíd.*

ante una de las obras de ficción más notables de la literatura no solo mexicana, sino en castellano, de esta vuelta de siglo.<sup>144</sup>

Él lee a autoras más jóvenes y las suma al canon que tendrá que ser leído y revisado. Ello le valió a Cristina Rivera Garza ser discutida por académicos y convertirse en una nueva lectura para los jóvenes. Esto permite observar cómo se da la construcción del canon: mediante la difusión de las obras literarias a través de los medios de comunicación, Fuentes destaca al respecto “el centro de la novela, que es el sentido de la vista. El hilo conductor es la mirada”<sup>145</sup>: la mirada de la escritora deja al descubierto lo que otros no ven aunque está frente a ellos.

Es importante destacar que Cristina Rivera Garza no es la única mujer a cuya obra se refiere, escribe también de Susan Sontag, Carmen Iglesias, entre otras, pero para efectos del presente trabajo, el ensayo ejemplifica una de las maneras en las cuales se incorpora al canon a un autor: al reconstruir las condiciones de lectura, el ensayo da el marco para reconocer las claves de una obra. Gracias al rescate que hace un autor que goza de legitimidad para poder recomendar lecturas y ponerlas en discusión, no solo en su lengua, sino también en otros idiomas, como el ensayista da a leer la obra de nuevos escritores. Él encuentra en Rivera Garza una producción literaria que tiene originalidad, esto debido a la mezcla de géneros que le permiten construir su ficción, dejando al lector la inquietud de hasta qué punto lo dicho fue realidad, esto se debe a que la prosa literaria se nutre del ensayo, la investigación archivística, la entrevista, la fotografía, y de los vacíos para los que la autora no encuentra respuesta y son restaurados con la imaginación y la prosa poética. Fuentes escribe:

---

<sup>144</sup> Carlos Fuentes, “Cristina Rivera Garza: una revelación”, *Reforma*, 9 de diciembre de 2002.

<sup>145</sup> *Ibíd.*



En esta novela de negras faldas largas, Cristina Rivera Garza imagina como nadie lo ha hecho en México después de José Revueltas las opciones trágicas y los desgarramientos síquicos entre la teoría y la acción revolucionarias. Lo hace con una intensidad, con una grandeza tales, que junto con la protagonista Matilda, debemos, como lectores, hincarnos cuando Diamantina muere, Cástulo se pierde y Matilda ora por ellos y de allí en adelante sólo recuerda sus nombres en secreto, como si su alma fuese el panteón de toda heroicidad fracasada.<sup>146</sup>

Es una escritora que innova, y no tiene miedo de construir su literatura desde distintas ópticas y realidades: “Cristina Rivera Garza ha leído minuciosamente las fichas de los internados en La Castañeda, el antiguo manicomio general de la Ciudad de México. Obsesión por el rezo. Imitación de los animales. Alimentos lamidos de los suelos. Memoria absoluta hacia adelante y hacia atrás, tan absoluta que resulta inútil”<sup>147</sup>. Y en el juego de la imagen es donde hay una similitud en ambas narrativas –la de Fuentes y Rivera Garza-, porque esa imagen es llevada a la novela con el lenguaje; las palabras contribuyen a crear en el lector una visión de la fotografía o el video desconocido; si la foto se borra o se pierde en el archivo, la palabra le garantiza vida futura, para no ser olvidada y convivir con otras realidades. El ensayista es también el lector de todo, muestra tesoros desconocidos y los pone al alcance de los demás.

Carlos Fuentes construye un canon de la literatura donde incorpora a los clásicos de la lengua y suma a las nuevas generaciones, se observa entonces que los elementos que el autor destaca en esta construcción son: el diálogo abierto del escritor con el pasado para incorporarlo al presente; la conversación entre generaciones, como intercambio de conocimientos y vivencias; participación activa en los problemas de la sociedad y una opinión constante sobre la vida política. La novela oscila entre historia –estudio y rescate del pasado- y política –análisis y crítica de la actualidad- como dos ópticas de participación; hay

---

<sup>146</sup> *Ibidem*.

<sup>147</sup> *Ibidem*.

una innovación literaria que se suma a la tradición sin negarla sino incluyéndose en ella y es la legitimidad del ensayista lo que le permite nombrar y agregar a nuevos escritores al canon.

Carlos Fuentes crea a lo largo de sus ensayos su visión literaria, sustentada en los puntos ya expuestos, y que tienen como base la lectura en diálogo que siempre mantuvo con la tradición y su necesidad de entender a la cultura y la literatura como agentes de cambio en las sociedades.

## Conclusiones

Un trabajo sobre la obra de Carlos Fuentes no puede terminar con una conclusión: es imposible poner punto final a una obra que por su amplitud y por la riqueza de sus ideas invita a los investigadores y lectores a buscar más. Aquí se ha abordado un periodo de tiempo que va de 1995 a 2012, y se ha delimitado a una breve cantidad de ensayos periodísticos – cuarenta y cinco- en los cuales se han encontrado los ejemplos más cercanos y representativos de lo que es el universo literario de Fuentes.

La presente investigación se realizó en medio de una pandemia, que trajo un primer problema: la necesidad de consultar una hemeroteca, que estaba cerrada por la contingencia, está situación pudo haberme obligado a retrasar de manera indefinida el presente estudio o a decidirme a dar un cambio vertiginoso a lo aquí estudiado. Para fortuna mía, la señora Silvia Lemus de Fuentes me dio acceso al archivo del maestro, donde encontré un disco compacto que contenía digitalizados todos los ensayos publicados por Carlos Fuentes en el diario *Reforma* y en otros medios impresos. Ahí empezó el camino de hacer la lectura y análisis de cada uno de los textos y seleccionar los más cercanos al objeto de estudio. Una vez definidas las líneas de investigación y el diálogo establecido con la teoría, se comenzó a elaborar cada capítulo, orientado por muchos maestros, que alimentaron con diversas lecturas mis preguntas y abrieron camino a dar respuesta a mis dudas.

Carlos Fuentes en su faceta de ensayista, se convierte en un retratista e interpreta la realidad que quiere mostrar de una sociedad cambiante, que ya no se parece a la que él trazó en sus primeros escritos; se adapta, entonces, porque esa es la capacidad que debe de tener todo ensayista, estar abierto al tiempo y a las modificaciones que el mismo presenta; nunca se queda cerrado en sus ideas, entiende que el ejercicio que realiza puede tener errores,

causados por los movimientos de la sociedad o porque al calor de los hechos es difícil tener una visión más amplia de lo que podría suceder; por ello está dispuesto a corregir y modificar lo dicho, se relee, y lee a los otros, para tener una aproximación más fidedigna a la realidad. En cada ensayo él revisa su presente, usando el pasado –la historia- y pensando en el futuro –que es donde su obra literaria aparece de manera fundamental-, esa conjunción de tiempos es la que conforma y da sentido a su construcción ensayística. Fuentes nunca se repite. Se tiene entonces a un intelectual que está presentando la novedad en sus ideas, entiende las problemáticas de su sociedad y busca la manera más apropiada de retratarlas. Es cada uno de sus ensayos una parte del gran mural que él va armando y presenta a sus lectores; por lo tanto, no existe desconexión entre uno y otro escrito, todos forman esa visión panorámica que lo caracterizaría. Es por eso que en su pensamiento está siempre presente México y su devenir, esta nación es su amor y al mismo tiempo su preocupación, por ello su obra florece en el país de su imaginación, ese es su territorio, La Mancha mexicana de Fuentes, donde regresa de manera reiterada para encontrar respuestas, para pensar la complejidad de los tiempos y las civilizaciones superpuestas, que parecen no entenderse y que conviven y sobreviven en un mismo territorio: espacio histórico donde todo puede suceder de golpe y donde nada parece cambiar, a pesar de la gran complejidad de las situaciones.

El tiempo en Fuentes es fundamental; por ello sería pertinente no solo inscribir su obra literaria en lo que él llamó “La Edad del Tiempo”, sino generar la teoría que permita suscribir dicha totalidad dentro de esa edad. Nada es ajeno a la obra del intelectual mexicano, todo le da forma a la complejidad de las partes y sin una de esas piezas no se entiende; la obra de Fuentes se parece a “Las Meninas” de Velázquez: quítese el pincel al pintor y ya nada tendrá sentido, arrebatésele el ensayo al novelista y la obra ya no tiene la misma forma.

De esta manera el ensayo es germen de su obra literaria, ya que la realidad está siempre presente en la escritura de Fuentes, no hay ficción creada por él que no toque, aunque sea de manera tangencial, esa realidad que está estudiando y tratando de comprender. Es su obra de ficción donde encuentra los espacios que le permiten ir más allá, enfrentarse a los monstruos que observa y tratar de transformarlos con el lenguaje y la imaginación, las dos herramientas con las que un escritor se inserta en su sociedad y participa de la misma. Por ello utiliza la política, la historia y la cultura como materias de aproximación al pos-tiempo mexicano que está explorando, lo hace porque son las materias que le permiten tener una mayor visión de la realidad.

En ese movimiento del tiempo político e histórico es que se edifica el ensayo a través del cual Fuentes construye su visión de México, nación que sufre cambios vertiginosos en los años estudiados, cuando las reglas y las formas políticas se transforman a medida que crecen las exigencias de la sociedad civil y que la oposición se convierte en una opción real. Es un periodo álgido, donde todo sucede deprisa.

El tiempo estudiado es posterior al asesinato del candidato del PRI a la Presidencia de la República Luis Donaldo Colosio, crimen que desataría una violencia no conocida en México desde la Revolución Mexicana y que de igual manera aceleraría el proceso democrático en el país, el cual marcharía junto al creciente poder del crimen organizado. Estas realidades que Fuentes retrata y entiende pueden llevar a un retroceso nunca antes conocido. A la par que los cambios se presentan, él está analizándolos y proponiendo salidas a un panorama turbio. Mira como las máscaras del sistema político se desvanecen y entiende que el proceso democrático pasa por la democratización del PRI, es este un agente que puede acelerar o detener el cambio proyectado, el que se da, pero sin ofrecer los frutos esperados a una sociedad necesitada de soluciones inmediatas, cambiando así las relaciones de poder. Ya no

es el Presidente quien concentra tal poder, son los gobernadores de los estados quienes construyen pequeñas monarquías desde donde se crean los pesos y contrapesos nacionales. La confrontación de ellos con el ejecutivo nacional y con el legislativo dividido, genera condiciones que hacen más complejo el panorama mexicano, donde no hay soluciones a los problemas y la delincuencia va en aumento con formas cada vez más violentas. Fuentes suma a ello la competencia cada vez más cerrada entre los distintos partidos políticos, lo cual polariza el espacio público y pone en riesgo la democracia y las instituciones.

Le tocó presenciar la transición y advirtió los riesgos del regreso del PRI en el año 2012, un intelectual cuya visión encontraba sustento en el conocimiento de las realidades mexicanas. Por ello su pluma nunca dejó de darles seguimiento a los movimientos sociales ni a las denuncia de las masacres como la de Aguas Blancas. No renunció nunca a la denuncia y a la crítica, en esa materia fue capaz de exponer sus ideas con la libertad necesaria, para cuestionar las situaciones sin tener compromiso con ningún gobierno.

Fuentes era un intelectual que estaba al día en cada tema que estudiaba, y no era ajeno al desarrollo de la literatura mexicana. Siempre fue impulsor de las nuevas plumas y estudioso de las diversas corrientes literarias; por ello no es extraño ver que su canon literario siguiera nutriéndose de escritores que se salían de los moldes establecidos y compartían a través de la literatura el diálogo con la realidad política y social de México, y desde la creación buscaban aproximarse a las complejidades del país y describirlas en un espacio más plural. Destaca en ellos la capacidad de desenterrar la historia y darle vida en presente, para explicarla como responsable de muchas de las realidades. Otorgarles voz a los olvidados, esa es una de las grandes labores de la literatura; escuchar aquellas voces que habían quedado dormidas en el silencio producido por los ganadores. De igual manera aplaude cuando se vincula la realidad mexicana con la de otras naciones, se rompen las fronteras a través de la

imaginación. Nada es imposible cuando se logran rebasar los límites; y por último, ve en la novela el género de géneros, la suma de ellos le da fortaleza a la creación literaria, insiste cuando una novela se recrea mediante la entrevista, el archivo, el ensayo y la imagen; ello no hace que la novela pierda su origen, al contrario, la presenta como esa novedad que algo tiene que decir al lector. Es la continuidad de la tradición que suma las tradiciones para complementar la creación. Así es como Carlos Fuentes construye su canon literario mexicano, encuentra que los escritores analizados son los continuadores de su tradición.

Fuentes fue un autor de riesgos, que renovó la literatura en América Latina. Con él inicia el *Boom* de la novela latinoamericana, no solo porque *La región más transparente* (1958) fue la primera que exploró el tema de la ciudad, cambió de manera radical el uso del lenguaje y retomó el habla de la gente de la calle, sino porque al mismo tiempo él abrió las puertas de la literatura al resto del mundo.

Lo que se ha estudiado en el presente trabajo es una propuesta para hacer una nueva lectura de Fuentes, para recuperar su ensayo poniéndolo en diálogo con el resto de su obra, el reto es rebasar la lectura que se centra en tres de sus libros: *Aura* (1962), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), y *La silla del águila* (2002). Que el lector y el estudioso tengan conocimiento de que hay algo más allá. Aquí la prueba de que ese pos-tiempo mexicano de Fuentes –nos invita a regresar a su etapa como crítico de cine, donde firmaba como Fósforo II, o a sus participaciones en la *Revista Política* dirigida por Manuel Marcué Pardañas–, que va de 1995 a 2012, tiempo en el que aparecieron libros fundamentales para su creación como *Los años con Laura Díaz* (1999), *Todas las familias felices* (2006), *La voluntad y la fortuna* (2010) y *Federico en su balcón* (2012).

Todo estudio de una obra tan amplia es una invitación a inaugurar una nueva lectura que rompa con los anquilosados estudios ya hechos y se planteé el reto de una nueva relectura

que promueva el estudio de la obra y una nueva manera de leerla; porque solo se mantiene viva una obra cuando es leída. Queda mucho por trabajar en el ámbito del periodismo y ensayo de Fuentes, sacar los textos de las hemerotecas, clasificarlos y difundirlos para empezar a construir la biografía literaria de Carlos Fuentes, tan necesaria en un tiempo que el autor tiene mucho que decirnos, ya que en él se encuentran respuestas para los tiempos tan convulsos como los que se viven en la actualidad.



**Anexo**  
**Ensayos de Carlos Fuentes.**

Los textos utilizados son propiedad intelectual de la Sra. Silvia Lemus de Fuentes y no pueden ser reproducidos. Agradezco su generosidad para que formen parte del corpus de la presente investigación.

Carlos Fuentes / In memoriam: Luis Donaldo Colosio

*Reforma* (23-marzo-1995)

A Luis Donaldo Colosio, lo conocí hace cuatro años en casa de José Luis Cuevas y en compañía de Daisy Ascher, Enrique González Pedrero y Fernando Benítez. Más tarde, se acercó a mí para invitarme a hablar en el seminario libertad y justicia en las sociedades modernas. Me explicó entonces sus preocupaciones sobre la inevitable tensión entre el nacionalismo y la globalización, pero también entre libertades y justicia, individuo y comunidad. Cuando di la conferencia, en junio de 1993, me acompañó amablemente, se sentó en el auditorio y tomó notas. Luego Silvia y yo tuvimos el gusto de recibirles a él y a Diana Laura en casa, para festejar al historiador inglés Hugh Thomas, que acababa de publicar su tomo sobre la Conquista de México. Ya candidato a la Presidencia, nuestros encuentros se activaron y con ello las preocupaciones expresadas por Luis Donaldo sobre el futuro de nuestra patria. Jorge Castañeda, Héctor Aguilar Camín, Miguel Alemán Velasco, Mario Moya Palencia, Gabriel García Márquez, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero compartieron conmigo, en diversas ocasiones, el diálogo con Luis Donaldo. Lo que más me impresionó en esas pláticas fue el afán de Colosio por encontrar un punto de equilibrio entre los factores de separación ideológica o geopolítica, entre modelos de desarrollo superados y nuevas formas de participación social, entre México y el mundo. Lo que más me duele de su muerte es no poder continuar ese diálogo y ahora me desvelo imaginando qué pudo pensar y decir sobre nosotros, los mexicanos, este hombre decente, abierto, creativo, caluroso en sus afectos, preocupado y sensible. Acaso, al definirlo, defino a lo mejor de nuestro país. Acaso, y ojalá así sea, mi diálogo con Luis Donaldo Colosio continuará en el diálogo con México. Colosio se parecía al futuro de nuestro país, si es que tenemos un buen futuro; si lo tenemos,

veremos a Colosio en él. Si no lo tenemos, nos dolerá aún más su pérdida. Pero de todos modos, su sacrificio no sería inútil. Hay muchas maneras de honrarlo y todas confluyen en una palabra: democracia.

Carlos Fuentes / La muerte del miedo

*Reforma* (10-julio-1997)

A partir del 6 de julio, México vive un momento de euforia, tan feliz como la entrada de Francisco I. Madero a la ciudad capital en 1911, tras la caída de Porfirio Díaz y 30 años de dictadura. El reino del PRI fue aún más largo. Creado en 1929 por el Jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles, el PRI ha sobrevivido a momias políticas tan venerables como el Partido Comunista de la URSS o la dictadura de Francisco Franco en España. Creado por Calles para poner fin a las disensiones entre las facciones revolucionarias y a la secuela de levantamientos, golpes y asesinatos que siguieron el triunfo de las armas revolucionarias, el partido oficial terminó victimado por lo mismo que exorcizó hace 70 años: los crímenes políticos, la corrupción, el fin de la omertá siciliana entre sus miembros, todo ello sazonado por calaveras dignas de un grabado de José Guadalupe Posada, brujas y adivinas dignas de Macbeth, y excavaciones fúnebres dignas de Drácula y, amoríos de telenovela y desapariciones a la Hitchcock.

Ahora, el PRI ha perdido la jefatura de gobierno del Distrito Federal (la entidad urbana más grande del mundo), la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y dos estados más que se suman a los cuatro ya gobernados por el Partido de Acción Nacional (PAN). Más de la mitad del país es gobernada, actualmente, por la oposición. La paradoja para nosotros los mexicanos es que la anormalidad del pasado priista ya nos parecía lo normal, en tanto que la actual normalidad democrática nos parece lo anormal. Vamos a tener que acostumbrarnos a la normalidad y expulsar la anormalidad autoritaria al cementerio de la historia.

El PRI y algunos de sus aliados del sector privado trataron, sin embargo, de explotar esta paradoja durante la campaña electoral. Si la "normalidad" priista era interrumpida, advirtieron, el resultado sería la ingobernabilidad, el caos, hasta la intervención de los Estados Unidos. O como diría un émulo progresista del PRI, Luis XV de Francia, "después de mí, el diluvio".

Bueno, después del 6 de julio el antiguo régimen mexicano, como la bruja maligna de El Mago de Oz, se ha esfumado y, en vez de sumir a México en el caos, ha traído consigo no sólo la esperanza renovada sino una situación objetiva mucho más sana y estable. La bolsa de valores, la inversión extranjera, la fortaleza del peso contra el dólar, la confianza en las grandes empresas mexicanas: en vez de desplomarse, todos estos signos han mejorado espectacularmente. La democracia engendra confianza.

Cuidado con el optimismo excesivo, advierten algunos.

El viejo PRI es un dinosaurio herido, pero aún puede dar coletazos. Cierto pero poco probable. El PRI no puede desviar la confianza generada por el proceso electoral y encauzarla hacia una renovación del miedo. En vez de lamentarse, como una Niobe política, de sus derrotas, el PRI debe pensar seriamente sobre su futuro. ¿Lo tiene? Dada su base territorial y su organización nacional, la respuesta debe ser afirmativa. Pero el PRI no puede exigirse a sí mismo un autoexamen en profundidad.

Su falta de escrúpulos políticos, su vaguedad ideológica, su oportunismo de anguila, le han permitido al PRI posar, sucesivamente, como una formación revolucionaria, nacionalista, socialista, estatista, populista y neoliberal. ¿Cuál será, después del 6 de julio, la cara verdadera del PRI? Quizás, después de usar tantas máscaras, el PRI ya no tenga rostro. Lo

que sí tiene son muchos miembros inteligentes, preocupados y honestos. A ellos les toca reformar a su partido después de un encierro espiritual que le permita ocupar su nueva posición como un partido más, no un partido único.

Otra bandera del miedo alzada durante la campaña consistió en advertir que la democracia traería inestabilidad a México y una respuesta negativa de parte de los Estados Unidos. Este argumento del miedo también desapareció el 6 de julio. El apoyo tradicional de Washington a los regímenes autoritarios de México en nombre de la seguridad nunca fue una postura cómoda. Cínica, quizás, pero cómoda no. Los resultados electorales facilitan enormemente la política del gobierno de Clinton hacia México. Su trato con un sistema democrático será más fácil aunque más complejo. Las acciones diplomáticas del presidente Zedillo serán tan estrechamente vigiladas por el nuevo Congreso como las del presidente Clinton lo son por el suyo. Es decir: las relaciones de México con los Estados Unidos se parecerán cada vez más a las relaciones de los Estados Unidos con México. Más vigiladas, más criticadas, más negociadas.

Pero, después de todo, esto es lo normal en una democracia. O como cantarían Judy Garland, ¡Viva, viva, la bruja del miedo ya se murió!

Carlos Fuentes / Tiempo de negociar

*Reforma* (16-febrero-1998)

Hace diez años, cayó el muro de Berlín y terminó la "guerra fría". El presidente de los Estados Unidos, George Bush, predijo el inicio de un "nuevo orden internacional" fundado en la paz y la justicia. Un ideólogo del Departamento de Estado, Francis Fukuyama, proclamó paladinamente "el fin de la historia", entendiendo por ello el fin de la visión dialéctica de Hegel-Marx y el triunfo universal de la democracia capitalista.

Más pronto cayó Fukuyama que Bush: el fin de la guerra fría ha consolidado y alentado, en virtud de la ausencia de enemigo comunista, un capitalismo autoritario que, de maneras idiosincráticas, se manifiesta en China, en Cuba, en el Sureste asiático y que constituye una tentación para la América Latina. El capitalismo autoritario es, en América Latina, el vicio que no se atreve a decir su nombre.

En México, en cambio, los gobiernos "emanados de la Revolución" han practicado el capitalismo autoritario con fervor y éxito. La facción norteña que ganó la Revolución modernizó a México favoreciendo a las zonas y a las clases sociales más aptas para un desarrollo que beneficiase mucho a muy pocos y muy poco a muchos. Lázaro Cárdenas fue la excepción que intentó equilibrar el desarrollo en favor de las mayorías, incluyendo a las minorías. Pero después de él, los gobiernos mexicanos se la jugaron por un darwinismo nacional: los que no sepan competir, que se queden atrás.

Ha sido la política de desarrollo autoritario del Gobierno y el PRI lo que ha creado dos Méxicos, no los movimientos sociales a favor de los olvidados. No se puede culpar a las

comunidades indígenas y campesinas de favorecer la "balcanización" del país, cuando han sido el Gobierno y su Partido los que han separado a los pueblos indios, y abandonado a los campesinos pobres. Si hay balcanización en México, sus autores se han sentado en las oficinas de Gobierno y en las cuevas del PRI. No han sido los indios, no han sido los campesinos, quienes han querido separarse de México. Ha sido el autoritarismo centralista el que se ha separado de esos sectores de la población mexicana, con un perverso "por ahí te pudras".

Lo grave es que en una nación que ocupa un destacado lugar en la comunidad internacional, por su tamaño, su población, sus recursos y su creativa actividad diplomática, si se pudre una parte se puede pudrir el todo. Quinientos años de explotación no justifican un aplazamiento más del retraso chiapaneco. Acteal no ocurrió en tiempos de Carlos V, sino en tiempos de Ernesto Zedillo. Los Acuerdos de San Andrés no los firmó la Corona española, sino el Ejecutivo mexicano. Al presidente Ernesto Zedillo y al Ejecutivo que encabeza, les corresponde darle seguimiento a acuerdos libremente negociados entre el Ejecutivo y el EZLN.

El problema de Chiapas se ha convertido en noticia de interés mundial porque México es un país de interés mundial, ya no un oscuro rincón tropical cuyos problemas se podían esconder detrás del florero, como una travesura infantil. El PRI-Gobierno confió largamente en esta estrategia del ocultamiento. Hoy, las redes mundiales de información ya no lo permiten. Si hemos decidido "globalizarnos", debemos atenernos a las consecuencias. No se pueden tener, como dicen los argentinos, la chancha y los veintes. No podemos ser brillantes estrellas de la globalización y oscuros partiquinos de la localización.



...

"Toda política es local", dijo famosamente Tip O'Neill, por largo tiempo presidente demócrata del Congreso norteamericano. Es lo que se le olvidó decir al presidente Bush cuando proclamó el "nuevo orden internacional". El problema de Chiapas se ha internacionalizado en los medios porque es parte del fenómeno mundial del desorden que ha seguido al fin de la guerra fría. Mientras sólo dos grandes potencias nucleares de signo ideológico opuesto se disputaban la supremacía mundial, era fácil acogerse a la protección de una de ellas contra la otra, como hizo Fidel Castro en los sesenta. A veces, las vecindades eran fatales y decidían las alianzas: Europa del Este era zona soviética, América Latina zona norteamericana. Las zonas crepusculares (África) se debatían entre una u otra alianza y el Movimiento de Países no Alineados, siguiendo las pautas de Nehru, Tito y Nasser, se negaban a escogerlas.

México jugó con habilidad la carta de la independencia y la negociación. Si Dean Rusk le pedía a Manuel Tello (padre) que México rompiera con Cuba, el canciller mexicano invocaba, no sólo el derecho internacional, sino la política local: el Congreso mexicano, por boca de Emilio Sánchez Piedras, vetaba toda forma de intervención y apoyaba toda fórmula de negociación. Cuando Alexander Haig le exigía a Jorge Castañeda (padre) alinearse con la política norteamericana en El Salvador y Nicaragua, el canciller mexicano volvía a invocar, no sólo el derecho internacional, sino los compromisos de México con el gobierno francés de Francois Mitterrand. Pero detrás de estos argumentos había uno de mayor peso: México, in extremis, podía jugar la carta cubana, incluso la carta soviética. No acusó de otra cosa la delegada norteamericana ante la ONU, Jeanne Kirkpatrick, a México y su delegado, Porfirio Muñoz Ledo, en la década de los ochenta.

El fin de la guerra fría ha privado de eficacia a este tipo de maniobras. Hay una sola gran potencia mundial y es difícil espantarla con el petate del muerto. Hay un pro en la nueva situación y es que muchos problemas de los países en desarrollo, largo tiempo aplazados por temor al sambenito de "comunista" (fue el caso de Guatemala) pueden hoy regresar, con urgencia, a las agendas nacionales. Es el caso, en consecuencia, de Chiapas y por eso, en su momento, y muy mal entendido, llamé al movimiento de Marcos la primera revolución de la post-guerra fría. Revolución, más que rebelión, en el sentido de establecer un nuevo punto de arranque para juzgar a los movimientos de insurrección interna en el Tercer Mundo. Ya no se les podía acusar, automáticamente, de ser parte de una subversión mundial dirigida desde Moscú. Ya no había comunismo. Ya no había Moscú.

Sólo a Cuba le siguen aplicando los yanquis el anatema comunista, pero ello se debe más a factores internos (Jesse Helms, el lobby de Miami) que a una racionalidad internacional que le permite a Washington cultivar excelentes relaciones con enemigos de antaño y comunistas perennes, China y Vietnam.

Sigue habiendo, por supuesto, contencioso entre los Estados Unidos y naciones como Irak e Irán. El conflicto con Irak es el conflicto con Sadam Hussein, pero Sadam Hussein (como Noriega en Panamá) fue una criatura de la diplomacia norteamericana, inventado y fortalecido para oponerle una barrera a los mullahs de la revolución en Irán. Nomás que la criada les salió respondona. Sadam se sintió apoyado para lanzarse a aventuras internacionales (como Gualtieri en Argentina) y le dio pretexto a Bush para demostrar que no era un "wimp", un paniaguado, sino el jefe nato de la alianza militar contra Sadam. La popularidad de Bush, que alcanzó una cota altísima a raíz de la guerra del Golfo, se vino abajo porque no correspondía a su paupérrima gestión nacional. Clinton llegó a la

presidencia, pero el fantasma de Irak no se desvanece. Sólo que esta vez Sadam no ha invadido a un país vecino. Se ha negado a acatar resoluciones de la ONU sobre inspección de sitios sospechosos de producir armas bacteriológicas. Pero esto ocurre mientras las sanciones contra Irak siguen en pie. La fórmula de negociación sería levantar las sanciones y permitir la inspección. De lo contrario, veremos de nuevo un mortal fuego de artificios sobre Bagdad. Morirán centenares, acaso miles, de ciudadanos inocentes y Sadam seguirá en el poder, esperando al siguiente jefe de Estado norteamericano.

En cambio, la otra relación contenciosa de los Estados Unidos en el Golfo muestra signos alentadores. El nuevo gobierno del presidente Mohamed Jatami en Irán ha hecho señas de conciliación y voluntad negociadora, a las cuales ha respondido positivamente Clinton. Irán, el enemigo de ayer, puede ser el amigo de hoy por las mismas razones que Irak, el amigo de ayer, es el enemigo de hoy: no se pueden tener dos enemigos vecinos en la misma zona geográfica. ¿Pueden tenerse dos amigos? Ello dependerá de la capacidad negociadora de las partes.

Negociar requiere voluntad pero también imaginación. En el antiquísimo contencioso de Irlanda del Norte, el gobierno laborista de Tony Blair ha demostrado que posee ambas virtudes. Su plan de paz incluye los siguientes puntos. Primero, una nueva legislatura regional para Irlanda del Norte, la primera desde 1972, cuando la violencia paralizó a la Asamblea controlada por los protestantes. Segundo, un consejo ministerial integrado por Irlanda del Norte, la Gran Bretaña y la República de Irlanda para ocuparse de los asuntos transfronterizos. Tercero, un acuerdo bilateral entre Inglaterra y la República de Irlanda, dándole a ésta mayor voz en los asuntos de Ulster (Irlanda del Norte). Y finalmente, la

creación de un Consejo de las Islas Británicas que reúna representantes de Inglaterra, Gales, Escocia, la República de Irlanda y Ulster:

Como era previsible, fue la última propuesta la que provocó la negativa del Sinn Fein y su brazo armado, el Ejército Republicano Irlandés, de seguir adelante con las negociaciones. Pero la habilidad de Blair ha consistido en presentar un paquete comprensivo y abierto, es decir, negociable. La tácita invitación del Primer Ministro británico a los rebeldes irlandeses es: ganemos terrenos, abramos ventanas, quitemos candados. En todas las nuevas propuestas puede caber, tarde o temprano, la representación católica y rebelde de Irlanda del Norte. Blair ha creado las instituciones para la conciliación. La puerta está abierta para el Sinn Fein, la buena voluntad de Londres patente para los Unionistas, el camino de la negociación (y de la paciencia) despejado.

La situación de Irlanda deriva de las guerras de religión del siglo XVI. La situación de Chiapas deriva de la conquista española del mismo siglo. Entre las dos, Irlanda y Chiapas suman mil años de conflicto. Pero una como la otra pueden resolverse con voluntad e imaginación negociadora a partir de la realidad de hoy, no de la fatalidad secular.

...

El gobierno del presidente Zedillo tiene particular interés en que se llegue a una solución negociada en Chiapas. La situación en ese Estado le está costando al presidente más que a nadie. Zedillo ha acumulado, después de los desastres de su inicio en la presidencia, capital como protagonista de la transición democrática y de la recuperación económica. Que ésta se limita hoy por hoy a los factores macroeconómicos y están muy lejos de aquel "bienestar para tu familia" que prometió su slogan de campaña, pase. Que el propio gobierno haya sido

a veces el peor enemigo, no de la inevitable transición sino de sí mismo, lo demostraron los disparates previos al informe inaugural del Congreso el primero de septiembre. Así y todo, Zedillo había depositado bonos importantes en su cuenta presidencial.

La matanza de Acteal lo cambió todo. Se levantó el piadoso telón corrido sobre Chiapas y volvieron al proscenio nacional e internacional los hechos y sus inevitables interrogantes. ¿Por qué no se han implementado los Acuerdos de San Andrés firmados en 1996 entre el Ejecutivo Federal y el EZLN? ¿Por qué se ha confiado en que el olvido, la distracción, la llamada "guerra de baja intensidad", pudra la situación chiapaneca y la haga desaparecer, pequeño remolino del polvo histórico de México? ¿Por qué se ha permitido que, en ausencia del cumplimiento de los Acuerdos, el vacío político lo llenen guardias blancas, matones al servicio de... el PRI, el gobierno local, los finqueros? ¿Quién o quiénes tienen la capacidad para armar a estos grupos asesinos con rifles de combate AK-47? ¿Le dio el entonces gobernador Ruiz Ferro más de medio millón de dólares a la organización Desarrollo, Paz y Justicia acusada de múltiples abusos por grupos de derechos humanos?

Pero sobre todo, ¿por qué hay tanta pobreza en un Estado tan rico como Chiapas? Chiapas le da a México petróleo, energía eléctrica, café, ganadería, bosques. Chiapas no necesita dádivas más o menos generosas de la Federación que, en muchos casos, se quedan en los bolsillos de los funcionarios, los caciques y los explotadores. Chiapas debe retener la parte que en justicia le corresponde, de su aportación, muy grande, a la económica nacional.

Es esto lo que prevén los Acuerdos de San Andrés, en estricta consonancia con la orden constitucional de proteger y promover los recursos de los pueblos indígenas: "Acceder de manera colectiva al uso y disfrute de los recursos naturales, salvo a aquellos cuyo dominio

directo corresponde a la Nación". El problema de Chiapas es de estricta y mínima justicia económica, avalada por representación democrática a todos los niveles –municipios, regiones, el congreso y los gobiernos estatales, los órganos judiciales y la Federación—. El mundo indígena de Chiapas no se constituye mediante aislamientos verticales. Se integra ya horizontalmente a la norma de relación mestiza del país. La balcanización, repito, es obra del sistema político autoritario mexicano que ha separado brutalmente a ciertas regiones del proyecto nacional de desarrollo. Desbalcanicemos a Chiapas dándole la porción de democracia y riqueza que le corresponde a ese bello y abundante estado.

La iniciativa está en manos del presidente Zedillo. No se pueden buscar subterfugios leguleyos que desplacen esta responsabilidad a otras instancias. El presidente dijo en Yucatán, hace un mes, estar de acuerdo en "forjar una nueva relación entre el Estado y los pueblos indígenas". Señaló como camino, "el diálogo... la negociación". Afirmó que el "Gobierno Federal está de acuerdo con los Acuerdos de San Andrés Larráinzar" y recalcó: "Demos ya forma a los Acuerdos de San Andrés". A él y a nadie más le corresponde enviar los Acuerdos al Congreso y entonces sí, éste puede debatir, reformar, proponer, reabrir negociaciones. Hasta ahora, el EZLN ha puesto la pelota en la cancha del gobierno con gran habilidad. Quizás es el turno del gobierno de mandarla a los terrenos del EZLN, acompañada de actos que pongan un hasta aquí a la violencia, limiten estricta y claramente los movimientos del Ejército, apliquen la ley a los grupos paramilitares y a quienes los usan, arman o condonan, y abran la posibilidad, si ello fuese necesario, de plebiscitos y nuevas elecciones en Chiapas.

Si el gobierno mexicano no actúa ya en todos estos frentes, crecerá la presión para que la vigilancia internacional se haga presente en Chiapas. Entonces, de ser un conflicto local

negociable, México habrá entrado a la esfera de los conflictos internacionales, negociables o no, pero en los cuales nuestros poderosos vecinos, la única gran potencia superviviente de la guerra fría, es la que toma, no siempre acertadamente, las decisiones. México tiene demasiados frentes abiertos con los Estados Unidos, todos tan frágiles como la Línea Maginot: trabajadores migratorios, tráfico de drogas, certificación o descertificación, aplicaciones desleales del Tratado de Libre Comercio... Si no resolvemos el problema de Chiapas por nosotros mismos, Chiapas se añadirá a la lista de nuestros problemas internacionales –por no decir, bilaterales—.

Pero en última instancia, una solución justa, generosa, negociada, para Chiapas, liberará al presidente Zedillo de su peor súcubo interno: carecer de tiempo y poder para atender la recuperación económica y la transición política, a dos años de la siguiente elección presidencial y con las ambiciones para sucederle ya personificadas, expuestas y rampantes.

Chiapas, de esta manera, forma parte de un nuevo panorama internacional dibujado por el fin de la guerra fría. En ese paisaje, hay una proliferación de accidentes ayer ocultos por la rivalidad este-oeste y que ahora podemos ver con claridad. Dejarlos correr es dejarse caer en ellos. Negociarlos a tiempo es situarlos en el contexto de una racionalidad, interna o internacional. Cuba, Irak e Irán conciernen a esas naciones y a los Estados Unidos. Irlanda, a la Gran Bretaña, la República de Dublín y a los antagonistas del Norte. Pero hay el ejemplo atroz de una fuerza sin ley, suelta como una bestia entre la población civil, incontrolable ni desde afuera ni desde adentro: Argelia.

Ningún país parece hoy exento ni de estos peligros ni de estas oportunidades. Ojalá que el nuestro, México, se afirme a sí mismo conciliando, como lo pide en un gran libro un gran historiador, Enrique Florescano, la etnia, la nación y el Estado.

Carlos Fuentes / El PRI en transición

*Reforma* (10-agosto-1998)

Las elecciones del 2 de agosto confirmaron que la transición democrática mexicana es un hecho confirmado. En gran medida, consolidada, pero de ninguna manera, irreversible. El amanecer de la democracia mexicana es recorrido por un fantasma nocturno: el temor de que una crisis económica, la inseguridad y criminalidad crecientes, o la simple desesperación de la pobreza, provoquen una explosión social o propicien un régimen de mano dura, convirtiendo a la transición mexicana en una especie de Weimar 2000. Como en la Alemania post-guillermiana, la revuelta de los hijos, iniciada en el 68 mexicano, podría conducir a la venganza de los padres, nostálgicos de su legitimidad fundadora en el 29. A éstos, los llamamos en México dinosaurios. A aquéllos, reformadores. La más reciente manifestación de estos últimos es la Corriente Renovadora dentro del Partido Revolucionario Institucional, fundada en la Ciudad de México el 1° de julio de 1998. Y si evoco el dramático fin de la república democrática de Weimar es por el temor de que la transición democrática mexicana, dado el severo contraste entre la realidad socioeconómica del país --negativa-- y su realidad política --positiva--, no desemboque en "una muerte trágica, en parte asesinato, en parte enfermedad, en parte suicidio", como describe, acertadamente, el fin de Weimar su historiador, Peter Gay.

La disparidad entre la esperanza democrática de México y los problemas que acosan al país es tal, que no podemos darnos el lujo de desechar a la ligera ninguna propuesta política constructiva. La de la Corriente Renovadora priista lo es y no merece, de manera alguna, ser arrumbada, como lo han hecho algunos, bajo la admonición despreciativa de "paleros", "chambistas", "resentidos" o "avanzadas encubiertas de ex presidentes". La composición



misma de la Corriente avala su honestidad política e intelectual. Destaco entre sus miembros a personas que considero amigos míos desde que éramos estudiantes universitarios, como Pedro Zorrilla y Arturo González Cosío, a políticos de trayectoria limpia como Sergio García Ramírez y Rodolfo Echeverría Ruiz, a economistas de amplia visión crítica como David Ibarra, intelectuales de profunda raigambre y lucidez admirable como José Iturriaga y Enrique González Casanova y, last but not least, a militantes priistas cuyas iniciativas críticas he venido siguiendo con especial interés durante los últimos años: Agustín Basave y Gabino Fraga. Me faltaría, ciertamente, el nombre de un priista que se cuenta entre los primeros en formular la crítica interna de su partido, acompañándola de varias proposiciones que hoy se actualizan, notablemente la que se refiere a la democracia interna del PRI. Me refiero a mi amigo Alfredo Baranda García, ex gobernador del Estado de México.

Y digo por delante de todo esto, porque mi crítica y oposición inveteradas al PRI en nada obstan para reconocer, primero, que entre sus miembros se encuentran amigos míos muy estimados, y segundo, que reconocerlo, ni elimina aquellas críticas ni descarta esta esperanza: que el Partido Revolucionario Institucional desempeñe un papel positivo en la alentadora, pero difícil, transición democrática mexicana.

Dado por muerto tras los severos reveses de las elecciones de 1997, cuando perdió la mayoría en la Cámara de Diputados y la jefatura de gobierno de la Ciudad de México, el PRI reaparece hoy, no con el vigor de la aplanadora de antaño, sino como lo deseó y pronosticó desde 1988 Enrique González Pedrero: no como el partido único, sino como un partido más. Nuestro espectro político parece definirse en torno a tres formaciones mayores, el PAN (Partido de Acción Nacional), el PRI (Partido Revolucionario Institucional) y el PRD (Partido de la Revolución Democrática).

Ninguno de los tres parece, por el momento, capaz de eliminar de la escena a ninguno de los otros dos. A veces, el triunfo de un partido opositor conduce al desencanto del propio electorado que lo llevó al poder y, llegado el momento de elegir de nuevo, el opositor se va a su casa y es el PRI, a menudo, el que ocupa su lugar, como ha ocurrido en Chihuahua. Pero allí donde el PRI no es capaz de renovarse, pierde de nuevo ante la oposición, como ha ocurrido en Aguascalientes. Aunque allí donde el PRI presenta al mejor candidato, el electorado ira con él, como ha sucedido en Veracruz.

Es decir: nos cuadre o no nos cuadre, el PRI sigue siendo un factor determinante de la vida electoral y de la transición democrática. Todavía no hay política mexicana sin PRI. Entonces surge el problema al cual la Corriente Renovadora quiere dar contestación: ¿Qué clase de PRI?

Esta es una pregunta que, por cuanto llevo dicho, concierne al país entero. Pero es una pregunta que concierne, en primerísimo lugar, a los priistas mismos. A ellos les corresponde poner en orden su propia casa y decidir qué clase de partido quieren tener y, aún más, con qué clase de partido quieren presentarse ante el electorado en el año 2000. Porque el hecho es que, al iniciarse el siglo que viene, si el PRI no se reforma oportunamente, si su actual ubicación electoral, su simple permanencia, es vista por los priistas como triunfo suficiente y el Partido no procede a las reformas que le permitan ser algo más que un poste reconocible en la carretera, pronto la carretera se irá por caminos imprevistos y el PRI se encontrará en medio del desierto. Ya no signo, sino apenas nopal: memoria de un pasado que ya no legitima el paisaje.

¿PRI en el camino o PRI en el desierto? ¿PRI parte constructiva de una dinámica básicamente tripartita de partidos, o PRI desacreditado, innecesario y abandonado, dando pie a un sistema bipartidista: PAN a la derecha, PRD a la izquierda, y el centro dividido entre ambos? (No desprecio a los partidos menores, el del Trabajo, el Verde Ecologista y el Centro Democrático. Creo, inclusive, que pueden jugar un inesperado papel de decisión en caso de un impasse electoral que conduzca, en la elección presidencial del 2000, a una división treinta-treinta-treinta entre PAN, PRI y PRD. Pero ése es otro tema: tiene que ver con la necesidad de establecer la segunda vuelta electoral).

Por el momento, quiero centrarme en el problema de la renovación interna del PRI, más que en el eventual papel del PRI en la sucesión y la elección presidenciales que se aproximan. Que ambos están íntimamente relacionados, no cabe duda. Pero que lo segundo pasa por lo primero me parece, también, indudable.

No le es fácil al PRI definirse, una vez más, ideológicamente. El partido oficial –PNR– ideado por Calles para poner fin al pretorianismo y al caudillaje revolucionarios no es el partido oficial ideado por Cárdenas –PRM– para unir en un gran sistema corporativista nacional a los distintos grupos de la actividad política y económica del país, ni es el partido transformado por Alemán –PRI– para darle la dirección compartida del futuro a la avanzada industrial, corregida, impulsada y, también, suplida por el Estado (la iniciativa del Estado es necesaria, dijo Iturriaga, allí donde la iniciativa privada carece de iniciativa). Las siglas mismas del Partido empezaron a deteriorarse rápidamente a partir del trauma de Tlatelolco. El PRI dejó de ser visto como Partido: era sólo un instrumento electoral al servicio del Presidente de la República, verdadero y omnímodo poder político en México. Dejó de ser Revolucionario: empeñado por un lado en proteger al *statu quo*, por el otro se dejó vencer

por el *statu quo* dominado por el desequilibrio notorio entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco. Y dejó de ser Institucional: las instituciones mismas creadas por la Revolución comenzaron a resquebrajarse, golpeadas por sucesivas crisis económicas que, entre las presidencias de López Portillo y la de Zedillo, no han logrado, pese a correctivos incesantes, cambios de orientación, puestas al día a veces oportunas seguidas de descalabros por lo demás inoportunos, restaurar la credibilidad de instituciones minadas por el error, la corrupción, la veleidad de los consejos, la fragilidad de los modelos, la inoperancia de las leyes y, subyaciéndolo todo, la pérdida de la omertá siciliana, la confianza entre los jefes del PRI y los gobiernos del PRI.

Ayer, el PNR-PRM-PRI era Partido de Partidos. Cabían en él todas las tendencias. Era el más grande Partido-Paraguas del mundo.

Dentro de él, se podía ser tan rojo como Bassols o tan blanco como Gaxiola, tan heterodoxo como el presidente Cárdenas o tan ortodoxo como su secretario de Hacienda, Suárez; tan extremista como Lombardo Toledano o tan moderado como su presidente, Ávila Camacho. Las disputas entre ideologías se resolvían internamente. Y pacíficamente. La última ruptura severa entre poderosos, el conflicto entre Calles y Cárdenas, se resolvió, al cabo, en favor de lo que el propio Calles, perdedor en la disputa, había propiciado: la supremacía de las instituciones, la unidad nacional, el presidencialismo como poder sexenal absoluto no renovable. La maquinaria funcionaba, la aceptaba la corrupción pero la justificaba la estabilidad; la hacía pesada el autoritarismo, pero la aligeraba el desarrollo, más o menos compartido gracias a la continuidad de las políticas sociales: educación, salud, comunicaciones, seguridad.

Ayer, el PRI era correa del Ejecutivo. El presidente y sus allegados decidían el resultado de las elecciones, el proceso legislativo, la vida sindical, la realidad política de la Federación, el Estado, los Municipios. La competencia era inimaginable y, cuando tenía la temeridad de manifestarse, su fracaso era seguro, cruel, instantáneo, de Vasconcelos a Almazán, de Padilla a Henríquez Guzmán.

Ayer, el PRI era el puente entre el gobierno y la clase política y entre ésta y los sectores sociales. Era el torreón aprobatorio, con abundancia de campanas, de las políticas del Ejecutivo.

Hoy, ninguna de estas realidades –virtudes y defectos– se mantiene incólume. El Partido de Partidos es sólo un partido más. Ya no caben en él todas las tendencias. La sociedad se ha vuelto demasiado plural y organiza sus propias preferencias bajo otros signos partidistas, más a la derecha con el PAN, más a la izquierda con el PRD, y aun fuera de los partidos, en las organizaciones de la sociedad civil, en los movimientos feministas, homosexuales, cooperativistas, favorables a la independencia sindical y al fin del corporativismo.

La sociedad se organiza en barrios, en voluntarismo, en asociaciones de ayuda mutua, en grupos de protesta ciudadana, en instituciones de crédito mínimo, todo ello avalado por medios de comunicación cada vez más independientes, una prensa cada vez más crítica, una clase intelectual cada vez más alejada de la tradición medicea, renacentista, florentina, que le dio murales a Orozco, Rivera y Siqueiros, editoriales, universidades y centros de investigación a varias generaciones de estudiosos mexicanos, orquestas a Carlos Chávez y puestos diplomáticos a Reyes, Cosío Villegas, Gorostiza, Torres Bodet, Paz, Aridjis, Gutiérrez Vega y yo mismo, entre muchos otros.

Hoy, la sociedad quiere más de una alternativa. Quiere consensos, no imposiciones autoritarias. Quiere más y mejores mecanismos de participación. Los quiere toda la sociedad.

¿Los quiere el PRI?

A esta pregunta trata de dar respuesta la Corriente Renovadora. Y a ella me referiré en mi siguiente artículo.

Carlos Fuentes / ¿Puede renovarse el PRI?

*Reforma* (17-agosto-1998)

¿Puede renovarse el PRI y jugar un papel constructivo en la todavía frágil transición democrática mexicana? La Corriente Renovadora surgida el pasado mes de julio apuesta a que sí. Su apuesta será puesta a prueba por dos hechos. Primero, la celebración de la XVIII Asamblea General de Delegados. Y, dependiendo de lo que ocurra en ella, la elección general del año 2000.

Quienes impulsan la Corriente Renovadora no quieren, con razón, pensar aún en el 2000. Pero el público piensa por ellos. Ellos prefieren atenerse a la Asamblea. Pero, ¿cuándo tendrá lugar ésta? ¿Tan pronto como lo desean los renovadores o tan tarde como quisieran los dinosaurios? ¿Y qué piensan al respecto Mariano Palacios, presidente del PRI, y Ernesto Zedillo, presidente de México? Porque las Asambleas más recientes del PRI no han sido, como antes, meros trámites. La XIV inició el desmantelamiento del corporativismo. La XVII proclamó la independencia del Partido frente al Gobierno: le dijo No al presidente y estableció los famosos "candados" que requieren estrictos antecedentes partidistas y electorales para pretender a las candidaturas del PRI, incluyendo la presidencial.

Hoy, dice Agustín Basave, no se trata simplemente de reformar al PRI. Se trata de refundarlo, de presidir sobre su renacimiento. El PRI no puede ser ni lo que es ni lo que fue. Requiere vida propia, impulsar a sus cuadros, darles respetabilidad y fisonomía, establecer procedimientos internos de selección, y sujetar a reglas escritas todo esto, sobre todo el procedimiento mismo de designar al candidato presidencial, asunto que no está reglamentado porque –cantar de ciegos– todos saben que hasta ahora sólo el dedazo escoge al dedillo.

La Corriente Renovadora misma surge de una clara disposición estatutaria del Partido: el derecho que tienen sus miembros de constituir "corrientes alternas de opinión". Esta facultad, aunada a las recientes disposiciones a favor de los procedimientos internos democráticos – las "primarias" priistas–, pueden tener notables efectos prácticos. Electos directamente por las bases, los delegados a la próxima Asamblea tienen posibilidades muy grandes para elegir, en seguida, a sus propios dirigentes y a sus propios candidatos. Ello constituiría, desde luego, una verdadera revolución dentro del PRI, porque la independencia de las bases le daría independencia al Consejo Nacional y ello, a su vez, abriría el camino a un apoyo mucho más condicionado del PRI a los gobiernos emanados del Partido, y obligaría a éstos a mantener un compromiso crítico con el Partido.

La democratización propuesta por la Corriente Renovadora tiene, a mi parecer, dos vertientes. Una es la auto-reforma impostergable, la "refundación" de la que habla Basave. La otra es la recuperación de iniciativas políticas y reivindicaciones sociales. El primer objetivo es más fácil de alcanzar que el segundo, dado que éste implica una crítica a políticas sustantivas de los gobiernos emanados del PRI. Así lo ha entendido, sagazmente, Manuel Bartlett, lanzándose como precandidato favorable a políticas que no son, exactamente, las que aplicaron sus jefes cuando fue secretario de Estado de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas de Gortari. Recuperar el discurso "nacionalista" o "revolucionario" no es, sin embargo, suficiente. Ha sido empleado, demasiado y muchas veces, para hacer lo contrario de lo que se proclama. Si el PRI quiere realmente renovarse, más que rescatar banderas del pasado nacionalista y revolucionario, origen de su legitimidad, debe proponer políticas de desarrollo equitativo, de atención a la inmensa masa de pobres en nuestro país, de establecer puentes entre el país profundo, el segundo México de las rancherías, las aldeas, las etnias, la



soledad y el abandono, y el primer México que, de tantas maneras, participa ya, activamente y con beneficios indudables, en la economía mundial. No creo que el país clame por dosis mayores de nacionalismo y revolución, sino por políticas concretas de seguridad pública, administración de la justicia, combate a la corrupción. Cien discursos invocando a la pléyade revolucionaria, de Madero a Cárdenas, no serán tan importantes como los programas de educación pública, de comunicaciones, de salud, de crédito popular, de ahorro y de seguridad social que los renovadores priistas sepan proponer. Allí, en ese terreno concreto, se jugará la credibilidad del nuevo PRI. Es un terreno en el que sí se pueden establecer comparaciones claras con lo que, en ellos, logren el PAN y el PRD.

No obstante, creo que toda la discreción política del mundo no va a poder evitar que, en esta temporada electoral, se libere la batalla dentro del PRI entre "políticos" y "tecnócratas". Menos importante, porque menos programática, que la política propositiva del partido, ésta será una batalla dirigida a dirimir el segundo debate interno del PRI: la sucesión presidencial del año 2000. Los "renovadores" no engañan a nadie pretendiendo que esa fecha política pertenece a las calendadas griegas: es parte, decididamente, de los calendarios mexicanos. ¿Podrá evitarse, en el foro central de un PRI renovado, el debate entre políticos y tecnócratas? No, si los primeros se presentan como mitólogos que quisieran regresar a la Edad de Oro de un PRI revolucionario. No, si los segundos insisten en presentarse como fisiócratas a la moda, defensores de un orden natural que no necesita al Estado más que para proteger a la propiedad privada.

Entre "mitólogos" y "fisiócratas", los renovadores se presentan como demócratas modernizadores pero conscientes de la tradición y de la historia del país. En buena hora. Pero si su movimiento no plantea cuanto antes proposiciones concretas y se limita a

posicionamientos ideológicos, le regalará el territorio del pragmatismo a los tecnócratas. Preveo y acepto la crítica a lo que estoy diciendo: no hay que poner la política deseable por delante de la reforma indispensable. Si se acepta esta premisa, el tema de los "candados" pasa al primer plano de la reforma, casi se confunde con ella y tiene consecuencias que trascienden la simple regla de los diez años de militancia y el previo cargo de elección popular.

El tema de los "candados" va a ser inevitable en la Asamblea porque va a ser inevitable en la Sucesión. Los "renovadores" son francamente reivindicadores de la política por encima de la tecnocracia. Ponen como paradigma a los Estados Unidos: todos sus presidentes han sido políticos, gobernadores de Estados de la Unión, senadores, diputados, antes de llegar a la Casa Blanca. ¿Quiere Zedillo romper los candados a favor de un candidato tecnócrata? ¿Quiere Bartlett mantenerlos a su favor? ¿Tecnocracia versus ortodoxia? No creo que el país, o el partido, ganen mucho con un enfrentamiento seguido de una fractura que confundirá aún más la vida política de México. Los renovadores tienen todo el derecho del mundo de apoyar candidaturas políticas y sostener el requisito de los candados. Pero, fieles a sí mismos, deben permitir que estas cuestiones las dirima la Asamblea del Partido, no un grupo dentro del mismo, ni la actual dirigencia, ni el propio Presidente de la República. ¿Por eso quisiera la Corriente Renovadora una pronta reunión de Asamblea, y la vieja nomenclatura una reunión tardía? ¿Qué piensa de todo esto Ernesto Zedillo?

Luis Donald Colosio era el puente natural entre políticos y tecnócratas. Desaparecido, dolorosamente, "the right man for the right time and the right place", corresponde a los priistas crear condiciones fluidas pero bien normadas para dirimir sus desavenencias internas, reformar sus procedimientos caducos o inmorales, debatir entre ellos y con la sociedad las

ideas y los programas que necesitará México para ser la gran nación que todos deseamos en el siglo XXI.

Actualizar al PRI, dice Gabino Fraga, es redefinir al PRI. La pregunta se impone, ¿puede redefinirse el viejo, gastado, desprestigiado partido de las mil máscaras, el Lon Chaney de la política mexicana, el nacionalista, revolucionario, corporativista, unitario, desarrollista, neoliberal y todo lo contrario, Partido Revolucionario Institucional? ¿Tiene que perder el PRI todas las elecciones para entender la necesidad del cambio? ¿O le basta ganar una sola para no entenderlo?

La batalla por la sucesión presidencial, que ya se ha iniciado, y la capacidad de renovación del PRI, que apenas se inicia, nos darán muy pronto las respuestas. Por lo pronto, la Corriente Renovadora le ofrece al PRI una luz, por tenue que sea, en su túnel histórico. En vez de simple maquinaria electoral, ¿puede el PRI convertirse en partido moderno con procedimientos internos democráticos? ¿Puede mostrarse realmente sensible a las demandas de la sociedad? ¿Puede liberarse de la sujeción al Ejecutivo? ¿Puede exigirle al gobierno priista que le rinda cuentas a la militancia priista? ¿Puede el PRI nacional respetar a los PRI estatales? ¿Puede encontrar el PRI una ubicación propia en el espectro partidista nacional, más conservador que el PRD, pero más revolucionario que el PAN? ¿Puede reconocer y respetar a las personas y a los programas sujetos al escrutinio de las "primarias" y luego de la Asamblea Nacional? ¿Puede, en suma, un PRI renovado recuperar a la sociedad, plantándose en el centro de las grandes demandas nacionales, expuesto a la comparación con los partidos rivales, sin el techo protector del Poder Ejecutivo? Porque si el PRI va a exigir independencia frente al Presidente, el Presidente también tiene, como Jefe de Estado, enormes márgenes de independencia frente al PRI.

Carlos Fuentes / La herida de Acteal

*Reforma* (28-diciembre-1998)

Goya pintó un magnífico retrato del matador Pedro Romero cuando el torero tenía 40 años. Es un cuadro lleno de nobleza, serenidad y colores tenues, como si el genial artista aragonés pintase el alma, más que la fiesta y la bravura, del diestro. Romero mató más de 5 mil toros. Pero cuando murió, a los 80 años de edad, el fundador de la escuela de Ronda no tenía una sola cicatriz en el cuerpo.

Comparaba para mí, después de leer las conclusiones de la Procuraduría General de la República sobre la matanza –hace un año ya– de Acteal, la suerte del torero con la desgracia de México. Nuestro cuerpo nacional está marcado de cicatrices. Sólo en este siglo, de Río Blanco a Tlatelolco, las heridas profundas constituyen un segundo mapa de México. Las represiones obreras, de Cananea en 1906 a los ferrocarrileros en 1959. Los asesinatos agrarios, de Zapata a Jaramillo. Los políticos, de Tlaxcalantongo a Huitzilac a Lomas Taurinas.

Algunas de estas heridas han cerrado. Otras permanecen abiertas. La masacre de Aguas Blancas, Guerrero, se cerró, en gran medida, debido a la valentía y decoro parejos de un periodista, Ricardo Rocha. En cambio, la herida de Acteal –el asesinato vil de 45 indígenas chiapanecos, hombres, mujeres y niños– sigue abierta y el informe de la PGR poco hace para cerrarla. Más bien, ofende a la opinión pública. Parece un informe hecho por la astucia para el consumo de la idiotez. Pero ni los autores del Libro Blanco son tan sagaces como se lo creen, ni el público mexicano tan idiota como la PGR parece creer.

Las inconsistencias, encubrimientos, silencios y evasiones del Libro Blanco ya han sido señaladas, en días pasados, por Sealtiel Alatríste y Gustavo Esteva en estas mismas páginas, por Hermann Bellinghausen y Jesús Ramírez Cuevas en *La Jornada* y, con peso contundente, por el vicario de Justicia y Paz de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, don Gonzalo Ituarte.

Los argumentos del Libro Blanco pueden reducirse a cinco: La matanza de Acteal fue producto de una confrontación local y añeja entre grupos antagónicos. Es consecuencia indirecta de la existencia del EZLN. Ocurrió por omisión de las instituciones de justicia y de las autoridades locales. Se enmarca en un ambiente de desprecio al Estado de Derecho. Se debe a la ausencia de cauces para la solución pacífica de conflictos en las comunidades.

Los contra-argumentos son los siguientes: Las víctimas de Acteal eran ajenas a los grupos en conflicto, eran miembros de un grupo civil que oraba por la paz. Por lo tanto la existencia del EZLN no justifica la masacre de ciudadanos pacíficos, ajenos al conflicto EZ-Gobierno. En cambio, la matanza es perfectamente explicable en función de la existencia de grupos armados paramilitares asociados tanto a las oligarquías chiapanecas como a su escudo político, el PRI. Las instancias de justicia y seguridad no estaban ausentes. El Ejército, la Judicial federal y la Estatal se encontraban presentes a unos cuantos metros de la matanza y no hicieron nada para impedirla. El desprecio al Estado de Derecho es atribuible, en consecuencia, a los responsables del Estado de Derecho.

Acteal, en otras palabras, se añade a la larga y sombría lista de la Impunidad como Institución Inconmovible. "¡Venezuela, país de la violencia impune!", exclama un personaje

de Canaima de Rómulo Gallegos. De México a Chile, de Guatemala a Argentina, todos podemos exclamar con él, "¡América Latina, continente de la violencia impune!"

Me detengo a propósito en el quinto punto del Libro Blanco porque en él está cifrado, a mí entender, el verdadero drama de Chiapas: La falta de cauces de solución pacífica de los problemas. Estado riquísimo poblado de miserables, Chiapas produce petróleo, café, energía eléctrica, maderas, pesca. Pero tiene los índices de desnutrición, analfabetismo y mortandad infantil más altos de la República. ¿A qué se debe esta atroz anomalía? El gobierno y muchos funcionarios de buena voluntad en él hacen notar las cifras de inversión para el desarrollo en Chiapas. Pero toda vez que este honorable esfuerzo oficial no se traduce en mejorías visibles para la población, hay que concluir que el problema está en otra parte y esa otra parte se llama la injusticia, la deforme estructura colonialista, económica y social, de Chiapas. Mientras la reforma estructural no tenga lugar, ni la paz y la justicia vendrán a Chiapas desde afuera, ni el desarrollo económico, las oportunidades de trabajo y el terreno fértil para que, con armas mínimas, los pobres se ayuden a sí mismos.

El movimiento del 1 de enero de 1994 fue un grito de alarma, el mismo que Luis Donaldo Colosio había dado, con enérgica medida, en sus discursos sobre las poblaciones autóctonas. No se puede acusar al EZLN de causar las condiciones que desde hace cuatro años denunció. Se le puede, acaso, juzgar, tan severamente como lo ha hecho el Senador Carlos Payán, de retardar, complicar y darle evidentes plazos políticos a las pláticas de paz. Pero una acusación comparable podría hacerse al Gobierno federal cuando abandonó los acuerdos de San Andrés y en vez ofreció una ley que, como opinó en su oportunidad el Senador Enrique González Pedrero, era tan buena como ley que no tenía nada que ver con la realidad política

y social aplicable. Los latinoamericanos, ya lo dijo Víctor Hugo hace siglo y medio, nos especializamos en hacer leyes para los ángeles, no para los hombres.

Mi opinión es que la búsqueda de fórmulas de avenimiento entre el Gobierno y el EZLN no debe cejar, pero la verdadera confrontación no se da entre Zedillo y Marcos, o entre las paupérrimas "facciones" a las que alude la PGR. El conflicto profundo de Chiapas tiene que ver con la reforma de estructuras de explotación, del trabajo y la producción, injustas y anacrónicas. Tiene que ver con complicidades oscuras entre la oligarquía chiapaneca y el PRI local. La reforma en Chiapas consiste en acabar con esta complicidad, sobre todo en su más nefando aspecto. La existencia de grupos paramilitares, verdadero brazo asesino del *statu quo*. Las acciones del Ejército, al respecto, deben ajustarse no sólo a la ley, sino al comando supremo que le pertenece, constitucionalmente, al Presidente de la República. Este es jefe nato de las fuerzas armadas en toda la nación. En Chiapas, esta función del Ejecutivo debe hacerse singularmente presente, responsable y vigorosa. "Los soldados mexicanos no asesinan": Guillermo Prieto.

La última palabra, sin embargo, debe tenerla el pueblo de Chiapas. Las matanzas solapadas por el poder público y la resistencia armada del grupo rebelde, no se resolverán tan sólo con negociaciones (o aun, como lo he indicado varias veces, con presencia internacional mediadora y protectora de los grupos de desplazados y refugiados). Se resolverá, al cabo, mediante la autonomía real de municipios, pueblos y comunidades, tres grados de organización que a veces se presentan simultáneamente y a veces singularmente. En todo caso, es la libertad de municipios, pueblos y comunidades, expresada en comicios protegidos por observadores nacionales e internacionales, el IFE y aun, ¿por qué no?, el Ejército mexicano y el Ejército Zapatista, en concebible acto de pacificación en nombre de la libertad

y el desarrollo, lo que puede darle a Chiapas, finalmente, una estructura de justicia y democracia desde abajo, libre de la explotación local o del capricho centralista. Este es el acto democrático que en estas mismas páginas ha venido pidiendo Sergio Sarmiento y sobre plataforma tal, no discutiendo sus propios intereses, sino en aras de los intereses de Chiapas, podrían, acaso, darse la mano el Ejecutivo federal y el zapatismo. Es, en todo caso, mi deseo para el año nuevo, último de este siglo.



Carlos Fuentes / Grandes ilusiones, modestas proposiciones

*Reforma* (30-enero-1999)

Con cierto airecillo protector, la revista norteamericana *Business Week* se refiere a "la inmadura democracia mexicana". Yo prefiero recordar la actitud llena de ternura con que la filósofa andaluza María Zambrano nombraba a la joven República española, en 1936, "la república niña". Quizás eso es nuestra democracia, una "democracia-niña" que requiere de cuidados, preocupaciones y, sobre todo, cariño. Invoco esta disposición ahora que los calendarios electorales parecen adelantarse con una dosis de saña y veneno propia del combate político, pero que no nos debe alejar del afecto caluroso que merece nuestra transición democrática.

Discutía el año pasado, en el marco de la Feria del Libro de Guadalajara, estos temas con el gran escritor portugués José Saramago. El autor de *El evangelio según Jesucristo* reclamaba, para el nuevo siglo, un pensamiento rector tan recio como pudieran serlo, en el pasado, las ideas de la Ilustración o del Marxismo. Yo le confesé mi incapacidad para ubicar esa idea totalizadora, pero sí le insistí en que en un país como México, en plena transición de 70 años de partido único en el poder a una pluralidad democrática, defender ésta y hacerla operativa desde la base, era ya exigencia más que suficiente para encauzar el esfuerzo de los mexicanos.

Me atrevo a pensar que éste ha sido el impulso político de la generación 20 años menor que la mía, en la que se cuentan amigos míos tan queridos y admirados como Jorge G. Castañeda, Héctor Aguilar Camín, Lorenzo Meyer, Adolfo Aguilar Zinser y el muy distinguido recipiente anterior de la Presea Ezequiel Montes, Federico Reyes-Heróles: la

generación de la democracia crítica y del intelectual independiente, representada, asimismo, por los eternamente jóvenes, eternamente creativos, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco.

Durante los meses subsiguientes a mis conversaciones con Saramago en Guadalajara, he pensado mucho en los valores del pluralismo, de la heterogeneidad, de la distinción, como respuesta a un siglo XX que, en aras de ideas de unidad y de identidad en la unidad, nos condujo a la tentación totalitaria. ¿No sería una buena regla para el siglo que viene, sobre todo en un país como el nuestro, insistir menos en la identidad y más en la diversidad? Después de todo, el gran balance crítico de la Revolución Mexicana fue el de revelar la continuidad cultural de México y, sobre ella, fundar una poderosa identidad nacional que encontró expresión en la pintura, la literatura, la música, el cine, la arquitectura...

Esto ya lo ganamos. Aprendamos, ahora, a construir, sobre la identidad ganada, la diversidad por ganar.

Esta, lejos de ser una idea abstracta, afecta de la manera más concreta a nuestra vida política, desde arriba y desde abajo.

Desde arriba, la pluralidad democrática mexicana propone, agudamente para este año de campañas y el siguiente de elecciones, la consolidación de nuestra transición democrática. Por ello mismo, hace evidentes los peligros para dicha transición.

Vistas las cosas a principios de 1999, es muy probable que la elección presidencial del año 2000 arroje un resultado de empate práctico, 30-30-30, divididos entre el PAN, el PRI y el PRD, o de 25-25-25, otorgándole el papel de la unción sacramental a los partidos más pequeños e, incluso, a un cuarto candidato.

En todo caso, estamos ante una posibilidad de ingobernabilidad que más vale prever desde ahora, pensando seriamente en la necesidad de llevar a cabo, como en Brasil o en Francia, una segunda vuelta electoral, sea con un intervalo de semanas entre votación y votación, sea inscribiendo en la boleta del primer turno un espacio en blanco que indique la preferencia del elector para el segundo turno. No es posible pensar que esta solución automáticamente favorezca las tendencias a la alianza entre dos de los partidos contra un tercero. El voto no sólo es secreto. Es fluido, y la mejor campaña de un solo candidato puede rebasar las expectativas partidistas y convocar al electorado sin partido, el "voto blando" que en México constituye el 70 por ciento del voto, mismo que, en volumen, introduce cada tres años, 3 millones de nuevos electores en el sistema.

Pero la reforma para establecer la segunda vuelta en la elección presidencial también requiere la reforma para convertir al Congreso en una asamblea uninominal, eliminando las curules plurinominales a fin de que las Cámaras reflejen, asimismo, la directa decisión popular para un Legislativo soberano frente a una Presidencia acotada, ciertamente, sujeta a fiscalización –el accountability anglosajón– pero también, ejérzala un panista, un priista o un perredista, con margen de acción ejecutiva y gobernabilidad suficientes.

A su vez, la responsabilidad de las Cámaras requiere una reforma que acepte la re-elección de senadores y diputados. Tal fue la intención del Artículo 59 de la Carta de Querétaro de 1917, reformada en 1932 por determinación del poder detrás de la silla, el Jefe máximo Plutarco Elías Calles, a fin de convertir la no-reelección legislativa en una especie de cedazo político para premiar a los amigos de Calles y castigar a sus enemigos.

Estas razones resultan a todas luces inaceptables en el nuevo entorno democrático de México. Lo que el país requiere es un cuerpo de diputados y senadores experimentados, reelegibles, que perfeccionen y ejerzan sus conocimientos legislativos a lo largo del tiempo, profesionalizando el trabajo del Congreso, eliminando para siempre los malos hábitos de la aprobación automática o de los plazos angustiantes, de la premura irreflexiva. Que sea el elector el que elimine al legislador incompetente, pero también quien premie al diputado y al senador profesionales, dedicados y experimentados. Basta echarle un vistazo a las legislaturas nacionales de los Estados Unidos y de la Europa Occidental para darse cuenta de las ventajas del sistema. Nada ni nadie es perfecto, desde luego, y por cada Edward Kennedy, Barney Frank o Christopher Dodd, hay en el Congreso de los Estados Unidos un Jesse Helms. Sin embargo, las ventajas sobrepasan, con mucho, a las deficiencias.

La contrapartida del Poder Ejecutivo a esta profesionalización del Poder Legislativo, sería, desde luego, la creación, en serio, de un servicio civil mexicano, como los hay en Francia y en la Gran Bretaña, que le otorguen capacidad y continuidad a la administración pública, independientemente de los partidos que ocupen el poder y sin mengua de las facultades presidenciales de nombramiento hechas explícitas en el Artículo 89 constitucional. Se trata de crear en nuestro país, donde tanta falta hacen, normas de competencia, consejo profesional y ausencia de favoritismo, permanentes y continuadas, es decir, no sujetas a vaivenes sexenales.

Me hago la siguiente pregunta. Tenemos un régimen presidencialista que se ha ejercido históricamente, de manera personal y autoritaria. ¿No nos conviene perfeccionar ahora un presidencialismo democrático, es decir, acotado, responsivo y responsable ante un Congreso democrático y pluralista, exigente y responsable, antes de aventurarnos hacia un

parlamentarismo inexplorado que nos deje, posiblemente, sin la miel y sin la jícara, con un Ejecutivo débil y un Legislativo errabundo, abriendo así la reacción, de regreso, al Ejecutivo autoritario que ha sido nuestra tradición?

Ejecutivo fuerte con Legislativo fuerte: ésta es la fórmula que mejor consolida la democracia fuerte, siempre y cuando fortalezcamos, limpiemos e independicemos a la tercera columna del ejercicio del poder: el Judicial.

Cuanto acabo de decir, más que una proposición, es producto de una preocupación y de una duda. En lo que no me cabe duda es en la afirmación de que las soluciones verdaderas, las soluciones profundas para el nuevo milenio mexicano, tendrán que venir desde abajo.

La libertad es la búsqueda de la libertad. Por ello, un país democrático vive en transición permanente.

Desconfiemos de quienes nos dicen: "La transición democrática en México ha concluido. Es capítulo cerrado".

No puede serlo, toda vez que la reconstrucción de la nación nos tomará muchos años, propondrá metas a largo plazo y convocará a hombres y mujeres muy jóvenes.

¿Quiénes son? Aún no lo sabemos, de la misma manera que, en 1910, nadie sabía de la existencia de un oscuro maestro de escuela sonoreense, Plutarco Elías Calles, de un tipógrafo de Jiquilpan llamado Lázaro Cárdenas, de un caballerango de Morelos, Emiliano Zapata, o de un agricultor de Huatabampo, Álvaro Obregón, cuyo celebrado sentido del humor le había puesto a su granja el nombre de "La Quinta Chilla".

No estoy previendo, para nada, que en México surja una generación de rebeldes armados para salvar al país. Sólo afirmo que por las vías de la democracia, una juventud tan enérgica como numerosa se prepara para dirigir a México en el siglo XXI.

Carlos Fuentes / Reyes de regreso a Monterrey

*Reforma* (17-febrero-1999)

Es para mí un grandísimo honor inaugurar la Cátedra Alfonso Reyes con la que el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey distingue a uno de los más ilustres regiomontanos: don Alfonso Reyes.

Reyes amaba intensamente a Monterrey y el sello de su correspondencia personal era un dibujo, hecho por el propio Reyes, del Cerro de la Silla. "Monterrey" se llamó la carta mensual que don Alfonso distribuía, impresa, entre sus amigos, y "Sol de Monterrey" se llama uno de sus más bellos poemas, un sol "despeinado y dulce, claro y amarillo" que el regiomontano errante, el neoleonés viajero que fue siempre Reyes, saludó como despedida de su patria chica:

"Cuando salí de mi casa

con mi bastón y mi hato,

le dije a mi corazón:

-¡Ya llevas sol para rato!"

Alfonso Reyes paseó por el mundo el sol de Monterrey. Lo llevaba en la sonrisa: nadie más alejado del severo magíster y del pomposo orador que el risueño Reyes de la franca carcajada norteña. Una carcajada llena de amor, de simpatía, de acercamiento, de cordialidad, de cortesía. No creo haber conocido a otro hombre que reuniese tanta afabilidad humana con tanta agudeza intelectual.

Pues la inteligencia de Reyes no era, como tantas veces ocurre en los medios intelectuales, arma de la rija, máscara de la envidia, apuesta de campeonato, o, paradójicamente, peto protector de corazones estúpidos bajo cabezas esclarecidas. La suya era una inteligencia cordial, amorosa, respetuosa de los demás porque se respetaba a sí misma.

Sobre tan lúcida amabilidad, pudo Reyes levantar el monumento de su literatura con raíz pero sin fronteras: quiso, y pudo, ser generosamente universal a fin de ser provechosamente nacional. Borges, cuyo centenario celebramos este año de 1999, dijo hace cincuenta años que Reyes era el mejor prosista de la lengua española en el siglo XX. Hoy, al terminar el siglo, esa opinión sigue en pie: el ritmo, la claridad, la gracia de la prosa alfonsina no han sido superadas, ni en forma, ni en contenido, ni en profundidad, ni en extensión.

En él se hizo verdad contemporánea la voluntad clásica de Terencio: "Hombre soy, y nada humano me es ajeno". La temática alfonsina es inagotable. En literatura, abarca desde los clásicos de la Antigüedad a sus grandes pasiones españolas -Góngora, Cervantes, Calderón- a su inigualada re-presentación de las letras de la Nueva España a sus muy personales amores hacia Stevenson y Chesterton y sus muy críticas aproximaciones a la modernidad vanguardista. Pero se atreve, también, a proclamar a la novela policial, para cerrar el ciclo, "género clásico de nuestro tiempo": interés de la fábula y coherencia en la acción.

Poeta y cuentista superior, Reyes es también el minucioso cronista del oro, el azúcar, el algodón y el café. De las yerbas del Tarahumara al mate argentino, Reyes postula su curiosidad con estas palabras: "Una sola rama del saber puede conducirnos al más ancho contacto humano y a poco que nos mantengamos en el propósito de abrir los vasos comunicantes". Por eso el poeta de Huellas, tan cercano a las flores y perfumes de su tierra



natal, es también el dramaturgo de *Ifigenia Cruel*, la tragedia del hogar vedado y el fatigoso exilio. Por eso el teórico literario de *El deslinde* es también el puntual práctico de la diplomacia, el derecho, el internacionalismo y la paz.

Y es que en Reyes se trata, de acuerdo con sus palabras ante la Asociación Bancaria de Buenos Aires en 1938, de conciliar la economía y las humanidades, superando "la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu". ¿Hay palabras que justifiquen mejor la creación de la Cátedra Alfonso Reyes en el seno del Tecnológico de Monterrey? Pero hay algo más: "Todo empeño de partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos".

He hablado de la sonrisa de Reyes: la ilumina el sol de Monterrey. Pero también hay un llanto de Reyes: lo provoca la tormenta de México. En esta tensión, don Alfonso concibe al ser humano como un naufrago del mundo que sólo se mantiene a flote gracias a la cultura. Y la cultura, siendo universal, es también mexicana, es americana. Nuestro mundo americano es un presagio, afirma Reyes. A pesar de todo, continuamos siendo una "radiante promesa para los descontentos y los reformadores". El destino del Nuevo Mundo es amparar los intentos para el mejoramiento humano y aun el dolor de América es necesario para alcanzar nuestra difícil gloria.

Por todo ello, quisiera hoy insertar mis palabras sobre un nuevo contrato social para el siglo que viene dentro de la siguiente concepción de Alfonso Reyes: "Si todo el hombre es vida social -escribe en *Última Tule*- la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas... La realidad es continua y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan: viven de su mutua fertilización".

Esta integración del saber incluye, nos dice Reyes, a la política, que es el problema de la convivencia entre los seres humanos. Pero además de la convivencia humana, hay el destino humano y para cumplirlo, la política debe someterse a la ética.

Inauguramos la Cátedra "Alfonso Reyes" del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey con esta conciencia y este propósito: las ciencias y las humanidades no son enemigas: son indispensables aliadas.

Alfonso Reyes vuelve a Monterrey al filo de un nuevo milenio y una nueva centuria. Escucho en esta hora su voz que nos dice: "Un cierto instinto pitagórico hace que se consideren los números redondos como cifras fatídicas. Así fue el Año Mil, así será el Dos Mil", escribe Reyes previsoramente, sólo para afirmar, más allá de los calendarios, la fuerza de la continuidad cultural, para "seguir adelante sobre las tumbas", como decía Goethe, para "pisar impávidamente sobre las ruinas", como cantaba Horacio.

Estas palabras de dos de los autores que más amaba Reyes –Goethe y Horacio– me conducen a otras de un autor y un libro que, para mi eterno deleite y agradecimiento, él puso en mis manos cuando yo tenía diecisiete años y lo visitaba, mes con mes, en su retiro de Cuernavaca: *Las confesiones de un hijo del siglo*, de Alfred de Musset donde el gran poeta romántico francés se sitúa entre el fin de la Revolución y el Imperio y se dispone a ingresar al tiempo de la revolución industrial, el dominio de las burguesías y el surgimiento de los nacionalismos.

Alfonso Reyes, ahora, se dispone a acompañarnos en el tránsito del siglo del avance científico y tecnológico y el retraso político y moral, a un nuevo siglo que, con fortuna, sepa aliar política y progreso, tecnología y moral. De nosotros depende.

Carlos Fuentes / Maquiavelo en Palacio

*Reforma* (22-mayo-1990)

Todos sabemos que Carlos Salinas de Gortari era un asiduo lector de *El príncipe* de Maquiavelo y también deberían serlo, para sacarle todo su provecho, del espléndido libro de Jorge G. Castañeda, *La herencia*. "Arqueología de la sucesión presidencial en México", el libro de Castañeda es, además, responso, autopsia y mausoleo de todo un sistema político que, con todas sus fortunas y todos sus infortunios, ya no podrá ni repetirse ni prolongarse. El Dedo de los Designios ya no apunta, como el de Dios en el himno nacional, desde el cielo. Es apenas, hoy, un periscopio que emerge, titubeante, de la laguna azteca. El Presidente en el poder puede, como sus antecesores heráldicos, nombrar aún al candidato del Partido Revolucionario Institucional. Lo que no puede hacer ya es nombrar, de un solo dedazo, tanto al candidato del PRI como al siguiente jefe del Ejecutivo mexicano. No lo permite el país, no lo permite la sociedad. No lo permite la democracia. El único obstáculo serio para el presidente Ernesto Zedillo se da, curiosamente, en el ámbito que le resta de poder mayor: su propio partido. Fuera de él, el Presidente sabe que su lugar en la historia lo define ser el Actor de la Transición Democrática: nuestro Adolfo Suárez. Zedillo no puede fallar en la Gran Elección del año 2000. Puede enredarse, en cambio, en la política interna del PRI. Ello, en sí mismo, es un cambio diametral del proceso descrito por Castañeda.

Pero volvamos a Maquiavelo. El espíritu del gran florentino flota, como un fantasma sonriente, sobre las entrevistas con los ex presidentes Echeverría, López Portillo, De la Madrid y Salinas que son el meollo aparente del libro. Digo "aparente" porque lo que ellos dicen es la columna vertebral del libro, y también su gancho publicitario: ¿qué nos van a

contar ahora cuatro hombres que, cada cual en sus seis años, gozó del poder omnímodo del moderno Tlatoani mexicano? La respuesta es sencilla: nos van a contar lo que les conviene. Van a llevar, cada uno, agua a su molino. La sagacidad de Castañeda consiste en hacerles preguntas que los destronan, por así decirlo, tantito. Afloran las contradicciones. A veces el antecesor no se aguanta las ganas de disminuir al sucesor. Salinas se cuida mucho de no decir nada en contra de De la Madrid, pero De la Madrid sí le reprocha a Salinas la formación de un equipo muy cerrado y alejado del PRI y aun lo describe angustiado por los resultados electorales de 1998 y pasmado, más tarde, por los sucesos de Chiapas. Asimismo, De la Madrid hace explícita su actitud crítica ante la nacionalización bancaria de López Portillo, hecho que todos constatamos al ver su reacción frente al informe presidencial que anunció la medida: De la Madrid aplaudió menos que Savonarola al ser llevado a la hoguera.

López Portillo tampoco le ahorra críticas, esta vez no a su sucesor De la Madrid, sino a su antecesor Echeverría. Ejemplo supremo de una decisión "cuatachista" que llevó al distinguido profesor de Derecho de una subsecretaría con Flores de la Peña a la CFE a la Secretaría de Hacienda y de allí al Palacio Nacional, López Portillo, sintiéndose víctima de un minimato urdido por Echeverría, hubo de alejar a su amigo del alma, enviándolo, literalmente, a las Antípodas. Porfirio Muñoz Ledo da un ejemplo suficiente para explicar el enojo de López Portillo: Echeverría se permitía usar la red privada del secretario de Educación Muñoz Ledo para comunicarse, sorpresivamente, con el inquilino de Los Pinos.

Echeverría, por último, no dice una palabra contra su predecesor, Gustavo Díaz Ordaz, en tanto que éste, ya desde la campaña echeverrista, trata a su elegido como "pinche candidato" y una vez fuera del poder, no deja pasar una mañana sin rasurarse pensando en una sola cosa: "Me equivoqué".

La decisión acerca del sucesor viene siendo, pues, el acto culminante del poder presidencial en la República Hereditaria del PRI. Más bien, como lo hace ver Castañeda, esa decisión es sólo un acto en un sicodrama político que implica, por el lado de quienes se conciben como posibles candidatos, ser obsequiosos en el gabinete, sumisos ante el Señor Presidente, rebeldes en la candidatura y desagradecidos al llegar, ellos mismos, a la Presidencia. Pero si el sicodrama del candidato corre paralelo al del propio Gran Elector, el Señor Presidente. Desagradecido al asumir el poder, soberbio al nombrar al sucesor, y finalmente herido al dejar la Presidencia, presa, cada vez más, de los sentimientos de traición y desilusión.

Maquiavelo estructura su filosofía práctica del arte político sobre tres términos: Fortuna, Virtud y Necesidad. La primera es la amenaza más seria e imprecisa para ejercer el poder: es, dice Maquiavelo, una mujer: su nombre lo indica. Es la más perversa, la más inesperada, la más activa, la más difícil de entender. No es, como creían los romanos, una diosa benévola portadora de vientos favorables. Destruye al poderoso, lo eleva sólo para dejarlo caer con un grito de alegría, escribe Maquiavelo en uno de sus poemas. Es mujer, concluye: hay que tratarla a palos.

El chovinismo masculino del filósofo florentino se acentúa cuando compara a la veleidosa fortuna-fémica con la Virtud. Cualidad de esencia masculina, como lo demuestra la raíz misma de la palabra, vir, hombre. La Virtud en Maquiavelo no es, desde luego, sinónimo de beatitud sansulpiciana. Es la base de la virilidad necesaria para gobernar; y para Maquiavelo, "gobernar" significa fundar el Estado y preservarlo, unir a Italia en un Estado que, fundado por el príncipe, al cabo se independice de la voluntad personal para encontrar su estabilidad

en la permanencia de las instituciones y en el imperio de la ley. Ciertamente, para lograr estos objetivos la política ha de independizarse de la moral.

Pero hay una tercera protagonista en el drama maquiavélico de la política. Se llama la Necesidad, y Maquiavelo le da un alto rango positivo. Ciertamente, la Necesidad puede limitar la capacidad política del gobernante. Pero también puede ser un estímulo que lo anime a actuar con Virtud. Maquiavelo no es un fatalista. Es un analista y admite que la libertad para escoger puede vencer a la pura necesidad. La Necesidad, a su vez, puede ser fuente de Virtud: de la necesidad nace la virtud, dice un viejo adagio.

Y sin embargo, el equilibrio deseable entre la virtud política, la necesidad y la fortuna, puede ser roto por "la ambición ciega", "la facilidad de la corrupción", pues los hombres "siempre harán uso de la malevolencia de su espíritu, en cuanto se presenta la ocasión de desplegarla..."

A la luz del análisis maquiavélico, ¿cómo quedan parados nuestros ex presidentes? Al nivel más obvio, Echeverría aparece como el más maquiavélico: no deja pasar una oportunidad para combinar la virtud, la necesidad y la fortuna, aunque al cabo ésta se le voltee. López Portillo, como el menos maquiavélico: de hecho como el más inocente, cualidad (o defecto) que él mismo se encarga de subrayar varias veces: "mi ingenuidad", invoca una y otra vez, "¡oh ingenuo de mí!". Se mata, sin embargo, del Presidente más preparado cultural e intelectualmente: no son éstas, por lo visto, las mejores virtudes para gobernar a los Méxicos, ni el ilustrado, ni el bronco que dijese Reyes Heróles. Miguel de la Madrid, en esta perspectiva, aparece como el mandatario más serio, ponderado y equilibrado, superando la imagen de grisura que la percepción popular le ha dado. Su mayor virtud es el

apego a la razón legal. Su mayor defecto, la fidelidad a ultranza al sistema con todo y sus vicios, transformando en sofisma de seguridad e integridad nacionales. Por último, Carlos Salinas aparece como el mandatario más inteligente, más rápido mentalmente, pero más vulnerable, también, cuando las cosas no les salen bien. (Castañeda evoca un par de veces una larga comida de ocho horas en mi casa, la víspera de la navidad de 1993. Nuca he visto a un político más satisfecho de sí que a Salinas en ese momento: todo le había salido bien. Había salvado el fatal fin de sexenio. Diez días más tarde le estallaba Chiapas. La fortuna había vencido a la virtud y Salinas hubo de hacer de tripas necesidad. No coincido con la versión, sin embargo, de un Salinas "pasmado" por lo de Chiapas. Conversé con él a una semana de la insurrección de Marcos y me confió que había resistido todos los llamados a suprimir la insurrección mediante la fuerza armada. "¿Por qué?", le pregunté: "Porque soy de la generación del 68 y no quiero salir de aquí manchado de sangre", me contestó el Presidente.)

De todos modos, en este libro Echeverría, López Portillo y De la Madrid hablan del pasado, de tareas concluidas. Ponen, más o menos, las cartas sobre la mesa. Salinas no. Se las guarda cerca del pecho. No sabemos si tiene pachuca o póker de ases. Habla en pasado pero piensa en futuro. Es lo que se llama, en argot mexicano, una chucha cuerera.

El libro de Castañeda prácticamente exime a Salinas de la sospecha de asesinato en el caso Colosio. ¿Qué ganaba el Presidente? ¿El derrumbe de su Presidencia, una crisis política en pleno año electoral, un eventual candidato y Presidente que no era el suyo? En cambio, Castañeda deja viva la duda sobre la conducta de Echeverría en 1968. Yo no tengo la menor duda de que en nuestro sistema, una decisión tan trascendental como la del 2 de octubre sólo la podía tomar y asumir –como lo hizo, hay que admitirlo, con pundonor, en su Informe

Presidencial de 1969— el Presidente y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas Gustavo Díaz Ordaz. Lo que sí revela *La Herencia* es la habilidad con que Echeverría se movió para aprovechar el 68 a favor de su propia ambición presidencial. Desbancado el general Corona del Rosal por su cercanía al Ejército demonizado en Tlatelolco, Martínez Manotou por el drama de "los siete contra Tebas" o sea el apoyo de los intelectuales antidiazordistas, y Ortiz Mena, supuestamente, por sus vínculos con Washington y el mundo financiero. Echeverría resultó el gran beneficiado. Irritó a Díaz Ordaz con el minuto de silencio en Morelia, estuvo a punto de ser sustituido, no hubo con quién, se convirtió en el "pinche candidato" y en la Presidencia inauguró una política de apertura detestable a los ojos de Díaz Ordaz: liberación de los presos políticos, regreso de Heberto Castillo y Demetrio Vallejo a la actividad política, nuevo clima crítico, política de expansión de la producción e incremento de los salarios, junto con medidas populistas para reconquistar las adhesiones perdidas, pero conducentes a un desequilibrio fiscal que Hugo Margáin denunció perdiendo por ello la Secretaría de Hacienda.

Hay, sin embargo, una lección mayor en la sucesión de Díaz Ordaz a Echeverría: El Presidente-Elector no debe quedarse con un solo y fatal candidato; debe tener la posibilidad de sustituirlo. Díaz Ordaz se queda con Echeverría y nadie más. Echeverría, en cambio, maneja el camión de la sucesión con dos llantas de repuesto: Muñoz Ledo y Gómez Villanueva. López Portillo, inocentemente, va perdiendo a todos sus precandidatos —Tello, Moctezuma— para quedarse con un candidato imposible, García Paniagua, y el único factible, De la Madrid, quien se cuida de tener por lo menos cuatro caballos en su establo: Salinas, Bartlett, Del Mazo, García Ramírez... la famosa pasarela. Salinas, con toda su perspicacia, no puede vencer a la fatalidad de la fortuna. Engaña a Camacho, designa a Colosio, lo pierde



trágicamente, hubiese preferido a Aspe como candidato sustituto, no puede, se queda fatalmente con sólo Ortiz Arana y Zedillo. Zedillo, producto del dedazo, gana de manera legítima y abrumadora una elección limpia y atribuye su legitimidad a los electores, no a Salinas: Salinas paga. No habrá maximatos ni minimatos. Y se cierra la República Hereditaria. De ahora en adelante, a ver quién conjuga mejor la Virtud, la Necesidad y la Fortuna.

Jorge G. Castañeda, ha escrito, decía, el réquiem por el sistema que nos gobernó durante setenta años. Otra vez la Fortuna, el azar. Si Álvaro Obregón, en vez de ser asesinado por Toral, asume la Presidencia en 1928, es probable que el caudillismo militar a la latinoamericana se hubiese perpetuado, con trágicas consecuencias en México. Plutarco Elías Calles aprovechó el magnicidio de Toral para convertirse en poder detrás del trono, pero también en arquitecto de una institucionalidad política que, al cabo, no lo favoreció a él, sino a Lázaro Cárdenas, creador real del Estado corporativo mexicano basado en sucesiones ordenadas y personalidades pasajeras dentro del partido continuo.

*La Herencia*, libro crítico, no soslaya las virtudes de tal sistema en el marco de la América Latina. Hubo desarrollo, crecimiento, educación, salud, estabilidad. El precio fue un terrible retraso cívico, una promesa democrática anulada cada seis años. Hasta la sucesión Díaz Ordaz-Echeverría, el factor político fue primordial en la sucesión. A partir del paso de Echeverría a López Portillo, como lo admite aquél, el factor económico privó y la consecuencia fue el paulatino derrumbe del sistema. Porque una cosa es engañar con la retórica o la maniobra política y otra con las realidades del pan y el trabajo. Nada más deprimente y alarmante en este libro que la revelación de los engaños económicos desplegados para asegurar el triunfo de un precandidato sobre otro, el maquillaje de datos,

las urgentes decisiones pospuestas y la consecuencia: las recurrentes crisis económicas de fin e inicio de sexenios.

A mayor poder, mayor ceguera: el libro de Castañeda es un llamado explícito a una política democrática de equilibrio de poderes y fiscalización del Ejecutivo. Pues las virtudes del viejo sistema ya cumplieron su función y el costo de perpetuar la maraña de artificios, intrigas e insidias, de engaños y complicidades –la perversidad ya intrínseca al sistema– es hoy un estorbo y una regresión. Si el sistema fue maquiavélico, dejó de serlo porque dejó de combinar Virtud, Necesidad y Fortuna políticas con un proyecto mayor de construir al país, de conservar al Estado y de gobernar con la fuerza imparcial de la ley.

Restaurar a la República y radicarla en la Democracia, son los mandamientos que el lector deriva de la obra, grande e incomparable, oportuna e inteligente, de Jorge G. Castañeda.

Carlos Fuentes / El centenario de Buñuel

*Reforma* (14-febrero-2000)

En 1950, yo estudiaba en la Universidad de Ginebra y asistía a un cine-club de la ciudad suiza. A principios de ese año, allí vi por primera vez *Un perro Andaluz* de Luis Buñuel. El presentador de la película dijo que se trataba de la obra de un cineasta maldito, muerto en la Guerra de España. Alcé la mano para corregirlo: Buñuel estaba vivo, vivía en México y acababa de filmar *Los Olvidados*, que sería presentada esa misma primavera en Cannes.

*Los Olvidados* llegó a Cannes a pesar de las objeciones de funcionarios pacatos y chovinistas del gobierno mexicano, que la consideraban una película "denigrante para México". Octavio Paz, entonces secretario de la embajada de México en Francia, desobedeció la desaprobación oficial y personalmente distribuyó un lúcido ensayo sobre Buñuel y su gran película a la entrada del Palacio de los Festivales en Cannes. Buñuel nunca olvidó este acto de valentía y generosidad.

Yo conocí a Buñuel durante la filmación de *Nazarín* en Cuautla. Actuaban en la película mi primera mujer, Rita Macedo, Marga López y un extraordinario Francisco Rabal que le daba al personaje de Galdós un aura de ausencia mística y dulce misericordia que sostenían, maravillosamente, la rabia y el dolor final del personaje. La esencia de la secreta religiosidad de Buñuel está en *Nazarín*. Su famosa frase, "Gracias a Dios soy ateo", es no sólo una divertida boutade, sino un disfraz necesario para un creador, como Buñuel que encarnó como nadie la turbadora frase que Pascal pone en boca de Cristo: "Si no me hubieras encontrado, no me buscarías". En este punto, Buñuel fue parte de una de las corrientes intelectuales más serias e inclasificables del siglo XX: el temperamento religioso sin fe religiosa, del cual dan

testimonio, en diversos grados de temperatura, Camus y Mauriac, Graham Greene y, en el cine, el protestante a su pesar, Ingmar Bergman, y el ateo por la gracia de Dios, Luis Buñuel.

¿Quién, como Buñuel, luchó más valientemente con el drama de la conciencia cristiana en *Nazarín* y *Viridiana*? Pero, ¿quién, asimismo, dio cuenta más ácida de las deformaciones de la fe institucionalizada y de los abusos del poder usado en nombre de Cristo que Buñuel en *La edad de oro*, *Simón del Desierto* o *La vía Láctea*? Esta última, cuyo tema son las herejías, nos recuerda que "hereje", etimológicamente, significa "el que escoge". Una brevísima pero maravillosa escena de *Tristana* muestra a la protagonista indecisa entre escoger dos garbanzos idénticos en una cazuela. A veces, Buñuel escoge tajantemente. "Mi horror de la ciencia y la tecnología me llevarán de nuevo a la detestable creencia en Dios", dice un personaje de *El Fantasma de la Libertad* y Buñuel me indica: "Ese soy yo".

El patriotismo, el chovinismo, las ideologías políticas se contaban entre las cosas que Buñuel no toleraba. En cambio, solía matizar algunos de sus mandamientos anarquistas. Para Buñuel, el anarquismo era una idea maravillosa pero impracticable. Su único trono era el pensamiento. Como idea, volar el Museo del Louvre era espléndida. Como práctica, era atroz. Buñuel, el sabio, distinguía la libertad de la imaginación y las restricciones de la realidad.

Como surrealista, sin embargo, compartía el credo de un mundo liberado, simultáneamente, por el arte y la revolución. A medida que ésta sucumbió al terror político, Buñuel le dio a la creación surrealista un peso inesperado a través de la tradición. Curiosamente, el surrealismo francés nunca pasó de ser una idea, magníficamente articulada por André Breton, quien escribía una lengua tan clásica como la del Duque de Saint Simon. En cambio, Buñuel el español y Max Ernst el alemán encontraron en sus propias raíces

culturales los ancorajes del inconsciente, el sueño y la liberación surrealistas. Los cuentos de hadas y las leyendas germánicas en Ernst, y en Buñuel, la picaresca, Fernando de Rojas, Cervantes, Goya, Valle Inclán...

Alimentado por la cultura de España, Buñuel liberó la mirada mediante una técnica notable. Abundan en sus películas los planos medios o distantes, a veces grises y monótonos, que súbitamente, con un veloz acercamiento, revelan el detalle convulsivo: la calavera inscrita en la cabeza de un insecto, la sangre brotando entre los muslos de una mujer, el crucifijo que esconde una navaja, los botines eróticos de una recamarera, un ojo rebanado a la mitad cuando una nube cruza la faz de la luna... Esta dialéctica entre el mundo y sus minuciosos secretos le permite a Buñuel crear escenas culminantes, verdaderas epifanías cinematográficas en las que, a veces, la pasión muestra su cara animal grotesca (el católico oculto en Buñuel veía en la relación sexual las "more bestiarum" de San Agustín, aunque admitía que "amor sin sexo es como huevo sin sal") pero otras veces, el instinto natural es la condición de la poesía. Brutalidad grotesca de la pasión en los amantes revolcados de *La edad de oro*. Ternura onírica incomparable en el momento en que los náufragos sociales capturados por *El ángel exterminador* abandonan su angustia, sus pretensiones, su vocabulario, su insidia, para entregarse, hermanados por la noche, a la belleza incomparable del sueño...

Como Buñuel atacó el fariseísmo oculto bajo ropajes de falsa devoción religiosa, atacó también lo que veía como enajenación y falsedad de la vida moderna, no sólo de la burguesía, sino de la clase desposeída. Ciertamente, son más graciosas y pícaras las aventuras de los discretos encantos de un grupo de burgueses que nunca pueden sentarse a comer, que la terrible crueldad de los niños abandonados de las barriadas de México. Buñuel, en efecto, le

negaba virtudes intrínsecas al pobre por ser pobre, o vicios fatales al rico por ser rico. La capacidad humana para dañar a nuestros semejantes trascendía para él todas las barreras sociales. El ciego maldito o el temible "Jaibo" de *Los Olvidados* son tan crueles como el perverso Fernando Rey victimando a *Viridiana* o a *Tristana* pero victimado, a su vez, por la doble Medusa femenina, las dos caras de Conchita, en la obra final de Buñuel, el prodigioso *Oscuro objeto del deseo*.

El héroe-heroína de Buñuel es al cabo un individuo: *Robinson Crusoe*, *Nazarín*, *Viridiana*, *Belle de Jour*, *El Diario de una recamarera* de Jeanne Moreau. Ellos y ellas libran sus batallas en la soledad y la incompreensión, pero todos, al cabo, sólo se salvan en la solidaridad. Robinson solitario en su isla grita para que el eco de las montañas le haga compañía. Viernes, al cabo, se la da y lo salva no sólo de la soledad, sino de un destino peor que la soledad: ser amo de un esclavo. Nazarín descubre que su solitaria imitación de Cristo no consiste en otorgar caridad, sino también en recibirla de los demás, en la forma ingobernable de una piña. Viridiana debe abandonar sus frustrados intentos de caridad para sumarse al trío español del tahúr, la celestina y la santa y, desde allí, renovar su humanidad cristiana. Pero es la prodigiosa hermandad de la visión personal y la visión de la cámara donde Buñuel hace más explícita la imagen de su arte y de su mundo. Catherine Deneuve, en *Belle de Jour*, encuentra la realización de sus sueños eróticos en un burdel. Pero las cuatro paredes de la casa de prostitución se disuelven constantemente gracias a la mirada de la actriz, que jamás es frontal, sino siempre lateral, fuera del marco de la pantalla: mirada liberadora que mira constantemente un mundo más ancho, una mirada que traspasa no sólo las paredes del prostíbulo, sino las del cine, para remitirnos al espacio exterior, social, de los demás. Que no son los de menos, como lo ejemplifica la mirada irónica, soberana, de Jeanne Moreau en *El*

*diario de una recamarera*. En el mejor papel de una gran actriz, Moreau lo mira todo con una irónica distancia -el fetichismo del calzado de un anciano, las convenciones de la casa rica, la brutalidad de un criado- hasta unirlos en un haz social y político: lo que Jeanne Moreau está viendo es nada menos que el ascenso del fascismo en Europa.

Hombre cálido, amigo incomparable, dueño de un humor único, recuerdo con inmenso cariño y como uno de los privilegios de mi vida, las horas pasadas al lado de Buñuel, en México, en París, en Venecia, descubriendo esa forma esencial de la amistad que es saber estar juntos sin decir palabra, pensando y asimilando lo dicho antes de volver a decir, y todo ello con el vaso de buñeloni en la mano. Receta: mitad de Ginebra inglesa, un cuarto de Cárpano y un cuarto de Martini dulce.

Carlos Fuentes / La alternancia y la oposición

*Reforma* (02-junio-2000)

Vicente Fox se repuso de su triste caída, en la discusión sobre la discusión, debido a varios factores. Si después de ofrecer un lamentable espectáculo de tozudez y mitomanía un martes, Fox es capaz de vencer en el debate formal un viernes, ¿ello se debe a cualidades intrínsecas del candidato, a la amnesia cíclica del electorado, o a un deseo ferviente de que México, por primera vez desde 1911, asista al espectáculo de la alternancia en el poder?

Tengo amigos de calidad intelectual superior porque: a) Estudiaron con los Jesuitas; b) Se formaron en la lengua y las escuelas alemanas; c) Son producto del exigente y racionalista Bachillerato francés, es decir, del cartesianismo. Héctor Aguilar Camín pertenece a la primera categoría. José María Pérez Gay y Federico Reyes-Heroles a la segunda. Jorge G. Castañeda a la tercera. De allí que leerlos y escucharlos en esta temporada electoral mexicana, requiere de atención particular. Hablan ellos, pero habla también una cultura intelectual bien avanzada respecto a la improvisación, la retórica hueca y a veces la chapuza como definiciones del quehacer público en México.

Hablo de los intelectuales que saben dialogar, no de los políticos o mercadotécnicos que sólo saben frasear o descalificar. De allí que al referirme a las posturas respectivas de Reyes-Heroles y de Castañeda, lo haga con gran respeto a sus argumentos y absoluta confianza en su honestidad. Son dos polos pero son dos amigos y sus argumentos deben ser atendidos.

Reyes-Heroles llama la atención sobre los peligros de un triunfo foxista. El candidato del PAN ha adaptado su discurso camaleónico a los auditorios en turno, ha hecho promesas



demagógicas o risibles (arreglar Chiapas en 15 minutos), ha resucitado antiguas suspicacias acerca de la relación Iglesia-Estado, ha agitado con fervor cristero a la Virgen de Guadalupe, se opone al aborto y en consecuencia a un postulado de libertad: el de la mujer sobre su propio cuerpo. Ha hecho suyos lemas del Duce Benito Mussolini ("Si avanzo seguidme, si me detengo empujadme, si retroceso, matadme"). En otras palabras, podemos sospechar, al menos, que en Fox anida un populista de derecha, un cristero emboscado, una camisa negra disfrazado de ejecutivo cocacolero.

No es esto, en esencia, lo que crítica Federico Reyes-Heroles, sino su condena a rajatabla de 70 años de vida política, económica y social mexicana. Si durante siete décadas sólo hemos conocido en México la corrupción, la incompetencia y el engaño, ¿cómo explicar los avances notables del país en materia educativa, de salud, de comunicaciones, de crecimiento económico, en ese mismo lapso? ¿Todo sin excepción ha sido la negra noche del autoritarismo? ¿Somos "un país de idiotas" que llevamos tantos años como los del autor de este artículo soportándolo todo a cambio de nada?

En seis de esos 70 años, para modular aun más el tema, gobernó a México el mejor presidente del siglo XX, Lázaro Cárdenas. El propio Fox, a regañadientes, y aunque se equivoque de fechas, acepta los méritos de la gestión cardenista. ¿Por qué no lo hace el hijo del ex presidente, el candidato Cuauhtémoc Cárdenas? Si tan desastroso ha sido el siglo XX mexicano, ¿en qué queda la figura ejemplar de Lázaro Cárdenas? ¿En qué quedan, seamos justos, las obras de reconstrucción postrevolucionaria de Obregón y Calles? ¿En qué queda la continuidad y el valor intrínseco de la diplomacia mexicana, la diplomacia de Fabela y de Castillo Nájera, de Padilla Nervo y García Robles, de Jorge Castañeda padre y de Bernardo

Sepúlveda? ¿En qué, los aciertos de la gestión económica, de Pani y Suárez a Carrillo Flores y al mismísimo Pedro Aspe?

No olvidemos que los problemas de México no los son sólo del atraso, sino del desarrollo. Al terminar la sangría revolucionaria, éramos 15 millones de mexicanos. Cuando yo nací, en 1928, el país entero tenía tantos habitantes como hoy tiene la Ciudad de México: 20 millones. Hoy somos 100 millones y seguimos creciendo.

Ello no excusa los rezagos, la pobreza abismal de casi la mitad de la población, la injusticia que determina esta situación, la corrupción que la corrobora, la mala distribución del ingreso, el declive de la clase media y de la pequeña y mediana industria. La lista de nuestros males es muy larga y tanto Reyes-Heroles como Castañeda no la obvian.

El argumento de Castañeda es que la alternancia en el poder no resolverá por sí sola, mágicamente, los problemas del país. Pero le dará a las fuerzas sociales nuevos márgenes, impulsos que la tenencia priista frena, confianza a quienes quieren organizarse y actuar fuera de la indudable esclerosis del PRI. Todo ello rebasa, sin duda, las deficiencias del candidato Fox. Pero, ¿actuarán libremente, asimismo, esas fuerzas bajo el presidente Fox? No olvidemos por un solo minuto que una cosa es ser candidato y otra ser Presidente. El presidente de México suma tal cantidad de poderes, legales y de facto, que al ser inaugurado es coronado y no tiene por qué cederle a nadie un ápice del trono, el manto, el cetro...

No comparo a Fox con Fujimori. Sólo recuerdo que "El Chino" se sirvió de sus asesores intelectuales para llegar al poder. Una vez en palacio, los mandó a su casa. Cuando protestaron, les envió a los inspectores fiscales. End of story.

Pero la pregunta es válida para ambas candidaturas punteras. ¿Qué le impide a Fox actuar con pleno capricho autoritario si asume la Presidencia el 1° de diciembre? ¿Y qué protege – es el reverso de la medalla– a Labastida de verse obligado a servir los intereses jurásicos del más añejo PRI –el mismo viejo PRI que el propio Labastida, en un gesto de pánico, sacó del zoológico y devolvió a la plaza pública?

¡Ay! mis amigos, se me hace que gane quien gane el 2 de julio y asuma quien asuma el 1° de diciembre, todos nosotros vamos a terminar otra vez en la oposición. Lo cual, después de todo, no es un mal lugar desde donde continuar luchando por las buenas causas que defienden los buenos amigos como Federico Reyes-Heroles y Jorge G. Castañeda.

Carlos Fuentes / Vota por ti

*Reforma* (09-junio-2000)

La mediocridad de las campañas y de los candidatos a la Presidencia de México no debe cegarnos respecto a la importancia intrínseca de la elección. Qué ganas, cómo no, que los candidatos fuesen Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo Toledano y José Vasconcelos. No es así y la tentación cristiana –resígnate– es muy grande. Lo son, también, los peligros de una elección disputada al día siguiente, una elección de resultados que no satisfagan a nadie y enfrenten a todos. La honorabilidad del IFE es la mejor garantía de que esto no suceda. Las trampas del PRI y la inconformidad del PAN, el peor acicate para un conflicto post-electoral de incalculables consecuencias negativas.

Pero la elección no es sólo presidencial, sino legislativa; no sólo nacional, sino local.

A los niveles más locales, se dan mejores opciones personales y mayores equilibrios democráticos. Supongamos que Labastida resulta electo de manera clara. Lo mejor que podría sucederle sería contar con un Congreso –ambas cámaras, pero por lo menos la baja– en manos de la oposición. Gubernaturas, congresos locales, presidencias municipales: mientras más se divida el pastel, mientras más competencia política entre el Ejecutivo, el Legislativo y el municipal, más se ahondará –a pesar de las pobres campañas presidenciales– la experiencia democrática de México. De hecho, gane Fox o Labastida, la Ciudad de México ya la ganó López Obrador y la oposición de izquierda. Presidente priista o panista; vicepresidente de facto (jefe de Gobierno del Distrito Federal) perredista; cámaras opositoras, sea a Labastida, sea a Fox. Resultado: escuela de democracia para un país de tradición autoritaria.

Cada ciudadano, el 2 de julio, decidirá por quién vota a estos niveles. El civismo será puesto a prueba. Habrá –ello está en la naturaleza del PRI– intentos de cohecho, acarreo, presión y amenaza. Ciudadano: el voto es secreto. Agradécele la torta y los cinco pesos al PRI y vota como se te dé la gana. La sociedad –todos– te respaldamos; respaldamos la santidad del voto individual.

Dicho lo anterior, queda por decir lo más importante. La agenda para México en el siglo XXI es desafiante. Hace poco, en un diccionario para el nuevo siglo, Jacques Attali, bajo el rubro "México", preveía que nuestro país sería una de las potencias económicas en virtud de su población, sus recursos naturales y humanos, su tradición cultural y su desarrollo político. Pero también podría ser –advirtió el autor francés– un gigantesco fracaso, la Calcuta a gran escala del siglo XXI.

¿Cómo cumplir la buena promesa y ahuyentar el mal augurio? La elección del 2 de julio nos obliga a todos a pensar por qué caminos, y con qué representantes, nos acercamos a México y nos alejamos de Calcuta.

Cada uno habrá de preguntarse cómo, con quién, por dónde, resolvemos los problemas básicos del país.

El primero es la pobreza de 50 millones de mexicanos. La respuesta no es mágica, pero las soluciones son posibles. La educación es la base para la prosperidad deseable en el nuevo siglo. Si no vamos a la raíz de este problema, no vamos a la raíz de la pobreza. Obligatoriedad de la enseñanza primaria y secundaria. Fortalecimiento de la educación preparatoria y universitaria. Expansión del libro y de la biblioteca. Esta es la base para darle más y mejor empleo al extraordinario capital humano de México: el más precioso y el más abundante de

nuestros capitales. Comunicaciones, salud, infraestructura: todo ello acompaña, respalda y extiende la solidez de una ciudadanía educada.

Pero todas estas evidencias pueden verse frustradas por la persistencia de caciquismos, mercenarios armados, autoridades judiciales corruptas, monopolios locales de poder económico y político. La transparencia democrática es una manera de oponerse a esta situación –en todos los sentidos– lacrada. Pero la democracia sin la justicia cojea fatalmente. El país, a todos los niveles, requiere una renovación y vigilancia de y sobre el Poder Judicial. Porque éste, a su vez, debe unirse al Legislativo para ir a la raíz de la deformación política de México, que es el Poder Ejecutivo excesivo.

Checks and balances, Accountability: equilibrio de poderes, fiscalización del Ejecutivo. Estas nociones tan bien implantadas en el derecho y la política anglosajones, nos harán falta en México para que la acción desde abajo se engarce democráticamente con la acción desde arriba. La fiscalización, por otra parte, conlleva el combate contra la corrupción y ello requiere, a todos los niveles, vigilancia administrativa, legislativa y judicial.

Ecología, derechos de la mujer, separación de la Iglesia y el Estado, educación laica, respeto a las minorías sexuales, protección a las minorías étnicas, creciente libertad de expresión y crítica: todo ello, implícito o explícito, se juega a niveles nacionales o locales en esta elección. Algunos temas tendrán más relevancia en algunas partes de nuestro inmenso territorio nacional, otros en otras. Vota por ti. Identifica en el candidato local más próximo a tus preocupaciones al candidato digno de tu voto. ¿Quién, quiénes, te podrían dar más salud, más empleo, más educación, más respeto a tu persona?

Pero puesto que toda política es local, es mucho más fácil identificar los temas inmediatos que los más generales y remotos. Sin embargo, el debate mundial en torno a los alcances de la globalización nos afecta aun en la más apartada de las aldeas.

Oponerse a la globalización es como oponerse a la ley de la gravedad. Como el Monte Everest, está allí. El problema es cómo aprovechar sus efectos positivos (libre comercio, inversiones productivas, tecnología, derechos humanos, información) y eliminar, o por lo menos controlar, los efectos negativos (especulación, mitología del mercado, eliminación de políticas sociales, des-politización, creciente abismo entre ricos y pobres, distancia insalvable entre vanguardias y retaguardias tecnológicas).

La globalización ha duplicado la capacidad exportadora de México a partir de 1994. El petróleo ya sólo representa el 7 por ciento de ese volumen. Hemos diversificado. Hemos entrado a Norteamérica y a Europa. Nuestras empresas mayores se han modernizado y se han vuelto competitivas. Pero sólo 50 empresas dan cuenta de la mitad de nuestras exportaciones. La globalización ha dejado atrás a la mediana y pequeña empresa que da –o daba– empleo a la mayoría de la clase media y trabajadora. El declive de la pequeña y mediana industria, que no puede competir internacionalmente, pero que abre horizontes de ascenso constante a la población, debe ser de nuevo, como lo fue en las primeras décadas de la Revolución, cimiento de un desarrollo sostenido. Vivan las locomotoras. No nos olvidemos del furgón de cola.

Vota por ti: cada ciudadano tiene el poder de elegir al nivel más inmediato y más cercano a sus preocupaciones, a los hombres y mujeres del PRI, del PAN, del PRD, que mejor representen sus intereses. Que la suma de ese voto local y localizable sea sostén y obligación, guía y demanda, del presidente Fox, del presidente Labastida, o del presidente Cárdenas. Si es así, nuestra irritante, mediocre campaña presidencial habrá valido la pena.

Carlos Fuentes / Ganamos todos

*Reforma* (04-julio-2000)

La victoria tiene mil padres. La derrota es huérfana.

Victoria de Ernesto Zedillo. El Presidente aseguró que el voto fuese limpio y los resultados, aún en caso de derrota para su propio partido, respetados. Zedillo pasará a la historia como el Presidente que confirmó la era de la democracia en México y consolidó la transición que la hizo posible. Los ciudadanos debemos agradecerle a Zedillo su conducta y protegerlo de los cuchillos largos de un PRI amargado y vengativo.

Victoria de José Woldenberg y el Instituto Federal Electoral. Con puntualidad y rigor respetaron e hicieron respetar las leyes de la elección. Gracias a Woldenberg y el IFE, se evitó la violencia en la contienda y se aseguró –hasta ahora– una transición pacífica.

Victoria de Cuauhtémoc Cárdenas por no haberse rendido a la seducción del triunfo, manteniendo, en cambio, un espacio propio para la izquierda sin la cual, en circunstancias siempre cambiantes, la derecha puede creer que ha obtenido patente de corso. Cárdenas sostuvo una identidad y en consecuencia un territorio para la izquierda renovada que México requiere. La victoria de Andrés Manuel López Obrador en el Distrito Federal le da a la izquierda una oportunidad inmediata de medirse tanto contra el PRI en derrota como contra el PAN triunfante.

Victoria de Vicente Fox y de su tozudo empeño frente a desafíos que en su día parecieron insuperables. Victoria de Fox sobre las sombras y sospechas que le acompañaron y que el Presidente Electo trató de disipar en el discurso de su noche triunfal. Creo que todos los



mexicanos aceptamos su mensaje de conciliación y apertura. Creo, también, que debemos mantenernos alertas para que las viejas tendencias clericalistas, homofóbicas, moralistas y misóginas del PAN no resurjan, sintiéndose autorizadas por la victoria.

Victoria de la democracia en la medida en que el voto se ha manifestado libre y abundante. Cabe, ahora, completar el cuadro del triunfo de la oposición en la carrera a la Presidencia, con el de las nuevas oposiciones –PRI y PRD– en las legislaturas. Fox necesita cámaras pluralistas y combativas para que la transición no se pierda, revirtiendo al modelo histórico –casi la ley de la gravedad– del autoritarismo mexicano. El llamado de Fox a la tolerancia y el diálogo no excluye, sino que reclama, lo mismo que al prisma le tomó tanto tiempo aceptar: crítica, adversidad, libertad y pluralidad de opinión.

Victoria de todos. Por primera vez desde 1911, la oposición gana las elecciones en comicios libres y creíbles. El hecho es histórico. Confirmarlo exige de la ciudadanía más vigilancia que nunca para que las prácticas políticas correspondan a la voluntad democrática.

Victoria de Francisco Labastida en la paradójica medida en que su derrota obliga al PRI a pasar a la oposición y examinarse como formación política viable en un entorno democrático. Si un PRI resentido y vengativo recurre a su innegable presencia nacional para frustrar el ejercicio normal de la Presidencia foxista, habrá cavado su tumba definitiva. En cambio, si los elementos democráticos y renovadores del PRI aprovechan la derrota para despedir a los dinosaurios, redescubrirán el capital y las dinámicas– políticas sociales, defensa de la nación, impulso a la cultura– que le dieron legitimidad hasta 1960.

Victoria de dos tendencias opuestas y ahora convergentes de la historia de México: la tradición del cambio y la tradición conservadora. Ganó la elección la mayoría de votantes

que estaba harta de los setenta y un años del PRI. Pero la ganó con las banderas de la tradición conservadora. ¿Cuánto durará el matrimonio? Hace casi veinte años predije –más bien, imaginé– a un presidente del PAN en mi novela *Cristóbal Nonato*. En ella, el presidente panista tenía que gobernar con la burocracia priista. Tenía que soportar, además, la cargada de búfalos priistas cuya lealtad, instintiva y considerada, es siempre para el Presidente en turno. Y tenía, por último, que darle la cara a los problemas duros y constantes de México: pobreza, población, salud, techo, educación, derechos humanos, ecología, corrupción, minorías...

Victoria de México si la nueva administración, a partir del 1° de diciembre, da muestras claras de que quiere, sabe y puede resolver de manera novedosa y firme estos problemas. Lo hizo Roosevelt con el Nuevo Trato Norteamericano en los "Cien días" de su primera inauguración. Lo hizo Lázaro Cárdenas entre 1936 y 1940. Ojalá lo haga Vicente Fox, a quien le van mis buenos deseos de éxito y felicitaciones por su indiscutible triunfo.

Carlos Fuentes / El Alma de México

*Reforma* (25-octubre-2000)

Invitado por CONACULTA filmé hace algunos meses las presentaciones de los doce programas titulados "El Alma de México": un recorrido bello e intenso por tres milenios de cultura mexicana. El rasgo más llamativo de dicha cultura es la continuidad. La cultura se da en la historia. La anuncia, la actualiza, la recuerda, la vuelve a anunciar.

México ha sufrido terribles rupturas históricas. La derrota del mundo indígena. La conquista española. La colonia. La revolución de independencia. Anarquía, tiranía, desmembramientos territoriales e invasiones extranjeras en el siglo XIX. Una gran Revolución, la primera del siglo XX, revolución-revelación de una identidad compleja e incluyente. Y como consecuencia, un proceso rápido y desigual de modernización.

Cada cara de esta moneda tiene su cruz. Y cada águila, su sol. El mundo indígena no se dejó vencer. Reapareció y se perpetuó de múltiples maneras sincréticas, religiosas y artísticas. La conquista provocó la contraconquista: la aparición de un mundo mestizo de acusados perfiles. La Colonia recibió de la Corona leyes protectoras del indígena y de la justicia agraria. Pero "la ley se obedece pero no se cumple". La formación de cacicazgos y latifundios da al traste con la voluntad de justicia de Las Casas, Quiroga, Victoria y Suárez. La Revolución de Independencia crea leyes ilustradas para una realidad sombría. Se crea un vacío político entre el país real y el país legal. Lo llena la anarquía a veces, la tiranía otras y en este vaivén perdemos medio territorio. Juárez, triunfante sobre la intervención y el imperio, establece la fórmula de nuestra salud: Desarrollo con Democracia. Porfirio Díaz la pervierte: Desarrollo con Dictadura.

La Revolución rompe no sólo el espinazo de la Dictadura. Rompe las barreras del aislamiento mexicano. Revela la totalidad del pasado, da vida y libertad a la industria, al campo y a la creación artística. Pero propone un pacto político fatal. Desarrollo, educación, estabilidad, progreso –pero sin democracia–. En 1968, una generación educada por la Revolución en los ideales de la libertad, los aprendió primero en las aulas, los exigió luego en las calles, y los pagó con la vida, acribillada por un gobierno sordo, cruel y auto-complacido.

Sin embargo, la transformación política del país era inevitable. El contenido rompió el continente. La sociedad desbordó al gobierno y terminó por reunir la realidad económica y social con la democracia política.

Larga lucha, duro combate de rupturas, de fracasos y de éxitos, de retrocesos y avances. De luchas populares incansables. Pero esta historia de rupturas contrasta poderosamente con la continuidad cultural que no sólo no sufre rupturas, sino que las subsana. Por ello, cada imagen de "El Alma de México" es una prueba luminosa de la extraordinaria capacidad de la cultura mexicana para sobreponerse a la desgracia, tejiendo una malla indisoluble de formas, colores, palabras, sueños y voluntades que le dan piso y techo a nuestra turbulenta historia política.

De las construcciones solares de las culturas prehispánicas, a lo largo del proceso de mestizaje y la formación de la nación a partir de la cultura, México obtuvo una identidad. Hoy, dueños de la identidad, nos enfrentamos al reto de la diversidad. Llegamos al siglo XXI con los desafíos de ahondar la identidad a través del respeto a la diversidad política, religiosa, racial, cultural, sexual. Destacan los movimientos contra la intolerancia homofóbica y a favor

de los derechos de la mujer y su pleno derecho a ser dueñas de sus cuerpos. Destaca la afirmación del proceso educativo como prioridad porque de la educación depende el conocimiento, del conocimiento la información y de la información el desarrollo. Pero también se vuelve prioritaria, a través de la cultura, la afirmación del capital humano como base de desarrollo justo. No hay globalidad que valga sin localidad que sirva.

Las imágenes de nuestra cultura que vemos en "El Alma de México" son muy bellas. Creo que nunca las hemos visto tan cercanas, tan completas – ¡las diecisiete cabezas colosales olmecas!– tan hermosas como en esta serie de televisión.

Por eso he querido recordar, en todas las presentaciones que fui invitado a hacer, que cada imagen, cada obra, cada palabra de nuestra cultura, nacen del trabajo de los hombres y mujeres de México. Ellos, nuestros hombres y mujeres, son los protagonistas de esta serie de televisión. Ellos nos recuerdan que la belleza de nuestra cultura subraya una y otra vez la paradoja de su realidad.

La cultura rica de un pueblo pobre. La riqueza del arte frente a la pobreza del pueblo.

La generosidad de una civilización ilustrada frente a la injusticia y la falta de generosidad de los sistemas autoritarios de México.

Hoy que, al fin, el orden vertical autoritario se convierte en orden horizontal democrático, concluyo la presentación de "El Alma de México" con una dedicatoria de este largo, prodigioso, riquísimo trayecto de nuestra cultura a los jóvenes de hoy, a la juventud que habrá de heredarla, mantenerla y enriquecerla.

Pero esta vez, al fin, aliando cultura y democracia, cultura y justicia.

Carlos Fuentes / Proyección de México

*Reforma* (08-enero-2001)

Hace unos días, el canciller Jorge Castañeda convocó a un grupo plural (Héctor Aguilar Camín, Carlos Slim, Henry Tricks, y el que firma) para discutir la "promoción e imagen de México en el exterior".

Recordé que cuando le presenté mis cartas credenciales como Embajador de México en Francia, el entonces jefe del Estado, Valery Giscard d'Estaing, insistió en preguntarme, ¿con qué cartas cuenta México? *Quels sont les atouts du Mexique?*

El presidente Giscard quería que le hablase de petróleo. Yo le hablé de la cultura como el as de la baraja mexicana. El insistió en el petróleo. Yo insistí en la cultura y le dije que más que ninguna otra nación, Francia debía comprender hasta qué punto su imagen exterior dependía más de Flaubert, de Monet y de Edith Piaff, que de sus excelentes quesos y vinos.

Quizás me equivocaba y un Proust es menos importante que un Pertus. Pero hoy sigo convencido de que nada proyecta mejor la imagen de México en el exterior que su cultura. Una cultura tres veces milenaria y provista de una riqueza y continuidad que contrasta con nuestros descalabros económicos y políticos.

De los anónimos constructores de Teotihuacan a la moderna arquitectura de Ricardo Legorreta, de la poesía de Netzahualcóyotl a la de Jaime Sabines, de los relatos del *Chilam Balam* a los de Juan Villoro, de los más antiguos cánticos mazatecos a la música de Mario Lavista, de la crónica de la conquista militar por Bernal Díaz a la crónica de la conquista social por Carlos Monsiváis, del testimonio de la ciudad colonial por Bernardo de Balbuena

al testimonio de la ciudad moderna por Elena Poniatowska, existe una profunda, continua y vigente cultura mexicana.

Es una cultura, además abarcante. Todos los mexicanos, de una u otra manera, participamos de ella. Nada nos une, nada nos distingue más.

Sólo un mexicano pudo escribir *Pedro Páramo* o *El laberinto de la soledad*.

Sólo un mexicano pide en Buenos Aires escocés con agua de Tehuacán y sólo un mexicano, cuando se interrumpe una película en un cine de París, grita "Cácaro".

Sólo un mexicano dice "Qué onda", "Ai nos vidrios" o "Pa'su madre".

Sólo un mexicano come gusanos de maguey y no se aterra ante siete variedades de mole y novecientos de chile.

Sólo en México hasta los ateos creen en la Virgen de Guadalupe y hasta los creyentes acaban por creer que Juárez no debió de morir.

Sólo en México, sin embargo, la cristiandad sincrética se confunde con la sacralidad panteísta del huichol que ve a Dios en la mazorca, en el ave, en la lluvia.

Y sólo en México un intelectual tiene que demostrar que sabe más que un occidental y lo que sabe es México. Esto ha sido cierto de Sor Juana a Alfonso Reyes, que lo sabían todo sobre Europa más lo que Europa ignoraba: México y la América Ibérica. Somos, en palabras del ex embajador de Francia en México, Alain Rouquié, "el extremo occidente".

Europa aprende poco a poco que no sería Europa si lo más parecido a Europa fuera de Europa y que es, a veces, lo mejor de la promesa europea: nosotros.

Pero en seguida hay que darle la vuelta al omelette y recordar que no habría Diego Rivera sin el Renacimiento italiano, en particular los murales de Paolo Uccello; ni Orozco sin el expresionismo alemán; ni Siqueiros sin el futurismo italiano; ni ninguno de nosotros sin las enseñanzas de la prodigiosa generación del exilio republicano español en México; y que si el Occidente, sin México, carecería de aguacatl, chocolatl, tomatl y guaxolotl, nosotros, sin el Occidente, careceríamos de caballos y charrería, de vacas y vaqueros y hasta de ruedas para congestionar el Periférico.

Esto me parece central para hablar de una proyección de México en el extranjero: la circulación es en doble sentido.

Damos para recibir.

Recibimos para dar.

Un país con una raíz cultural tan honda como México no tiene nada que temer del contacto con el exterior. ¿Quién le teme a Mickey Mouse? Yo no. Más bien, Mickey Mouse debe temerle a treinta millones de hispanoparlantes en los EE.UU. y a casi quinientos millones de hispanoparlantes en el mundo.

Hablamos la segunda lengua, numéricamente, del Occidente. Pero tiene razón Felipe González. Somos la primera en cuanto a comunidad. La diferencia entre el inglés hablado en Nigeria y el hablado en Canadá es tan ancha como la diferencia entre los EE.UU. y la Gran Bretaña, dos países, advirtió Bernard Shaw, separados por la misma lengua. El inglés es la



lengua instrumental. El castellano es la lengua cultural. García Márquez y García Lorca forman parte de la misma lengua cultural. Wole Soyinka y Philip Roth, no. Todos los jefes de Estado y Gobierno de las cumbres iberoamericanas pueden entenderse en dos lenguas: portugués, español y hasta portuñol. Los de la comunidad europea necesitan traductores de tiempo completo para el polaco, el húngaro, el finlandés, las lenguas escandinavas y hasta las lenguas rivales: el inglés y el francés.

¿Cómo instrumentamos nuestra proyección?

Empiezo por una nota personal. Yo debo agradecer la constante atención que me han brindado nuestros consulados y embajadas en Europa, los EE.UU. y la América del Sur.

Sólo en el año pasado, he recibido magnífico apoyo de nuestras embajadas en España, Bélgica, Irlanda, Suecia y Alemania, y de los Consulados en Nueva York, Munich y Hamburgo. Pero, la mayoría de las veces, se trata de actos esporádicos, debidos a la presencia de un escritor o artista mexicano, aunque, también es cierto, las agregadurías culturales cumplen una función permanente: organizan exposiciones, conferencias, conciertos.

La proyección adquiere un nivel mejor cuando se manifiesta de manera orgánica a través de los centros mexicanos de cultura, tales como los de Nueva York, Washington, Chicago, Dallas o Los Angeles en los EE.UU.

Me detengo un momento en la relación con nuestro vecino del norte porque, sin menoscabar las demás, esta es el área en que más nos importa proyectarnos, derrumbar clichés y sustituirlos, mejor, por lugares comunes, es decir, lugares de encuentro.

Jorge Castañeda lo sabe tan bien como yo. El territorio para la presencia cultural mexicana en los EE.UU. es ilimitado. Existen más de cinco mil colegios, universidades e institutos de cultura en los EE.UU. ávidos de recibir y escuchar voces mexicanas. A razón de unas diez conferencias por año, yo he cubierto doscientas instituciones norteamericanas en los últimos veinte años. Me harían falta quinientos años, en consecuencia, para atenderlas todas.

Como también lo sabe Jorge Castañeda, estos contactos los hemos hecho casi siempre mediante agentes especializados, y de vez en cuando, a través de nuestras embajadas y consulados. A éstos, pues, les corresponde establecer contacto, a su vez, con las agencias y con los colegios, universidades e institutos de cultura a fin de ampliar la gama de temas y de personalidades invitadas. Los agentes cobrarán su 10 por ciento. Los cónsules, comerán el pollo de hule que sirven los colegios gringos. Ni modo. Todo por la patria.

Tanto en los EE.UU. como en Europa existen notables centros de estudios mexicanos y latinoamericanos, de Chicago a Dallas, de Brown y Harvard a San Diego y UCLA, así como de Londres y Leyden a París, donde la Cátedra Alfonso Reyes de la Sorbona constituye un polo de atracción europeo para nuestra cultura.

Todo esto está muy bien. Pero hace falta lo más importante. Si México quiere proyectar su cultura de manera seria, continuada e institucional, deberá crear precisamente, un Instituto Mexicano de Cultura que, como el British Council, el Goethe Institut o la Alliance Française, el Instituto Italiano di Cultura, pero sobre todo como el Instituto Cervantes de España, contribuya permanentemente a la difusión de nuestra cultura en el exterior, lleve a la práctica los múltiples convenios de cooperación cultural bilateral suscritos por México y establezca,

además, protocolos de colaboración con universidades y otras instituciones, públicas o privadas, nacionales o extranjeras, cuyos fines sean homologables.

El Instituto Mexicano de Cultura quedaría adscrito a la Secretaría de Relaciones Exteriores pero con carácter de organismo público con personalidad jurídica propia –tal es el modelo del Instituto Cervantes– y, actuando en el marco general de la acción exterior del Estado, mantendría un criterio independiente, abierto a las voces críticas del país y defensor de la diversidad cultural y política de México. Tendría un patronato, un consejo de administración y un director nombrado por el Secretario de Relaciones Exteriores a propuesta del propio consejo.

Sobre todo, contaría, con una red de centros en el exterior adscritos a las embajadas y a los consulados o, cuando las leyes del país donde operen así lo exijan, como fundaciones o entidades sin fines de lucro. Y aunque la base económica del Instituto sea la que le asigne el presupuesto general del Estado, esta sería una maravillosa oportunidad para que la empresa privada de México contribuya a la difusión de una imagen cultural que beneficie al país y al propio sector privado.

Todos sabemos que nuestra imagen puede ser muy hermosa pero también puede ser espantosa. Poseemos el acervo cultural tres veces milenario que mencioné al principio. También poseemos un lastre negativo de desigualdad, de corrupción, de ilegalidad. Combatir estas lacras y estos rezagos nos incumbe a todos los ciudadanos. Pero ya no podemos posar como Blanca Nieves en el interior mientras La Madrastra Maldita hace de las suyas en el interior, disfrazada de La Paca, La Loba o El Madrazo.

Evitemos los fáciles maniqueísmos. México es un país complejo, una nación de luces y sombras. ¿No lo son todos los países del mundo? ¿No existe la corrupción en países europeos, la desigualdad en países latinoamericanos, la ilegalidad en países asiáticos y todos estos males en los propios EE.UU. de América? No tenemos el monopolio ni del bien ni del mal. Pero tenemos un arma de proyección de imagen insustituible.

Se llama la crítica. En Chicago como en la ciudad de México, en Berlín como en Ciudad Juárez, en Tokio como en Tuxtla Gutiérrez nos corresponde proponer nuestros valores culturales acompañados siempre del arma de la crítica. No seamos ni disimulados ni complacientes. Sepamos explicar, razonar, dialogar con nuestros críticos. No quiero decir con esto ni que nuestros agentes diplomáticos sean los primeros en señalar los defectos del país ni que deban responder a todas las críticas, salvo las correcciones de hechos, en los medios de información. Deben, en cambio, promover los encuentros, las entrevistas, las mesas redondas, las publicaciones que se anticipen críticamente a las críticas y las ponderen como problemas que no son únicamente nuestros, que depende de nosotros resolver, pero que están abiertos a la discusión, a la información y a las proposiciones del exterior.

La crítica es la compañera tanto de la cultura como de la democracia. La crítica es una manera, no sólo de admitir los males, sino de proponer maneras de resolverlos.

Dueños de una crítica afirmativa y propositiva, los agentes diplomáticos de México en el extranjero encontrarán paridad, resonancia y respeto. Encontrarán, sobre todo, que la diplomacia no es ajena al mandato moral de nuestro tiempo de migraciones masivas, comunicaciones instantáneas y conflictos entre los valores y los deméritos tanto de la aldea global como de la aldea local.

La historia –parece Fukuyama– no ha terminado. Y la lección de nuestra humanidad inacabada es que cuando excluimos nos empobrecemos y cuando incluimos nos enriquecemos. Los mexicanos no reconoceremos nuestra propia humanidad si no reconocemos la humanidad de los otros. Y los otros no reconocerán su propia humanidad si no reconocen la de nosotros, los mexicanos.

Abracemos, pues, las culturas de los países donde ustedes nos representan a fin de que ellas, a su vez, puedan abrazar la nuestra. El diplomático mexicano debe, por todo ello, ser un mediador entre nuestra cultura y la del país donde nos representa, desafiando prejuicios, extendiendo la idea que tenemos de nuestras posibilidades, aumentando nuestra capacidad para dar y recibir.

Abracemos las culturas del mundo a fin de que el mundo abrace nuestra propia cultura.

Carlos Fuentes / Una novela libre

*Reforma* (05-marzo-2001)

Llama la atención la presencia germánica en la literatura mexicana. Dos novísimos autores, Jorge Volpi (Premio Biblioteca Breve por *En busca de Klingsor*) e Ignacio Padilla (Premio Primavera por *Amphytrion*), centran sus novelas en temas germánicos. Mi propia generación, la del medio siglo mexicano, se formó leyendo a Joseph Roth, Thomas Mann, Robert Musil, Heimito von Doderer y Hermann Broch. Y la generación que podríamos llamar intermedia (autores que rondan la cincuentena) es no sólo lectora, sino germanoparlante. Me refiero a autores como Juan Villoro, Federico Reyes-Heroles y José María Pérez Gay.

Pérez Gay acaba de publicar una espléndida novela que lleva por título *Tu nombre en el silencio* (Cal y Arena, México). Es una obra que resulta saludable en más de un sentido. Rompe ciertas pudibundeces formales que intentan reducir el universo narrativo a un estricto mínimo que muchas veces, en nombre del rigor, acaba por obedecer las leyes del mercado: Novelas que puedan leerse en el tren. *Tu nombre en el silencio* es todo lo contrario. Una novela extensa, expansiva, de casi seiscientas páginas, que exige atención y entrega absolutas. Pero la gran extensión de la novela de Pérez Gay es apenas suficiente para dar cabida a la riqueza temática y a la variedad genérica que la caracterizan.

*Tu nombre en el silencio* es una novela liberadora del género. Obedece al *dictum* de Broch, perfectamente explicado por Milan Kundera en *Los testamentos traicionados*. Novela, cuento, reportaje, poema, ensayo: Broch integra todos los géneros en lo que justamente se ha llamado la narrativa polifónica. Pérez Gay, gran lector de Broch, asume libremente esta libertad (valga la redundancia: es necesaria e ilustrativa). Su novela participa de múltiples

géneros, empezando por uno de los más tradicionales, el Bildungsroman o novela de la educación sentimental. Ernesto Cardona es un joven estudiante mexicano en el turbio y exaltante Berlín de la guerra fría. En la ciudad dividida, comparte su formación política, intelectual y sentimental con dos compañeros latinoamericanos, el brasileño Carneiro y el colombiano Vélez. A través de los tres amigos, se dibuja el trasfondo de la América Latina de los años sesenta. El reino autoritario del PRI en México va a culminar en la matanza de Tlatelolco y el suicidio, lento pero fatal, del sistema. La dictadura militar brasileña es la prisionera de su propia lógica represiva. Y en Colombia, el sacrificio personal, de Jorge Eliecer Gaitán al padre Camilo Torres, no alcanza a exorcizar los cien años de violenta soledad.

La circunstancia política de los tres latinoamericanos está ceñida por las fronteras de la juvenil rebeldía europea de los sesenta y ésta, a su vez, ocupa el territorio de las cicatrices del siglo XX. Paralela a las historias políticas latinoamericanas que portan con sí Cardona, Carneiro y Vélez, Europa se postula, una vez más, con orgullo irredento, como un centro del acontecer histórico al cual los latinoamericanos (los marginales del Extremo Occidente) sólo acceden, no por el mérito intrínseco de su historia, sino por su genuflexión ante la europea. A pesar de la globalización de la revuelta del 68 (Tokio, Berkeley, París, México, Chicago), los europeos se ven a sí mismos como "sujetos" y a los demás como "objetos". Latinoamérica es un subcontinente que sólo cuando se arrodilla ante Marx es perdonado por la Europa radical y nos incluye en la historia. Somos los sensibleros Robin Hood de la revolución.

Los jóvenes rebeldes latinoamericanos, sin embargo, le llevan a los europeos la ventaja de una lectura distinta de Marx. Ellos recuerdan al Marx de los Manuscritos, capaz de decir que la relación humana es de hombre a hombre: sólo se puede cambiar amor por amor,

confianza por confianza. Esta es la aspiración revolucionaria profunda de la América Latina, frustrada una y otra vez por los dogmatismos de una izquierda que sólo se piensa universal a partir de la exclusión y la intolerancia. Pero esto mismo es lo que Cardona, Vélez y Carneiro descubren en el movimiento revolucionario alemán y en su personero, Rudi Dutschke, del cual Pérez Gay traza un retrato inolvidable, reflejo de la relación personal entre ambos. *Tu nombre en el silencio*, de esta manera, transita de la educación política de los tres latinoamericanos al retrato político de una época en que la Europa dividida por el muro escenificaba a ciegas la revuelta contra la globalización y la globalización de la revuelta.

Pérez Gay tiene, además de Broch y la polifonía narrativa, un gran modelo para la parte política de su novela. Alfred Döblin, el poeta oscuro de Berlín Alexanderplatz, rompió todas las reglas limitantes del género narrativo con sus dos grandes libros sobre la Alemania de la primera posguerra, *Un pueblo traicionado* y *Noviembre 1918: Karl y Rosa*, cuyos protagonistas individuales son los dos líderes revolucionarios brutalmente sacrificados, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, y cuyo protagonista colectivo es el pueblo alemán. Una guerra perdida, una revolución traicionada, una nación humillada y una resurrección demoníaca. Este es el trasfondo de la novela de Pérez Gay, quien nos coloca hábilmente en las consecuencias contemporáneas del drama alemán (la rebelión de los hijos de la burguesía contra sus padres) sólo para conducirnos al meollo del terrible pasado alemán: la verificable pero siempre inexplicable adhesión de la mayoría del pueblo alemán al proyecto político más diabólico de la historia, pues el nazismo no sólo encarnó el mal. Se proclamó el Mal, sin los piadosos disfraces estalinistas que engañaron a tantos izquierdistas de buena fe.

Una excelente historia de la década de los treinta, *El Valle Oscuro* del profesor británico Pierce Brandon, da cuenta, a partir de archivos hoy asequibles, de la reticencia de Lloyd



George, primer ministro británico, y de Georges Clemenceau, premier francés, en imponerle sanciones intolerables a la Alemania vencida. Pero ambos, al cabo, se rindieron a la exigencia vengativa de sus opiniones públicas. Allí mismo nació el hitlerismo. Pero la razón puntual del éxito de los nazis en 1932 la ofrece Wilhelm Reich en su escalofriante y lúcido libro *La psicología de masas del fascismo*: las izquierdas socialistas y comunistas, en vez de unirse contra Hitler, se pelearon entre sí. Pero sobre todo, la izquierda se limitó a la crítica de las infraestructuras socio-económicas, en tanto que Hitler se apoderó de las superestructuras culturales, abandonadas o descuidadas por la izquierda.

Este "rapto de la cultura" por Hitler constituye el contrapunto de la "contracultura" anarco-comunista de Dutschke. Pérez Gay establece un puente entre ambos eventos y ese puente es el amor, como si Marx encarnase, de vuelta en su olvidada exigencia de la relación humana, "amor por amor, confianza por confianza..." El nivel autobiográfico de la novela (Pérez Gay es Cardona) se desplaza de la relación con los amigos a la relación amorosa con Erika y de ésta a otro meollo histórico de la novela: el pasado alemán.

Pérez Gay ha escogido a una Virgilio con faldas para descender al infierno nazi. Ida Paveling, acaso el personaje más inolvidable de la novela, madre de Erika, sobreviviente y testigo que se atreve a describir a los nazis como "los ejecutores de nuestros más profundos deseos. Hitler retomó las pasiones alemanas... encarnó las creencias y temores de millones de individuos". Es decir: Hitler representó el destierro de la disidencia, la muerte del pluralismo, en nombre de la unidad y la fuerza del Reich humillado. "Los políticos –dice Ida– son la causa de nuestra desgracia... Son los dueños de nuestras vidas, porque alimentan el odio que duerme en cada uno de nosotros".

Esta visión desolada de la política admite réplica (política como bien común) pero también testimonio (política como mal común). Pérez Gay se ha ceñido a una sola víctima del horror nazi, el poeta de cabaret Erich Muhsam, autor de obras teatrales, "anarquista romántico", judío, hombre feo y pequeño que para los nazis representaba el paradigma del hebreo repulsivo e inferior. Arrastrado de campo en campo, azotado, humillado, en Oranienburg le soltaron un chimpancé para que lo mordiera. En cambio, el mono se abrazó a Muhsam en busca de protección. Los nazis arrancaron al animal y le cortaron los brazos. Finalmente, en 1934, los carceleros le dieron al poeta veinticuatro horas para que se suicidara. "No soy mi propio verdugo", respondió Muhsam. Fue encontrado al día siguiente, golpeado, colgando de una viga en la letrina. Se había unido a "la eternidad que está siempre en nosotros".

Esta encarnación del mal absoluto de nuestro tiempo es ejemplar y es fatal. Encarna una y otra vez en todas las latitudes, en las torturas de los militares argentinos y chilenos. El horror de Muhsam, que en su momento nos parece excepcional, se vuelve banal (diría Hannah Arendt) no sólo en la crueldad rutinaria de Eichmann, sino en las atroces torturas de Astiz y Cavallo en la Argentina y en el sadismo de Pinochet en Chile. El caballero cristiano que hoy se defiende como "el salvador de Chile" permitió la caravana de la muerte, los hombres arrojados de un avión al mar, las mujeres fornicadas por perros frente a sus hijos.

En México, paralelamente, Emiliano Zapata es asesinado por quienes hoy lo glorifican, Toral acaba siendo el autor de la No Reección, y las rebeliones indígenas son los hechos históricos que van comentando el texto de la modernidad mexicana, nacionalista y liberal. Pérez Gay, lúcidamente, narra el inicio del 68 mexicano en las humillaciones ordenadas contra el rector Ignacio Chávez por el presidente Díaz Ordaz. "Los estudiantes le lanzaron insultos, escupitajos, golpes y puntapiés. El cardiólogo conservó la serenidad... Estaba seguro

de que un asalto tan radical... sólo podía venir de la Presidencia de la República". Utopía mexicana: El Dr. Ignacio Chávez "perteneció, como él mismo lo decía, a una generación afortunada, que nació a tiempo y no traicionó su destino".

Díaz Ordaz llamó a Herbert Marcuse "filósofo de la destrucción". Qué constructivo, qué actual resulta este filósofo cuando nos pide encontrar el reino de la libertad en el reino de la necesidad, es decir, en el trabajo. La libertad del trabajo es el gran tema que supera las ilusiones perdidas de los años sesenta, un Vietnam victorioso que desemboca en la economía de mercado y la bendición norteamericana, una Cuba resistente que es maldita por los EE.UU. y le hace el favor de derrotarse a sí misma negando las libertades públicas y preparándose para una Numancia tropical...

El libro de Pérez Gay no evade ninguna de estas contradicciones, nos obliga a mirar de cara todas nuestras ilusiones perdidas, pero a nadie le niega las tercas maneras de soñar. Hermano mexicano de la gran tradición alemana de Döblin y de Broch, le da a su novela la libertad de serlo todo, biografía del autor, confesión de los hijos del siglo, memoria personal, campo de debate público, reflexión filosófica, arena política, novela de amor, poema de la intimidad. Es la novela como acto de libertad.

Carlos Fuentes / Autoritarismo y autoridad

*Reforma* (28-mayo-2001)

Cuando éramos jóvenes, "maderear" significaba pasearse por la, entonces, más céntrica calle de la ciudad de México, la Avenida Francisco I. Madero. Por Madero se llegaba al barrio universitario de San Ildefonso. Por Madero desfilaban las muchachas más guapas. En La Casa de los Azulejos se reunían a desayunar los políticos y comentaristas, acuñando el apelativo "Homo Sanborns". Y en "Lady Baltimore" las señoras se reunían a tomar el té.

Detrás de esta ya muy lejana, amable y muy transparente ciudad, el nombre de Madero evocaba una esperanza y una tragedia. El primer gobierno democráticamente electo tras la caída del Porfiriato. Y su subsecuente subversión por el golpe militar urdido por el general Victoriano Huerta y su mecenas, el embajador de los EE.UU., Henry Lane Wilson. El asesinato de Madero no fue en balde. Fue la chispa que encendió la hoguera de la Revolución que transformó a México. Pero la presidencia de Madero fue un ejemplo fatal de ingobernabilidad. El presidente prometía pero no hacía. Las estructuras militares y económicas de la dictadura permanecían intocadas. Los apoyos más vigorosos –Zapata, Villa– abandonaban al presidente. La desilusión cundía. La prensa atacaba y ridiculizaba sin piedad. Y, sobre todo, el Congreso se oponía al presidente, saboteara sus iniciativas y decretaba la ingobernabilidad del país bajo un sistema democrático. Nuestra primera transición democrática terminó mal y su fracaso nos costó un millón de vidas.

La segunda transición, la que hoy vivimos, es muy diferente porque la sociedad es muy diferente. Las siete décadas de autoritarismo del "partido de la Revolución" modernizaron y desarrollaron al país, acabando por crear –educación, comunicaciones, salud– una sociedad

civil exigente de aquello mismo que la Revolución no otorgó, la democracia política. Si hasta 1968 el pacto "autoritarismo a cambio de progreso" funcionó mal que bien, en Tlatelolco quedó claro que el autoritarismo ni funcionaba ni respetaba ni representaba a la sociedad promovida por la Revolución misma.

Sí, en cierto modo, el impulso definitivo hacia la transición democrática empezó en 1968, nos tomó casi tres décadas más llegar a la alternancia democrática. Las concesiones sucesivas entre 1970 y 1990 no fueron regalos de arriba abajo, sino derechos ganados desde abajo por la otra continuidad histórica mexicana: la lucha social. Autoritarismo desde arriba. Movimiento social desde abajo. Tal fue, largo tiempo, la ecuación de poder en México y acaso, por ello, como lo explicó Jorge Castañeda en Madrid, no hubo aquí represión y crímenes de Estado comparables a los de Chile o Argentina. Hubo, sí, corrupción.

La adaptación de la vida política a la realidad social, iniciada en 1968, dio sus frutos visibles durante la presidencia de Ernesto Zedillo. Estados, municipios, la Cámara Baja, el gobierno del Distrito Federal, fueron pasando a manos de la oposición PAN-PRD, hasta culminar con la elección de Vicente Fox en julio del 2000. Ganaron, lo dije entonces, no sólo Fox sino Zedillo como garante del cumplimiento de la ley y el elector como protagonista, al fin, del sufragio efectivo. Ganamos todos. Pero el poder se centró, en Vicente Fox. Sólo que Fox presidente se enfrentó a dos realidades novísimas. La primera, como Madero, las altísimas expectativas populares. La segunda, como Madero, un Congreso hostil, dividido ideológicamente pero unido en el propósito de hacerle la vida difícil al Ejecutivo. Sí, se acabó la época autoritaria del Congreso dominado por el presidente, y las leyes al vapor. Pero no se inauguró la época de la autoridad en vez del autoritarismo presidencial.

La cuestión es esta: cómo gobernar democráticamente pero con autoridad. La respuesta parecería evidente. La elección democrática concede al presidente, no sólo legitimidad, sino autoridad. Pero hay algo más. En un gobierno democrático con un presidente legítimo y un Congreso dividido e incontrolable, la autoridad presidencial se demuestra, no con actos de fuerza, no con discursos, sino con iniciativas políticas que abarcan, por una parte, las zonas de acción propias del Ejecutivo pero, por la otra, la capacidad de dialogar, convencer, combinar y proponer al Congreso.

El nuestro, lo sabemos, es de cierta manera anómalo.

Las representaciones de los partidos en el Congreso son fuertes. Los partidos que representan son débiles y requieren mutaciones inaplazables. En la falla entre estas dos realidades, seguramente el Ejecutivo tiene margen para actuar políticamente a fin de alcanzar sus objetivos prioritarios: la Reforma Fiscal y la política de energéticos. Nuestros legisladores saben que sus respectivos partidos son anémicos. Saben que no van a ser re-electos (catastrófico obstáculo para la democracia parlamentaria: debe permitirse la re-elección de senadores y diputados, la continuidad de las tareas, el prestigio y la sabiduría de los solones, el derecho popular a seguir con los mejores). Pero saben que en el recinto mismo pueden empañar y congelarlo todo. ¿No tendrán otra hora de gloria?

Vicente Fox se acerca al fin de su luna de miel popular. Mantiene cotos altos. Sufre ataques crecientes. Depende demasiado de su discurso público. Quizás llegó la hora de actuar políticamente, menos con palabras y más con acercamientos a su propio partido y a sus liderazgos enajenados, más a las oposiciones PRI y PRD, más a lo que todos los Ejecutivos democráticos sin mayoría congresista deben hacer: Dialogar, reunirse, hacer la "talacha"

política que vuelva viables las iniciativas presidenciales y le permita a Fox esperar que, en 2003, obtenga una mayoría suficiente para gobernar. Porque, hoy por hoy, la mayor amenaza a nuestra nueva democracia es que, como sucedió con Madero, los electores la consideren sinónimo de ingobernabilidad.

Dejamos atrás el autoritarismo presidencial. Pero ahora debemos fortalecer la autoridad presidencial. Los enormes rezagos y la vasta problemática nacionales así lo requieren: Democracia con autoridad.

Carlos Fuentes/ Gonzalo Celorio

*Reforma* (03-mayo-2002)

Gonzalo Celorio, escritor, maestro, universitario, trajo al Fondo de Cultura Económica su enorme cariño por una editorial que nos educó a todos y, con su cariño, un proyecto de renovada presencia del Fondo en México, en el mundo y particularmente en el área hispanoparlante. Organizado, trabajador, preciso y puntual en todos sus actos, Celorio era la mejor garantía de que el Fondo avanzaría en todos los órdenes: calidad, distribución, presencia. Precisamente, la presencia cada vez mayor del Fondo en América Latina imponía la atención debida a Cuba a fin de llegar con libros que, sin duda, constituirían una avanzada tanto de la democracia como de la cultura en la isla. ¿Qué no daría el gobierno de los EE.UU. por tener un equivalente norteamericano del FCE en La Habana? Hay más: Celorio había logrado juntar, para la Feria del Libro de Guadalajara, un volumen con colaboraciones de escritores cubanos de adentro y de afuera, pro-castristas y anti-castristas. Es decir: Celorio no miraba a los problemas inmediatos o coyunturales que afectan a Cuba, sino a algo que recibe poca atención: la sucesión de Castro, el tránsito pacífico a una política democrática normal, evitando los peligros, por una parte, de una vendetta sangrienta de los ultras expatriados o de una resistencia numantina interna igualmente violenta. Acaso la renuncia que el Presidente Fox, a través del Secretario Tamez, le ha pedido a Celorio, no tenga nada que ver con las recientes disputas en torno a Cuba. Pero es, de cualquier modo, una desafortunada decisión que en nada beneficiará a la política cultural de la transición mexicana. Dicho con más claridad: el inmerecido despido de Celorio rebaja, entorpece y desvanece la política cultural del régimen. Y como no creo que la presencia del Fondo en Cuba sea la razón del despido, lamento la falta de oportunidad política que lleva a pensar lo



contrario, dañando en este caso, inmerecidamente, la gestión de cultura mexicana en el exterior del canciller Jorge G. Castañeda.

Carlos Fuentes/ Aguilar Camín / Reyes Heróles

*Reforma* (24-junio-2002)

Sospechoso elogiar las obras de dos amigos tan queridos y admirados. Deprimente, dejarlas pasar por esos motivos. Y arriesgado, atribuirle a dos novelas dimensiones políticas que, aunque no estén explícitas, sí subyacen el texto narrativo.

*Las mujeres de Adriano* de Héctor Aguilar Camín es un diálogo ilustrado –casi dieciochesco– entre el historiador mexicano Justo Adriano Alemán y su joven confidente, que bien podría ser el propio Aguilar Camín. No es la primera vez que el autor de *La guerra de Galio* emplea modelos biográficos reales para sus no menos reales protagonistas literarios. Justo Adriano Alemán vuelve a recordarme, como en *El error de la luna*, al historiador Edmundo O'Gorman, hombre de cultura vasta y de seducciones múltiples. Las atracciones de O'Gorman eran –me cuentan algunas de sus seducidas– su mezcla de cortesía, suavidad, experiencia inédita y peligro probable. Estas son, también, las características de Justo Adriano Alemán, aunque él sabe que en verdad, la mayoría de los hombres "somos conquistados, elegidos por las mujeres".

El verdadero sultanato de Alemán sobre sus cinco mujeres –casi tantas como Enrique VIII de Inglaterra– contrasta severamente con la soledad de monje trapense que ha escogido Esteban, el protagonista de *El abismo* de Federico Reyes Heróles. El edificio de apartamentos habitado por Esteban es un monasterio urbano en el que los habitantes se cruzan sin hablarse y comparten ascensores sin mirarse. Esteban ha escogido su soledad. No ha solicitado, en cambio, la cercanía de su vecina María. Promiscuidad libérrima en Aguilar Camín: Tener a la vez "a todas las mujeres de mi vida" es su realizable utopía sexual. "Nunca las quise tanto

como cuando las tuve a la vez". Soledad comparable a la del "hombre subterráneo" de Dostoyevsky en Reyes Heróles: "Vivo en el espanto". "La vida sin emociones es un abismo" y en el abismo habita Esteban, prisionero del temor al riesgo.

*Las mujeres de Adriano* y *El abismo*, insisto, son novelas. Pero sus autores son también politólogos en activo y sus ficciones poseen contextos políticos tácitos pero inevitables. Dicho de manera abrupta: *Las mujeres de Adriano* es la última novela de la era del PRI y *El abismo* la primera de la era de Fox.

Adriano no guarda ilusiones respecto a México. "Hábleme usted del país", le pide a su visitante. "¿Sobrevivirá esta semana?" La atmósfera del país agónico permea las situaciones de la novela. Pero es esa misma agonía la que autoriza todos los excesos, casi como si no hubiese, mañana, otra oportunidad como la de hoy. Ha muerto la legitimación del Partido Revolucionario Institucional: "De las Revoluciones no quedará sino un crespón de luto y un muro de vergüenza". Y es, precisamente, esta pérdida de la idealidad lo que autoriza toda forma de la arbitrariedad. Adriano "necesitaba... una amante, una mamá y un policía". El PRI se lo da todo porque es todo. Aceptada esta premisa, se puede, mentalmente, rechazar la paz, desear la anormalidad, la transgresión, el riesgo. Sí, dentro de un marco político totalmente previsible y dominado por las estructuras de poder –la famosa "dictadura perfecta" de Vargas Llosa–. Aceptada esta regla, Adriano puede creer que "la moral de la infidelidad es la discreción". Como la información bajo el PRI es una "forma frenética de saber lo que pasa sin entender lo que sucede", Adriano puede representar el papel que se ha dado a sí mismo – el de jugar al lujo cosmopolita "en una sociedad provinciana de rentas rurales".

Sabio y sagaz como lo es, Adriano (¿O'Gorman?) se prepara sin embargo para la catástrofe natural que, en México, acostumbra caer, inesperadamente, "sobre nuestra indigencia pública". En Adriano se dan cita la pasiva aceptación de la vida bajo el PRI y el secreto anhelo de "los amores imposibles". Casado con su mujer legítima o de facto (qué más da: la de costumbre) a Adriano le encantan "los amores imposibles: su mamá, su prima mayor su novia de adolescencia". ¿Su democracia, otro amor imposible en México?

Digo que *El abismo* de Reyes Heróles es la primera novela del foxismo porque es un relato en el que dos seres que viven pared de por medio se desconocen, no se atreven a amarse y pierden miserablemente el tiempo, "el único recurso no renovable". Esteban y María viven cerca, pero cada uno se le escapa al otro. El amor entre ambos se va convirtiendo en un artificio, una mera construcción intelectual. Viven en la separación de la mentira porque quisieran ser otros y no lo que realmente son. Creen amarse pero ni Esteban sabe nada de María, ni ésta nada de aquél. La inmovilidad amenaza con convertir sus ilusiones en fantasías y éstas, en pesadillas. No saben asumir el riesgo del amor, que es el riesgo de vivir. Les acecha la intolerable noción del vacío como destino. No supieron reconocer lo que tenían. La presa pasó frente a ellos y ellos la dejaron ir.

*El abismo* no es, al cabo, una novela desesperada. Con gran habilidad literaria, Reyes Heróles nos abandona en el momento mismo en que las oportunidades perdidas parecen convertirse en invención de cada cual gracias a la invención del otro. María y Esteban, como México y la Democracia, comienzan a inventarse.

En la novela priista de Aguilar Camín, se puede tener todo lo que se desea.

En la novela foxista de Reyes Heróles, no se puede tener ni lo que se desea.

Queda entonces el residuo sensorial de ambas obras. En Aguilar Camín, el valor de "salir a la intemperie", fuera de los techos seguros pero confortantes, sabiéndose, apenas, "un mendigo sentimental". En Reyes Heróles, la convicción de que si la mujer y el hombre "no supieran del amor tampoco acudirían al encuentro". Adriano y sus cinco hembras, Esteban y María, quedan al cabo en el umbral de ese purgatorio dantesco de la vida que dice: "Podrías estarte enamorando".

Carlos Fuentes/ Gabo y yo: Memorias intercambiables

*Reforma* (07-octubre-2002)

### Género

La memoria es el género que se atreve a decir su propio nombre. La biografía nos dice: "Eres lo que fuiste". La novela nos dice: "Eres lo que imaginas". La confesión nos dice: "Eres lo que hiciste". Pero biografía, confesión o novela requieren memoria, pues la memoria, dice Shakespeare, es el guardián de la mente. Un guardián, diría yo, que radica en el presente para mirar con una cara al pasado y la otra al porvenir. La búsqueda del tiempo perdido también es, fatalmente, la búsqueda del tiempo deseado. Hoy, en el presente de este año tercero del segundo milenio después de Jesús, Gabriel García Márquez rememora. A los que un día le dirán: "Esto fuiste", "Esto hiciste" o "Esto imaginaste", Gabo se les adelanta y dice simplemente: Soy, seré, imaginé. Esto recuerdo.

### Mi primer García Márquez

A mediados de los años 50, dirigía junto con Emmanuel Carballo una *Revista Mexicana de Literatura*, adversa al chovinismo estrecho de nuestra antañona vida cultural. Una de las maneras de romper "la cortina de nopal" (Cuevas dixit) consistió en asociarnos con revistas latinoamericanas de espíritu similar. Eran dos: *Orígenes*, dirigida en La Habana por Cintio Vitier, que me permitió iniciar una paradisiaca correspondencia con el gran José Lezama Lima, y *Mito*, publicada en Bogotá por Jorge Gaitán Durán, que me puso en contacto con dos jóvenes y ya grandes escritores colombianos, Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez. Digo que conocí a Gabo antes de conocerlo, al publicar en México "Los funerales de la Mamá

Grande” y “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”. ¿Quién era, cómo era este escritor transparente y luminoso que de un golpe sacaba al trópico del tópico (*La Vorágine*, *Canaima*) y le daba esa tristeza levistrausiana que Claudio Magris ha descrito como un rasgo de la literatura latinoamericana? Contra la tentación de la lectura exótica, García Márquez nos pedía "hacer la tarea escolar de re-leer una prosa melancólica, difícil, dura". El premio a su exigencia creativa, a contra-corriente de la facilidad del momento, fue para García Márquez una popularidad sólo comparable, en la lengua castellana, a otra novela diáfana porque es "melancólica, difícil, dura", el Quijote. No nombro, por pudor, a los grandes escritores extranjeros que no han podido con la dificultad de ese libro, el Quijote, que a nosotros nos parece transparente. Sólo cito, en el último número del *New Yorker*, al best-seller estadounidense del momento, Jonathan Franzen, que reconoce su imposibilidad de leer a Cervantes. Y secretamente, hay españoles e hispanoamericanos que se cierran ante García Márquez. Yo los celebro porque significa que hay en Gabo una zona "melancólica, difícil y dura" que ya era evidente en aquellos cuentos que publiqué en la *Revista Mexicana de Literatura*.

#### El primer encuentro

Ocurrió en las oficinas de ese Medicis yucateco exuberante, generoso, caprichoso y loco que fue Manuel Barbachano Ponce. En una mansión decrepita en la Calle de Córdoba la Mansión de Drácula, dijo Gabo, donde Álvaro Mutis me presentó a García Márquez y nació la amistad a primera vista. Creo que desde ese momento fuimos amigos para siempre, al grado de que yo puedo marcar las etapas de mi vida a partir de los 32 años mediante los hitos de la amistad con Gabo, y él mismo ha dicho que "si alguna vez escribiéramos nuestras memorias respectivas, los lectores se van a encontrar con páginas intercambiables".

## Páginas intercambiables

En el México de los 60, la vida literaria giraba entre dos cafés de la Zona Rosa: el Kineret y el Tirol. Gabo y yo decidimos institucionalizar los encuentros todos los domingos, de las seis de la tarde en adelante, en mi desvencijado caserón en San Ángel Inn. Por allí pasó la humanidad entera, todos éramos jóvenes, todos éramos promesas, todos fumábamos, todos bebíamos, unos se quedaron en promesas, otros se propusieron ganar la módica medida del genio con la desmesura del trabajo. Todos bailábamos al ritmo de los recién descubiertos Beatles y Rolling Stones. Prueba: Una extraordinaria foto de Gabo bailando el watusi con Elena Garro. Todas las muchachas eran bellas. ¿Quién más que la trágica, frágil orquídea de un invernadero ístmico, Arabella Arbenz? Arabella, hija del derrocado (por la CIA) presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, vino a México a hacer cine, y Gabo y yo éramos una pareja de guionistas tan frágiles en nuestro métier como Arabella en su vida. Escribimos juntos el libreto de “El gallo de oro”, cuento de Juan Rulfo que dirigiría Roberto Gavaldón, realizador tan en demanda que durante el día escribía un guion para Libertad Lamarque, y de noche, con nosotros, “El gallo de oro”, de suerte que, confundidos, a veces poníamos al Gallo a cantar tangos y a doña Liber a cacarear. Pasábamos horas Gabo y yo discutiendo sobre el adjetivo correcto para describir la puerta de entrada a la hacienda de don Esculapio Virgen (excéntrico ranchero de nuestra invención) o el lugar preciso para una coma extraviada. Un buen día, García Márquez me dijo: “¿Qué vamos a hacer? ¿Salvar al cine mexicano o escribir nuestras novelas?”. La suerte estaba echada.

## Cien años de felicidad



Yo me fui a vivir una larga temporada a París y Gabo se encerró a escribir *Cien años de soledad*. Mercedes cerró las puertas de la casa, cortó las líneas de teléfono y abasteció el refrigerador. Un año más tarde, me llegaron las primeras 50 páginas de *Cien años de soledad*. Las leí con emoción, asombro y sobre todo gratitud por tener un amigo de tan inmenso talento y de tan inmensa generosidad. Porque esta era una novela generosa. En muchos sentidos. No sólo daba y se daba. No sólo poseía ese don de reconocimiento la anagnórisis que da título a un hermoso libro de Tomás Segovia, gran poeta de nuestra generación. No sólo reunía en un haz las grandes tradiciones de la literatura hispanoamericana: mito de fundación, épica de destrucción, historia de recreación, sino que, magistralmente, generosamente, demostraba la compatibilidad de los géneros en una época de sequía literaria determinada por la dictadura del nouveau roman francés, empeñado en convertir la literatura en desierto. Frondoso por generoso, García Márquez nos volvía a ubicar a todos en el Territorio de La Mancha, la gran provincia trasatlántica de Cervantes, donde se dan cita la épica de caballería, la picaresca, la novela bucólica, la trama bizantina, la novela dentro de la novela, la cárcel de amor, la generosidad literaria que García Márquez recupera para la América Latina a partir de una tradición compartida y de una ubicación geográfica amorosa. El Caribe, la corriente de reconocimientos literarios que fluye del Mississippi de William Faulkner por las "islas de la corriente" de Ernest Hemingway, con escala en castellano en la Cuba de Alejo Carpentier y su concepto de lo real maravilloso, verdadero origen del realismo mágico, pero que se extiende a la lengua francesa de Jacques Roumain y los Thoby-Marcellin en Haití y Aimée Césaire y Edouard Glissant en el Caribe francófono y Jean Rhys la desolada niña del Mar de los Zargazos vestida toda de blanco en el Caribe angloparlante y, como un faro del castellano, resistiendo todos los embates del imperio, Luis Rafael Sánchez en la roca madre de Puerto Rico. Y atrás, más atrás, los cronistas de Indias, los navegantes, los bestiarios, la imaginación

casada con la memoria. De todo esto descende, todo esto ha hecho visible y presente, Gabriel García Márquez, el memorioso de hoy y de siempre.

### Amigos de los amigos

Digo en mi libro *En esto creo*: "Lo que no tenemos lo encontramos en el amigo". Gabo y yo compartimos muchas amistades y algunas enemistades. En la política son inevitables las diferencias de opinión y la prueba de la amistad es que lo que podría separarnos nos une aún más: el respeto. Dejo de lado a nuestra conflictiva latinoamericanidad, pensando a veces que la América Latina sólo se concibe a sí misma, política y económicamente, como un problema que obliga al mundo a fijarse en nosotros y, una y otra vez, rescatarnos de nuestra propia incompetencia. A Gabo le fascina el fenómeno del poder y *El otoño del patriarca* no sólo da fe, sino que encarna en todas las direcciones la picaresca y la tragedia del poder. Desde mi punto de vista, en nuestra relación con hombres de poder, destacaría tres. Con Francois Mitterrand, un demonio de inteligencia, cultura literaria y maquiavelismo político. En sus memorias, *La paja y el grano*, Mitterrand recuerda que fue otro queridísimo amigo común, Pablo Neruda, quien le dijo: "Lea inmediatamente *Cien años de soledad*. Es la más bella novela producida por la América Latina desde la pasada guerra". Mitterrand conoce a García Márquez y escribe: "Es un hombre idéntico a su obra. Cuadrado, sólido, risueño y silencioso". Con William Styron, Arthur Miller y García Márquez, asistí a la rumbosa toma de posesión del Presidente Mitterrand en mayo de 1981. Durante el almuerzo de Estado en el Elíseo, el nuevo presidente nos pidió que lo acompañáramos a su despacho a fin de atestiguar su primer acto de gobierno: firmar sendos decretos otorgándoles la nacionalidad francesa a Milan Kundera y a Julio Cortázar, ambos exiliados por las dictaduras, comunista la de Praga, fascista la de Buenos Aires. La cultura literaria de un presidente francés nunca sorprende.

Neruda me contó que sus reuniones con el presidente Pompidou, siendo Pablo Embajador de Chile en Francia, tenían como pretexto discutir la política económica del Club de París, pero en realidad eran largas pláticas sobre la poesía de Baudelaire. Lo que sorprende es que un presidente de los Estados Unidos lea libros. Cosa que descubrimos Gabo y yo una noche en Martha's Vineyard, escuchando a Bill Clinton recitar de memoria pasajes enteros de Faulkner, demostrar que él sí había leído el Quijote y por qué Marco Aurelio era su autor de cabecera. Pregunta innecesaria: ¿Qué habrá leído Bush? Y para cerrar el capítulo político, otro lector-estadista: Felipe González, un hombre que habla como un libro, porque piensa como un libro, porque ha leído todos los libros, y sin embargo oh, Mallarmé, no está triste. Digo que amigos y enemigos literarios Gabo y yo hemos tenido no siempre compartido muchos. Pero mirando nuestra vida de capítulos intercambiables, creo que hay un amigo escritor o mejor dicho un escritor amigo de ambos al que Gabo y yo colocamos por encima de todos. Es Julio Cortázar y creo que ni Gabo ni yo seríamos lo que somos o lo que aún quisiéramos ser sin la radiante amistad del Gran Cronopio. En Cortázar se daban cita el genio literario y la modestia personal, la cultura universal y el coraje local ("Las Malvinas son argentinas solía decir. Los desaparecidos también"). Lo había leído todo, visto todo, sólo para compartirlo todo. Una de las noches inolvidables de nuestra amistad ocurrió en el tren París-Praga en diciembre de 1968. Íbamos invitados por Kundera a mantener la ficción es decir, la esperanza de una cultura checa independiente en un país rodeado de tanques soviéticos. Cortázar fue hilvanando temas como un cuentista árabe de la plaza de Marrakech. Recordó todas las novelas que sucedían en trenes, enseguida las películas en trenes, y por último, a partir del swing de Glenn Miller, el ritmo de locomotora del jazz y, en particular, una memoria asombrosa, la relación entre el jazz y el piano... Cuando llegamos de madrugada a Praga, nos esperaba en la estación Kundera, que nos llevó a Gabo y a mí a un sauna y, cuando

pedimos una ducha para quitarnos el calor, Milan nos condujo al río Ultava y nos empujó, encuerados como lombrices, al agua congelada. Recuerdo el comentario de Gabo cuando salimos morados del río: "Por un instante, Carlos, creí que íbamos a morir juntos en la tierra de Kafka".

### Vida y muerte

Cuando murió Cortázar, llamé a García Márquez, conmovido por la desaparición de nuestro incomparable amigo. Gabo me contestó, memorablemente: "No creas todo lo que lees en los periódicos". Es cierto: no hay mortalidad en la literatura. Oír a Gabo hablar de libros y autores es oírle hablar de lo más vivo, lo más próximo, lo más entrañable. Gabriel posee una memoria poética fabulosa, hecho que entre otros le envidio como se lo envidio a Carlos Monsiváis (capaz de pasar una tarde con Neruda haciendo conversación sin otras palabras que citas de la poesía de Neruda); a Chema Pérez Gay (que además cita a Holderlin, Goethe y Rilke en alemán); o a Antonia Fraser, que memoriza un poema cada noche. Gabo se sabe de memoria la poesía de Garcilaso ("Escrito está en mi alma vuestro gesto/ y cuanto escribir de vos deseo/ vos sola lo escribisteis, yo lo leo/ tan solo, que aun de voz me guardo en esto"). A veces, García Márquez deja entrever la literatura que se guarda. Es Kafka y *La Metamorfosis*, la lectura que lo precipitó angustiado y anhelante en la escritura. Es Faulkner y la convicción de que el presente empezó hace 10 mil años. Es Rulfo y el clamor de los silencios. Y es, sorpresivamente, Dumas y *El Conde de Montecristo* como fábula de fábulas que encierra el enigma del enigma: ¿cómo escapar de la prisión del Castillo de If? Que el lector se ponga a pensar y verá cómo las combinaciones posibles son infinitas, tan infinitas como la lectura. Gabriel García Márquez y Alejandro Dumas y Franz Kafka: cómo entrar al Castillo, cómo salir del Castillo. La llave se llama literatura. Pero ella también está escondida.

Está en la isla del tesoro. No la de Stevenson, sino la de Defoe, autor preferido de García Márquez no tanto por el Robinson sino por *El diario del año de la cólera*. El título lo dice todo. El Robinson de Gabo es el del muy admirado Coetzee: una noticia falsa que alguien le cuenta a Defoe. Mi Robinson es el de Buñuel: el solitario gritando desde la cumbre de la montaña para escuchar el eco de su voz y sentirse acompañado.

### Sitios de la memoria

La Barcelona de la Gauche Divine, Carlos Barral y los Goytisoló, "Rosa Regás, qué buena estás", y nuestros tres monstruólogos, Cecilia, Rodrigo y Gonzalo, rondando los cines de Sarriá a los 10 años en busca de películas de Frankenstein y Drácula, como si intuyeran algo que los demás explicábamos con demasiada lógica: la España de Franco. La Ciudad de México, donde Gabo y yo nos hacemos cruces tratando de entender rebeliones, asesinatos, brujas, entierros, tapados, destapados, hasta que García Márquez, saltuariamente, va al Museo de Antropología, se para 10 minutos frente a la mole de la Diosa Madre Coatlicue con su falda de serpientes y se retira diciendo: "Ya entendí". ¿Qué entendimos? En los cafés de París, en los bares de Venecia, entre tapas de Madrid y caminatas en Oviedo, que la realidad es siempre más novelesca que la ficción. De allí que la ficción deba superar, no a la realidad, sino a la ficción de la realidad. Dura, dolorosa realidad de la patria colombiana, tan orgullosa de Gabo, donde en las calles de su adorada Cartagena le saludan: "Adiós, Don Nobel". Una patria secuestrada, acribillada, prostituida, extenuada, engañada. Con razón Gabo encuentra en México una segunda patria que para él es todo lo que no es para muchos mexicanos: un remanso, un acierto, una seguridad. Tal es su voluntad mexicana y yo, mexicano, su amigo, no tengo más remedio que respetarla. Porque al fin y al cabo, junto con nuestras esposas y nuestros hijos, nuestros amigos y nuestra Mamá Grande, Papisa y Regazo de Todo Mal,

Carmen Balcells, nuestra memoria es nuestro respeto y nuestro respeto eso que los latinos llamaban verecundia, el honor debido a quienes queremos. O como diría Bob Hope, "gracias por la memoria". Así es: *Vivir para contarla*.

Carlos Fuentes/ Cristina Rivera Garza: Una revelación

*Reforma* (09-diciembre-2002)

Hay libros que, acaso en honor propio, tardan en recibir el reconocimiento que merecen. Tal es, me parece, el caso de la extraordinaria novela de la escritora mexicana Cristina Rivera Garza, *Nadie me verá llorar*. Aparecida en 1999, no ha tenido la repercusión que merece. La he dado a leer a editores europeos que tampoco la conocían. Su entusiasmo corre parejo al mío. Estamos ante una de las obras de ficción más notables de la literatura no sólo mexicana, sino en castellano, de esta vuelta de siglo.

Paso por alto –doy por sentada– la belleza y exactitud de la prosa de Rivera Garza. No se escribe impunemente una frase descriptiva de un personaje como esta: "Prudencia Lomas de Burgos. Cuando olvidó su rostro, le bastó el nombre para suavizar las aristas de su vejez". Cito esta frase, no sólo por su belleza evocadora, sino porque nos sitúa en el centro de la novela, que es el sentido de la vista. El hilo conductor es la mirada y el que conduce la narración es un fotógrafo mexicano de principios del siglo XX, Joaquín Buitrago, empeñado en recorrer la ciudad del dolor l–a cittá dolente del Dante– con los ojos de una cámara capaz de captar ese dolor en el instante en que se transforma en su propia ausencia. En nada. La luz está dentro del sexo, nace de la boca y muere en los ojos. O sea, es fugaz, es perecedera. Pero a veces, por el simple hecho de revelar una apariencia, salva.

El fotógrafo tiene dos espacios preferidos porque en ellos "el perro azul de la memoria" le muerde los tobillos y Buitrago sabe que en esos dos lugares –el prostíbulo y el manicomio– se crucifica, sin remedio, a la esperanza. La viajera de la esperanza es Matilda Burgos, mujer errante, mujer perdida entre los dos polos de su existencia: el lupanar y el manicomio. Es

entre los locos, encargado de fotografiarlos, donde Buitrago cree reconocer, en 1920, a una muchacha que años atrás conoció en un burdel. Es Matilda Burgos, personaje central de esta extraordinaria novela que, como Juan Rulfo en *Pedro Páramo* asume las convenciones del género –la novela de la Revolución Mexicana en Rulfo y el melodrama de la mujer caída en Rivera Garza– para transformarlos en algo nuevo, insólito, pero que sólo existe gracias al poder de la tradición transformada por la imaginación. El nombre de ese proceso es la creación artística.

Como en la obra clásica del naturalismo mexicano, *Santa* de Federico Gamboa, Matilda viene de una campiña donde su padre "cuidaba de la vainilla como se debe cuidar a una mujer". El gusano en la fruta es el alcohol y Matilda debe abandonar el campo y refugiarse con un tío médico en la antigua ciudad de México, cuyo dignísimo cronista, don Artemio del Valle Arizpe, celebra en 1900 la llegada del alumbrado público a la capital mexicana porque la luz eléctrica "espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso e influye... en el desarrollo de las buenas costumbres". Lo que no impide "la luz eléctrica" (tema de un delicioso corrido celebratorio que cantaba incomparablemente el pintor Rufino Tamayo) es la mala costumbre de rebelarse contra el despotismo político.

Del rancho a la capital: el movimiento personal de Matilda la conduce al círculo revolucionario de Diamantina Vicario y el desvelado rebelde Cástulo, perseguido por la dictadura, un hombre que es como un cabo suelto de esa electricidad celebrada, un hombre para el cual dormir no es un placer, sino una interrupción de la actividad política. Diamantina conspira. Cástulo actúa. Y entre ambos se cuela el Mackie de Brecht, preguntándole al revolucionario:



¿Qué es peor, fundar un banco o asaltar un banco?

En esta novela de negras faldas largas, Cristina Rivera Garza imagina como nadie lo ha hecho en México después de José Revueltas las opciones trágicas y los desgarramientos síquicos entre la teoría y la acción revolucionarias. Lo hace con una intensidad, con una grandeza tal, que junto con la protagonista Matilda, debemos, como lectores, hincarnos cuando Diamantina muere, Cástulo se pierde y Matilda ora por ellos y de allí en adelante sólo recuerda sus nombres en secreto, como si su alma fuese el panteón de toda heroicidad fracasada.

De tal suerte que al contrario de la Santa de Gamboa, Matilda no va a parar al prostíbulo por engaño o por accidente, sino porque está de luto: por Cástulo, por Diamantina, por México, por la Revolución que devora a sus propios hijos. El disoluto, comenta Roland Barthes acerca de las novelas del marqués de Sade, sólo se mueve de un sitio para encerrarse en otro. El encierro aislado le es indispensable al sadista para practicar en secreto su vicio. Que para Matilda es el vicio del dolor disfrazado de esa apariencia que fascina al fotógrafo, la alegría, la impudicia, el carnaval, el mostrarse. Pero Cristina Rivera, con cruel astucia, nos recuerda que el naturalismo de Zola iba acompañado de la criminología determinista de Lombroso. El criminal, para Lombroso, lo era por atavismo, por regresión a una etapa primitiva de la evolución. En su Antropología general de 1886, Lombroso afirma que las putas tienen pie prensil –o sea, que sirve para coger– como los monos. Matilda, que no ha leído a Lombroso ni a Zola, rompe el determinismo y el encierro mediante la rebelión. Rebelión de las meretrices. O sea, prueba de la locura de Matilda rebelde contra su destino predeterminado.

Que es, además, el de la mujer en la sociedad machista. "Las mujeres... sólo se hicieron para no tenerlas. Pobre del que se queda con ellas". Una mujer se usa, se disfruta, y luego se tira a la basura. ¿Y hay basurero más infame que un manicomio, "el lugar donde se acaba el futuro"? Cristina Rivera Garza ha leído minuciosamente las fichas de los internados en La Castañeda, el antiguo manicomio general de la Ciudad de México. Obsesión por el rezo. Imitación de los animales. Alimentos lamidos de los suelos. Memoria absoluta hacia adelante y hacia atrás, tan absoluta que resulta inútil.

Y el abuso físico interminable. Pues no han mejorado las condiciones de muchos manicomios actuales. Yolanda Monge da cuenta, en un número reciente de *El País*, de los hospitales psiquiátricos de Bulgaria. Terapias electroconvulsivas sin anestesia. Mujeres atadas con cinturones a camas de metal sujetas al piso con cemento. Niños idiotizados por el aislamiento físico y mental. Locos obligados a devorar sus propias heces. Hablo de hoy, de un informe de Amnistía Internacional. ¿Cuáles serían las condiciones en los manicomios de 1920? Cristina Rivera Garza transcribe documentos fehacientes y los presenta sin comentarios. Ella es una novelista y está preparando la acción siguiente de su narración, que es la escapatoria masiva de los internados (mujeres en El divino Salvador, hombres en San Hipólito) trasladados al nuevo manicomio general en 1910.

El encuentro de los locos con la ciudad estremece. Los mil dementes que llegan a Mixcoac, entonces en los confines de la ciudad de México, se sienten desolados por la vida que encuentran fuera de las paredes del asilo psiquiátrico. "La prisa de la gente cambiaba la dirección del aire en las calles". Salir del refugio de la locura es aproximarse a un "animal urbano" aún más temible que la propia bestia interior del loco. Los fugitivos se dan cuenta de que su verdadera reclusión era el exterior, no el interior. Y poco a poco, desolados por la

vida que encontraban fuera de las paredes del manicomio, volvían por voluntad propia al asilo...

Matilda ya no saldrá más durante su vida. El manicomio será su "ciudad de juguete". Quiere olvidar. Pero se puede volver loca de no recordar. Sin embargo, hay quien la descubre porque la recuerda. Es el fotógrafo Joaquín Buitrago, el testigo. Un hombre que a los 49 años "todavía es capaz de enamorarse como si tuviera todo el tiempo por delante y nada más que hacer". Salvo amar. ¿Ama a una loca? ¿Recuerda con pasión el cuerpo de Matilda, "la pera de sus caderas desnudas"? ¿Están cubiertos los muebles de su alma de sábanas blancas como si fuesen cadáveres? ¿Debe Joaquín aceptar que su vida es un fracaso también, que el dinero se acaba, que no hay más remedio que bañarse a cubetadas de agua fría y ponerse el único traje negro para darle la cara al mundo?

¿O cabe admitir que al fin, en el manicomio, Matilda Burgos se dispone a vivir encerrada "los años más felices de su vida", los años pacíficos en que no tiene que dar respuestas? Como esa loca a la que le preguntan para certificarla:

"-¿Quién es el Presidente de México?"

"-No sé".

Acaso la locura de Matilda sea una sabiduría de otro rango, en el cual Buitrago puede comprender que entre hombre y mujer ciertas lejanías provocan dicha y que el fracaso puede ser saludado como reposo, paz y silencio. Porque extramuros, en la ciudad dantesca, la guerra nunca termina, el estado de sitio es permanente y todos los días, en México, es crucificada la esperanza.

Hay un residuo de la nobleza original pero recuperable. La abraza el trópico. Es la pirámide de El Tajín en Veracruz. Allí, la arquitectura es perfecta, la belleza es impronunciable y la edad es inmemorial. De allí vienen Matilda Burgos y esta espléndida novela.

Carlos Fuentes/ Maquiavelo en México

*Reforma* (04-junio-2003)

Hace días, presenté en el Círculo de Bellas Artes de Madrid mi novela más reciente, *La silla del águila*. No pude estar mejor acompañado. Mis interlocutores eran Felipe González, ex presidente del Gobierno español, y Alan Riding, corresponsal cultural del *New York Times* en Europa. Ambos conocen bien a México. Riding, porque fue corresponsal del *Times* durante más de una década. Satanizado en su momento por dar su fiel y personal versión de nuestro país –*Vecinos distantes*– Riding al cabo venció las prevenciones chovinistas y recibió, el pasado enero, la condecoración del Águila Azteca de manos del presidente Vicente Fox. El águila de la silla aterrizó en el pecho del águila.

Felipe González radicó mi novela en las movedizas arenas de la política mexicana sólo para afirmar que toda política, siendo local, es también siempre universal porque se funda en "la pasión humana, el poder, el dinero, el sexo y el amor". También las miserias de la política son universales, subrayó González. Hay, en todo poder, una "parte oscura". Pero lo más que se puede ver de la realidad política, concluyó el ex-presidente, es sólo la punta del iceberg. Las verdaderas realidades del poder suelen permanecer ocultas.

Sobre nuestro diálogo en Madrid planeaba, por supuesto, una sombra florentina. Nicolás Maquiavelo fue citado por todos los participantes pero yo tenía la particular preocupación de pensar en Maquiavelo para México y muy emparentado con las próximas elecciones legislativas del 6 de julio en nuestro país. Hay quienes hablan en México de una alternancia en el poder pero sin transición democrática real. Los obstáculos que ofrece, para llevar al

cabo dicha transición, la cultura autoritaria mexicana son inmensos. Aquí viene a cuento Maquiavelo cuando hace una distinción que conviene soberanamente a México.

Maquiavelo distingue entre "principados nuevos" y "principados hereditarios". Durante siete décadas, México fue principado hereditario. El poder se heredaba cada seis años, canalizado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), El Príncipe en turno dictaminaba, desde la silla del águila, quién sería su sucesor. Seguramente, muchos factores concurrían para dar el dedazo y descubrir al "tapado": el poder del dinero, las agrupaciones gremiales, obreras y campesinas, los poderes locales de la Federación, las burocracias, el "vecino distante" de Alan Riding... Pero al fin y al cabo, quien ocupaba la silla del águila decidía quién habría de sucederle. ¿El más competente? A veces. Ávila Camacho juzgó con acierto que el mejor y más hábil "tapado" era Miguel Alemán. Alemán, muerto su delfín Héctor Pérez Martínez, optó sagazmente que después de la embriagadora actividad de su gobierno, convenía un presidente aspirina. El "mejoral" fue Adolfo Ruiz Cortines, acaso el más hábil presidente priista y el más ajustado a la virtud hereditaria tal y como la describe Maquiavelo: los principados hereditarios son los más fáciles de gobernar. Basta con no hacer olas y contemporizar con los accidentes. El sobre lacrado, los líderes "charros", la mano de fierro envuelta en guante de terciopelo... Las mañas de don Adolfo son innumerables... e irrepetibles.

La regla hereditaria se continuó cuando Ruiz Cortines le dio el dedo de oro a Adolfo López Mateos. Pero a partir de entonces, el principado hereditario inicia su declive. La legitimación revolucionaria entra en crisis, la represión crece (ferrocarrileros, maestros, Siqueiros, Heberto Castillo) y un heredero ingrato, Gustavo Díaz Ordaz, pasa de ser el más sumiso colaborador de López Mateos a su más encarnizado perseguidor, una vez que ocupa la silla

del águila. El drama florentino se repite cuando Díaz Ordaz destapa al fiel Luis Echeverría y recibe, fuera del poder, el vehemente ataque de su delfín. Lo mismo le sucede a Echeverría con el suyo, José López Portillo y, en menor grado, a éste con Miguel de la Madrid. La sucesión De la Madrid-Salinas restablece la paz hereditaria que no tarda en romperse, por última vez, en el choque brutal entre Carlos Salinas y su sucesor, Ernesto Zedillo.

Zedillo es el último "príncipe hereditario". Respeta la ley y transmite el poder al "príncipe nuevo", Vicente Fox, quien no tarda en encarnar todas las advertencias de Maquiavelo acerca del paso de la herencia a la novedad. Los hombres, dice el florentino, mudan de gobierno creyendo mejorar. Pero el nuevo príncipe, por el simple hecho de su novedad, porque rompe una tradición, porque agita las aguas, no tarda en enfrentarse a una minuta de problemas ausente de la república hereditaria.

El príncipe nuevo, por principio de cuentas, ofende a los que ha desalojado. Cuenta con la enemistad fervorosa del viejo orden, sobre todo (léase Roberto Madrazo, priista a la antigua) cuando de verdad es viejo o sea incapaz de renovarse para mejorar y aspirar al poder en un nuevo clima democrático (léase Beatriz Paredes, priista renovadora). El nuevo príncipe, amén de contar con la enemistad del principado anterior, no puede satisfacer a todos los amigos, no puede darles todo lo que le piden. Y sus defensores –Maquiavelo dixit– son tibios. La incredulidad pesa sobre las acciones del príncipe nuevo. La censura cae sobre su ausencia de acciones. La falta de experiencia lastra y desprestigia muy pronto al nuevo príncipe.

La actualidad de Maquiavelo la demuestra su funesto aserto: el primer error del príncipe nuevo es siempre su gabinete. Pero más allá de este error –fatal para Maquiavelo– el "pequeño escribano florentino" le recomienda al príncipe nuevo, ante su gabinete, oír y decir

la verdad sin temor de ofender. No hay mejor manera de defenderse de los aduladores. Pero –enorme pero– si todos pueden decirle la verdad al príncipe, la falta de respeto se convierte en norma de la gobernanza. Por lo tanto –recomienda Maquiavelo– el nuevo príncipe ha de elegir consejeros de Estado sabios y otorgar libre arbitrio a sus colaboradores en función de la demostrada o demostrable inteligencia de cada cual.

En todo caso, le dice Nicolás Maquiavelo a Vicente Fox, el príncipe debe ser origen de los buenos consejos, no los buenos consejos origen del príncipe. Le es más fácil al nuevo príncipe, al cabo, oponerse a los grandes, que son pocos, que al pueblo, con el cual el príncipe ha de vivir siempre, en tanto que los grandes pueden ser empequeñecidos, hechos y deshechos. En última instancia, el pueblo puede cambiar al príncipe, pero el príncipe no puede cambiar al pueblo. Sin embargo, como Maquiavelo sabe ver todos los ángulos de sus propias proposiciones, los grandes, por el hecho de ser pocos, le dan seguridad al príncipe y el pueblo, por ser muchos, se la quitan. Por lo tanto, el pueblo requiere un príncipe sabio que sepa fundar su gobierno en lo que es suyo y no en lo que es de otros. Y el pueblo será suyo, concluye Maquiavelo, si el príncipe entiende que el pueblo amigo es el único remedio cuando, inevitablemente, el gobernante cae en la adversidad.

No paso por alto el realismo cínico de Maquiavelo cuando se aparta de las luces del poder y revela sus sombras. El príncipe debe ser temido pero no odiado. Los hombres respetan menos al que se hace temer que al que se hace amar. El príncipe no debe apartarse del bien, si se puede. Pero debe ejercer el mal, si es necesario. Necesidad, virtud, fortuna. Estos tres pilares de la filosofía política de Maquiavelo matizan y enriquecen poderosamente cuanto llevo dicho. Sol y sombra. La necesidad puede ser determinada por las vías nefandas –la via scellerata– para llegar al poder. El asesinato, la traición, la infidelidad en nombre de la



necesidad. Pero, bien gobernada, la necesidad puede ser estímulo para la acción política. Maquiavelo –se olvida a menudo– cree en la libertad ("Nadie podrá arrebatarnos esa mínima y gloriosa parcela de libertad que Dios le ha dado a cada hombre") y la libertad elimina, dice, la posibilidad de un mundo completamente necesario o fatal.

La virtud, segunda columna, está ya implícita en la necesidad. La virtud es el libre albedrío en acción. Pero así como la necesidad se mueve de la sombra a la luz, la virtud puede hacer el trayecto inverso. La virtud puede ser máscara de la simulación política, de tal suerte que lo importante de la virtud política no es tenerla, sino parecer tenerla.

La raíz etimológica de la virtud es vir, hombre. La fortuna, tercer principio, es, como su nombre lo indica, femenina y debe ser tratada como el muy misógino Maquiavelo trató a su propia esposa: a palos. La fortuna es mujer y por lo tanto perturba al gobernante con su ambición desmedida, su volubilidad, su activismo perverso, su amenaza a una política racional. Dura más en el poder quien menos depende de la femenina Fortuna.

¿Qué lección nos deja, en suma, para nosotros, para nuestro tiempo, el gran pensador florentino? Sólo y simplemente, esto: Un buen gobierno procede de acuerdo con la calidad del tiempo. Un mal gobierno es el que actúa contra la calidad del tiempo. El mal gobierno se arruina si persiste en los vicios del tiempo pasado. El buen gobierno, en cambio, muestra respeto y paciencia para con los horarios del tiempo. Los horarios del tiempo –el zeitgeist o espíritu del tiempo en lengua alemana. Conocerlo, sentirlo, actuarlo, es el sello del gran gobernante –Franklin D. Roosevelt en los EE.UU. y Winston Churchill en Inglaterra, pero también en Inglaterra, Clement Attlee, en Suecia, Olof Palme, en Alemania, Willy Brandt y en España, el propio Felipe González.

Las elecciones del 6 de julio y sus secuelas nos indicarán si, en México, Vicente Fox habrá aprendido a actuar de acuerdo con los horarios del tiempo –o a nadar, de muertito, a contracorriente.

En una ocasión, entrevistándolo, mi esposa Silvia Lemus le preguntó al ex-presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, si leer *El Príncipe* de Maquiavelo era requisito indispensable para un buen gobernante latinoamericano.

-Cómo andan las cosas –contestó Carlos Andrés Pérez- lo mejor sería que nos pusiéramos a leer *El principito* de Saint-Exupèry.

Carlos Fuentes/ Cosecha cultural

*Reforma* (19-enero-2004)

El tiempo existe para que me ocurran cosas. El espacio existe para que no me ocurran al mismo tiempo. Este apotegma de Susan Sontag me sirve, en este inicio de año, para llevar a cabo una cosecha personal de las creaciones de la cultura que me tocó ver, oír, sentir en el 2003. Se trata de una percepción, por ello, biográfica y, además, con los pros y contras de la perspectiva. Vivo parte del año en México, parte en Europa y ello, definitivamente, colorea mi visión de las cosas que ocurren en mi tiempo pero también, gracias al espacio, para que no me ocurran todas de un golpe.

Teatro. Los escenarios de la ciudad de México ofrecen hoy una variedad inconcebible para quien, de niño, no tenía más opción que el Teatro Ideal, las hermanitas Blanch y las comedias de Muñoz Seca. Las tablas mexicanas vivían entonces sobre todo bajo la carpa y en la improvisación magnífica de Soto, Palillo y el primer Cantinflas. Algo –mucho– de ese espíritu festivo, inmediato, queda en la obra más interesante que me tocó ver en México el año pasado: "Extras" (Stones in his pockets) de Mary Jones.

El traslado de la acción de Irlanda a México refuerza el subsuelo dramático de la comedia, que lo es, pero en un sentido prístino. Lo que los hermanos Bichir lograron fue resucitar el espíritu de la commedia dell'arte: personajes intercambiables, metamorfosis de un actor en otros, habilidad mímica, intuición del humor del público. Una extraordinaria dirección de Sabina Berman para tres actores de excepción.

Cine. No es mi rendida admiración hacia Nicole Kidman lo que me lleva a escoger la película *Dogville* de Lars van Trier como la mejor del año. El director danés destierra todo naturalismo escénico: el poblado montañoso norteamericano del título no es más que un trazado de gis indicando casa de fulano, tienda de tal, etc. Por este espacio desnudo transitan las pasiones más extremas: la caridad encubre la crueldad, el perdón el castigo, la inocencia la culpa, la resignación la venganza. Los moralistas y los chovinistas norteamericanos han querido ver en *Dogville* una crítica a los USA y le reprochan a Van Trier no haberla filmado en territorio norteamericano, como diciéndole: "Usted no sabe de lo que habla". A lo cual el acerbo cineasta danés ha contestado preguntando: "¿*Casablanca* fue filmada en África del Norte?"

El cine mexicano, después de una hibernación digna de un oso polar, salvado sólo por *Ripstein* y *Hermosillo*, ha resucitado con grandes éxitos internacionales. *Amores perros* pasa continuamente por las televisiones europeas. *Y tu mamá también* lleva un año en su sala de estreno en el centro de Londres. Nuestros actores ascienden internacionalmente. Neil Jordan me confía en Dublín, su deseo de filmar el *Calígula* de Camus con Gael García Bernal. Alejandro González Iñárritu y Alfonso Cuarón son solicitados y premiados en todo el mundo.

Paradójicamente, estos sucesos no obtienen respaldo, ni público ni privado, en México. Nuestra producción es magra: apenas unas doce películas el año pasado, comparando con cerca de ochenta en una Argentina en plena crisis. Actores y directores emigran. Los productores no ven un negocio en un sistema que los estrangula a favor de los distribuidores y éstos favorecen al producto norteamericano. El triunfo de los distribuidores sobre los productores y artistas lo confirma la carta de Jack Valenti, jefe de la Motion Picture Association de los EE.UU. al Presidente Fox, criticando al modesto impuesto mexicano a la

taquilla, hecho corriente en Francia y Argentina. La muerte de Imcine será fatal al surgimiento de nuevos directores. La falta de apoyo oficial al cine contrasta con el vigor del respaldo oficial francés y británico. Imcine, además, formaba a los artistas que, aun sin recursos del Estado, pudieron llegar a filmar. Se cierran los estudios mexicanos. En cambio, Hollywood se dispone a crear un centro de producción internacional multimillonario en San Miguel de Allende, aprovechando la excelencia (y bajos costos) del personal técnico mexicano. ¿No es hora de que el Congreso vuelva a considerar el excelente proyecto de salvación del cine que en su momento presentó la actriz María Rojo? La desidia de los sectores público y privado puede matar una de las artes que mayor prestigio y penetración le dan a México en todo el mundo.

Lectura. Cuando en 1958 publiqué *La región más transparente*, el lenguaje de la novela fue motivo de escándalo. En *El Universal* de 25 de mayo de ese año, por ejemplo, se lee: "El Fondo de Cultura Económica ... de repente lanza y hace llegar al público confiado una obra de un señor Carlos Fuentes, que por su vulgar procacidad no puede ni debe llegar a los hogares decentes... Obras del tipo de *El Lugar Más Transparente* (sic) sólo sirven para agudizar la acción desintegradora de las formas morales tradicionales de nuestra sociedad".

La sociedad no sólo sobrevivió al asalto de mis "leperadas" (resic) sino que evolucionó notable y rápidamente hasta alcanzar, en el año pasado, dos muestras superiores de ficciones elaboradas a base de lenguajes en 1958 censurables. Me refiero a *Con la muerte en los puños* de Pedro Angel Palou y a *Diablo guardián* de Xavier Velasco. Palou asume el riesgo de la primera persona de un pugilista iletrado, madreando, suma y resta de una sociedad noqueada, con un lenguaje que no deja nada en el tintero de las "buenas costumbres". Velasco, a su vez, crea una inolvidable Violetta que barre para siempre con la heredad de Santa, la pueblerina

engañada y lanzada a la prostitución. Violetta es lo que es, puta, malhablada, ratera... y clasemediera, sin excusa moralista alguna.

No desdeño las muchas virtudes narrativas de Velasco y Palou. Sólo quiero subrayar una libertad de lenguaje que es termómetro de una creciente libertad social. La perennidad, anacronía o resistencia del lenguaje popular en literatura es tema de larga reflexión y va del *Periquillo Sarniento* de Lizardi, ilegible sin léxico a la mano, a *Rayuela* de Cortázar, legible porque se trata de un lenguaje inexistente, inventado por el autor. Es decir: hay o no hay una poética del lenguaje, es decir, la unión de una voz única (poesía) con una voz colectiva (novela).

Cuando el diario francés *Le Monde* me invitó a reseñar *El fin de la locura* de Jorge Volpi, me resistí, alegando mi ignorancia de las obras de Lacan y Althusser que son referentes cruciales de la novela –aunque sí conozco bien a Barthes y a Foucault. Las disímiles apreciaciones de la obra de Volpi me llevaron, afortunadamente, a una segunda lectura. Me di cuenta de que mi primera visión –una farsa realista– era equívoca. Leí *El fin de la locura* por segunda vez como lo que es: una brillante parodia cervantina en la que el protagonista A. Q., Aníbal Quevedo, es un sosías degradado de otro A. Q., Alonso Quijano. No hace falta leer a Lacan y Althusser para entender que son tan sólo referentes de la locura lectura estructuralista de A. Q., como lo fueron los libros de caballería para Alonso Quijano. Que los poderosos de este mundo equivalen a los Duques del Quijote y que las Dulcineas de Volpi son tan promiscuas como debió serlo la Aldonza de Cervantes, en tanto que, en Volpi, Sancho usa faldas y expresa su sabiduría popular mexicana con lenguajes cercanos a los de Velasco, Palou... y el propio Cervantes, quien, como dijo el ilustre reseñista de *El Universal* sobre mí, "incluye... leperadas sin objeto, de las cuales la menos desagradable resulta la que emplea la

gente de malas costumbres para molestar a personas a quienes quiere ofender recordándoles a su progenitora". ¿Recordaría el cronista de *El Universal* cuántos "hideputas" se profieren en el Quijote?

La libertad del lenguaje no es ajena a la libertad de las ideas. De 1958 para acá, la autonomía de la expresión pública en México ha corrido paralela al desarrollo político democrático del país. Este, sin embargo, se ve constantemente amenazado por el vértigo de un vacío comparable a las fauces de los monstruos de Bomarzo. No acabamos de crear una cultura de la legalidad y seguimos empantanados en una incultura de la impunidad. Los asaltos a la sede de la revista *Este País*, que con tanto y tan noble empeño intelectual y democrático ha realizado Federico Reyes Heróles, no son actos aislados, fortuitos o reflejo de la inseguridad ambiental. Son provocaciones directas contra la libertad de expresión y contra la investigación crítica de la realidad que lleva a cabo Reyes Heróles.

Bibliotecas. Una biblioteca no es un almacén de libros viejos. Tampoco es solamente el espacio libre al que acuden quienes quieren leer sin tener que comprar el libro (así se formó Abraham Lincoln, después de todo). Hoy, una biblioteca es además un centro de información capaz de descentralizar mediante las nuevas tecnologías, los conocimientos requeridos por lugares apartados. Las bibliotecas de los EE.UU. y Canadá proporcionan información a poblados sin salas de lectura, a agricultores en comarcas aisladas, a profesionistas sin acceso a novedades imprescindibles, etc. La Biblioteca de México José Vasconcelos, diseñada sobre estos patrones de avanzada, cumplirá una función indispensable y por todo ello Sari Bermúdez merece una felicitación. Con el tiempo, la nueva Biblioteca Vasconcelos, junto con la de la UNAM y la de la Ciudadela formará (como sugiere Sealtiel Alatríste) un eje bibliotecario indispensable para los habitantes del D. F. y un lazo con los lectores potenciales

del resto de la República. No disociemos la lectura cultural de la producción económica. En una economía avanzada, o que quiere avanzar, la educación es base de la información y la información es base de la producción.

Y hablando de bibliotecas, tuve el gusto de asistir a la plática y recital poéticos del Ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, Dominique de Villepin, en la Biblioteca Nacional de París. Rara ave, en verdad, es un político que puede hablar durante hora y media solamente de poesía y recitar de memoria (el castellano de Villepin es perfecto) a Machado, Lorca y Neruda.

Música. Melómano confirmado desde mi iniciación en el Teatro Colón de Buenos Aires y en Bellas Artes en los años de la guerra, cuando grandes músicos europeos encontraron trabajo y techo en el Nuevo Mundo, puedo decir que pocas veces he escuchado una ovación como la que recibió el tenor mexicano Rolando Villazón el pasado noviembre en el Staatsoper de Berlín, cantando el *Elisir d'Amore* de Donizetti. Este joven y verdaderamente espléndido cantante podría integrar, junto con Ramón Vargas y Francisco Araiza, un espectáculo de Tres Tenores Mexicanos con éxito comparable al del trío Domingo-Pavarotti-Carreras. Una idea que, sin costo alguno, le paso a las autoridades y a los empresarios (que los hay) amantes de la música.

Finalmente, quiero elogiar las actuaciones de Eugenia León, Antonio Salinas, Claudia Lavista, Vicente Silva, El Automóvil Gris, Eugenio Toussaint, Antonio Zepeda, el Taller Coreográfico de la UNAM, el Tambuco, los danzantes de Delfos, el Teatro de Arena, el Tiempo de Bailar y tantos otros grupos y artistas que desplegaron el extraordinario vigor de la música mexicana contemporánea en el festival de la Asociación de Presentadores de las Artes Escénicas celebrado en Nueva York el pasado enero. Felicidades también a Berta Cea



por esta promoción digna de su nombre: Contacto Cultural. La relación cultural entre México y los EE.UU. es más permanente y profunda que las desavenencias políticas y diplomáticas.

*Reforma* (14-junio-2004)

¿Error o acierto? ¿Acto fallido o voluntario? Prefiero pensar que Felipe Calderón, hombre inteligente y personero de una derecha ilustrada, sabía muy bien lo que hacía cuando, a la usanza norteamericana, "arrojó el sombrero al ruedo", postulándose como pre-candidato a la presidencia de la República.

Calderón no hizo sino decir lo que todos sabemos: la etapa pre-electoral se ha abierto en México. Los tiempos han cambiado. El presidente priista podía guardarse las cartas de la baraja cerca del pecho hasta el tiempo límite del "dedazo". El presidente Fox, armado con autoridad de origen como ningún jefe de Estado mexicano desde Madero, no ha sabido conquistar la autoridad de ejercicio. Su legitimidad no está en duda. Su capacidad de gobierno, sí. Los tiempos políticos, en consecuencia, se adelantan y los candidatos se perfilan.

Jorge Castañeda hace campaña abierta desde hace un año. Se autoproclama "candidato ciudadano". No tiene partido. Lo que tiene –y le sobran– son ideas. Es, de hecho, el único político mexicano que propone ideas. Ello resalta aún más en un horripilante escenario que parece haber perdido, a un mismo tiempo, la inteligencia y el pudor. En vez de ideas, tenemos escándalos, chismes, acusaciones, sospechas, videos... presunciones de culpa no comprobada y de inocencia demasiado reiterada.

De allí la importancia de la campaña Castañeda. Nos obliga a pensar en vez de refunfuñar, desacreditar, chismear. Su problema, claro está, es acreditar su candidatura y, en seguida,

aclararse a sí mismo una de dos. O va a ser factor de apoyo a otra candidatura. O va "a por la grande", como dirían los españoles. Disyuntiva que tarde o temprano se le hará evidente, no sólo a Castañeda, sino a sus potenciales seguidores.

Felipe Calderón viene a aclarar la atmósfera –aunque muchos piensen que sólo la enturbia–. Su postura significa, no sólo que Calderón es candidato, sino que Calderón, desde el seno del gobierno (a diferencia de Castañeda) ha abierto la temporada de caza, por así llamarla, política.

Hay dos caballos en el hipódromo. Pero la mayoría siguen en los establos. Y es natural que así sea, porque los tres grandes partidos están en crisis. No acaban de adaptarse a la nueva libertad que ha seguido al descabezamiento del águila bicéfala PRI-Presidente y sienten – justificadamente– temor de que afloren las divisiones internas que todos conocemos. El PRD tiene su ala paleomarxista, su ala populista, su ala socialdemócrata y su tótem titular, Cuauhtémoc. No es lo mismo el PRI jurásico de Roberto Madrazo, que el PRI de arrestos nacionalistas recobrados de Manuel Bartlett que el PRI, otra vez, socialdemócrata de Beatriz Paredes. Y no es lo mismo el PAN clericalista y ultramontano que el PAN moderno, democristiano, del aventado Felipe Calderón y del cauteloso Santiago Creel.

Por supuesto que hay más matices que los de estos amplios brochazos. Pero hay que dar el paso adelante. La política del descontón, el videoescándalo y el chiste debe ceder ante la política de las ideas, el diálogo y los proyectos de nación.

Estas virtudes no nos las están ofreciendo ni los partidos ni sus personeros. Proviene, sobre todo, de la sociedad civil y los suyos. Son las voces propositivas de Carlos Slim y Juan

Ramón de la Fuente, de Diego Valadés, de Porfirio Muñoz Ledo y de Federico Reyes Heróles.

Si tratase de agruparlas en grandes bloques temáticos, las presidiría el rubro "Reforma del Estado" y su agenda, necesaria, conocida y postergada.

- Participación ciudadana acrecentada por el derecho a compartir con los órganos de gobierno planes, ejecución de los mismos y vigilancia de los actos de autoridad.

- Reforzar y ampliar la actividad ciudadana mediante plebiscitos, referendos, consultas, revocación de mandatos, iniciativas populares, quejas y denuncias.

- Reforma municipal, a fin de reforzar la base de la organización política y administrativa del país (Artículo 115 de la Constitución).

- Fortalecer el Federalismo, que como apunta Mario Moya Palencia, no es forma de gobierno sino forma de Estado. Si el gobierno determina la posición de los órganos del régimen nacional, el Estado determina la relación recíproca entre población, territorio y gobierno.

- Crear el Servicio Público de Carrera a fin de modernizar la vieja burocracia y darle el carácter estable y continuo de servicio público que tienen en Francia y la Gran Bretaña.

- Reelección de diputados y senadores. Regreso al espíritu de Querétaro, distorsionado por el Jefe Máximo Plutarco Elías Calles para controlar a las legislaturas. La Reelección nos permitirá contar, como sucede en el Congreso de los Estados Unidos, con un cuerpo renovable pero continuable, acumulando experiencia, especialización e independencia. El

Senado norteamericano nos ofrece pruebas palpables en figuras como los demócratas Edward Kennedy, Joseph Biden y Christopher Dodd, o el republicano Richard Lugar.

-Mantener la no-reelección presidencial pero crear la segunda vuelta electoral. Hoy, el presidente es electo por mayoría relativa y carece –carecerá– de las viejas mayorías de la época priista, abriendo la puerta de una indeseada reducción de legitimidad. La segunda vuelta elimina al candidato que obtenga más baja votación y prosigue hasta darle mayoría absoluta a uno de ellos.

Estos grandes parámetros reformistas deben paragrafearse con temas que estamos dejando atrás y que son parte integral del cambio. Juan Ramón de la Fuente va a la raíz del asunto: el impulso a la infraestructura y a la educación, inseparable de la propuesta, radical también, de Carlos Slim: impulsar el sector interno, aumentar la inversión social, no cerrar la economía al exterior sino orientarla internamente: la pobreza no crea mercado.

De la Fuente dice algo fundamental. Debemos renovar la idea de la República reforzando la división de poderes, a la sociedad en su conjunto, la participación ciudadana y el acceso a la información. El Estado tiene una responsabilidad social, a partir de su deber de fortalecer el Estado de derecho, ofrecer seguridad y legalidad oportunas y mantener una relación armónica con el todo social.

No nos dice otra cosa Federico Reyes Heróles. No hay democracias estables sin Estado fuerte –fuerte pero no grande. Lejos de disminuir al Estado, la globalización y la apertura extienden las áreas de la competencia pública.

¿No son estos los problemas que deberían ocuparnos y preocuparnos, en vez de la minucia desalentadora de la acusación y el escándalo?

¿No son estos los temas inevitables de la campaña presidencial que ya se inició y que aleja, por su propia dinámica, el espectro de un cierto vacío de poder, debido a la pasividad del Ejecutivo, en México?

Por eso, les doy la bienvenida a Calderón y a Castañeda y espero oportunas candidaturas en los partidos de la oposición, que no oculten diferencias ni exalten caudillismos, sino que sirvan para promulgar el debate acerca de las prioridades nacionales, que hoy brilla por su ausencia.

Carlos Fuentes / Cien años con Neruda

*Reforma* (12-julio-2004)

Conocí tres veces a Pablo Neruda. La primera fue en los encuentros –irrepetibles– organizados por el poeta Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción, en 1962. Vinieron escritores de todo el continente iberoamericano. Neruda presidía como si acabase de salir del mar, un Neptuno en vacaciones. Patriarca de las tormentas, las apaciguaba con la lenta majestad de sus movimientos. La inteligencia irónica del ángel caído se disimulaba detrás de su mirada dormilona y sus párpados de tortuga. Parecía un animal sin tiempo. Podía ser tan vasto y anónimo como el océano. Podía ser tan largo y filoso como la tierra chilena que se cuelga como una espada entre el Pacífico y los Andes, del desierto de Atacama a la Tierra del Fuego.

Neruda portaba a todas partes cuatro cosas: la tierra chilena en primer lugar ("...Nació un hombre entre muchos... y esto no tiene historia, sino tierra, tierra central de Chile...") el padre ferroviario: "Aunque murió hace tantos años/ por allí debe andar mi padre/ con el poncho lleno de gotas/ y la barba color de cuero". Su madre murió un mes y medio después del nacimiento de Neruda. El niño veneró a la segunda esposa del padre, pero se negó a llamarla "madrstra": "oh dulce mamadre -nunca pude decir madrastra... vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro..." y la lengua castellana, la palabra: "...las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes, el idioma... Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Nos dejaron las palabras".

Que esas palabras eran de todos, lo comprobé ese mismo año de 1962. El escritor chileno Poli Délano me llevó a la costa de Lota, donde el carbón se extrae de minas debajo del mar.

Al salir del océano, al anochecer, los mineros se sentaron alrededor de una fogata a cantar con guitarras. Reconocí la letra: eran versos del *Canto General* de Neruda. Les dije que al poeta le gustaría saber que ellos cantaban sus palabras. "-¿Cuál poeta?" –inquirieron a coro. Tenían razón. La poesía de Neruda, como la de Homero, no tenía nombre. Era, como dijo Croce de *La Ilíada*, "la poesía de un pueblo entero poetizante".

Creo que sin Neruda, no tendríamos literatura moderna en Hispanoamérica. Sor Juana, Darío y mucho mérito pero escaso genio, entre ellos. Y una lengua constantemente amenazada por discursos huecos y proclamas grandiosas, cortesías alambicadas y groserías banales. Neruda asumió todos los riesgos de la impureza, la imperfección y aún de la misma banalidad, con tal de bautizarnos de nuevo. Nos condujo a las zonas olvidadas de nuestra lengua. Nos liberó de las normas de la exquisitez y el buen gusto formal. Nos enseñó a comer y a beber de nuevo. Nos obligó a mirar dentro de las peluquerías, cantarle a las alcachofas y mirar nuestros fantasmas en las vitrinas de las zapaterías. Nos sacó de los estériles jardines, de nuestros Versalles literarios para arrojarnos al lodo de las alcantarillas urbanas y a la putrefacción de las selvas tropicales. Nos mostró nuestra desnudez en el desierto y nuestra altura en las montañas: "Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?".

Esta pregunta recorre toda la poesía de Neruda. Las cosas no le pertenecen a todos. Pero las palabras sí. Las palabras son la primera y más natural instancia de la propiedad compartida. Escribir es siempre una comunión, aunque se debatan las maneras de recibir la hostia. Neruda tiene una magnífica página sobre lo real en literatura. "El poeta que no sea realista va muerto. Pero el poeta que sea sólo realista va muerto también... Para tales ecuaciones no hay cifras en el tablero, no hay ingredientes decretados por Dios ni por el Diablo, sino que estos dos personajes importantísimos mantienen una lucha dentro de la



poesía, y en esta batalla vence uno y vence otro, pero la poesía no puede quedar derrotada".

*(Confieso que he vivido)*

Neruda también usó las palabras políticamente y no siempre estuve de acuerdo con él. Sus conflictos con escritores de su generación fueron amargos pero con nosotros, los escritores que él conoció cuando éramos jóvenes, Neruda siempre fue generoso, abierto, inteligente, dialogante. Porque cuanto nos unía era incomparablemente mayor que lo que nos separaba. Nuestras novelas se escribieron bajo el signo de Neruda: darle un presente vivo a un pasado inerte, prestarle una voz actual a los silencios de la historia. Esta raíz genésica era a todas luces superior a nuestras discrepancias acerca de la forma que queríamos para el futuro. Neruda nos dijo a todos: Si no salvamos nuestro pasado y lo hacemos vivir en el presente, no tendremos futuro alguno.

El trabajo del escritor, a la vez solitario y solidario, trabajo de soledad indispensable y de comunidad anhelada, recorre un camino amplio pero lleno de pequeñas piedras. Esos pedruscos se llaman la envidia y Neruda la provocó como pocos. Incluso un enano amargo lo perseguía de presentación en presentación para atacarlo -fue hasta Oxford cuando Pablo recibió allí un Doctorado-. Neruda confesó que posiblemente "alguna vez me irritaran esas sombras persecutorias... Cuarenta años de persecución literaria es algo fenomenal. Con cierta fruición me pongo a resucitar esta solitaria batalla que fue la de un hombre contra su propia sombra, ya que yo nunca tomé parte en ella". Sabia lección contra todas las pedradas de las cabezas de piedra: "La verdad -escribe Neruda- es que cumplían involuntariamente un extraño deber propagandístico, tal como si formaran una empresa especializada en hacer sonar mi nombre".

Los pigmeos son chinches. Pican y desaparecen. Los gorilas, en cambio, asesinan y duran. Este es mi tercer encuentro con Neruda: la muerte del poeta, muerte simultáneamente física y política, pues tuvo lugar 12 días apenas después del golpe del infame traidor Pinochet y de la muerte de un político demócrata y leal, Allende. No olvidemos, en estos tiempos de hegemonía imperial, que el gobierno de Nixon intervino activamente para destruir lo mismo que decía defender: un régimen democráticamente electo, el de la Unidad Popular en Chile. Por eso también, en este aniversario de su nacimiento, Neruda resucita para recordarnos que no sólo fue dueño de las palabras que escribió porque Neruda no es Neruda, es todos los hombres: es el poeta.

El poeta no es. Se hace. Nace después de su acto, el poema. El poema crea al autor. Por eso, en las fechas hermanas de su nacimiento y de su muerte, la poesía de Neruda regresa como una promesa de libertad genésica. Su poética regresa como desierto y mar, montaña y lluvia. Como en el principio, su poesía vuelve a llamarse Temuco, Atacama, Machu Picchu.

Pablo Neruda fue el Rey Midas de la poesía. Tocó todas las palabras y las convirtió en oro.

Carlos Fuentes/ ¡Viva mi manager!

*Reforma* (07-abril-2005)

El Artículo 110 constitucional establece que el Jefe de Gobierno del Distrito Federal, así como los otros funcionarios y representantes que dicho Artículo enumera, "sólo podrán ser sujetos de juicio político... por violaciones graves a esta Constitución y a las leyes federales que de ella emanen..."

Lo que más y más mexicanos nos preguntamos es si el delito mínimo de abrir una calle camino de un hospital es violación grave a la Constitución, o si lo es, en verdad, la negativa de someterse a un dictamen del Ministerio Público fundado en una violación menor que el propio Ministerio, en circunstancias comunes y corrientes, no hubiese pensado en invocar.

De los aztecas para acá, leyes grandes y pequeñas han sido violadas por los gobernantes de México. La Nueva España los sujetaba a juicio de residencia pero la república independiente nunca se distinguió por enjuiciar a sus gobernantes, dejando que el azar de la moralidad personal salvase a algunos sin que la regla de la moralidad pública condenase a otros. "Carrancear" es verbo privativo de la Revolución Mexicana y Álvaro Obregón salvó su brazo mutilado del campo de Celaya arrojando al aire una moneda de oro que las uñas ávidas del general sonoreense saltaron a pescar.

La Revolución y— sus novelistas— sabían que la corrupción aceita la maquinaria del progreso. Taparle el ojo al macho ha sido una habilidad que, por desgracia, se ha extendido de la corrupción pecuniaria a la corrupción que entraña la represión, desaparición, tortura y

muerte de ciudadanos disidentes. La impunidad ha sido la regla, de Topilejo a Tlatelolco a Aguas Blancas: crímenes mayores.

A la luz sombría de nuestro pasado remoto y reciente, el incumplimiento de una orden judicial sobre asunto menor por el Jefe de Gobierno del D.F. parece, a todas luces, menor. Si fuese parte de un combate frontal, sin cuartel y sin excepciones, a toda forma de desacato, se entendería mejor. Pero el juicio político contra el Jefe de Gobierno no se funda en asunto mayor sino menor, menos que menor, tan menor que el público tiene derecho a pensar –como lo hace– que la sacralidad legal invocada a cada paso por el Presidente de la República, el Secretario de Gobernación y el Procurador General es oportunista, falaz y escondrijo retórico –hoja de parra legalista– de un propósito político cada día más evidente: vedarle el camino a la Presidencia en 2006 al actual Jefe de Gobierno del D.F.

En los dichosos tiempos del tapadismo, el nombre del sucesor del Presidente en turno era el secreto mejor guardado de la República. Hoy, en tiempo de democracia, el favorito del Presidente tiene que estar destapado –es el Secretario de Gobernación–. Pero como la aplanadora del partido hegemónico ya no existe, ahora hay que imponer al tapado-destapado eliminando a su principal contendiente a ocupar la silla del águila: el actual Jefe de Gobierno del D.F.

Compárense las anemias jurídicas del caso de El Encino con la robusta vitalidad del propósito político. ¿Cómo detener al favorito en las encuestas, que es el jefe del D.F? Sacando a relucir un delito menor e inflándolo a proporciones de "defensa de la legalidad".

Por todos estos motivos –y otros más que se me quedan en el tintero– existe la presunción muy extendida de que la motivación del juicio de desafuero es política, es electorera, es

selectiva y es un tiro por la culata, toda vez que el beneficiario real de este asunto tan distraente, falaz e inflado, es quien debiera ser su víctima: el Jefe de Gobierno del D.F, cada día más alto en el pedestal que activamente le construyen desde Los Pinos.

A medida que aumenta el desesperado intento de enjuiciarlo para sacarlo de la carrera presidencial, el Jefe de Gobierno se luce presentándose como víctima del Ejecutivo y éste, el Ejecutivo, queda en papel de equívoco promotor de una candidatura –la del Secretario de Gobernación– a costillas de otra candidatura –la del Jefe de Gobierno del D.F.–. Y como ésta le lleva considerable delantera a aquélla y el juicio político sólo le gana adeptos al Jefe de Gobierno, habrá que concluir que, una vez más, el Ejecutivo actual demuestra que carece de oficio político y de simple malicia humana.

Pase lo que pase, el Jefe de Gobierno tendrá que darle las gracias a su manager, el Presidente de la República. Rara vez, en los anales de nuestra maquiavélica nación, se habrá visto ingenuidad mayor que la de la actual Administración. ¿Dónde estás, Pascual Ortiz Rubio, cuando más te necesitamos? Y gracias, Jacobo Zabludovsky, por ponerle el cascabel al gatopardo.

Carlos Fuentes/ Democracia descarrilada

*Reforma* (09-abril-2005)

-Felicidades –me llama por teléfono un amigo suramericano–. Se libraron ustedes de un demagogo.

-No –le respondo–. Nos libramos de una democracia.

Pasos inciertos pero vocación cierta. Tradición autoritaria poderosa pero movimiento social incesante. País legal y país real. Es decir, la transición democrática en México no se inició en 2000 con la elección de Vicente Fox. Ni siquiera se inició en las grandes efemérides de Independencia, Reforma y Revolución.

Se inició, entre otras fechas, con las rebeliones coloniales de los zapotecas en 1709 y la primera de Chiapas que encabezó el protomarcos Sebastián Gómez de la Gloria en 1712. Se inició con la rebelión de la nación india en Izúcar en 1780 y con la de las comunidades afroamericanas en San Lorenzo de los Negros en 1658.

Se inició cuando Sor Juana Inés de la Cruz defendió la condición femenina, cuando un artesano anónimo pintó ángeles indios en Tonantzintla, cuando Juan Pablos trajo la imprenta, Bernardo de Balbuena exaltó nuestra grandeza y Rosas de Oquendo denunció nuestra miseria. Cuando se cantó el primer desafiante corrido, se defendió la continuidad de la cultura agraria o se fundó el primer gremio de artesanos.

El país real ha sido la corriente, el flujo subterráneo del país legal. La ley se obedece pero no se cumple: la consigna virreinal ha sido, casi siempre, la consigna presidencial. Hacer coincidir la realidad y la legalidad, el empeño de la lucha social y política de México: cuando el poder y el pueblo coinciden, el presidente se llama Juárez o Cárdenas. No es la regla. De allí el constante desajuste entre la ciudad –la polis– y la ciudadanía –el civitadunus.

Largo tiempo le ha tomado a México llegar a una medida de identidad entre el ciudadano y la ciudad, la realidad y la legalidad. Ha privado entre nosotros, en el mejor de los casos, un autoritarismo benévolo, por momentos consensuado pero que no dependió –como siempre ha pretendido el poder– de concesiones graciosas de arriba abajo. Ha dependido de movimientos desde abajo que obligan al poder a actuar de maneras que, dejado a su arbitrio, jamás aceptaría.

Cuanto llevo dicho lo ilustra, en gran medida, el paso de un partido de la oposición al poder. Oposición fueron Madero, que llegó legítimamente a la presidencia y no supo bien qué hacer con ella. Oposición fue Obregón, que llegó por las armas a la presidencia y supo muy bien qué hacer con ella. Hoy, la paradoja se repite y acentúa. La oposición de derecha llegó al poder y no supo qué hacer con él. Entonces la derecha del antiguo régimen priista intervino para darle una clase al bisoño poder panista.

Maquiavelismo de huarache, el que parte del PRI y casi todo el PAN puso en acción para desaforar a López Obrador calza perfectamente con las recomendaciones del florentino. Invoca la virtud para enmascarar la falta de la misma. Usa la máscara de la ley para ocultar tu hipocresía. Emplea la *via scelerata*, el camino de la mentira y la traición pero di que obras por necesidad y que tu necesidad es tu virtud. Y no abandones nada a la fortuna. Dura más

quien menos depende de la suerte y mejor prepara, maquinándolos, los resultados favorables al príncipe.

¿Quién es el príncipe mexicano? ¿El que está en el trono? ¿O el que se esconde detrás del trono? ¿El que ocupa el poder? ¿O el que se prepara para tomarlo? Politólogos más sabios que yo explicarán un día estos enigmas, que Lorenzo Meyer atisba ya en artículo reciente. Madrazo se sirve de Fox para eliminar a López Obrador y ser, Madrazo, el candidato victorioso frente a un Creel disminuido y un López Obrador incapacitado.

La comedia apenas empieza. Pero esta es una farsa que se inicia con un atentado criminal. La víctima es la democracia mexicana, mofada, descarrilada por una sórdida conspiración que no tiene más que un objeto: impedir que López Obrador llegue a la presidencia.

Distingamos. No hay que ser partidario de López Obrador para defender su derecho a presentarse como candidato en 2006. Incluso se puede ser opositor de López Obrador y amparar su derecho a ser candidato. Pero esa decisión depende de los militantes de su partido, el PRD, y no de una amañada conspiración entre Los Pinos y la cúpula del PRI. Si el proceso político es brutalmente interrumpido para descalificar al candidato que encabeza las encuestas, entonces la legitimidad del sucesor de Fox estará en duda y volveremos a los peores tiempos de la verdad sospechosa.

Por fortuna, hay mexicanos que saben distinguir lo que ocurre. El senador Enrique Jackson (PRI) ha censurado que se utilice la ley "para cortarle la carrera política a un político que tiene tan altas preferencias, conocimiento y aceptación en el país". Y Porfirio Muñoz Ledo ve en toda esta machacona insistencia legalista contra López Obrador "un tono torquemadiano, un sabor fariseo que parece fruto de una maquinación".



Y es la siempre lúcida Beatriz Paredes (PRI) quien avizora "un alto costo para la estabilidad" del D.F. y acaso del país en una confrontación que infla una falta de orden administrativo, lesiona al Poder Judicial y debilita la relación institucional entre niveles de gobierno. Paredes no exime de responsabilidad a López Obrador por no haber procesado jurídicamente el litigio de El Encino. Pero observa que se trata de un tema jurídicamente menor, "cuando existen muchos otros asuntos más relevantes por los que no se actúa".

Beatriz Paredes pone el dedo en muchísimas llagas. El lector conoce perfectamente los casos criminales "mayores" en los que nadie responsabiliza a nadie. Los mismos actores de delitos ocultos han promovido el desafuero de López Obrador.

Finalmente, le recomiendo a mi amigo suramericano leer el editorial del *Washington Post* (abril 6 de 2005) en el que, estando en total desacuerdo con la ideología de López Obrador, el gran diario estadounidense declara con firmeza: "La manera de detener a este popular político –López Obrador– no consiste en excluirlo del voto mediante una triquiñuela legal. El caso contra el alcalde es baladí." Y prosigue: "Si al señor López Obrador se le impide competir por la presidencia, entonces... México regresará a la época en que fue gobernado por el fraude y por la fuerza: el siguiente presidente se verá desacreditado en su país (México) y en el extranjero."

El *Post* termina exhortando a los legisladores para que "no cometan una injusticia". Too late.

Carlos Fuentes/ Elizondo

*Reforma* (31-marzo-2006)

Hay escritores que requieren de toda una saga literaria para contar la historia de su sociedad (Balzac, Proust, Faulkner). Hay otros que en un número reducido de libros dicen lo que la historia olvidó (Kafka y hasta cierto punto Joyce). Hay escritores de obra reducida pero elocuente. Rulfo cierra con dos libros el ciclo de las "novelas de la Revolución"; ya no hay más que decir. A Salvador Elizondo le bastaron muy pocos libros para contar el combate universal entre el cuerpo y el lenguaje.

Tuvimos una vieja relación separada por tiempos y espacios dispares. Nuestras abuelas sinaloenses fueron muy amigas en Mazatlán, muy cercanas al poeta Enrique González Martínez y luego conversadoras memoriosas en el recinto final de las provincias perdidas, la Ciudad de México. Las abuelas se contaban las travesuras de los nietos y por eso supe de la viva imaginación del niño Elizondo, su capacidad para poner en jaque las convenciones familiares, su apetito burlón para desconcertar la pompa y la circunstancia.

Vivió muy cerca de mi generación universitaria y publicó sus primeras cosas en la revista *Medio Siglo*. Viajó a Italia y escribió cartas insólitas y perceptivas desde su ático en la Vía Marguta. Alquiló un quejumbroso piso en la calle de Tacuba, trasfondo de un viejo palacio colonial que me sirvió de ambiente para *Aura*. Allí, famosamente, celebramos la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953, con un "fiestón" de donde surgieron, unidas para siempre, numerosas parejas. El amor nace en la fiesta. El famoso titular de la muerte de Stalin constaba de una sílaba: "Ya".

Con Salvador recorrí los cabarets y teatros frívolos de los años cincuenta. A él le llamaba la atención que yo anotara vocablos insólitos en un cuaderno de notas. Elizondo, en cambio, pescaba una palabra popular al vuelo y la iba desgranando como perlas negras que esperaban la mano del escritor para escapar del fondo del mar verbal. Desguanzo, desguanzado, desguanzamiento, desguañangada, desguañangar: como en un rosario verbal, Elizondo rescataba una palabra y la ponía a caminar fuera de sí misma, hasta sus extremos y más allá. Al mismo tiempo, observaba la vida marginal de la entonces segura Ciudad de México y juntos caminábamos de Rosales a la Colonia Cuauhtémoc a las tres de la mañana sin temor a una violencia sometida, latente.

Compartíamos un enorme amor al cine (el padre de Elizondo fue un productor famoso), y sin programarlo, nos encontrábamos como los dos únicos espectadores de películas (*Él* de Buñuel, *Beat the Devil* de Huston) que sólo permanecían un par de días en las carteleras de los cines Mariscal o Real Cinema. Era un hombre ingenioso, inesperado, habitado por un diablo y tocado por un ángel. Sus respuestas veloces y burlonas eran proverbiales. En una ocasión, el infaltable necio le hizo una pregunta necia a Elizondo al término de una charla del escritor.

-Es usted un pendejo –le contestó Elizondo.

-Señor Elizondo, no me insulte.

-No lo insulto. Lo defino.

Muchas cosas definió Elizondo para nuestra literatura. Destaco de su espléndida obra dos títulos. *Elsinore* es una página autobiográfica insólita sobre el paso de Salvador por una

academia militar norteamericana donde su apellido era transformado de Elizondo en Elsinore. Digna metamorfosis nominativa de un nombre castellano al de un brumoso castillo danés habitado por la muerte y la duda –o la duda de la muerte, jamás la muerte de la duda. *Elsinore* ocupa un lugar singular en una estantería parca: la de la autobiografía literaria mexicana.

*Farabeuf*, la obra más conocida de Elizondo, tendría el vago antecedente en México de los dibujos de Julio Ruelas, y en las letras francesas, las obras de Sade y Georges Bataille. Hasta ahí las comparaciones. Elizondo crea un mundo singular, originalísimo, en torno a la imaginación del dolor. *Farabeuf* no expresa dolor, lo imagina. Ese es su poder. Si como dice un personaje de *La montaña mágica* de Mann, no hay literatura que no trate del dolor, *Farabeuf* no sólo confirma la regla, la extiende, la modifica y la mortifica a un grado insólito: el dolor, en principio, no admite palabras, las suprime, es puro grito. La hazaña de *Farabeuf* consiste en darle voz a lo inexpresable. Una voz cruel, serena, en oposición directa al sufrimiento y su grito inarticulado.

Decía Virginia Woolf que la lengua puede darle palabras a la duda de Hamlet, pero no a un simple dolor de cabeza. Y Nietzsche le dio un nombre a su dolor. Lo llamó "Perro" por ser fiel, desvergonzado, entretenido e inteligente. Elizondo logró darle voz al dolor inexpresable y encaminarlo, en sus siguientes libros, a la fidelidad, inteligencia y desvergüenza de las palabras, compañeras enemigas, enigmas cotidianos, desafíos al silencio del dolor y al dolor del silencio.

A veces, durante los atroces años recientes en los que la tortura emigró de Auschwitz a las comisarías de Pinochet y Videla y a la prisión de Abu Ghraib, releo a Elizondo y le

devuelvo su sentido a la realidad disfrazada. Hoy no se habla de "tortura", ni lo permita Dios. Hoy, torturar es "recabar información", es parte de la inteligencia política. Singular paradoja: torturar para obtener información mediante la privación del lenguaje. Cuando te cortes un dedo, ponle vendaje a tu cuchillo.

Salvador Elizondo pasó sus años finales con una compañera admirable, Paulina Lavista, mujer de mirada inteligente, humor sagaz y compañía amorosa. Quizás fue ella quien, al cerrar los ojos de Salvador Elizondo, pudo decirle que nadie tiene más máscara que su propio rostro.

Carlos Fuentes/ Los idus de julio, 1: querella

*Reforma* (18-julio-2006)

En 1915, Martín Luis Guzmán publicó un notable y polémico opúsculo titulado *La querella de México*. Noventa años más tarde, podemos reconocernos y desconocernos en el espejo desenterrado por el escritor. El problema de México, señala Guzmán, es resolver su existencia normal como pueblo organizado. No lo hemos hecho porque "padecemos penuria de espíritu" y somos gobernados por "espíritus débiles e inmorales" o por simples "materialistas" que ponen por delante la economía sin darse cuenta de que si no cambia el espíritu, habrá desorden económico. No existe, concluye Guzmán, esperanza que se funde en el desconocimiento de nuestros defectos.

Cabe evocar estas palabras ante el espectáculo de un país confrontado, más que dividido, después de la jornada electoral del 2 de julio. Sustituyo la palabra "espíritu" del autor de *La sombra del caudillo* por tres "íes" que me parecen más relevantes nueve décadas más tarde: inteligencia, intuición e imaginación. Las opongo a tres malas vocales: ignorancia, idiotez e ilusión. En todo caso, es el primer trío el que vamos a necesitar, y el segundo el que debemos evitar, para superar la confrontación y sustituirla, con suerte, por un ejercicio inteligente, intuitivo e imaginativo que compete a ambos bandos, el de Felipe Calderón y el de Andrés Manuel López Obrador.

Calderón llega prácticamente solo a la alfajía de la presidencia. No fue el candidato preferido de Los Pinos. Carga con desechables operadores e ideologías de extrema derecha –Manuel Espino y El Yunque– que salen sobrando en una presidencia moderna. Ha recibido visitas indeseables como la del inmiscuido José María Aznar. Todos estos son o pueden ser

males pasajeros. En esencia, Calderón aparece hoy como un hombre solitario, lo cual, más que una desventaja, puede ser su gran ventaja a fin de modelar su propia administración con autonomía después de una elección muy reñida donde la mitad del electorado postula valores que Calderón y el PAN no hacen explícitos pero sin los cuales no podrán gobernar con éxito.

La paradoja es que dichos valores han sido la bandera del candidato opositor Andrés Manuel López Obrador y tienen que ver, el lector lo sabe o lo adivina, con políticas sociales que se han quedado rezagadas en el sexenio que concluye. Se trata de valores sociales como el combate contra una pobreza que en grados diversos afecta a la mitad de la población. Se trata de multiplicar fuentes de trabajo que atenúen el éxodo laboral mexicano a los Estados Unidos. Se trata de distribuir la riqueza con mayor equidad. Actualmente, el diez por ciento de los mexicanos detenta el cuarenta y tres por ciento de la riqueza y el cuarenta por ciento de la población vive en la pobreza.

López Obrador ha encarnado estas exigencias dotado de una aureola casi mística que, según opinión de un amigo mío que no es partidario de AMLO, el país no había visto desde el apostolado de Francisco I. Madero, en 1910 o, quizás, desde la campaña de José Vasconcelos en 1930. Calderón, en cambio, es la imagen misma de la clase media mexicana católica, conservadora, profesional y consciente a veces, inconsciente otras, de que posee una base popular tan amplia o más que la de AMLO: la de la mayoría católica de México, una mayoría "guadalupana" que se siente encarnación del "espíritu" evocado por Guzmán, que es practicante básica de rodilla herida y corona de espinas, pero también clase media, practicante o no, pero poseída de la costumbre de un país donde hasta los ateos son católicos.

Sin embargo, vaya la siguiente paradoja, ese mismo pueblo católico es el que ha protagonizado, con el estandarte guadalupano muy en alto, las luchas por la Independencia y la Revolución y ha cambiado de signo conservador sólo cuando los conservadores han obstaculizado el desarrollo económico, político y social de la mayoría católica, liberal o revolucionaria. Ejemplos: la oposición conservadora a las leyes de Reforma de Benito Juárez, el apoyo conservador a la Intervención Francesa y al Imperio de Maximiliano y la lucha contra la Constitución de 1917 en numerosos postulados.

Si esto habla muy alto de la complejidad de nuestra historia, nos obliga, para regresar a *La querrela de México*, a revisar nuestros valores sociales en vez de "pulir más nuestra fábula histórica". Acaso sea esta la oportunidad mayor del actual proceso electoral, más allá de las querellas ejemplificadas, al cabo, por la frangible diversión de los insultos que oímos: chachalaca, pelele, usurpador, renegado, traidor, mapache, peligro para México, que la literatura, madre de todas las ofensas, recogerá sin duda para reiterar, enriqueciéndolo, el lenguaje popular mexicano, pero que al cabo nada tiene que ver con lo que Héctor Aguilar Camín llama "la concordia activa". No una rendición de principios ni un arriar de banderas, sino una conciencia práctica de que ninguno de los dos contendientes, Calderón o López Obrador, podrían gobernar sin incorporar, uno y otro, ideas, programas y personalidades del bando contrario.

A Felipe Calderón le correspondería hacer suya buena parte del programa social de López Obrador. Las propuestas de la Izquierda no pueden ser olvidadas en lo que sería una presidencia calderonista desamparada en la soledad de un partido heredero de una presidencia paralítica. A Andrés Manuel López Obrador le tocaría darle cuanto antes bases jurídicas y calma política a lo que vendría siendo, a la Roosevelt, un "nuevo trato" para México: las



soluciones animadas desde abajo, la movilización del desperdiciado esfuerzo colectivo, el incremento del capital humano y una nueva y vigorosa campaña educativa como las que Vasconcelos y Torres Bodet iniciaron en un país mucho menos poblado y diferenciado que el de hoy.

Nuevo trato desde abajo, sin desdeñar los valores, desde arriba, de la inversión pública y privada ni la acción plural de la sociedad civil.

Si Calderón llega a Los Pinos en diciembre, quizás López Obrador siga en la escena política como jefe de un movimiento. Dos cosas me parecen, sin embargo, ciertas. La primera, que aunque AMLO desaparezca, su programa y los reclamos que el programa incorpora, seguirán allí. No son postulados que dependan de un candidato, por carismático que este sea. Son el articulado de un movimiento social que rebasa y debe continuar rebasando a su líder para incorporarse a la vida pública mexicana. El programa suscitado por AMLO estará desde ahora presente como parte de una esperanza que, esta vez, se fundaría en el conocimiento de nuestras virtudes.

Calderón no podrá gobernar sin los valores de López Obrador. Y López Obrador no podrá gobernar sin las reformas del Estado –la reelección de legisladores, la segunda vuelta electoral, el referendo constitucional– que hemos aplazado por demasiado tiempo y que sólo son asequibles mediante la negociación política, el compromiso, la primacía de la inclusión sobre la exclusión y la moderación de los lenguajes.

Hace poco, el historiador norteamericano John Womack advirtió que México paga sus divisiones con cuotas de soberanía. Hoy, ser soberano incluye la obligación de estar en el mundo. No podemos ser avestruces. Debemos pugnar por una globalización –fenómeno tan

inevitable como el descubrimiento de América o la Revolución Industrial– con rostro humano. Es decir: la mundialización o internacionalización sujeta a derecho y atenta a la dignidad del trabajador.

De esto me ocuparé en el siguiente artículo.

Primera de cuatro entregas

Carlos Fuentes / Los idus de julio, 2: trabajadores

*Reforma* (19-julio-2006)

En el año 2008, el presidente de México –sea quien sea– deberá afrontar un problema mayúsculo. Al entrar en vigor las providencias finales del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC, NAFTA) serán eliminadas las últimas tarifas existentes sobre maíz y frijol norteamericanos exportados a México.

El campesinado mexicano no podrá competir. La consecuencia será mayor pobreza, un éxodo mayor de trabajadores y el triunfo de una contradicción: la agricultura de los EE.UU. recibe poderosos subsidios oficiales, recordándome un curioso canje de propósitos entre el presidente norteamericano Ronald Reagan y el mandatario africano Julius Nyerere, presidente de Tanzania, en la cumbre celebrada en Cancún en 1981. Allí, Reagan puso de ejemplo para los países pobres la vitalidad de la agricultura de EE.UU. gracias al carácter irrestricto de la libre empresa y a las bondades del mercado. Nyerere, un hombre de gran inteligencia, le contestó con un disparo al atribulado Reagan: "La agricultura de los EE.UU., señor presidente, es la más subsidiada del mundo entero".

Es esa agricultura supersubsidiada, superprotegida y superrentable, al grado de que sólo emplea a una fracción mínima de la población y logra alimentar a la nación y exportar al extranjero, la que en 2008 invadirá lo que queda de nuestro mercado agrícola. Mientras nuestros importadores reciben préstamos a bajo interés para comprar cosechas norteamericanas, tres millones de toneladas de maíz mexicano se pudren en las bodegas. Nuestro maíz es demasiado caro para competir con el norteamericano. Y esto en un país donde la mitad de la población vive en grados diversos de pobreza.

El tema incide con la problemática de la migración laboral mexicana hacia los EE.UU., por muchos motivos, entre otros, la laceria de nuestra agricultura. Si mi información es correcta, entiendo que México, al negociar el TLC, quiso incluir el tema de la migración laboral. La parte norteamericana habría contestado que con mucho gusto, a condición de que se incluyera en el tratado el acceso de los EE.UU. a la riqueza petrolera de México. El *quid pro quo* no fue aceptado por nuestro país y a partir de entonces, el gobierno de Washington ha repetido una y otra vez que no tiene interés en renegociar el TLC.

El problema es mayor porque el presidente que tengamos en 2008 deberá confrontar, al mismo tiempo, la invasión del producto agrícola de los EE.UU., la decadencia acentuada de la agricultura mexicana y el éxodo multiplicado de campesinos. Para ceñirme al asunto migratorio, éste se verá exacerbado, entonces, por la miseria del campo mexicano, por el creciente éxodo de trabajadores y por el debate interno norteamericano acerca de las reglas para admitir o repeler la ola migratoria mexicana.

La pugna en los EE.UU. es entre quienes buscan soluciones porque conocen los problemas, y quienes desconocen los problemas y por ello niegan las soluciones. Entre los primeros, destacan los senadores Edward M. Kennedy (Demócrata, Massachusetts) y John McCain (Republicano, Arizona). Conscientes de que los EE.UU. requieren medio millón de trabajadores cada año y de tiempo completo para alcanzar las metas de la producción, Kennedy y McCain proponen emitir cuatrocientas mil visas nuevas en los próximos tres años, haciéndolas renovables por seis años, protegiendo a los trabajadores y a sus familias y abriendo el camino para una fuerza laboral migratoria estable, segura y productiva. El alcalde de Los Angeles, Antonio Villaraigosa, resume la fórmula: Los EE.UU. tienen derecho a

proteger sus fronteras. Pero también tienen la obligación de regular la migración laboral de manera justa y productiva.

En cambio, la ley Sensenbrenner HR4437 del Senado no sólo penaliza la migración: la criminaliza, considerando al trabajador migratorio un reo sujeto a la cárcel y a la deportación. La aplicación de esta ley racista y discriminatoria crearía una pesadilla policíaca. Varios millones de trabajadores y sus familias serían detenidos, encarcelados y deportados. La cuestión es la siguiente: ¿Quién tomaría sus puestos de trabajo? Meter a once millones de emigrantes en la cárcel equivale, ni más ni menos, a cinco veces el número de ciudadanos norteamericanos encarcelados en la actualidad.

Hoy, la Guardia Nacional ha sido desplazada a la frontera con México (antes de embarcarse rumbo al sangriento pozo sin fondo de Irak, en una operación rotativa). Los "Vigilantes", organización represiva de corte fascista, se ha autodesignado para atrapar y matar inmigrantes. Y un servicio macabro de vigilancia televisiva permite a un buen ciudadano de Virginia o Illinois detectar el paso de trabajadores y denunciarlos a las autoridades (o a los "vigilantes"). En muchos comercios de los EE.UU. se encuentran videojuegos en que más puntos gana quien más mexicanos mate cruzando la frontera. Matar a una mujer embarazada vale dos puntos.

Aunque el tema se encuentra en suspenso legislativo en los EE.UU., y el presidente George W. Bush apenas ha ofrecido un paño caliente electoralista resucitando la oferta de trabajadores huésped, sin duda el siguiente presidente de México tendrá que atender un asunto que desborda no sólo la decisión unilateral de los EE.UU. sino que implica la responsabilidad de México. Doble responsabilidad. Diplomáticamente, preparar el terreno

con proposiciones que deben incluir el otorgamiento de *status* de trabajadores temporales a nuestros migrantes, seguido del derecho a la residencia y finalmente el acceso a la ciudadanía. Semejante acuerdo requerirá una diplomacia astuta, un cabildeo eficaz y el respaldo político interno en México. Este, a su vez, dependerá de la responsabilidad nuestra de crear empleo.

Sin embargo, el tema que trato está dejando de ser sólo asunto bilateral y de ninguna manera sólo unilateral, para convertirse en asunto global. Una revisión de las fronteras del mundo nos permite observar que la migración laboral es tema internacional. Trátese de chinos entrando a Siberia, de norafricanos entrando a Malta, Bari, las islas Canarias, de bolivianos entrando a la Argentina o de mexicanos y centroamericanos entrando a los EE.UU.

Estamos ante un fenómeno que es ya inseparable de la globalización y que nos permite observar que ésta no es sólo asunto de liberalización del mercado de cosas y valores, sino de valoración del mercado del trabajo. ¿Por qué emigran los trabajadores del Sur al Norte? Porque en sus países el trabajo es malo o inexistente o inferior al del Norte. Por razones de injusticia también. De allí podemos deducir que la única manera de disminuir la migración Sur-Norte es creando mejores condiciones de trabajo y de justicia en los países del Sur.

Las políticas para cambiar de manera favorable y humana este creciente problema local, bilateral y global, consisten, nos recuerda Julieta Campos en su libro ya clásico pero siempre actual, *¿Qué hacemos con los pobres?*, en usar el capital social para superar la situación actual de enclaves de prosperidad rodeados de extensas periferias marginadas y crecientes brechas entre ambas. Carlos Slim concreta esta sugerencia pidiendo mayor atención al sector interno de la economía mediante el impulso al sector agropecuario, la vivienda y la infraestructura. La pobreza no crea mercado, ha dicho repetidas veces Slim. A mayor

desarrollo corresponde un mercado más fortalecido. A mayor empleo corresponde mayor recaudación fiscal.

Tuve el honor, el pasado mes de mayo, de recibir en Holanda el Premio Franklin D. Roosevelt a las Cuatro Libertades junto con el economista Muhamad Yunus, creador de los sistemas de microcréditos rurales en Bangladesh. El Banco Rural de Bangladesh ha prestado, en treinta años, cuatro mil millones de dólares a dos millones de clientes. El 94% son préstamos a mujeres, madres y amas de casa. El préstamo promedio es de doscientos dólares USA. El grado de devolución es del orden del 98%. Las mujeres son las mejores creditohabientes: usan el dinero para mejorar su casa y lo emplean sobre todo para la educación de sus hijos.

La relación entre trabajo, educación y crédito nos conduce, en términos de Joaquín Estefanía, a una "globalización con semáforos" que pondría en la agenda global los temas de la pobreza, la desigualdad, el medio ambiente, la migración, la educación y los derechos humanos. Ello nos pone a las puertas de lo que Fernando Henrique Cardoso ha llamado "un nuevo contrato internacional" con el propósito de "globalizar la solidaridad". Este cambio, recalca el ex presidente de Brasil, exige la presencia del Estado, pasa por la mediación del Estado. De tal suerte que en los próximos seis años, el gobierno de México no puede abstenerse, ni de palabra ni de hecho, de un esfuerzo que se inicia en lo local para llegar a lo bilateral y trascender, al cabo, a lo global.

He dicho "seis años". ¿Y qué tal si nuestra siguiente presidencia sólo dura entre catorce y dieciocho meses? De esto me ocuparé en el siguiente artículo.

Segunda de cuatro entregas.

Carlos Fuentes/ Los idus de julio, 3: interinato

*Reforma* (20-julio-2006)

¿Podría tener México el 1º de diciembre de 2006, si las instancias previas se agotan, la situación se confunde o los percances la alteran, un Presidente Interino nombrado por el Congreso? ¿Sería este un recurso final, más allá del empate virtual, las turbulencias sociales, las agitadas banderas del fraude, las opiniones encontradas o la eventual decisión del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación anulando la elección?

El Interinato podría sobrevenir si, al llegar dicha fecha, la elección no estuviese "hecha y declarada". En tal caso, el Presidente en funciones (Vicente Fox) cesará y "se encargará desde luego el Poder Ejecutivo en calidad de Presidente interino, al que designe el Congreso de la Unión" (Art. 85 constitucional).

En el pasado reciente –después de 1917– México sólo ha tenido un presidente interino: Emilio Portes Gil. (Adolfo de la Huerta fue Presidente Provisional entre junio y diciembre de 1920). Al caer asesinado el presidente electo, Álvaro Obregón, en el restaurante La Bombilla a manos del fanático religioso José de León Toral el 17 de julio de 1928, el Congreso nombró a Portes Gil Presidente interino. La presidencia interina no puede durar menos de catorce o más de dieciocho meses, dado que en los diez días siguientes a la designación del interino, el Congreso debe expedir la convocatoria para la elección del Presidente que le suceda.

¿Cuánto puede hacer, en tan breve periodo, el Presidente interino, formalmente mero "caretaker", jardinero o portero de la casa presidencial? Muchísimo si juzgamos por la



presidencia de Portes Gil, quien durante su periodo acabó con la rebelión del general Gonzalo Escobar que duró, cuenta Portes Gil en su *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, "exactamente setenta y un días" durante los cuales, añade despectivamente el Presidente, los rebeldes "no hicieron otra cosa que saquear –en Monterrey y en Torreón– los bancos y las casas comerciales para llevarse fabulosas sumas de dinero que les proporcionan la comodidad y el lujo de que hoy disfrutan".

Si esta es una novela en una nuez, también es una advertencia sobre la capacidad del interinato para desprestigiar a él o los opositores. Los tiempos han cambiado pero Maquiavelo no envejece: el príncipe debe hacerse temer, aunque sea interino.

Hacerse temer, pero sin ser odiado. Portes Gil cuadra en la fórmula maquiavélica dando fin al conflicto religioso basándose en "la necesidad de que las autoridades eclesiásticas demuestren su sumisión y respeto al poder civil, coadyuvando al respeto del orden" pues en caso contrario, indica con cierta sutileza florentina el mandatario, "el gobierno se vería precisado a usar de medios que quizás puedan calificarse de rigurosos". El hecho es que a partir de la presidencia interina de Portes Gil se inició una era de sucesivos acuerdos pacificadores de la militancia católica y las autoridades religiosas, culminando con la famosa declaración del candidato oficial Manuel Ávila Camacho de que él era creyente, en 1940.

El Presidente Portes Gil, durante su breve interinato, concedió asilo al revolucionario nicaragüense Augusto César Sandino, levantado en armas contra la ocupación de su país por el ejército invasor de los Estados Unidos de América. De paso, el Presidente Portes Gil anunció al embajador norteamericano Dwight Morrow que era norma invariable de la Cancillería mexicana "no reconocer a ninguna administración espuria" apoyada por fuerzas

de ocupación armadas de otro país, principio hoy aplicable a Irak, donde se han celebrado elecciones bajo ocupación extranjera.

"Quiero suponer", le dice el presidente de México al embajador de los EE.UU., que el país invadido fuera, precisamente, los EE.UU. "¿Qué sentiría usted, señor Morrow", inquiera socarronamente Portes Gil, "ante una situación que está costando a los Estados Unidos tanta sangre, tanto dinero y lo que es más sensible, tanto prestigio continental?". Lo dice el sagaz Portes Gil para que, obrando en el caso de Sandino "ante el poder imperialista (sic) americano", se le ponga (a Portes Gil) "al margen de cualquier sospecha" al tratar otros asuntos con el gobierno de Washington, entre ellos, la ruptura de relaciones con la Unión Soviética, a raíz de los informes del representante mexicano en Moscú, don Jesús Silva Herzog, acerca de las actividades de espionaje del gobierno soviético.

Portes Gil asevera que la Legación Soviética en México era un centro de "inquietud política y de propaganda", hecho negado por Moscú con la peregrina razón de que "el Partido Comunista de Moscú era independiente del Gobierno de Moscú" e incapaz por ello de impedir "violentos actos" contra el gobierno de México. La realidad de las cosas es que al romper con la URSS, Portes Gil estaba reivindicando la legitimidad revolucionaria única y hegemónica del partido y el gobierno "emanados de la Revolución Mexicana" sobre cualquier otra pretensión legitimista y revolucionaria foránea o interna. Lección incorporada a la política exterior de México con un doble mensaje: me respetas y te respeto. La gran diferencia con el día de hoy es que la legitimidad de un gobierno mexicano ya no emana de la Revolución sino de la Elección.

Pero acaso el acto más trascendente del interinato de Portes Gil fue la ley estableciendo la autonomía de la Universidad Nacional de México, en atención, dijo el presidente, a "una legítima aspiración del conglomerado universitario" desde 1910 y auspiciada entonces por Justo Sierra. En verdad, la autonomía universitaria no era, ni más ni menos, sino la aparición activa de la sociedad civil en medio de un régimen de legitimación revolucionaria y de perfil autoritario.

Los ciudadanos pueden comparar los logros de un breve periodo interino con la ausencia de los mismos en varios sexenios posteriores. Se debe añadir que Portes Gil contó con un gabinete de primer orden que también compara favorablemente con otros pasados o, sospecho, por venir. Genaro Estrada en la Cancillería. Joaquín Amaro en Guerra. Luis Montes de Oca en Hacienda. Ezequiel Padilla en Educación. Aquilino Villanueva en Salubridad. Puig Casauranc en el D. F.

Que los aciertos del gobierno de entonces estaban maculados por la arbitrariedad electoral, lo demostró muy pronto la fraudulenta elección presidencial de 1930 que dio el triunfo a Pascual Ortiz Rubio sobre José Vasconcelos. Si las circunstancias son hoy diferentes, precisamente por ello hay que pensar que un Presidente interino, en democracia, tiene la posibilidad de ejercer un poder constructivo, firme e independiente de los factores que lo encumbraron. Sería una afrenta a nuestra imperfecta democracia que el Interinato, de darse, sólo sirviese de trampolín para la o las candidaturas en acecho de una nueva elección año y medio después del 1º de diciembre de 2006. La presidencia de Portes Gil nos sirve, de todos modos, para reflexionar sobre los factores políticos, negativos y positivos, que podrían presentarse en un nuevo interinato como consecuencia de las elecciones del 2 de julio.

Quisiera sumar mi opinión a la que tan certeramente expresó hace días Rolando Cordera en el programa televisivo de Carmen Aristegui. Las elecciones muy competidas y cerradas son el pan nuestro de cada día en las democracias. Mínima fue la diferencia entre Prodi y Berlusconi en Italia. Tan pequeña que desembocó en un segundo conteo de los votos en Costa Rica, confirmando el triunfo de Oscar Arias. Tan tan cerrada que en Alemania la triunfadora Angela Merkel debió concertarse con los derrotados socialdemócratas. Recuérdese, asimismo, la "cohabitación" en Francia del presidente Jacques Chirac, Jefe del Estado, con el socialista Lionel Jospin, Jefe del Gobierno.

También viene a cuento la elección norteamericana del año 2000, cuando el candidato demócrata, Al Gore, obtuvo una clara victoria en el voto popular sobre su contrincante republicano, George W. Bush. Pero Bush obtuvo la mayoría en esa anacrónica institución llamada El Colegio Electoral, creada originalmente para obtener consensos nacionales en un país incomunicado y aun disperso. El principio rector del Colegio Electoral es que quien obtiene una pluralidad en un Estado de la Unión gana todos los votos electorales de dicha entidad. Esto le permite a un candidato recibir el voto mayoritario del Colegio aunque el voto popular lo desmienta.

Tan conflictiva resultó la antagonía entre voto popular y voto electoral que la elección fue a dar a la Suprema Corte de Justicia, donde Bush ganó la presidencia gracias a un voto indirecto y por la flaca mayoría de una voz. De allí que Susan Sontag llamase a Bush "the selected President of the United States": el presidente seleccionado. Con tan frágil legitimidad, sin embargo, Bush y su gobierno (Gore Vidal los llama "la Junta de Washington") se lanzaron a implementar una política extremista de derecha que, desacreditada hoy, no hará sino dejar profunda huella en la vida de los EE.UU.

En todo caso, interino o sexenal, el poder obliga al príncipe, en las palabras de Maquiavelo, a "mantener el Estado" y si lo logra, sus medios siempre serán considerados "honorables". Pero si para ser príncipe se necesita conocer al pueblo, al cabo, será el pueblo el que conozca, reconozca y desconozca al príncipe. El Interinato no escapa a esta regla.

Tercera de cuatro entregas.

Carlos Fuentes/ Los idus de julio, 4: bonapartismo

*Reforma* (21-julio-2006)

El 13 Vendimiario del Año 4 (5 de octubre de 1795) el Primer Cónsul Napoleón Bonaparte reprimió la última insurrección revolucionaria de Francia. Atrás quedaron los años tumultuosos que van de la toma de la Bastilla a la muerte de Robespierre, pasando por la Asamblea Constituyente, las guerras contra monarquías europeas, la guillotina, la Convención, la muerte de Dantón y el Terror.

El Primer Cónsul Bonaparte se encontró con sólo dos fuerzas en disputa: los jacobinos y los católicos. Michelet, en su *Historia de la Revolución Francesa*, hace el inolvidable canto del pueblo insurrecto: "¡Gran escena, extraña, asombrosa! Ver a todo un pueblo que de una vez por todas pasaba de la nada al ser, un pueblo hasta entonces silente que adquiría de repente una voz... Un movimiento tan vasto, tan variado, tan poco preparado y sin embargo, unánime... Un fenómeno admirable. Todos tomaron parte en él... Todos quisieron lo mismo".

El pueblo unido (que nunca será vencido, reza la consigna) se había escindido radicalmente entre jacobinos y católicos. Unido en la revolución, el pueblo católico se había dividido ante el jacobinismo y el Terror. El pueblo religioso regresaba a encontrar en la Fe las certezas que el Terror jacobino había sustituido por la incertidumbre y la intolerancia. Y el jacobinismo había renunciado a "la joven libertad" que "extendió al género humano su vida y su esperanza". Francia, a los ojos de Bonaparte, ya no era "la de una revolución humana y generosa". Tenía un rostro de sangre y violencia.

Confrontado con la división, Bonaparte cortó por lo sano. No esperó a que las partes antagónicas se pusieran de acuerdo. Sabía que la ira de unos contra otros era honda, la antagonía irremediable, si no se la paraba de golpe. Francia estaba en un impasse. Nadie cedía. No se veía compromiso posible.

Bonaparte actuó autoritariamente, por encima de los factores en pugna pero dándole a cada uno su pedazo de la torta nacional, aunque sólo fuese la costra azucarada. Alcanzó un Concordato con la Santa Sede, haciendo caso omiso de los reclamos jacobinos (1802). Los Artículos Orgánicos de 1802 consagraron la libertad religiosa pero también la autoridad del Estado por encima de la de la Iglesia, a pesar de los reclamos católicos.

Decidido a evitar que las partes en pugna originasen irritación interminable o aun violencia esporádica, Bonaparte, al decir de Joseph Schumpeter, fue capaz de poner fin al conflicto "porque los grupos que jamás hubiesen cedido sus puntos de vista por iniciativa propia estuvieron, al mismo tiempo, de acuerdo en aceptar el acuerdo impuesto" por Bonaparte (Joseph Schumpeter, *Dos conceptos de la democracia*).

Vemos hoy un México sujeto a una doble violencia, una real y constante, la otra sólo potencial. Real y comprobable es la violencia que corre con un gran río de sangre subterránea de frontera a frontera. La mara salvatrucha desciende de los barrios criminales de Los Angeles y asciende de las heridas y la orfandad de las guerras centroamericanas. El narcotráfico tiene varios santuarios nacionales. Nadie sabe quiénes son los narcos norteamericanos, verdaderos capi de un consumo masivo en los EE.UU. jamás extirpado sino apenas encubierto por "curitas". México y Colombia pagan el precio violento del consumo gringo y crean una cultura de la impunidad que se une y potencia la muy habitual entre

nosotros. El grupo Zeta incursiona a su placer como arma del narco. La caída de la clase media a partir de las devaluaciones y los sucesivos caos económicos (prueba de que en México el caos es palabra plural) se traduce en ilusiones perdidas, violencia doméstica, aplazamientos e incluso criminalidad. El ascenso casi seguro de las clases populares a la clase media que caracterizó la *Pax* Revolucionaria desde 1936 fue roto con ceguera política monumental por Díaz Ordaz en 1968. A partir de entonces, la confianza perdida sólo se ha restaurado, a medias, gracias al reciente ejercicio de la democracia.

Pero la democracia no ha traído seguridad. Este es el grande, grandísimo déficit de la nueva era política de México. La gente se siente insegura, con miedo. Quien no tiene un guarura físico lo tiene mental. Entre casa y casa hay muros, entre casa y calle hay rejas. Las fuerzas de seguridad no inspiran confianza. Las cárceles revientan con población que se contagia los crímenes unos a otros. La escuela de muchos adolescentes es la prisión.

El gran cenote del crimen se llena de sangre. En sólo tres meses, ha habido seiscientos veinte ajusticiamientos en México. Sólo en cuarenta y ocho horas, y sólo en Acapulco, seis cabezas cortadas aparecieron en una playa; el empresario de 29 años, Oswaldo Moreno Garduño, fue asesinado en plena Costera y a la luz del día; el jefe de Seguridad Eusebio Palacios fue asesinado frente a un Sanborns y el teniente naval Marcelino Marcelo plagiado. El alcalde de Acapulco, Félix Salgado, ha sufrido atentado tras atentado.

La lista es interminable. El otro día, comiendo con unos amigos, saludé a Lydia Cacho. Basta ver al fondo de la mirada de esta valiente mujer para conocer toda la "preciosa" impunidad de la que usan y abusan, también, algunos gobernantes nada "preciosos".



Sería muy peligroso, en este ambiente social tan rudo, añadir la violencia política a la violencia social. La falta de reflexión o aun de sutileza de los actores políticos, del gobierno o de la oposición, pueden conducirnos a un indeseado bonapartismo militar que ponga fin, como Napoleón en 1802, al desorden percibido. Ya con motivo del desafuero de Andrés Manuel López Obrador (el acto más idiota del actual gobierno), fueron los mandos del Ejército, si mi información es correcta, quienes disuadieron a Los Pinos de proseguir una aventura tan tonta como peligrosa. Sobre el desafuero pudo montarse la vigorosa campaña presidencial de Andrés Manuel López Obrador. Como lo dije entonces, Fox resultó ser el mejor manager de AMLO.

Hoy, sin embargo, el asunto es más serio. La violencia de la superficie política del país puede mezclar un cóctel explosivo con la violencia social de sus subterráneos que nos conduzca a un indeseado bonapartismo en nombre del orden y la resolución, por la fuerza, de las diferencias. Es hora de gran cautela.

Añado una nota más sobre Napoleón. Bonaparte no le temía a la guerra, pero sí a las muchedumbres. Cuando hubo de enfrentarse a una multitud en el debate constitucional de 1799, salió con la cara arañada. De allí en adelante, concluyó que "un país es gobernado por buenos almuerzos". Con voluntad férrea, no sólo libró guerras contra la mitad de Europa. También transformó y ordenó a la nación francesa. Aun en tiempos de guerra, mantuvo el equilibrio del presupuesto. Creó el Banco de Francia. Emitió el Código Civil que aun rige al mundo latino. Creó el cuerpo de bomberos de Francia y la primera Oficina de Estadísticas. Alumbró, pavimentó y numeró las calles. Plantó árboles a cada lado de las carreteras. Llevó a cabo la reforma educativa que le dio la espina dorsal al cerebro de las clases medias: el sistema de liceos y la Escuela Normal Superior.

Como dijo el panegirista de Napoleón, Lachaise: "Dios creó a Bonaparte y descansó", provocando la repuesta del legitimista Conde de Narbonne: "Debió descansar antes".

¿A qué hora descansa Dios de los hombres providenciales? Es más: ¿justifican las buenas obras de un régimen autoritario la supresión de libertades que acompaña los beneficios materiales? ¿O promovió un tirano como Napoleón libertades a través del Estado de Derecho, la educación pública, las finanzas sanas y las comunicaciones modernas? Cuestiones inquietantes pero que no deben faltar en esta hora de la baraja mexicana: ¿qué mano nos tocará, la bandera, el soldado, el sacristán, el gallo?

¿Podremos, al cabo del nuevo tiempo mexicano, gritar: Lotería? De ninguna manera, si se inflaman ánimos como los que agredieron físicamente a Felipe Calderón hace unos días o como los que destruyeron los carteles de grandes artistas pro AMLO expuestos en la Alameda. Cuidado con los actos. Cuidado con el lenguaje. La violencia física no es una "exquisitez": es tan grave como un fraude.

ADVERTENCIA. He querido en esta serie de artículos, reflexionar sobre los diferentes escenarios en los que podría desembocar la actual situación post-electoral. Sobra decir que para mí el único guion plenamente convincente es que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación atribuya claramente el triunfo a Felipe Calderón o a Andrés Manuel López Obrador dentro del plazo de la ley. Evoco, por último, las sabias palabras del escritor nigeriano Wole Soyinka: La crítica siempre es optimista. Sólo el silencio es pesimista.

Última de cuatro entregas.

Carlos Fuentes/ Debe y haber de AMLO

*Reforma* (11-octubre-2006)

El país le debe a Andrés Manuel López Obrador el haber puesto el tema de la pobreza en el centro de la agenda nacional. La pobreza es el fantasma que recorre la historia de México, por lo menos desde que Alejandro von Humboldt nos describió, en 1801, como el país de la desigualdad. Un mendigo sentado en una montaña de oro. Un peón ensombrerado y envuelto en sarape durmiendo la siesta eterna. Todos estos lugares comunes de la insuficiencia nacional encontraron en la campaña de López Obrador exactamente eso: espacio y comunidad, plaza y masa. ¿No es hora de convertir lo ganado en la calle en lo ganable en el foro?

El fantasma de la pobreza nos espanta de noche y lo olvidamos al despertar. No han faltado los clarinazos al amanecer. En la era de la Ilustración mexicana, la Reforma Liberal, Ignacio Ramírez se preguntó: *¿Qué hacemos con los pobres?* y Julieta Campos, un siglo más tarde, retomó el título y el tema en un libro capital para entender al México invisible. Para Campos, es necesario enfatizar las soluciones desde abajo, la salud económica de aparceros, ejidatarios, campesinos, pequeños comerciantes, empresarios medios, propietarios medios y pequeños, trabajadores de fábrica, habitantes de los barrios, con sistemas de crédito local e inversiones básicas en educación, salud y comunicaciones.

No dice otra cosa Carlos Slim en apoyo a una política de ascenso económico que, sólo ella, puede crear una sana economía de mercado: "La pobreza no crea mercado". Y no es otro el mensaje de Bill Clinton, cuando, en el centro mismo de la iniciativa global que lleva su

nombre, sostiene que la pobreza extrema puede ser eliminada mundialmente en un par de décadas. Bastaría una contribución del 0.5% del producto interno bruto de los países ricos en un mundo donde sólo el 20% de la población mundial recibe el 80% del ingreso mundial y tres mil millones de seres humanos –la mitad de la población de la tierra– viven en grados diversos de pobreza.

De los buenos propósitos a la práctica. Chile ha logrado un rápido desarrollo económico con políticas laborales y distributivas que han disminuido en buen grado la pobreza, de acuerdo con el principio de Ricardo Lagos: no empobrecer a los ricos, sino enriquecer a los pobres. Y Lula da Silva, en Brasil, ha presidido un descenso de la pobreza que afectaba a un 28% de la población, a un 23% este año. El ingreso real de los hogares brasileños más pobres aumentó en un 28% entre 2004 y 2005 y esto se logró sin inflación, sin déficits, con más educación y aumentos considerables del salario mínimo. El comercio en el noroeste aumentó en un 16% el año pasado (*The Economist*, Londres y Fundación Getulio Vargas, Sao Paulo).

También es cierto que Lula ha podido aplicar sus políticas sociales gracias a la continuidad de las medidas de racionalidad económica de su antecesor, Fernando Henrique Cardoso. Y también es cierto que Brasil tiene graves problemas pendientes. La demanda pública da cuenta del 50% del PIB, el desarrollo sigue siendo geográficamente desigual, el sector público devora presupuesto y mantiene altas tasas de interés. La inseguridad y la corrupción están lejos de desaparecer.

Pero en suma, la política de Lula es la correcta, sobre todo si la comparamos con el dispendio y la demagogia de su vecino venezolano, el inefable Clown de Caracas, Hugo Chávez, quien gasta a manos llenas el ingreso petrolero en dudosos regalos a otras naciones

para comprar prestigio internacional de burla, en tanto que en Venezuela distribuye prebendas entre militares y parientes, permite que la infraestructura se derrumbe y da óbolos populares no muy distintos de los de Juan y Eva Perón: caridad hoy, pobreza mañana. Con un agravante hipócrita: Chávez fustiga a los EE.UU. pero depende del intocable ingreso por la venta de petróleo venezolano a su primer comprador, los USA.

Hay así varios modelos de política izquierdista en América Latina y López Obrador, tocando el resorte fundamental de la lucha contra la pobreza, hará bien en orientar y hacer públicas sus ideas prácticas sobre un asunto que no es, lo repito, sólo nuestro sino mundial. La diferencia de AMLO con Bachelet, Lula y Chávez es que AMLO está en la oposición y ahora tiene que decidir qué clase de oposición será la suya.

Porque la protesta callejera, el mitin multitudinario y la invocación a "el pueblo" acabarán por gastarse. López Obrador es una figura respetable de la izquierda, pero no es la izquierda entera. En la izquierda están Cuauhtémoc Cárdenas, Carlos Monsiváis, Amalia García, Lázaro Cárdenas Batel. La izquierda mexicana, tantas veces condenada a ser confeti del carnaval político, alcanzó a partir de los años ochenta y el liderazgo, entre otros, de Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Jesús Ortega y Pablo Gómez, la posición de alternativa política responsable.

Parte de la responsabilidad consiste en atenerse a los resultados del voto: ¿Hubo fraude el 2 de julio? ¿Sólo lo hubo en las urnas presidenciales, más no en las que eligieron a senadores, diputados y municipios perredistas? ¿Es fraudulento el TRIFE (Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación)? ¿Preferimos las elecciones determinadas por el tapadismo, el dedo presidencial y la hegemonía priista? ¿No ha demostrado el TRIFE una y otra vez, su

imparcialidad en numerosas elecciones locales y estatales? ¿A qué hora se convirtió el TRIFE en marioneta de Los Pinos o del PAN? ¿Hubiera sido descalificado el TRIFE por AMLO si le otorga el triunfo a AMLO?

Preguntas que palidecen ante los hechos. La izquierda tiene hoy una presencia política mayor que nunca desde la presidencia de Lázaro Cárdenas del Río. La pugna personal entre Vicente Fox y Andrés Manuel López Obrador ocurre en un ring sin árbitro que sólo ellos ocupan. Fuera del ring, la izquierda gana poder y no veo a sus senadores, diputados y alcaldes renunciando a sus puestos para embarcarse en una campaña permanente al grito de "al diablo las instituciones" y "cállate, chachalaca".

El México incluyente y democrático, por más imperfecciones que ostente, requiere hoy otro lenguaje y otra actitud. La izquierda tiene que verse y organizarse como un movimiento político permanente, no como una algarada circunstancial. La izquierda tiene que potenciar su presente en función de su futuro como auténtica alternativa de poder en beneficio de todos los ciudadanos y de todas las clases, propiciando el ascenso del que habla Lagos más que el descenso que practica Chávez. La izquierda tiene que trascender el liderazgo personalista de AMLO a fin de ser más incluyente y encarrilar el poderoso verbo y la magnética presencia del tabasqueño a tareas compartidas con los izquierdistas que no son ni sus partidarios ni sus súbditos.

Hay un largo camino por delante. Mi querido amigo Porfirio Muñoz Ledo no será Primer Ministro de un régimen parlamentario mexicano. Acaso la próxima vez —dentro de seis años— López Obrador deberá disputarle la candidatura de izquierda a Marcelo Ebrard. ¿Quién sabe?

Lo cierto es que a Lula, a Lagos y a Bachelet, a Evo Morales y a Tabaré les tomó tiempo, paciencia y organización llegar al poder. Ellos dan cuenta de una izquierda latinoamericana muy diversificada, nada monolítica, a la cual espero que un día acceda México. El reverso de esta medalla es el Boczas Chávez, a quien no considero de izquierda, sino un fascista pasajeramente rico y que divierte a sus colegas.

Sólo que Chávez no tiene frontera terrestre con los EE.UU. de América. Sólo México, en Iberoamérica, la tiene. Y no sé si por provincianismo o por cálculo, López Obrador jamás – o rara vez– ha criticado a los gringos. Vecindad fatal. Está allí y de ello mañana, en relación a Felipe Calderón, escribiré en este espacio.

Mañana: "Debe y haber de Calderón".

Carlos Fuentes/Debe y haber de Calderón

*Reforma* (12-octubre-2006)

Felipe Calderón se parece al título de la película británica *La soledad del corredor de fondo*. El arranque de su candidatura fue mal visto por el presidente Fox, partidario de Santiago Creel. El ala derecho-paleológica del PAN tampoco lo vio con demasiada simpatía. Pero hoy todos quieren acercarse al nuevo sol presidencial, con el propósito de arrinconarlo en penumbras de intereses que no se conllevan con la luz, por pequeña que sea, que debe irradiar la institución presidencial.

Porque Calderón no puede ni debe recibir como galardón al desacreditado José María Aznar. No le hace falta ser proclamado prematuramente presidente electo por Elba Esther Gordillo. Debe trascender estos apoyos y otros igualmente interesados. Él sabe muy bien que debe ser presidente de todos los mexicanos, no de tales o cuales intereses especiales. Lo malo es que el margen de maniobra de Calderón sea tan reducido y ello por varios motivos.

El primero es el estrecho resultado de la elección presidencial. Aun con plena certeza acerca de la legitimidad de la elección, 0.5% de ventaja es muy poca ventaja. El radicalismo lopezobradorista habla de fraude, buena parte de la izquierda habla de desencanto y toda la izquierda confronta una decisión: seguir amagando a Calderón con un "no pasará" callejero u organizar una fuerza permanente de oposición más allá de la coyuntura electoral.

La derecha aznarista, el corporativismo, la Confederación Patronal, jerarcas de la Iglesia: todos quieren llevar a Calderón como agua, bendita, o *non-sancta*, a su molino. Dividido entre la izquierda que lo rechaza y la derecha que lo seduce, Calderón ha empezado a



responder como debe. Él no le agradece la presidencia a ningún grupo especial, sino a los ciudadanos que votaron por él y al pueblo al que va a representar a partir del 1º de diciembre. Como Angela Merkel. Como Romano Prodi.

Pero esta postura no disuelve la montaña de problemas. El segundo, después de la legitimidad, es la operación administrativa. La primera prueba de calidad del gobierno de Calderón será el nombramiento de su gabinete. Se habla mucho de un equipo ministerial de transición. Más importante es reunir un gabinete de calidad. Doy tres ejemplos de cómo fue resuelto este dilema en el pasado por cuatro presidentes muy distintos.

Emilio Portes Gil, presidente provisional en 1928, nombró un gabinete de alta calidad (Genaro Estrada, Puig Casauranc, Joaquín Amaro, Montes de Oca) a fin de apoyarse en los callistas al tiempo que se diferenciaba de Calles mediante actos de gobierno que lograron, en dieciocho meses, más que otros presidentes en seis años.

El presidente Lázaro Cárdenas se liberó del Jefe Máximo y en cuatro años transformó al país como nadie antes o después. Cárdenas llevó a cabo las reformas pero su secretario de Hacienda, Eduardo Suárez, aplicó en compensación, una política muy ortodoxa. Modelo para Lula.

Manuel Ávila Camacho hubo de nombrar, acaso, el mejor gabinete moderno a fin de borrar la acusación de fraude en la elección de 1940, reclamada por el candidato opositor Juan Andreu Almazán. Ávila Camacho acalló las críticas y trascendió, sin negarlo jamás, a su fuerte antecesor, Lázaro Cárdenas, con un gabinete que incluyó a Miguel Alemán, Ezequiel Padilla, Gustavo Baz, Javier Rojo Gómez y Jaime Torres Bodet. El propio Alemán, primer presidente civil de la Revolución institucionalizada, se lució con un primer gabinete

de figuras estelares: nuevamente Torres Bodet, Beteta, Pérez Martínez, Alfonso Caso, Martínez Báez...

Ningún gobierno después de Alemán ha debido dar tanto énfasis a la formación de gabinete. El intento foxista de duplicar funciones ministeriales fracasó. Sólo en Polonia gobiernan los gemelos. Fox "cometió el terrible error", en palabras de Federico Reyes Heróles, "de sobreponer las lealtades personales y partidarias a la capacidad personal... Calderón no puede darse ese lujo. México cuenta con cuadros de primera para enfrentar los retos que tenemos...". Para Calderón, la integración del gabinete será el primer paso para trascender la pugna electoral y darle semblanza de seriedad y eficacia a su administración.

El segundo paso será la manera como Calderón establezca una nueva relación con un Congreso plural, pleitero, pero espero que no pendejo. Asoman algunas cabecitas desacreditadas del PRI y el Verde. Truenan, antes del relámpago, algunos rayos perredistas. Calderón tendrá que negociar reformas con el Congreso que tiene. Fox fracasó porque no tuvo un negociador efectivo ante las Cámaras. Calderón no puede darse ese lujo. Viene del Congreso, lo conoce y lo entiende. Pero necesita un negociador de primera dedicado a tratar con las Cámaras a fin de pasar las reformas urgentes en materia de seguridad pública, recursos hidráulicos, electricidad y petróleo, fiscalidad y reforma política: reelección de legisladores, segunda vuelta de las presidenciales.

Grandísimo ejemplo el del presidente Franklin Delano Roosevelt. Elegido en medio de la peor crisis económica en la historia de los EE.UU., Roosevelt envió al Congreso leyes radicales muy contrarias al tenor conservador de los legisladores. Lo que pudo pasar –y fue mucho y fue esencial– lo debió en gran medida a la capacidad y astucia de sus consejeros

políticos, Harry Hopkins, Jim Farley. Astutos consejeros, ante un Congreso arisco, revoltoso, escindido...

Gran desafío. Ineludible reto para encaminar a México hacia un régimen de justicia y prosperidad que sepa enfrentarse a los gigantescos problemas que son el narcotráfico, la pobreza, la violencia, las bandas juveniles, la enajenación urbana y, al cabo, la enajenación del campo y del trabajo.

La arrogante, ciega y arbitraria decisión norteamericana de ir cerrando la frontera con México habrá de ser el principal dolor de cabeza –a la vez internacional e interno– del presidente Calderón. Dentro de dos años, habrá cambio en la Casa Blanca. Se irá una desprestigiada junta ultraderechista y vendrá, probablemente, una administración republicana más esclarecida y un presidente fronterizo, el hoy senador John McCain, de Arizona, promotor junto con su colega Edward Kennedy de la ley de migración laboral más sensata y más opuesta a la monstruosa ley Sensenbrenner.

Calderón habrá de lidiar con una espada de dos filos. El externo, en relación a los EE.UU., sus necesidades de trabajo y el trato dado a los inmigrantes mexicanos. Y el interno, a medida que la frontera se cierre y se caliente y México deba proporcionar ocupación a medio millón de trabajadores cada año, encerrados detrás de la cortina de nopal.

El trato con los EE.UU. promete ser uno de los más difíciles de nuestra historia, sobre todo porque muchos temas de la relación dependerán de lo que hagamos los mexicanos en México, más de lo que hagan los gringos en los EE.UU. Una lección fundamental de nuestra historia es que con Washington sólo se negocia de pie y mirándoles a los ojos. La genuflexión sólo merece desprecio y fracaso.

Carlos Fuentes / Centenarios

*Reforma* (02-julio-2007)

Primero en la Casa de América a invitación de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, enseguida en la sede de la secretaría general Ibero-Americana bajo la égida de Enrique Iglesias, acaban de celebrarse en Madrid apasionantes discusiones en torno al tema del bicentenario de las independencias hispanoamericanas de 1810.

Se "celebraron" debates pero se "conmemoró" una fecha. Porque, en resumen, las exposiciones y discusiones se apartaron de manera muy clara del mero festejo para proponer una lectura crítica –en ocasiones sumamente crítica– de las revoluciones de independencia.

Resumo el tenor de las cuestiones que se formularon a fin de arribar al bicentenario con más preguntas que respuestas.

¿Valió la pena la independencia?

¿Pudo Hispanoamérica desarrollarse sin desmembrarse dentro de una comunidad hispánica de naciones –un Commonwealth– tal y como lo propuso, acaso míticamente, el conde de Aranda al monarca Carlos III?

¿Pudo, aun sin la corona, Hispanoamérica independizarse sin desmembrarse?

¿Cuánto influyó la pérdida de la corona en las colonias y cuánto la pérdida de las colonias en la corona?

¿Fueron nuestras constituciones, como dijo Víctor Hugo, "creadas para los ángeles, no para los hombres"? ¿Confundimos sistemáticamente lo real con lo posible? ¿Hasta qué punto se separa la nación real de la nación legal? ¿Creamos Estados virtuales divorciados de las sociedades reales?

¿Suplimos la ignorancia con la osadía?

¿Nos entregamos con demasiada alegría a la "imitación extralógica"?

¿No supimos incorporar al proyecto independentista al indio y al negro?

Hubo, claro, hechos que excluyen las ideas de comunidad y continuidad hispánicas. A Cádiz en 1808 acuden los "españoles" de ambos hemisferios. En 1810, aun se podía pensar en una América fiel a la corona avasallada por Bonaparte. En 1814, la ferocidad de la represalia realista es combatida por la ferocidad de la insurrección independentista. Tanto Calleja del Rey como Simón Bolívar piden "cabezas cortadas".

Las reuniones a las que aludo subrayaron los factores de una violencia que arruinó las infraestructuras existentes sin reponerlas en mucho tiempo. En consecuencia de las guerras, descenden brutalmente las economías agrícola y minera. Se expropia el patrimonio español sin poder crear patrimonios nacionales inmediatos. La hacienda está exhausta, los déficits son constantes, los empréstitos onerosos. Las oligarquías y los militares se adueñan de la vida pública. La anarquía es desplazada por la dictadura y la dictadura por un caos que se cree redentor y sólo asegura la redención por la siguiente dictadura: Rosas, Santa Anna, el Dr. Francia.

El nicaragüense Sergio Ramírez se refirió a los "triumfos retóricos" de palabras dichas en burla de la realidad y de lo que no quieren decir, conduciendo a "la locura de las simulaciones". El mexicano Héctor Aguilar Camín habló de la invención de leyes sin inventar naciones, lo cual nos condujo a jugar con la legalidad política y soltar una independencia sin rumbo. Los grandes principios, indicó la española Carmen Iglesias, se establecieron por encima de la ley y la ordenanza militar por arriba del código civil, abriendo, en mi ánimo, una cuestión a considerar en perspectiva: ¿por qué se asemejan tanto el desorden español y el hispanoamericano en el siglo XIX?

En compensación, el mexicano Enrique Florescano señaló que aun persistiendo las bases de la colonia, aun creyendo en las virtudes inmanentes de la revolución para promover el progreso, la independencia quiso ofrecer un relato unificador a países fragmentados. Creó héroes y quiso heredarlos.

¿Ayudó esto a apresurar, al cabo, la formación de estados nacionales –Portales, el primero, en Chile; Juárez en México; Sarmiento y Mitre en Argentina– como respuesta a los flagelos que menciono? Pero, a fin de ganar el Estado, ¿cuánto debió preservarse tanto del orden colonial como del desorden revolucionario?

El peruano Julio Ortega argumentó que del caos nació, al cabo, una tradición liberal pragmática que consagró, mal que bien, la dignidad del ciudadano y sugirió nuevas lecturas que trasciendan, mediante una "agenda de las herencias", el "paradigma del fracaso". El chileno Martín Hopenhayn pidió una "cuota de olvido sano" una vez revisada la historia y el paso adelante de crear instituciones culturales, acrecentar el capital social y el concepto de ciudadanía. Para Hopenhayn, los sentimientos rentistas y autoritarios que nos lastran pueden

superarse mediante una cultura productiva, no pasiva o inerte. Cultura de la legalidad, subrayó en su intervención el mexicano Bernardo Sepúlveda, implicando que la creación de estados nacionales nos costó mucho esfuerzo y hoy asistimos a desafíos menores al estado – la ley televisa– pero también a desafíos mayores: el narco.

Por último, el pensador argentino Natalio Botana nos invitó a "El arte de la comparación". Ayer, reinaba un monopolio elitista. Hoy, hemos ganado la alternancia. ¿Nos basta? De ninguna manera. ¿Sabemos representarnos? Esta es, acaso, la gran pregunta práctica de la independencia: la incógnita de la representación.

Carlos Fuentes / Los Gritos de Dolores. Una oposición dividida

*Reforma* (17-septiembre-2007)

Yo voté por Andrés Manuel López Obrador el 2 de julio de 2006. Lo hice con admiración hacia el personaje, confianza en su partido y apoyo para la izquierda. ¿Qué queda, un año más tarde, de la admiración, la confianza y el apoyo?

López Obrador es un líder carismático. Ya empleé dos palabras sujetas a revisión. "Líder" es un anglicismo fácilmente hispanizado como "dirigente" y "carisma" es un concepto que nadie empleaba antes de Max Weber (1864-1920) salvo los teólogos: carisma es un don de Dios a hombres extraordinarios, apóstoles, profetas, benefactores. Para Weber, líder carismático es aquel que "logra que la gente le tenga confianza y lo siga". A un hombre que haga más promesas que los demás. Pero sobre todo, un hombre que sepa ganar.

¿El demócrata, en cambio, es el que sabe perder? Así lo demostraría Al Gore, vencedor numérico en las elecciones norteamericanas del 2000 y despojado de su triunfo por un anacrónico (aunque legal) voto del Colegio Electoral, las boletas manipuladas por el gobierno de Jeff Bush en Florida y, al cabo, un solo voto de la Suprema Corte de Justicia, árbitro final del proceso.

En México, somos testigos de una larga y ardua marcha hacia la transparencia electoral. Es probable que los opositores José Vasconcelos y Juan Andreu Almazán hayan ganado las elecciones de 1929 y de 1940. Es posible que Ezequiel Padilla y Miguel Enríquez Guzmán hayan vencido en comicios posteriores. Su triunfo, probable o posible, les fue vedado, en todo caso, por la razón de Estado imperante: el partido de estado (PNR-PRM-PRI) nunca



pierde y cuando pierde, arrebatada. Las revoluciones se legitiman a sí mismas y luego duran lo que pueden durar. Calles, el Jefe Máximo en 1929, no iba a permitir que Aarón Sáenz y el obregonismo le disputaran el poder e impuso a Pascual Ortiz Rubio como candidato oficial y presidente electo. Cárdenas, en 1940, deseaba una continuidad remozada y consolidada de sus propias reformas y no estaba dispuesto a que un opositor incontrolable, Almazán, tomara la presidencia. Ávila Camacho, Alemán y Ruiz Cortines siguieron esta "lógica revolucionaria". Díaz Ordaz en 1968 sepultó la legitimidad de origen y destino de la Revolución. Sus sucesores, mal que bien, con concesiones aquí, reformas allá, fueron concediendo espacios a las oposiciones mexicanas. Jesús Reyes Heróles fue quien con mayor lucidez vio y encauzó el dilema. Ernesto Zedillo, quien admitió la distancia evidente entre un sistema viejo y una sociedad nueva. Sólo la democracia podía dejar atrás al primero y abrirle camino a la segunda.

Entre etapa y etapa, sucedió algo fundamental: el sucesor del presidente ya no sería electo de *facto* por el presidente *in situ*. Estaría sujeto al voto y el voto ya no lo calificaría el gobierno, sino, en instancias de autoridad creciente, el Instituto Federal Electoral (IFE) y en última instancia, el Tribunal Electoral de la Federación (TRIFE), voz final y determinante del proceso electoral.

Poseer dos instancias independientes para calificar las elecciones constituye un precioso haber en la vida política de México. Ni el IFE ni el TRIFE son, desde luego, perfectos. Aunque como toda institución política, son perfectibles. ¿Preferimos la dedocracia del pasado a las instituciones democráticas del presente? Sin éstas, ¿a dónde nos dirigimos? Acaso, a una batalla en el desierto, para citar a José Emilio Pacheco, en la que los actores políticos, minando la autoridad de las (perfectibles pero no sustituibles) instituciones, nos

devuelvan, no el autoritarismo de antaño, sino el caos demagógico en el que cada parte del todo se desentiende del todo para proclamar, "la verdad es la mía".

"Al diablo las instituciones" dijo López Obrador en un momento de boca floja delator de malas ideas. Pero AMLO y sus buenas ideas poseen una poderosa repercusión en un país donde la mitad de la población vive en grados diversos de la miseria, el ascenso social es cierto pero lo demora la demografía y lo califica el éxodo. López Obrador cuenta con un apoyo electoral fuerte y permanente. Su partido, en cambio, pierde plaza tras plaza, gubernatura tras gubernatura, elección tras elección. Es como si López Obrador guardara para su liderazgo la promesa de la izquierda que los electores vivos y coleantes le niegan a su formación partidista.

El peligro es que, perdiendo elecciones y manteniendo carisma, López Obrador lo apueste todo a su seguimiento personal y al tamaño de sus manifestaciones. Pero el país pierde la oportunidad de crear, al fin, una izquierda moderna, seria, competitiva y que convoque no sólo a las sectas dogmáticas sino a la pluralidad mayoritaria que se ubica a partir del centro hacia la izquierda. Quiero decir: Cuauhtémoc Cárdenas, Amalia García, Jesús Ortega, para sólo citar a tres personalidades, son tan "izquierda" como López Obrador. Sólo que representan a sectores de izquierda excluidos por la actitud intolerante de AMLO.

Herido por lo que, con razón o sin ella, juzga un fraude electoral, López Obrador corre el riesgo de transformar su dolor en dogma y su pérdida en retórica. ¿Satisface a sus fieles? Qué bueno. ¿Debilita a su partido? Qué malo. ¿Pospone a otros dirigentes? Qué triste. ¿Le hace el juego, sin quererlo, a los verdaderos enemigos del país, los imperios criminales deleitados

de que AMLO le niegue autoridad al gobierno que los narcos minan y desafían palmo a palmo, día con día? Qué peligroso.

Yo tengo el deseo profundo de que la izquierda de mi país se abra a una lucha ni dogmática ni personalista, sino de ideas, de propuestas y de visión a largo plazo. Los desplantes de López Obrador la aplazan. Una izquierda amplia, pluralista y moderna podría acelerar el progreso de un país que, desde tiempos de Humboldt, es "el país de la desigualdad". Con trece, cincuenta o cien millones de habitantes, la mitad de la población de México siempre ha vivido en la miseria. Es tiempo de repetir, en memoria de una magnífica mujer, Julieta Campos, el título de su libro, *¿Qué hacemos con los pobres?* Parte de la respuesta le corresponde a una izquierda, por el momento, personalizada, dividida, casi irreal si no surrealista. Parte de la salvación es una izquierda unida pero diversificada, no personalista, clara en sus propuestas y objetivos.

No lo es la actual formación de la izquierda en México. No puede serlo un movimiento que depende de un solo líder, por más carismático que éste sea. Porque se corre el peligro de que, cuando un líder de esta naturaleza llegue al poder, conjugando carisma y gobierno, su nombre sea Hitler, Mussolini o Chávez. Este es el temor que puede sentir esa parte del electorado mexicano que, siendo de izquierda, no sigue a Andrés Manuel López Obrador.

La izquierda debe unir las buenas ideas a las buenas oposiciones: las que se sirvan de las vías institucionales para fortalecerlas y, así, oponerse con más eficacia al gobierno.

Carlos Fuentes/ Los Gritos de Dolores: Un Presidente sitiado

*Reforma* (18-septiembre-2007)

Hablaba en el artículo anterior de la postura negativa de Andrés Manuel López Obrador frente a Felipe Calderón, calificado por aquél como mero "usurpador". ¿Qué usurpa Calderón? La presidencia de México. ¿A quién se la usurpa? Usted lo adivinó: a Andrés Manuel López Obrador. Mas en una elección tan cerrada, que Calderón ganó por un mero 0.5%, ¿pudo haberla ganado López Obrador por un porcentaje similar, sólo que, en su caso, creíble? Tan creíble, añadido, como los numerosos triunfos electorales de la izquierda en congresos y alcaldías, para no hablar de la aplastante victoria de Marcelo Ebrard como Jefe de Gobierno de la ciudad de México: ¿Por qué no le hicieron de "chivo los tamales" a Ebrard y a López Obrador, sí? ¿Porque es más guapo? ¿Porque había que darle una victoria a la izquierda menos importante que la presidencia de la República? No: Ebrard es Jefe de Gobierno del D.F. porque ganó la elección. López Obrador no es presidente de México porque perdió la elección. O todos coludos o todos rabones.

He sugerido que López Obrador abandone su postura valentona, a veces hasta valiente, pero al cabo improductiva, a favor de la creación de una auténtica oposición de izquierda no enajenada al pasado, sino comprometida con el futuro. López Obrador retrasa la oposición que merece el actual gobierno. Que es nada menos que eso: el gobierno de México, reconocido y en trato con la comunidad mundial y sus personeros, incluyendo a Lula, Bachelet, Zapatero, Prodi, Evo Morales, Correa y el mismísimo Chávez. López Obrador corre el riesgo de ser no sólo irreal "gobierno legítimo" sino fantasmal oposición mientras los gobernadores y parlamentarios tienen tratos con el gobierno federal porque así se lo

exigen sus mandatos a fin de resolver problemas populares. Corre el riesgo, al cabo, de ser gobierno de comedia, como el de Don Nicolás de Zúñiga y Miranda, eterno opositor de Porfirio Díaz, a quien sólo Joaquín Pardavé, (alias) don Susanito, saludaba como "señor presidente".

México merece más. Una gran personalidad política como López Obrador merece más. Un Presidente sitiado como Felipe Calderón merece más. Sitiado por su propio partido. La presencia de Manuel Espino al frente de Acción Nacional, el partido de Calderón, es incomprensible. Salió de la dirección. Fue nombrado embajador en España. No quiso, regresó, y volvió, innecesariamente, a encabezar un partido que le pone piedras en el camino al propio Presidente Calderón, *so capa* de distinguir al partido del gobierno, pero con la agenda mal disimulada de mantener viva al ala de derecha extrema del PAN, no sea que sus más ardientes milicias reaccionarias se vayan a engrosar las filas del sinarquismo, la derecha de la derecha.

Sitiado también por colaboradores ineficaces. A un año de gobierno, seguramente Calderón sabe quién sirve y quién no. Tiene toda la autoridad para reemplazar a su gusto a los funcionarios de confianza que a veces no la merecen. Un gobierno sitiado como el de Calderón requiere un funcionamiento fluido de la administración. La función lo requiere, sobre todo en un gobierno cuestionado que debe demostrar su eficacia.

Sitiado por deudas electorales. Todo candidato llega al poder debiéndole algo a muchos o mucho a pocos, en este momento, las campañas demócratas en los EE.UU. se encuentran bajo fuerte escrutinio por recibir fondos sospechosos o indebidos. Pero aun los apoyos legítimos deben ser objeto de frío distanciamiento cuando el candidato ya no lo es de un

partido, sino presidente de una nación. O sea: los apoyos políticos y monetarios durante una campaña se pagan automáticamente cuando la campaña termina, triunfe o no el candidato.

Felipe Calderón, en pocas palabras, no le debe nada a nadie sino al país que gobierna. Sus promotores de campaña, sindicales, televisivos, financieros ya fueron pagados con el triunfo del candidato. El presidente no les debe nada más que el saludo y las buenas maneras.

De lo contrario, Felipe Calderón se pasará seis años dando las gracias a intereses particulares, en demérito del interés nacional. Las gracias ya fueron dadas, repito. Calderón debe ser muy firme para proteger a su gobierno y a sus funcionarios contra pretensiones de poder invasivo y paralelo que no le darán otra cosa que dolores de cabeza y pérdida de autoridad.

Existe un interés nacional en que Calderón encabece un gobierno eficaz de autoridad incuestionada, no porque AMLO o el SNTE o Televisa o tal o cual empresario quieran arrebatarse más y más parcelas de poder, sino porque Calderón –y el país– requieren un Ejecutivo que enfrente el peligro mayor para México, el narcopoder. El narcogobierno. La ocupación, máxima por mínima que pueda ser, del territorio nacional por poderes criminales.

En este punto, Calderón no puede conformarse con medidas provisionales sin convertirse, él mismo, en presidente provisional. El tamaño del desafío es tal que rebasa de lejos a la fuerza pública. Una policía corruptible o de antemano corrompida. Un ejército que no está hecho ni para combatir al crimen ni, mucho menos, para perder batallas contra pandillas.

He dicho alguna vez, sólo a medias en broma, que sólo la policía federal alemana o las montadas canadienses podrían enfrentarse a nuestros gangsters. Me sumo, sin embargo, a la

solución (parcial como toda solución, de acuerdo) de un cuerpo armado especial, dedicado sólo a combatir al narcopoder, constituido por lo menos por ochenta mil personas y con mandos renovables cada dos años. La idea no es mía, sino de un experimentado estadista europeo cuyo nombre no doy por razones evidentes.

Más allá del combate físico, existe, claro, la posibilidad de despenalizar o descriminalizar la droga, con los grandes beneficios y los grandes peligros que esto conlleva. Pero eso es polvo de otro costal.

Lo que permanece en mi ánimo es el temor de un gobierno sitiado que caiga en la parálisis o los actos mínimos de contención y supervivencia. Para evitarlo, la izquierda debe abandonar el llanto de Boabdil y unirse para exigir lo posible y hasta lo necesario: una izquierda a largo plazo. Para evitarlo, las corporaciones públicas y privadas deben ser puestas en su lugar: son parte de la sociedad, pero no son el Estado. Para lograrlo, una fuerza pública renovada, bien pagada, bien ordenada y a prueba de cañonazos "obregonistas" debe enfrentar, como en una guerra, a los poderes del crimen.

Carlos Fuentes/ El Yucatán de Lara Zavala

*Reforma* (07-abril-2008)

La relación entre novela e historia se da, en ocasiones, con la inmediatez de la actualidad. Es el caso, por ejemplo, de *Los de Abajo* (1915) de Mariano Azuela escrita en y desde la turbulencia de la Revolución Mexicana y, en cierto modo, de *La Sombra del Caudillo* de Martín Luis Guzmán, prácticamente contemporánea a los hechos y personajes del callismo.

Otras veces, la historia sólo admite la ficción gracias a la perspectiva. La Revolución Francesa no tiene novelistas inmediatos. Había que esperar a Balzac y Stendhal. Nadie eleva a ficción la Revolución de Independencia Norteamericana, que temáticamente da sus mejores obras en el siglo XX, con Howard Fast: *Los invictos* y *El ciudadano Tom Paine*. Tolstoi escribe los eventos de la invasión napoleónica de Rusia (1812) en 1865. Stephen Crane escribe la mejor novela de la Guerra Civil Norteamericana, *La roja insignia del coraje*, en 1895.

El siglo XIX mexicano, tan tumultuoso y hasta caótico, produjo novelas de su tiempo y evocaciones de otros: Riva Palacio, Rabasa, Payno. Dos recientes obras mexicanas nos ofrecen una perspectiva renovada, con gran brío e imaginación. En *La Invasión* (2005) Ignacio Solares da la experiencia de la guerra de 1848 y la ocupación norteamericana de la ciudad de México con un contrastado sentido de luces y sombras, efectos y defectos. La "modernidad" del relato consiste en que el narrador narra los eventos varias décadas más tarde, en la madurez y durante el porfiriato, dándole a la obra la requisita incertidumbre: esto es ficción, no es "historia". Como la novela la escribe un autor contemporáneo a nosotros



(Solares) resulta que *La Invasión* posee tres niveles de temporalidad: lo vivido en 1848, lo recordado durante el porfiriato y lo narrado hoy.

Hernán Lara Zavala, uno de los escritores mexicanos más cultos y reticentes, establece de arranque la actualidad de lo que narra gracias a un novelista (¿el propio Lara Zavala?) que se sienta a escribir la novela que estamos leyendo: *Península Península*, cuyo tema es la Guerra de las Castas que asoló a Yucatán en 1847. Lara Zavala se inscribe así en la gran tradición, la tradición fundadora de Cervantes, donde la novela de Quijote y Sancho coincide con la actualidad de España, el pasado evocado por las locuras del hidalgo, el género picaresco (Sancho) en diálogo con el épico (Quijote) y los estilos moresco, bizantino, amoroso y pastoral introducidos para darle a la novela su carta de ciudadanía: la diversidad genérica.

El tránsito de Lara Zavala de su irónica actualidad de narrador a la materia narrada, le permite presentar ésta, la Guerra de Castas en Yucatán, con una variedad de ritmos y temas que no sólo la salvan de cualquier sospecha de didactismo, sino que enriquecen lo que ya sabíamos con el tesoro de lo que podemos imaginar. Aquí se dan cita no sólo los hechos y personajes históricos, los gobernadores Méndez y Barbachano, los líderes mayas Pat y Chi y las contrastantes sociedades de la elite criolla y las comunidades indígenas. Están también los mercaderes locales y los "gachupines"; el doctor Fitzpatrick y su leal (demasiado leal) perro Pompeyo. Están los clérigos y también los monaguillos y sacristanes indios que los asesinan. Está el "México y sus revoluciones" de José María Luis Mora, en toda su caótica simultaneidad. Está, protagónica, la tierra yucateca, las llanuras blancas sin vegetación, brillando dolorosamente. Están el sol, los laureles, el fresco. Están el mediodía de plomo, el bochorno. Están las hierbas (damiana, ruda, toloache, yerbabuena, gordolobo, etc.) evocadas

con una minuciosidad amorosa que revela la formación literaria inglesa de Lara Zavala, sobre todo la lección de D. H. Lawrence, la capacidad de ubicar la pasión en la naturaleza.

Sólo que todo late con amenaza de guerra y muerte. El autor las aplaza con los magníficos momentos de la pasión erótica (el novelista Turría y la viuda Lorenza; la cachondísima María y el escribano Anastasio). El amor es asediado por dos fuerzas que Lara Zavala maneja de mano maestra. Una es la magia, la corriente impalpable de lo sobrenatural presente en los exorcismos y ritos de la península yucateca, que le sirve a Lorenza para pensar que su marido difunto, Genaro, aún vive y merodea en la recámara... hasta descubrir que el ruido lo hace un murciélago que deja de aletear apenas se enciende la luz. ¿Un murciélago? ¿O un vampiro?

Porque la magia de la tierra contiene la muerte de la tierra. El cabecilla rebelde Chi es asesinado por el amante de su mujer, Anastasio. La rebelión pierde (en todos los sentidos) la cabeza, y el presunto comerciante muerto, Genaro, reaparece a reclamar a su mujer casada sólo para ser devuelto a otra muerte: el anonimato, el silencio, como "El Coronel Chabert" de Balzac, "muerto en Eylau", sin derecho a la resurrección.

En las penínsulas, en Campeche y Yucatán, nos advierte Hernán Lara, las noticias vuelan, nadan y se arrastran. También pueden novelarse, como lo hace aquí el autor con una prosa límpida, tan transparente (para establecer comparaciones odiosas o amables) como la de Martín Luis Guzmán. Frágil empresa, como lo sabe Turrisa cuando la furia revolucionaria le quema el manuscrito de su libro y el autor entiende que "ya no tendría el coraje de reescribir su novela, que sólo sobreviviría en su memoria e imaginación".

Que son, por fortuna, las nuestras.

Carlos Fuentes/ Universo mexicano

*Reforma* (25-octubre-2008)

Crecí en un país, a pesar de todo, optimista. A pesar del régimen de partido único: el PRI, en sus tres metamorfosis (Partido Nacional Revolucionario del Presidente que lo fundó, el "Jefe Máximo" Plutarco Elías Calles; Partido de la Revolución Mexicana del Presidente que lo reformó, Lázaro Cárdenas; Partido Revolucionario Institucional del Presidente que "institucionalizó" la "revolución", Miguel Alemán y sucesores). A partir de 1920, México conoció continuidad política con desarrollo pero sin democracia. En sentido lato el país aceptó esta fórmula. Las revoluciones legitiman. Y la Revolución Mexicana en su fase armada (1910-1920) y en su fase constructiva (1920-1964) concilió voluntades y aplazó rebeldías. A cambio de la democracia, el partido del gobierno pacificó al país, construyó presas, carreteras, escuelas. Llevó a cabo la reforma agraria, nacionalizó el petróleo. Inició la Revolución Industrial. Manipuló. Corrompió. Premió. Vigiló el mayor ascenso social que México haya conocido: el paso de una sociedad agraria a una semi-industrial. Premió a los mejores: estudiantes, escritores, diplomáticos, artistas. No dogmatizó. Diego Rivera y José Clemente Orozco denunciaron en los muros del Gobierno al gobierno que les daba y pagaba los muros. La Revolución se legitimaba históricamente. Iniciada en 1910, precedió a la Revolución Rusa y dejó en permanente aislamiento al comunismo mexicano.

Premió a los mejores. Disfrazó a los peores: el latrocinio era enmascarado por la retórica revolucionaria. El Estado se expandió: vivir fuera del presupuesto es vivir en el error, dijo el filósofo de la burocracia. Las elecciones las decidía el "dedazo" del presidente en turno. Los intentos de democratización fracasaron o fueron aplastados. Pero la juventud se educó. La

juventud aceptó el legado económico, social y cultural de la revolución y en 1968 la juventud dijo: Todo esto. Y democracia política, también.

El gobierno soberbio y obtuso de Gustavo Díaz Ordaz no comprendió el cambio operado por la propia Revolución. El 2 de octubre de 1968, intentó aplastar el movimiento social pro-democracia encabezado por los estudiantes. La matanza de Tlatelolco, en vez, hirió de muerte al régimen. De Luis Echeverría a Carlos Salinas, los gobiernos intentaron reparar con parches el neumático desinflado de la Revolución Mexicana, S. de R. L. Finalmente, en 2000, el presidente Ernesto Zedillo comprendió que había sonado la hora de la plena democracia electoral. Las elecciones de ese año dieron la presidencia a Vicente Fox, del partido opositor de centro-derecha, Acción Nacional. La mayoría quería el cambio. ¿Se los dio Fox? Muy a medias.

En 2006 el PRI perdió la siguiente elección libre, el resultado lo disputaron Andrés Manuel López Obrador, de la izquierda, y Felipe Calderón, de la derecha. Ganó Calderón por un mínimo de 0.5%. López Obrador no reconoció el resultado y se declaró "Presidente legítimo".

México se dividió. Calderón gobernaba un país acotado por las instituciones y acosado por las oposiciones. Éste era el escenario de México hasta hace apenas dos años. Hoy, la legítima disputa política ha sido empañada por un hecho sin precedentes en México. El reino del hampa. El imperio de la violencia criminal, no revolucionaria.

Yo no sé bien cuál será el futuro político de mi país. Sólo sé que mes con mes, semana con semana, día con día, hora con hora, el narcotráfico y el crimen asesinan, decapitan, ocupan ciudades, se adueñan de territorio y ponen en entredicho no sólo la vida política sino

la vida misma de México. Los narcos se matan entre sí. Los criminales raptan y asesinan a civiles. El común grito nacional de "¡Basta!" no basta. Los criminales son policías. Los policías son criminales. El ejército se resiste a tareas policiales. La sociedad se siente indefensa. El gobierno se juega prestigio y autoridad.

¿Hay solución? No quiero aceptar que sólo un gobierno más criminal que los criminales sea lo que acabe con el crimen. Acaso la creación de una nueva fuerza armada dedicada sólo al combate del narco sea viable. Acaso México, soberanamente, tenga que encargarle a la policía alemana que descabece al crimen.

No. La solución no depende sólo de México. El tráfico de droga pasa de México al consumidor norteamericano por manos de los mini-narcos mexicanos. Pero una vez que entra a los Estados Unidos, el dinero de la droga es lavado por los bancos y para los macro-narcos norteamericanos. ¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman? Nadie lo sabe. Nobody knows.

El presidente Franklin Roosevelt acabó con Al Capone cuando levantó la prohibición al alcohol. Hubo borrachos. Pero ya no hubo gangsters. La droga no es lo mismo: su uso y abuso no depende de un solo país; es global. ¿Puede un grupo de seis, siete países, dar el ejemplo despenalizando el uso de la droga? Como con el alcohol, seguirá habiendo usuarios. Acaso desaparezcan los capos. Para ello, se necesita el concurso de Washington. El próximo gobierno norteamericano debe reconocer que el problema de la drogadicción lo crea la demanda norteamericana. Si esto no se admite, si esto no se ataca, en México corremos el riesgo de una quiebra institucional que destruya todo lo que, hasta ahora, hemos conseguido, con virtudes plausibles y errores corregibles.

Todo lo cual pone en entredicho el universo cultural mexicano.

Carlos Fuentes/ El sitio del Presidente

*Reforma* (17-agosto-2009)

He seguido con atención la carrera legislativa y partidista de Felipe Calderón. Le agradezco su oportuna intervención ante un conato de censura contra un libro mío. No voté por él en las presidenciales de 2006. No me dejé emocionar tampoco por los números de la elección. A falta de pruebas concretas, no sólo emocionales, de fraude, recordé que en elecciones democráticas en Europa se pierde o se gana por mínimos porcentuales. Las aplastantes mayorías de tiempos del PRI ya no son. Pero el sistema se presta a confusión. Urge una reforma que posibilite la segunda vuelta en elecciones a presidente, disipando dudas y legitimando funciones.

A Calderón le tocó, de todos modos, bailar con la más fea. Perdida la omnipotencia presidencial de antaño, han cobrado fuerza los gobernadores de los estados y, sobre todo, han consolidado la suya las corporaciones públicas y privadas. Calderón no puede mandarle a los gobernadores, pero sí podría limitar a las corporaciones. No es la primera vez en la historia que grupos monopolísticos ponen en peligro el propio desarrollo de la economía que los enriquece. Un caso notable es el de la Ley Sherman de 1890, dirigida contra la excesiva concentración de poder de las empresas y empresarios que estuvieron en la base del desarrollo de los EE.UU. pero cuyas prácticas monopolísticas ponían en peligro no sólo a los EE.UU., sino al propio capitalismo. El presidente Teodoro Roosevelt, entre 1901 y 1909, aplicó la Ley Sherman, dándose cuenta de que las prácticas monopolísticas retrasaban el desarrollo del país, necesitado de mayor pluralismo empresarial.

Con la aplicación de la Ley Sherman, Roosevelt inició el desarrollo moderno de los EE.UU. La Ley Sherman demostró su validez una vez y otra, notablemente contra la ALCOA (Aluminum Company of America) en 1945 y contra la AT&T (American Telephone and Telegraph Co.) en 1984, para sólo citar dos ejemplos recientes. Ganó el país. Ganaron las propias empresas, obligadas a diversificarse y competir. ¿Entenderían esto en México los poderosos grupos de la empresa privada y el sindicalismo? Pregunta que debería hacerse Calderón, en beneficio de su presidencia, sitiada durante los primeros tres años por los grupos monopólicos privados y sindicales.

En la segunda mitad del sexenio, a las presiones ya citadas se añade una realidad política: el regreso del PRI. Desengañados, los mexicanos votaron en 2000 por las oposiciones de derecha y de izquierda. No tardaron en comprobar que la corrupción no era monopolio del PRI pero que el PRI, con todo y corrupción, sabía gobernar y el PAN y el PRD, pues no tan bien.

El regreso del PRI podría plantearle a Calderón la virtud –pues el hecho ya es– del cogobierno. ¿Cómo? No reclutando a los priistas (Beatriz Paredes ya ha dicho no) sino siguiendo el antiguo modelo priista de gobernar con los mejores a conciencia de que también existen los peores y aunque haya más de éstos dentro del PRI y menos de aquéllos en las profesiones y las universidades.

Los gabinetes de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines son los mejores de nuestra historia contemporánea. El de Calderón, uno de los peores. Cuéntese que Calderón es colérico, que le grita a sus colaboradores. No lo sé. Pero de ser así, le hace falta al presidente un gabinete al que no le pueda alzar la voz. La verdadera

fuerza está en otra parte: en el respeto, sí, pero también en la confianza de hablar claro y alto. No creo que Cárdenas le gritara a Eduardo Suárez, Ávila Camacho a Rojo Gómez, Alemán a Ramón Beteta o Ruiz Cortines a Torres Bodet. (Díaz Ordaz sí insultaba a sus colaboradores).

Claro que Calderón confronta un desafío que sus antecesores o no conocieron o supieron negociar o de plano ocultaron: el narcotráfico. El hecho es que el actual presidente – sastrecillo valiente– se ha lanzado con todo contra los narcos. ¿Puede ganarles? Lo dudo. Cuando se mata o captura a un capo, surgen dos a ocupar su lugar, y si éstos caen, aparecen cuatro en su lugar. ¿Solución? No la hay fácil. Sí la hay clara. Contener hoy para legitimar mañana, paso a paso, como lo sugieren los expresidentes Ernesto Zedillo, César Gaviria y Fernando Henrique Cardoso. Quizás, al final del camino, siga habiendo drogadictos. Pero habrá menos o desaparecerán las mafias que los envenenan.

Aunque el gran problema es otro y no el combate a los narcos, los poderes fácticos de empresas y sindicatos o la resurrección del PRI. El gran desafío mexicano es dar empleo y hacerlo pronto. ¿Cómo? No confiando en que la empresa privada ofrezca trabajo. Las fuentes tradicionales de nuestros ingresos se cierran. Baja el precio del petróleo (y PEMEX es atada de manos contra la expansión de la industria). Cae el turismo amedrentado por la inseguridad y el trabajador ya no podrá emigrar como antes. La frontera norte se cierra, la economía de EE.UU. está en crisis, los trabajadores permanecen en México.

¿Qué van a hacer? Si no tienen nada que hacer, encontrarán fácil salida en la sociedad del crimen: serán reclutados. En cambio, si el Estado les abre el camino laboral, prosperarán los trabajadores y el país. Me refiero, una vez más, a un programa público de empleo comparable



al Nuevo Trato de Franklin Roosevelt, un nuevo contrato social que aproveche la mano de obra, abundante y joven, de México. ¿Para qué? Para hacer todo lo que no se ha hecho o hace falta reponer: Bosques, carreteras, renovación portuaria, urbanización, presas, educación, hospitales, vivienda, transportes... Me quedo corto. La necesidad de modernizar al país, unida a la existencia de la fuerza de trabajo indispensable para mejorar la vida de todos, no puede desaprovecharse.

El sexenio no se le puede, por todo esto, evaporar de las manos a Felipe Calderón. La situación es crítica, las soluciones claras, la decisión indispensable.

Carlos Fuentes / Reforma, revolución e insurgentes

*Reforma* (29-diciembre-2009)

"Al diablo las instituciones", exclamó en un arranque bilioso Andrés Manuel López Obrador hace tres años, durante una pretérita temporada electoral. Y no le ha faltado razón. Sólo que no se trata de mandar al diablo las instituciones, sino de reformarlas y refundarlas para el nuevo tiempo mexicano. El presidente Felipe Calderón ha dejado de lado, por un momento, su obsesión con el combate (que no "guerra" pues "guerra" sólo hay entre estados nacionales) contra el narcotráfico. En cambio, nos ofrece el programa que el país viene reclamando desde hace años, si atendemos a las voces políticas (Porfirio Muñoz Ledo), académicas (Diego Valadés) y ciudadanas (Juan Ramón de la Fuente) y que se refiere a la reforma del Estado.

Los principales capítulos de la reforma son:

- 1.- Mantener el principio de no-reelección del Presidente de la República.
- 2.- Mantener un mandato de seis años para el Ejecutivo.
- 3.- Permitir la re-elección de diputados, alcaldes y jefes de delegación.
- 4.- Autorizar candidaturas independientes.
- 5.- Admitir, asimismo, las iniciativas ciudadanas.
- 6.- Adoptar la segunda vuelta de la elección presidencial, evitando las dudas acerca de elecciones reñidas.

Estas, repito, son demandas nacionales desde hace tiempo. Son consustanciales a la consolidación de una democracia mexicana, entorpecida por notables resabios del pasado. No olvidemos que la re-elección de legisladores constaba en la Constitución de 1917 y que la extensión de la no-reelección a las legislaturas y alcaldías fue obra de Plutarco Elías Calles, a quien convenía tener un Congreso domesticado, débil y renovable a voluntad del "Jefe Máximo". La debilidad, en efecto, se convirtió en norma de legisladores que a) no podían extender sus iniciativas de ley más allá de los tres o seis años de su función y b) se convertían en funcionarios fungibles (como muebles) en busca de la siguiente "chamba" al dejar las cámaras.

El miedo a la re-elección de legisladores es miedo a la democracia. En un sistema de libertades, es el electorado (no el Jefe Máximo o Mínimo) quien determina la re-elección. Edward M. Kennedy fue senador por Massachusetts de 1962 a 2009 sólo porque así lo decidieron los votantes. Lo mismo puede decirse de legisladores re-electos numerosas veces como Richard Lugar (Republicano; Indiana); Robert Byrd (Demócrata; West Virginia); Orrin Hatch (Republicano; UTAH); Charles Rangel (Demócrata; Nueva York); Max Baucus (Demócrata; Montana); John Kerry (Demócrata; Massachusetts); Christopher Dodd (Demócrata; Connecticut) o Barbara Boxer (Demócrata; California).

La lista es larga. Apenas ejemplifico. Estos legisladores fueron reelectos gracias a muchos factores. Uno priva sobre todos los demás: así lo decidieron los ciudadanos. Debemos congratularnos, precisamente como ciudadanos, que en esta ocasión la exigencia de la reforma y la propuesta de la misma hayan coincidido. No se necesita ser fatalista para pensar, históricamente, que el año "diez" ha sido simbólico en la historia de México. Independencia en 1810. Revolución en 1910 y en 2010, ¿reforma, insurgentes o revolución?

Los visitantes extranjeros se asombran de que las principales avenidas de la ciudad de México sean conmemoraciones de rebeldías pasadas. Ojalá no sean anuncio de rebeldías por venir. Las medidas reclamadas por la sociedad y propuestas, ahora, por el presidente, indican una voluntad explícita de reformar políticamente exorcizando voluntades implícitas de acción insurgente o revolucionaria para mover el país.

Recuerdo, de paso, que los actores reconocidos en 1810 o 1910 fueron desplazados con rapidez por los actores hasta entonces desconocidos. Antes de 1810, ¿quién sabía de Miguel Hidalgo, José María Morelos o Agustín de Iturbide? Y antes de 1910, Álvaro Obregón era agricultor en Huatabampo, Plutarco Elías Calles maestro de escuela en Sonora y Emiliano Zapata campesino en Morelos. En la paz o en la guerra, me parece evidente que, también en 2010, surgirán personalidades— hombres y mujeres— cuyos nombres desconocemos aún. Es ley de la historia: Saint-Just, Danton, Robespierre, Bonaparte eran seres anónimos antes de la Revolución Francesa. Washington, Jefferson, Hamilton, sólo conocieron su momento histórico gracias a la Revolución de las Colonias de Norteamérica, etcétera.

Hay un extendido descontento en México. Las actividades recaudadoras de divisas — turismo, petróleo, migración laboral— disminuyen o se secan. La frontera cerrada en el norte creará un excedente de mano de obra desempleada en México. ¿A dónde irán nuestros trabajadores? El crimen es la tentación y es la facilidad. La exigencia, en cambio, es la oferta organizada de trabajo para construir y reconstruir educación y salud, urbes y puertos, carreteras y caminos, toda una infraestructura envejecida. Sin infraestructuras renovadas, la iniciativa privada languidece, la fuerza de trabajo se desperdicia, la tentación insurgente crece...

Por eso importa tanto que el Estado nacional vuelva por sus fueros y cree, como lo hicieron en su momento Franklin Roosevelt y Dwight Eisenhower en los Estados Unidos de Norteamérica, como lo hicieron Lázaro Cárdenas y Miguel Alemán en México en el suyo, políticas de desarrollo acelerado. El Estado nacional es el motor, el trabajo y el mercado son los beneficiarios.

Hablo del destino actualizado (o actualizante) del conjunto de reformas anunciado oportunamente por el Presidente Calderón y reclamado por las voces –Muñoz Ledo, Valadés, De la Fuente– que aquí he citado. Subsiste la cuestión ayer planteada: ¿con quién llevará a cabo el presidente su programa de reformas? Porque, con las excepciones conocidas, su gabinete actual no le ayuda.

¿Tendrá Calderón la visión necesaria para renovar su gabinete con hombres y mujeres a la altura de las circunstancias?

Carlos Fuentes / Monsiváis

*Reforma* (22-junio-2010)

Religiosa, sexual, culturalmente, era excéntrico a las normas de la tradición mexicana. Pero su genio consistió en violar la tradición acrecentándola, dándole nuevos caminos a nuestra vida religiosa, sexual, cultural.

Lo había oído, siendo niño Monsiváis, en el programa de "Los niños catedráticos". Lo conocí más tarde. Yo estudiaba en la Facultad de Derecho en San Ildefonso. Monsiváis y José Emilio Pacheco eran alumnos de la vecina Preparatoria Nacional. Ambos se acercaron, por ese proceso de imantación que llamamos "simpatía", a los alumnos de jurisprudencia que publicábamos, amparados por el maestro Mario de la Cueva, la revista *Medio Siglo*. Allí aparecieron, si no me equivoco, textos primeros de Monsiváis y Pacheco. Los unía a nosotros la amistad compartida con Sergio Pitol quien (como yo, más que yo) se acomodaba mal a los estudios y prácticas juristas.

Monsiváis, en cambio, tenía clara la visión de sí mismo. Podíamos, él y yo, parearnos en literaturas contemporáneas. Pero Monsiváis tenía un conocimiento asombroso de la poesía mexicana de los siglos diecinueve y veinte. Competía con Gabriel García Márquez en recitar de memoria a los poetas grandes y pequeños. Añado "pequeños" no por insignificantes, sino porque formaban parte del vasto mundo del acontecer cotidiano, cuyo porvenir desconocemos. Acaso por una suerte de simpatía a la vez anticipada y, por si acaso, histórica, Monsiváis reunía con inmenso interés y cariño letras de boleros, periódicos antiguos, revistas desaparecidas, caricaturas políticas, monos y monerías. Todo lo que cobró presencia histórica en su personal museo de "El Estanquillo".

Me inquietaba siempre la escasa atención que Carlos prestaba a sus dietas. La Coca-cola era su combustible líquido. No probaba el alcohol. Era vegetariano. Su vestimenta era espontáneamente libre, una declaración más de la anti-solemnidad que trajo a la cultura mexicana, pues México es, después de Colombia, el país latinoamericano más adicto a la formalidad en el vestir. Creo que jamás conocí una corbata de Monsiváis, salvo en los albores de nuestra amistad.

Compartimos una pasión por el cine, como si la juventud de este arte mereciera memoria, referencias y cuidados tan grandes como los clásicos más clásicos, y era cierto. La frágil película de nuestras vidas, expuesta a morir en llamaradas o presa del polvo y el olvido, era para Monsiváis un arte importantísimo, único, pues, ¿de qué otra manera, si no en el cine, iban a darnos obras de arte Chaplin y Keaton, Lang y Lubitsch, Hitchcock y Welles? Y no se crea que el "cine de arte" era el único que le interesaba a Carlos. Competía con José Luis Cuevas en su conocimiento del cine mexicano y con el historiador argentino Natalio Botana en películas de los admirables años treinta de Hollywood.

Juntos, presentamos hace un año diez películas que juzgamos las mejores de todos los tiempos -del *Amanecer* de Murnau a *Bailando bajo la lluvia* de Kelly y Donen. Pero enseguida nos dimos cuenta de la injusticia e insuficiencia de tal selección. ¿Dónde quedaban Antonioni y Bergman, Rogers y Astaire, el cine de gangsters, los westerns que Alfonso Reyes calificaba como "la épica contemporánea"? ¿Y dónde, Juan Orol y Rosa Carmina; dónde las cejas actantes y activas de María Félix y Dolores del Río; dónde los parlamentos inescrutables de Arturo de Córdoba y la inventiva popular de Clavillazo?

Recuerdo estas pasiones de Monsiváis porque formaban parte de su vasto apetito, su fantástica asimilación de todo, añadido, lo que el mundo "oficial" desconocía o desdeñaba. Curioso hasta las cachas de lo que sucedía en el mundo político, Monsiváis separaba muy bien la autenticidad de las apariencias y de éstas se burlaba con un humor que desnudaba a los pomposos, desmentía a los mentirosos y señalaba a los criminales. Creo que nadie, en la sociedad mexicana contemporánea, escapó a la mirada, irónica, solidaria, burlona, camarada, de Carlos Monsiváis. La ridícula respuesta de Vicente Fox a la muerte del escritor lo comprueba.

En 1970, estrené una obra mía, *El tuerto es rey*, en el teatro an der Wien de la capital austriaca. Monsiváis, hilarante, me dijo en el intermedio que había en la sala dos o tres espías del presidente Gustavo Díaz Ordaz porque el mandatario imaginaba que el título se refería a él. Típico error de la presunción política, que causó una risa incontenible cuando se lo conté a la actriz María Casares y al director Jorge Lavelli. Con mi amiga Caroline Pfeiffer, que era representante de gente de teatro y cine, viajamos a Italia y presenciamos la filmación de *La muerte en Venecia* de Thomas Mann. Dirigía Luchino Visconti y, después de saludarlo, Monsiváis miró al Adriático y prometió no lavarse más la mano. Seguimos a Milán, donde una confusión enredó a Carlos con una manifestación de comunistas y a París, donde lo invité a vivir en el apartamento que yo ocupaba en la Isla St. Luis. Juntos fuimos, guiados siempre por Caroline, a la casa de campo de Alain Delon quien nos sentó dos días a ver el mundial de fútbol en la tele y, de regreso a París, fuimos juntos también a visitar a Pablo Neruda en el hotel del Quai Voltaire.

Neruda estaba en cama, empijamado, fatigado tras asistir al entierro de Elsa Triolet, la mujer de Louis Aragón. La conversación Neruda-Monsiváis fue muy singular.



-¿Cómo se encuentra? –le preguntó Neruda a Monsiváis.

-Sucedo que me canso de ser hombre –contestó Carlos.

Al principio, Neruda no registró la cita.

-¿Y qué hace en París? –continuó Pablo.

-Juego todos los días con la mar del universo. –Citó Monsiváis y Neruda, cayendo en el juego, se rio y decidió continuarlo, hasta la pregunta a Carlos:

-¿Y que escribe ahora?

-Los versos más tristes.

-¿Cuándo?

-Esta noche.

Ingenio rápido, cultura profunda, mirada penetrante, referencia oportuna, melancolía escondida, regocijo siempre.

¡Qué falta nos harán todas estas características del grande y único Carlos Monsiváis!

Carlos Fuentes / Centenario

*Reforma* (22-noviembre-2010)

México conmemora hoy los cien años de una revolución iniciada en 1910 y por eso anterior a las revoluciones siguientes en Europa, Asia, África y la propia América Latina.

La Revolución Mexicana arranca el 20 de noviembre de 1910, contra una dictadura personal, la de Porfirio Díaz, de treinta años de duración y revive, por un momento, a todas las fuerzas críticas, descontentas, anhelantes del país ignorado por la dictadura, encabezadas por el llamado Apóstol de la Revolución, Francisco I. Madero.

La Revolución pone en movimiento a un país aislado. A unirlo, a reconocerlo, vienen:

Del Sur Emiliano Zapata, el jefe campesino, reclamando "Tierra y Libertad".

Del Norte, Pancho Villa, "el centauro", liberando pueblo tras pueblo del latifundio y el agio.

De Sonora Álvaro Obregón, un general que trae en la mochila las esperanzas aplazadas de una clase media naciente.

De Coahuila el patriarca Venustiano Carranza, con el propósito de poner las leyes por encima de las armas, como lo logra la Constitución de febrero de 1917.

Todos unidos contra el anciano dictador Porfirio Díaz, primero, en seguida contra el usurpador, Victoriano Huerta, asesino de Madero, en 1913.

Unidos todos contra la dictadura, vencida la dictadura, todos se separan por lo que el joven tribuno de la Revolución Francesa, St. Just, llamó "la fuerza de las cosas", "La force des choses" que nos lleva, añadió St. Just –un adolescente con aureola fúnebre, según Michelet– que nos lleva, acaso, a resultados que no habíamos imaginado.

Obregón y Carranza contra Villa, Carranza contra Zapata; Obregón contra Carranza. La fuerza de las cosas separa, enfrenta, da poder y lo arrebató, derrama sangre y trastorna sociedades. Ascende toda una nueva clase, como se decía antes, "emanada de la Revolución".

Se otorgan leyes para los trabajadores, reforma agraria para los campesinos, oportunidades nuevas para la clase media.

La Revolución educa: José Vasconcelos, ministro del Presidente Obregón, encuentra un país con ochenta por ciento de iletrados. Manda maestros al campo. Muchos profesores son asesinados por los terratenientes o regresan sin nariz, sin orejas, atrocemente mutilados.

Al mismo tiempo, Vasconcelos entrega los muros públicos a los artistas; edita libros y publica a los clásicos.

-¿Homero para un país de analfabetas? –se le critica.

-Sí. –Contesta Vasconcelos– para el día en que aprendan a leer y escribir.

La Revolución reparte la tierra: se acaba el latifundio, renace el ejido comunal, se apoya la pequeña propiedad: sólo Lázaro Cárdenas, entre 1936 y 1940 reparte 18 millones de hectáreas entre los campesinos.

La Revolución industrializa a México. La nacionalización del petróleo por Cárdenas en 1938 impulsa el crecimiento industrial.

La Revolución pacífica a México. Entre 1936 y 1950, los últimos caciques desaparecen, secuestrados por la nueva urdimbre institucional.

La Revolución da lugar a una clase media postergada por la dictadura de Díaz y alentada, ahora, por la educación, la reforma de la tierra, las nuevas industrias.

La Revolución abre las puertas a una nueva burguesía industrial, financiera y política que asume el mando de un país de oportunidades abiertas pero de votos cerrados.

El partido de la Revolución, el Partido Revolucionario Institucional, ejerce el poder continuamente durante setenta años.

Es tolerado porque es una institución nacida de la Revolución y las revoluciones se legitiman a sí mismas. Es desafiado por otros partidos, otros movimientos –religiosos, de derecha, el Partido Acción Nacional; de izquierda, el Partido Comunista. Nadie tiene la legitimación, el origen temprano, la obra renovadora de la Revolución en el poder: la Revolución sin democracia.

Una revolución crítica y criticada, sin duda.

Desde el centro mismo de la lucha, en 1915, Mariano Azuela publica la novela *Los de Abajo*, un desencantado lamento por la Revolución que, como una piedra arrojada al vacío, ya nada la detiene.

Martín Luis Guzmán escribe, apenas bajado del caballo, *Las memorias de Pancho Villa* y montado en el corcel del exilio, *La sombra del caudillo*, prosa límpida para los hechos más oscuros de la política.

Pero es la política misma de la Revolución la que le entrega las paredes públicas a quienes critican a los gobiernos que encargan las obras: Diego Rivera pinta un estado de colisión y engaño, Orozco a la justicia como prostituta carcajeante.

Hay, sin embargo, líderes encarcelados, sindicatos amordazados, prensa manipulada, favores dados, gratitudes demostradas. Pero la Revolución, por ser revolución, mantiene su legitimidad, sus logros, su perfil de independencia internacional frente al vecino norteamericano, refugio de republicanos españoles y luego de exilados sudamericanos, y aun de víctimas del macartismo.

Y un día la legitimidad revolucionaria se perdió.

Ese día, el 2 de octubre de 1968, el gobierno atacó una manifestación pacífica de estudiantes, mató a jóvenes mexicanos que estaban en Tlatelolco porque se habían educado en las escuelas de la Revolución y allí aprendieron los valores de la tierra y el trabajo, del esfuerzo social y de la primacía de la ley, los valores de la democracia que ahora, al manifestarlos, recibían la respuesta de la muerte.

Hago hincapié en los eventos de 1968 porque en ese momento los gobiernos de México perdieron su legitimidad revolucionaria, intentaron recuperarla de modos diversos, no lo lograron y en 1999, agotada la épica de la Revolución, se inició la saga de la democracia. En gran medida por su fuerza acumulada, en parte por la inteligencia del último presidente

priista, Ernesto Zedillo, la oposición de derecha llegó al poder. La oposición de izquierda se reorganizó. El partido en el poder perdió el poder pero todos obtuvieron representación en el Congreso, en la prensa, en las gubernaturas de los estados, en la opinión y en la manifestación. Pero hubo una trágica coincidencia: la democracia plena se estableció en México al mismo tiempo que el crimen organizado se extendió por una parte del país.

El narcotráfico, condenable en sí, duplica su peligrosidad porque opera en un país, México, cuya juventud, la mitad de nuestros habitantes, no rebasa los treinta años de edad. Son seducibles. El camino fácil tienta más que el difícil. La pobreza aumenta a las organizaciones criminales.

Por eso hoy, recordando la Revolución del pasado, es importante que respondamos con la revolución del presente.

No una revolución armada, como la de 1910-1921, sino una revolución política, ciudadana, exigente en el cumplimiento de la aplazada Agenda Nacional y que implica abandonar la comodidad de nuestros rubros de ingresos en crisis –turismo, petróleo, trabajo migratorio– por la exigencia de crear trabajo en México y de crearlo renovando infraestructuras envejecidas, puentes y carreteras, puertas y hospitales y escuelas, guarderías y comunicaciones, y renovación urbana.

Respuesta creativa, salto adelantado, suma de esfuerzos, rescate y horizonte para la juventud trabajadora.

¿Hay manera más cierta, más creativa, más responsable, de conmemorar nuestro pasado como garantía de nuestro porvenir?

Carlos Fuentes / Viva el socialismo. Pero... (1)

*Reforma* (14-mayo-2012)

La historia se anuncia. Luego duerme la siesta. Y, al cabo, despierta. Los acontecimientos de mayo de 1968 en París fueron una fiesta. "Debajo de los pavimentos, las playas". "Prohibido prohibir". Marx y Rimbaud, compañeros. Asistí a esa fiesta. Era una forma de embriaguez colectiva. Pero tenía un fondo sobrio. Había que modernizar a Francia. El Partido Comunista se negó al movimiento. Las fábricas no fueron a la huelga. Se inició el gran declive del PC, que en Francia había llegado a ser partido que sumó la fuerza del proletariado a una doctrina nacionalista ajena al internacionalismo de Marx.

1968 redujo al PC pero no encontró con qué sustituirlo. El gran partido socialista de Jean Jaurés (1859-1914) fue revitalizado por León Blum, quien en el corto espacio de un año, 1936-1937, estableció el derecho a vacaciones pagadas, la semana de cuarenta horas y el contrato colectivo de trabajo. Esta herencia fue disipada por el Partido Socialista de la post-guerra, llegando, con Guy Mollet a participar en la guerra del Canal de Suez contra el presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser. Mayo del 68 confirmó tanto el desprestigio del PS como el del PC. En el Congreso socialista de Épinay, François Mitterrand decidió revertir el declive y devolverle un sentido al PS. ¿Pero cuál sentido?

Tuve una relación personal, de amistad política, con Mitterrand. Vecinos en la misma calle parisina en los años setenta, aplaudí su viaje a México en oposición a opiniones estrechamente oficialistas. El fruto de la visita lo obtuvimos cuando Mitterrand llegó a la presidencia de Francia en 1981 y puso en marcha un programa renovador que le devolvió prestigio y fuerza al maltratado PS. Mitterrand tuvo la audacia (comparable a la de Lázaro

Cárdenas en México) de tomar las medidas que el país entero, incluyendo a la burguesía, necesitaba para prosperar. Nacionalizó la banca para modernizarla. Puso la justicia en manos de un gran abogado, Robert Badinter, quien abolió la pena de muerte y modernizó las cárceles. Descentralizó la administración pública. Redujo la semana de trabajo. Aumentó el periodo de vacaciones. Exigió a los patronos aprobación gubernamental antes de despedir trabajadores. Más empleo. Más vivienda popular. Un programa de gasto deficitario que no encontró eco en las políticas de reducción de gastos y de impuestos de otras naciones capitalistas. No obstante, las políticas de Mitterrand quedaron, como dicen los franceses, "en reserva de la república" y hoy regresan al primer plano dada la actual opción crítica entre la austeridad como promesa de desarrollo que sólo prolongan la depresión y un retorno a la política de Mitterrand: Expansión y desarrollo.

Al cabo, la derecha francesa, tan asustada por Mitterrand, entendió (a medias) la necesidad de las reformas para alcanzar la prosperidad colectiva, incluyendo la de la burguesía. Nuevamente, se impone la comparación con Cárdenas en México, Franklin Roosevelt en EE.UU., López Pumarejo en Colombia y el Frente Popular en Chile.

La política exterior de Mitterrand, que tanta alarma inicial causó en Washington, se situó en la realidad europea. "Moscú puede usar el arma atómica contra Francia en cosa de minutos", me dijo un día Mitterrand. Su política aisló y debilitó al PC francés, que al cabo se retiró del gobierno. El filósofo francés Jacques Derrida viajó a Praga a dar clases privadas de filosofía, toda vez que el gobierno sólo permitía versiones ortodoxas. Derrida fue detenido y encarcelado. Mitterrand le exigió a Praga la liberación inmediata o la ruptura de relaciones. Praga cedió. Heredero de la política de cooperación en vez de guerra con Alemania, política iniciada por Robert Schuman y Konrad Adenauer. Mitterrand reforzó los lazos con el vecino



del Rin. Viajó a Cancún con asesores de izquierda (Regis Debray, Jean Daniel). Observó las indiscreciones del Ronald Reagan. Se admiró de que los EE.UU. eligiesen presidente a un actor de Hollywood. Prosiguió una política independiente para Francia y al cabo, cuando la elección de 1986 la ganó la derecha, Mitterrand "cohabitó" como presidente con el Primer Ministro gollista, Jacques Chirac. Sólo que, si el zorro Chirac sabía muchas cosas, el erizo Mitterrand sabía una gran verdad: que la oposición cometa los errores, yo me limito a presidir. Así ganó la elección presidencial de 1988 con una mayoría del 54%. A mitades entre las regresiones de Chirac y las renovaciones socialistas, Mitterrand en su segundo periodo resucitó el salario mínimo, un programa de empleo y un impuesto sobre las grandes fortunas.

La elección de François Hollande, el primer presidente socialista desde Mitterrand, hereda el pasado que aquí evoco. Pero lo hereda en un mundo muy distinto al que le tocó a Mitterrand. (Sigue mañana).

Carlos Fuentes / Viva el socialismo. Pero... (2)

*Reforma* (15-mayo-2012)

Nadie ha explicado la continuidad de la historia de Francia mejor que François Mitterrand. Nunca fui partidario de Charles De Gaulle, explicó una vez. Pero siempre rehusé ser su enemigo, afirmó. ¿Por qué? porque existía. Porque sus actos lo creaban, convencido de que él era Francia, a la cual, añade Mitterrand, De Gaulle quería con un amor visceral, exclusivo. Es más: De Gaulle afirmaba la presencia francesa en todos los frentes a la vez. Exigía admiración y lealtad. Un viejo chiste propone que De Gaulle, ante su gabinete, decidió un día invadir la Unión Soviética.

-¡Dios mío! -exclamó un ministro.

-No exagere -le contestó De Gaulle.

Si evoco este pasado, es para acercarme al presente que enfrenta el recién electo François Hollande y para contrastar el gran talento político de De Gaulle, tan admirado por su opositor Mitterrand, con la pequeñez del antecesor inmediato de Hollande, Nicolas Sarkozy. Presidente de un solo período, Sarkozy lo inició con frivolidad: cenas suntuosas, viajes en yacht, relojes de setenta mil dólares, bikinis y un profundo desprecio por la gente de la calle: "cállate, pendejo", le dijo a un ciudadano opositor. Confieso mi antipatía. El año de México en Francia fue cancelado por la exigencia de Sarkozy: cada acto del centenar previsto debía comenzar con la defensa de la encarcelada Florence Cassez: cine, arte, arqueología, literatura mexicanas, pero primero, defensa de Cassez. La exigencia de Sarkozy dinamitó el año de México en Francia.

A la postre, la realidad europea e internacional redujo a Sarkozy al papel de socio menor de la canciller Angela Merkel. Pero era Francia, al cabo, el ente secundario.

François Hollande hereda todo lo que llevo dicho. La idea de la grandeza nacional que encarnó De Gaulle. Las posibilidades de la reforma social en régimen capitalista, que fue la apuesta de Mitterrand. La posición de Francia en la comunidad europea y la relación con la Alemania Federal, que fue el problema de Sarkozy. Y algo más: la respuesta de Francia al gran desafío de la sociedad civil y que pone en entredicho a todos los gobiernos. Desploma a los autoritarismos pétreos de Egipto, Libia y Túnez. Desnuda al ya bastante encuerado Berlusconi en Italia. No se contenta con Zapatero ni con Rajoy en España. Multiplica la oposición en Gran Bretaña y le resta poder electoral a Cameron sin dárselo del todo al jefe laborista Edward Miliband. En los EE.UU., se separa del Partido Republicano, disminuye y ridiculiza al "Tea party" y sólo le dará una victoria condicionada a Obama en noviembre. Son los "Ocupantes".

¿Cómo responderá François Hollande a este nuevo desafío, el de una sociedad que al cabo no se reconoce en ninguna de las tribus políticas tradicionales: izquierda, centro o derecha? Conocemos algunas de sus respuestas, todas ellas adecuadas a la situación que describo. Hollande quiere un gobierno que se defina menos por su perfil tecnocrático y más por lo que los franceses entienden por "humanismo", y esto significa una preocupación mayor –como la tuvo Mitterrand– por la calidad del trabajo, la remuneración salarial y la descentralización administrativa. Más empleo, mejor vivienda. ¿Más austeridad? Hollande ha declarado que la austeridad no puede ser una fatalidad. ¿Cómo convertir la austeridad no sólo en virtud, sino en motor del crecimiento? ¿Y es más, en convicción colectiva?

Los desafíos a Hollande son inmensos. La inmigración del mundo musulmán, parte de ella ya instalada en Francia, reclama no ser tratada como la llamó Sarkozy: "la basura". Hollande debe darle al inmigrante norafricano diálogo y un horizonte en la política de inclusión social y creación de empleo que es la suya. El inmigrante de África del norte debe sentir que es parte de esta política, no mero accidente adjunto de la misma. Hollande deberá dialogar con norafricanos y afroeuropeos para alcanzar, con todos, maneras de tratar el conflicto social y racial con las comunidades que exigen derechos y una situación manumitida. Lo que haga Hollande en este renglón tendrá una repercusión europea y global. El trabajo migratorio no puede ser, a la vez, necesario y castigado. Si ya hay libertad para el capital, la inversión y el cambio, debe haberlo también para el trabajo. Se trata, ni más ni menos, de revertir la política sarkoziana de proteccionismo y en contra de la inmigración.

El gran desafío del nuevo presidente de Francia consiste en poner en marcha una política de crecimiento contraria a la política de rigor sin crecimiento dictada por Merkel. Que existe un acuerdo franco-germano es cierto. Hollande deberá convencer a Merkel –cosa difícil– de cambiar los términos de la relación. O al menos, de añadir un apéndice sobre la necesidad de crecer, sin engañar a nadie con políticas proteccionistas y subsidios a la ineficiencia. El socialismo en el poder debe presentarse como una *affectio societatis* que concierne no sólo a la empresa o al trabajo, sino al conjunto social.

No será fácil. Pero Mitterrand demostró que, dentro de los límites, el socialismo puede hacer lo que la derecha ni siquiera piensa en hacer. "La austeridad no puede ser una fatalidad" –explica Hollande. Y darle una nueva dimensión a la construcción europea. Y decírselo cuanto antes a Europa y a Alemania. Crecimiento con disciplina. Tal es la propuesta de

Hollande. Ojalá que tenga tiempo y éxito. La impaciencia de los "ocupantes", la sociedad civil emergente, es muy grande.

Nota mexicana.- Me preocupa e impacienta que estos grandes temas de la actualidad estén fuera del debate de los candidatos a la presidencia de México, dedicados a encontrarse defectos unos a otros y dejar de lado la agenda del porvenir.

## **Bibliografía**

Aradra Sánchez, Rosa María y Pozuelo Yvancos, José María, *Teoría del canon y literatura española*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.

Aguilar Camín, Héctor, *Las mujeres de Adriano*, México, Alfaguara, 2001.

Borges, Jorge Luis, *Inquisiciones/Otras inquisiciones*, México, Debolsillo, 2013.

Cassirer, Ernest, *Las ciencias de la cultura* (1942), trad. Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos* (2002), trad. Aurora Bernárdez, España, Siruela, 2015.

Chávez Díaz, Liliana, *Latin American documentary narratives: the intersections of storytelling and journalism in contemporary literature*, New York, Bloomsbury Academic, 2022.

Cosío Villegas, Daniel, *El intelectual mexicano y la política*, México, Planeta-CONACULTA, 2002.

Colombi, Beatriz, *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2021.

Gómez-Martínez, José Luis, *Teoría del ensayo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999.

Guzmán, Martín Luis, *La querrela de México*, en *Obras completas I*, México, FCE-INIHRM, 2010.

Fortson, James R., *Perspectivas mexicanas desde París. Un diálogo con Carlos Fuentes*, México, Cooperación editorial, S.A, 1973.

Fuentes, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969.

\_\_\_\_\_, *Casa con dos puertas*, México, Joaquín Mortiz, 1970.

- \_\_\_\_\_, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1972.
- \_\_\_\_\_, *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- \_\_\_\_\_, *El espejo enterrado*, México, Taurus, 1992.
- \_\_\_\_\_, *Tres discursos para dos aldeas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- \_\_\_\_\_, *Geografía de la novela*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- \_\_\_\_\_, *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994.
- \_\_\_\_\_, *La frontera de cristal*, México, Punto de lectura, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Por un progreso incluyente*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Retratos en el tiempo*, México, Alfaguara, 1998.
- \_\_\_\_\_, *Los años con Laura Díaz*, México, Alfaguara, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Los cinco soles de México. Memoria de un milenio*, España, Seix Barral, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Carlos Fuentes: territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, compilación e introducción de Jorge F. Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Instinto de Inez*, México, Alfaguara, 2001.
- \_\_\_\_\_, *Machado de la Mancha*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- \_\_\_\_\_, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002.
- \_\_\_\_\_, *La silla del águila*, México, Alfaguara, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Viendo visiones*, México, Fundación Bancomer, 2003
- \_\_\_\_\_, *Inquieta compañía*, México, Alfaguara, 2003.

- \_\_\_\_\_, *Contra Bush*, México, Aguilar, 2004.
- \_\_\_\_\_, *Los 68. París-Praga-México*, México, Debate, 2005.
- \_\_\_\_\_, *Todas las familias felices*, México, Alfaguara, 2006.
- \_\_\_\_\_, *Adán en Edén*, México, Alfaguara, 2009.
- \_\_\_\_\_, *La voluntad y la fortuna*, México, Alfaguara, 2010.
- \_\_\_\_\_, *Carolina Grau*, México, Alfaguara, 2010.
- \_\_\_\_\_, *La gran novela latinoamericana*, México, Alfaguara, 2011.
- \_\_\_\_\_ y Lagos, Ricardo, *El siglo que despierta*, edición e introducción de Juan Cruz, México, Taurus, 2012.
- \_\_\_\_\_, *Personas*, México, Alfaguara, 2012.
- \_\_\_\_\_, *Federico en su balcón*, México, Alfaguara, 2012.
- \_\_\_\_\_, *Conferencias políticas. Educación, sociedad y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.
- \_\_\_\_\_, *A viva voz. Conferencias culturales*, México, Alfaguara, 2019.
- Herrscher, Robert, *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, Barcelona, Ed. Publicacions i Edicions, 2012.
- Kapuscinski, Ryszard, *Ébano* (1998), trad. Agata Orzeszek y Roberto Mansberger Amorós, México, Anagrama, 2000.
- \_\_\_\_\_, *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo* (2000), trad. Xavier González Rovira, México, Anagrama, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Un día más con vida* (1976), trad. Agata Orzeszek, México, Anagrama, 2003.
- \_\_\_\_\_, *Viajes con Heródoto* (2004), trad. Agata Orzeszek, México, Anagrama, 2006.



- Lara Zavala, Hernán, *Península, Península*, México, Alfaguara, 2010.
- Lukács, György, *Qué es el ensayo* (1910), trad. Manuel Sacristán Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016.
- Martínez Carrizales, José Leonardo, *La cruzada periodística de Carlos Fuentes. Primera jornada*, Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1990.
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe* (1532), trad. Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Mckee Irwin, Robert y Szurmuk, Mónica, *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI Editores, Instituto Mora, 2009.
- Montaigne, Michel de, *Ensayos I* (1580-1595), trad. de María Dolores Picazo, Madrid, Cátedra, 2016.
- \_\_\_\_\_, *Ensayos II* (1580-1595), trad. de María Dolores Picazo, Madrid, Cátedra, 2021.
- \_\_\_\_\_, *Ensayos III* (1580-1595), trad. de María Dolores Picazo, Madrid, Cátedra, 2018.
- Moreno Toscano, Alejandra (Coord.), *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a "Laberinto de la soledad"*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Pérez Gay, José María, *Tú nombre en silencio*, México, Alfaguara, 2006.
- Rivera Garza, Cristina, *Nadie me verá llorar*, México, Tusquets, 2016.
- Reyes Heróles, Federico, *El abismo*, México, Alfaguara, 2002.

- Rajo, Grinor, *Clásicos latinoamericanos. Para una relectura del canon: volumen I. El siglo XIX*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2011.
- Sainte-Beuve, Charles-Augustin, *¿Qué es un clásico?* (1850), trad. Raoul Albé, Madrid, Casimiro, 2011.
- Tajonar, Héctor, (Editor), *El alma de México*, España, Océano, 2001.
- Valdés, Diego, (coord.) *Carlos Fuentes, ensayista*, México, Colegio Nacional, 2018.
- Vallejo, Irene, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, Siruela, 2021.
- Vitier, Medardo, "El ensayo como género", en *Del ensayo americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945. Fuente: <https://www.patriasactosyletras.com/medardo-vitier-ensayo-como-genero>
- Walsh, Rodolfo, *Operación masacre* (1957), México, UNAM, 2018.
- Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007.

## Hemerografía

Fuentes, Carlos, “In memoriam: Luis Donald Colosio”, *Reforma*, 23 de marzo de 1995.

\_\_\_\_\_, “La muerte del miedo”, *Reforma*, 10 de julio de 1997.

\_\_\_\_\_, “Tiempo de negociar”, *Reforma*, 16 de febrero de 1998.

\_\_\_\_\_, “El PRI en transición”, *Reforma*, 10 de agosto de 1998.

\_\_\_\_\_, “¿Puede renovarse el PRI?”, *Reforma*, 17 de agosto de 1998.

\_\_\_\_\_, “La herida de Acteal”, *Reforma*, 28 de diciembre de 1998.

\_\_\_\_\_, “Grandes ilusiones, modestas proposiciones”, *Reforma*, 30 de enero de 1999.

\_\_\_\_\_, “Reyes de regreso a Monterrey”, *Reforma*, 17 de febrero de 1999.

\_\_\_\_\_, “Maquiavelo en palacio”, *Reforma*, 22 de mayo de 1999.

\_\_\_\_\_, “El centenario de Buñuel”, *Reforma*, 14 de febrero de 2000.

\_\_\_\_\_, “La alternancia y la oposición”, *Reforma*, 2 de junio de 2000.

\_\_\_\_\_, “Vota por ti”, *Reforma*, 9 de junio de 2000.

\_\_\_\_\_, “Ganamos todos”, *Reforma*, 2 de julio de 2000.

\_\_\_\_\_, “El alma de México”, *Reforma*, 25 de octubre de 2000.

\_\_\_\_\_, “Proyección de México”, *Reforma*, 9 de enero de 2001.

\_\_\_\_\_, “Una novela libre”, *Reforma*, 5 de marzo de 2001.

\_\_\_\_\_, “Autoritarismo y autoridad”, *Reforma*, 28 de mayo de 2001.

\_\_\_\_\_, “Gonzalo Celorio”, *Reforma*, 3 de mayo de 2002.

\_\_\_\_\_, “Aguilar Camín/Reyes Heróles”, *Reforma*, 24 de junio de 2002.

\_\_\_\_\_, “Gabo y yo: memorias intercambiables”, *Reforma*, 7 de octubre de 2002.

\_\_\_\_\_, “Cristina Rivera Garza: una revelación”, *Reforma* 9 de diciembre de 2002.

\_\_\_\_\_, “Maquiavelo en México”, *Reforma*, 4 de junio de 2003.

\_\_\_\_\_, “Cosecha cultural”, *Reforma*, 19 de enero de 2004.

\_\_\_\_\_, “La campaña electoral y las prioridades nacionales”, *Reforma*, 14 de junio de 2004.

\_\_\_\_\_, “Cien años con Neruda”, *Reforma*, 12 de julio de 2004.

\_\_\_\_\_, “¡Viva mi manager!”, *Reforma*, 7 de abril de 2005.

\_\_\_\_\_, “Democracia descarrilada”, *Reforma*, 9 de abril de 2005.

\_\_\_\_\_, “Elizondo”, *Reforma*, 31 de marzo de 2006.

\_\_\_\_\_, “Los idus de julio, 1: querella”, *Reforma*, 18 de julio de 2006.

\_\_\_\_\_, “Los idus de julio, 2: trabajadores”, *Reforma*, 19 de julio de 2006.

\_\_\_\_\_, “Los idus de julio, 3: interinato”, *Reforma*, 20 de julio de 2006.

\_\_\_\_\_, “Los idus de julio, 4: bonapartismo”, *Reforma*, 21 de julio de 2006.

\_\_\_\_\_, “Debe y haber de AMLO”, *Reforma*, 11 de octubre de 2006.

\_\_\_\_\_, “Debe y haber de Calderón”, *Reforma*, 12 de octubre de 2006.

\_\_\_\_\_, “Centenarios”, *Reforma*, 2 de julio de 2007.

\_\_\_\_\_, “Los Gritos de Dolores: una oposición dividida”, *Reforma*, 17 de septiembre de 2007.

\_\_\_\_\_, “Los Gritos de Dolores: un presidente sitiado”, *Reforma*, 18 de septiembre de 2007.

\_\_\_\_\_, “El Yucatán de Lara Zavala”, *Reforma*, 7 de abril de 2008.

\_\_\_\_\_, “El universo mexicano”, *Reforma*, 25 de octubre de 2008.

\_\_\_\_\_, “El sitio del presidente”, *Reforma*, 17 de agosto de 2009.

\_\_\_\_\_, “Reforma, revolución e insurgentes”, *Reforma*, 29 de diciembre de 2009.

\_\_\_\_\_, “Monsiváis”, *Reforma*, 22 de junio de 2010.

\_\_\_\_\_, “Centenario”, *Reforma*, 22 de noviembre de 2010.

\_\_\_\_\_, “Viva el socialismo. Pero... (1)”, *Reforma*, 14 de mayo de 2012.

\_\_\_\_\_, “Viva el socialismo. Pero... (2)”, *Reforma*, 15 de mayo de 2012.